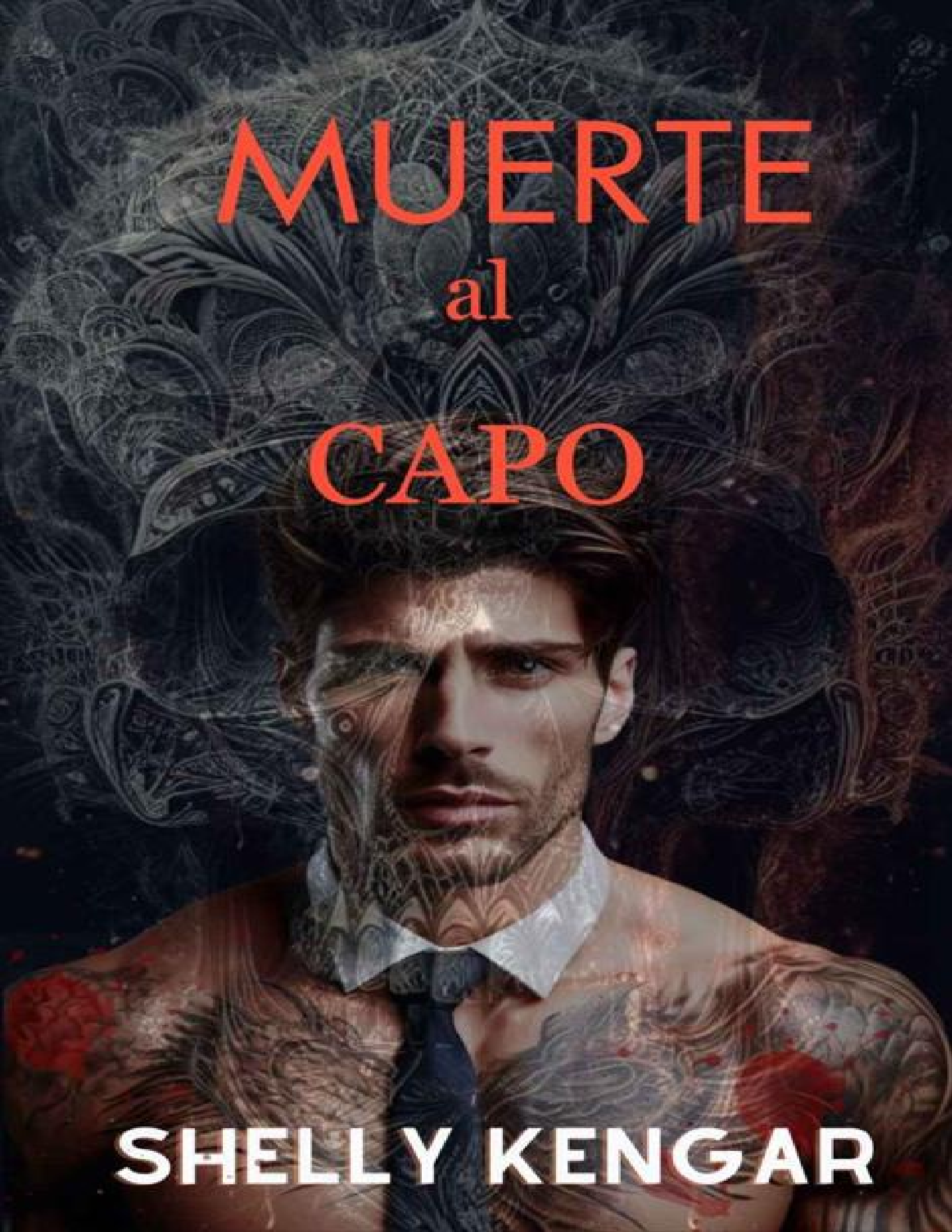




MUERTE al CAPO

SHELLY KENGAR

Contents

[Muerte al Capo](#)
[NOTA AUTORA](#)
[©shellykengar](#)
[Sinopsis](#)
[Agradecimientos](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)
[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)
[Capítulo 37](#)
[Capítulo 38](#)
[Capítulo 39](#)
[Capítulo 40](#)
[Capítulo 41](#)
[Capítulo 42](#)
[Capítulo 43](#)
[Capítulo 44](#)
[Capítulo 45](#)
[Capítulo 46](#)
[Capítulo 47](#)
[Capítulo 48](#)
[Capítulo 49](#)
[Capítulo 50](#)
[Capítulo 51](#)
[Epílogo](#)

Muerte al Capo

Volumen II

Serie Mafia y Sangre

Shelly Kengar

NOTA AUTORA

Querido/os Lector/es

Si has llegado hasta aquí, solo puedo agradecerte y esperar que hayas disfrutado de esta historia. Te quiero animar a dejar tu opinión en Amazon

©shellykengar

N.º de registro: 8qqybtbR-2023-10-27T08:13:49.882

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright. Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Portada: Shelly Kengar @shellykengar

Foto: Canva

Maquetación: Shelly Kengar @shellykengar

Sinopsis

Andreas Rossi, el despiadado "il capo di tutti capo", un demonio vestido con trajes de *Armani*, se encuentra con Lera Morotova, una princesa de la mafia rusa, en Los Ángeles, donde ella estudia.

La chispa entre ellos es instantánea, pero la vida les tiene preparadas pruebas difíciles: una guerra despiadada, rivalidades mortales, engaños y un compromiso ineludible para Lera.

Descubre el destino incierto de esta pareja de hermanastros, enfrentándose a todas las adversidades en busca de un final feliz.

Cuando el mundo está en guerra las mafias se reagrupan.

Agradecimientos

Soy extremadamente afortunada por contar con tantas personas que me apoyan y acompañan siempre en el proceso de creación de mis historias. A ellas a las que están a diario a mi lado mil gracias.

Gracias a Anita, Irene, Nerea, Isa, Esther, Laura, por hacerme sonreír a diario, por nuestras “lecturas calientes” que resultan una fuente inagotable de inspiración.

También quiero dar las gracias a mi tía Toñi, que con su apoyo y dedicación me calienta el alma, porque la admiro hasta el infinito, por su espíritu es único, aunque me recuerda tanto en ocasiones a alguien que ya no está con nosotros y que segur me hubiese alentado y animado a cumplir mi sueño hasta el final.

Agradezco también a Rubina una chica que conocí a través de TikTok y me apoya un montón a diario a mí y tantas autoras, como yo.

No me puedo olvidar de Myra Reda, mi compañera de letras que siempre está desde el principio a pesar de que soy un despiste total y apenas la llamo.



Mafia y Sangre



Capítulo 1

Andreas

Bajo del vehículo escoltado por mis hombres y a mi derecha, mi primo Marcelo. La desgana y el fastidio son mis acompañantes esta noche.

—Sabes que esta reunión es una pérdida de tiempo, ¿verdad? —ratifico con la mirada al frente.

—Paciencia, primo— solicita Marcelo que ya está acostumbrado a mi talante.

—Es gracioso, que la persona que me conoce desde adolescente me solicite tener una cualidad que ni conozco ni quiero— sentencio sin dejar de caminar.

Atravieso las puertas del Hell's, local que regentan los Nikov, ando molesto porque esta reunión con el imbécil que dirige la bratva en Los Ángeles, no es de mi agrado. Por mí este encuentro nunca hubiera tenido lugar. Iván es un arrogante, proxeneta, y un descerebrado que maneja de forma nefasta los negocios de la mafia roja en esta zona.

Como siempre, Marcelo ha abogado con sus razones de peso para que aceptara el encuentro. Mi primo y *consiglieri* conoce bien las teclas que debe presionar en mi cabeza para convencerme.

Los Nikov pertenecen a la mafia rusa, son una de las familias más influyentes en Estados Unidos, aunque deben rendir cuentas a la mafia roja, más concretamente a su pakhan, Pavel Sokolov.

Pavel Sokolov, aunque parezca extraño, es mi abuelo. Es insólito que el mismo tenga a Iván Nikov al frente sabiendo que es un inútil con aires de grandeza y demasiadas adicciones para saber lo que maneja. Quizás con los años Pavel haya perdido el norte, no tengo ni idea, llevo quince años sin verlo, ese fue el trato con nuestras familias. Los primeros quince años de mi vida los pasé rodeado de los Sokolov, pero a partir de ahí mi vida se forjó en Italia y New York al lado de los Rossi como heredero de Massimo. Desde ese momento estuvieron prohibidas las llamadas, o cualquier tipo de contacto con la bratva o mi madre.

«Para ti están muertos», dijo mi padre en cuanto puse un pie en su casa.

Lo acepté como parte de mi vida, porque los apegos o sentimentalismos no tienen lugar en un líder y menos en el capo de todos los capos. Por lo que nunca más he pensado en mi madre ni en nada de lo referente a la que fuera mi familia en la primera etapa de mi vida.

Los Nikov colaboraban en el negocio de armas con mi difunto padre. Cuando mi progenitor murió sus tratos se quedaron en espera, según Iván, por prudencia, querían ver de qué era capaz el nuevo capo. O lo que es lo mismo yo.

Sin embargo, yo no me trago ese cuento.

No es un secreto que los italianos me temen, no solo por ser el capo, sino por mi sangre depravada, manchada. Los rusos no son distintos, noto la desconfianza entremezclada con el desprecio al mirarme. La razón es sencilla, soy el capo de la mafia italiana, pero nací en la bratva rodeado de violencia y como canción de cuna las balas y puñales. Me crio Pavel Sokolov, mi abuelo, el máximo jerarca de la mafia roja. Por eso los italianos me temen y los rusos desconfían, porque me llaman mestizo a mis espaldas. No tienen los cojones suficientes para gritarlo en mi cara.

Cierto, soy un amestizado, mi madre es rusa, una princesa de la bratva y mi padre era un capo italiano. Yo estoy orgulloso de mi herencia sanguínea, porque la mafia roja es sangrienta, cruel y no perdona, la mafia italiana, despiadada y manipuladora. Heredé lo peor de las dos, por ende, soy el capo más joven y temido entre todas las familias italianas.

Soy Andreas Rossi Sokolov, una bestia despiadada gobernando un imperio, un demonio cruel caminando entre delincuentes.

Iván Nikov es un tonto con aires de grandeza, pero el muy imbécil cree que ha elegido el momento idóneo para retomar conmigo los acuerdos que tenía con Massimo.

Cruzamos el local, Marcelo camina a mi derecha, delante y detrás de nosotros, nuestros hombres cuidan de que nadie se nos acerque. Al fondo nos adentramos en un pasillo donde uno de los voyevikys abre una puerta y con un gesto de su cabeza nos invita a pasar. La sorpresa es que no hay ni rastro de ningún despacho, sino un acceso a unas escaleras, enfilamos los peldaños que desembocan en una planta superior desde donde se puede controlar todo el local.

Una vez arriba puedo observar a Iván repantigado en un sillón rojo brillante con una mujer casi desnuda a cada lado. Entre sus labios sujeta un puro humeante.

Su actitud de supremacía resulta molesta, porque odio a las personas que se consideran dioses y no son más que sanguijuelas. Además, si hay un dios al que venerar en esta maldita ciudad, no es un Nikov sino un Rossi hijo de perra como yo.

Iván Nikov es un inútil y lo ha demostrado en más de una ocasión, por lo que no alcanzo a comprender por qué Pavel Sokolov pakhan de la mafia rusa, famoso por su puño de acero y su falta de piedad, no se ha deshecho de este gilipollas.

La fama de sádico e impaciente siempre precedió a líder de la bratva y yo puedo dar fe que es así, no en vano es mi abuelo.

—Bienvenido, Andreas, es un honor tenerte aquí —alaba Iván y su discurso de bienvenida

suenan demasiado hipócrita.

—Pero sentaros —invita haciendo gestos a sus hombres para que despejen los sillones frente a mi primo.

Marcelo no tarda en ocupar uno y varias chicas se vuelcan en cubrir nuestros deseos desplegando todas sus atenciones. Sin embargo, yo prefiero apoyarme en la barandilla metálica y observar la pista central mientras fumo un cigarrillo. Es una falta de respeto, ignorar y darle la espalda a nuestro anfitrión, sin embargo, me importa una santa mierda.

Marcelo inicia una conversación trivial con Iván, logrando distraerlo lo suficiente para que desvíe su mirada enrojecida por las sustancias ingeridas de mi espalda.

«Mi primo siempre velando por mí, aunque no es necesario».

La provocación es premeditada porque deseo que Nikov acepte mi reto y me reclame, excusa que tomaré para abrir su cuerpo en dos de una sola estocada de mi puñal. Que haya aceptado venir a esta inútil reunión no significa que tenga intención de firmar ningún trato.

Me concentro en la pista donde la gente baila. Sudorosos ajenos a todo lo que pasa a su alrededor. De repente mis ojos se ven atraídos por una silueta enfundada en un vestido plateado que danza en mitad de un círculo de hombres, alzando las manos y cerrando extasiada los ojos por la música.

Por primera vez en mucho tiempo experimento una atracción inusual que recorre mis venas al mirarla. Desde esta distancia, no logro distinguir su rostro ni el color de su cabello, pero hay algo en ella que me intriga profundamente. Apago el cigarrillo en la barandilla y me incorporo con lentitud decidiendo si ir en busca de esa pequeña luz en la oscuridad que ha conseguido encender algo en mi interior adormecido.

Justo cuando me giro para bajar las escaleras con mis intenciones claras, me doy de bruces con Iván, el cual permanece frente a mí con dos copas en sus manos, retándome con su mirada.

Es como una garrapata y de las malas, porque si hay algo que me hastía es que intente equipararse a mi poder y mi grandeza.

—Brindemos Rossi por nuestra futura relación empresarial— proclama Iván ofreciéndome la copa.

Marcelo interviene, buscando reconducir la conversación hacia un terreno más seguro, evitando que rebane sin piedad el cuello del idiota de Nikov, porque el anhelo crece en mí sin medida conforme pasan los segundos y sigue frente a mí.

—Iván, continuemos con el tema de las rutas que comentabas— sugiere con tacto Marcelo evitando que la situación escale.

La mirada despreciativa de Nikov se clava en mí, una imagen que se graba en mi memoria.

«Esta me la guardo», repito en mente, porque ahora no tengo tiempo que perder con esta sabandija, pero no olvido.

Porque no permito ningún acto hacia mí de desprecio o molestia, mis enemigos conocen las consecuencias magnificadas ante cualquier agravio. Iván las desconoce, sin embargo, en breve conocerá, de primera mano, la ley marcial del capo de la mafia italiana.

Enfilo escaleras abajo en busca de mi presa, porque no logro borrar la imagen de la ninfa con vestido plateado que ha captado mi atención desde arriba.

Mis hombres hacen el intento de seguirme, porque es su deber, proteger mis espaldas. Elevo una de mis manos para detener su acción, porque no los necesito para lo que tengo en mente, no quiero público.

Obedecen sin rechistar, porque saben que mi palabra es la ley.

Camino entre la multitud como un cuervo en busca de su presa, y la molestia se hace presente

cuando no logro localizar a la mujer que hace un rato vi desde arriba.

«Estaré enloqueciendo, quizás mi mente me ha jugado una mala pasada e imaginé lo que no debía», cavilo mientras no dejo de examinar cada rincón del local.



Capítulo 2

Lera

Bailo sumida e hipnotizada por la música, cierro los ojos y disfruto desinhibida junto a Brenda de una de mis últimas salidas nocturnas por Los Ángeles. Pronto tengo que regresar a mi frío hogar, mi padre me lo dejó claro la última vez que hablamos por teléfono.

Es raro, pero en los dos años que llevo instalada en la ciudad he hablado más con Mariya que con él. Mariya es la mujer de mi padre, se casó con ella hace unos años, aunque llevan juntos desde que yo tenía ocho años. Mi verdadera madre murió cuando yo era demasiado pequeña para recordarla. Así que Mariya ejerció de mamá y confieso que la adoro a pesar de su fama de princesa del hielo.

Gracias a ella he tenido la oportunidad de salir de Moscú y estudiar en América, por dos años sentirme una joven normal de 23 años con la única responsabilidad de estudiar y aprobar.

El local donde nos ha traído Harry es el sitio de moda entre los universitarios, es la primera vez que yo lo piso, aunque reconozco que me gusta la música.

De repente suena una de mis canciones preferidas, Brenda y yo nos ponemos a bailar a la par dejándonos embaucar por la letra y la música. Contoneo mi cuerpo al son y cierro los ojos disfrutando.

Mientras bailo tengo la sensación de ser observada, abro los ojos y todos a nuestro alrededor están desfasando, al igual que mi amiga y yo. Sacudo la cabeza sacándome la loca idea que me ronda al sentirme inspeccionada.

Tengo un defecto, soy desconfiada, pero es de serie. Al menos es lo más destacable de mi personalidad, habiendo crecido dentro de una de las organizaciones más peligrosas y sanguinarias del mundo.

A ojos de mis compañeros universitarios y mi amiga y compañera de piso, soy Lera Morozova hija de un magnate petrolero ruso.

La realidad es más oscura y retorcida que eso.

Acaba la música y noto el sudor goteando por entre mis pechos y la parte trasera de mi nuca.

—Lera, ¿pedimos algo de beber? —pregunta Brenda acercándose a mi oreja para que la pueda oír a pesar de la música alta.

—Ve pidiendo, necesito ir al baño —informo con una amplia sonrisa en mi boca.

Sorteo a las personas que se agolpan en la pista hasta llegar al pasillo que da acceso a los lavabos. Por suerte no hay mucha gente, tan solo una joven que sale cuando yo entro.

Me doy un ligero repaso en el espejo que hay sobre el lavamanos, mi cabello es un desastre, aunque sonrío al ver que mi maquillaje está intacto a pesar del calor y el sudor. Abro el grifo para mojar mis manos y humedecer mi cuello, el ruido de la puerta, al cerrarse, provoca que mis ojos vuelen hacia el umbral.

Un hombre alto, con el cabello rasurado y varios piercings que lucen en sus orejas, cierra la puerta tras de sí corriendo el pestillo. Su mirada lasciva lanza varios avisos de alarma en mi interior.

—Creo que te has equivocado —alcanzo a decir.

La sonrisa sardónica que se dibuja en su boca arroja un escalofrío en mi cuerpo y sin preocuparme de cerrar el grifo, doy temerosa un paso atrás.

—No preciosa, llevo toda la noche observándote —pronuncia dando un paso en mi dirección.

—Hay maneras más normales de abordar una chica en una discoteca —proclamo sin perder de vista cualquier movimiento del tipo.

—No me gusta el ligoteo al uso hermosa —se jacta acercándose.

—Detente, o gritaré— digo y al minuto me siento ridícula.

Porque gritar no me servirá de nada, la música en el local lo inunda todo, así que un grito en mitad del ambiente sería como una brisa en mitad de un tornado.

Su expresión de suficiencia delata que él ha llegado a la misma conclusión que yo porque continúa con sus pasos y yo sigo retrocediendo hasta que mi espalda choca con la pared.

—No temas, nena, vamos a pasarlo en grande —amenaza con una sonrisa demasiado malvada plantada en su rostro.

—Si me tocas te vas a arrepentir —contraataco, sin embargo, mis palabras han perdido toda la seguridad.

Se lanza sobre mi cuerpo e intento esquivarlo, pero el tipo es mucho más rápido que yo y me aprisiona entre su cuerpo y la pared del baño.

Grito, pero su boca aplasta la mía, aprovechando la ocasión para meterme su húmeda lengua hasta la campanilla, provocando una arcada que sube por mi esófago. Forcejeo con todas mis fuerzas propinándole varias patadas en sus espinillas, pero su superioridad en tamaño y fuerza supera con creces la mía.

Las lágrimas se acumulan en las comisuras de mis ojos vislumbrando el posible final de esta agresión.

Crecí rodeada de hombres malos, asesinos sanguinarios, aun así, a la vez protegida por ellos como una hija más de la mafiya. Es paradójico que me cuidaran con mimo durante toda mi infancia y adolescencia y ahora fuera víctima de una agresión que me marcaría de por vida.

En mi cabeza se dibuja el terror y la impotencia es la única que no me deja rendirme. En un loco intento de que este grandullón me libere muerdo su boca con mis dientes, con fuerza, ganándome un gruñido por su parte. Por unos segundos se aparta de mí como si quemara. Acaricia con sus dedos la sangre que brota de su labio inferior.

—Zorra— sisea antes de volver a abalanzarse sobre mí.

Aprovecho para correr, pero sus dedos rodean mi garganta apretando con intensidad. Noto como me cuesta respirar y pataleo para que me suelte.

Otro intento inútil.

— ¿Interrumpo?

La voz inunda todo el lugar y a pesar de que mis ojos casi están turbios por la falta de aire, desvío los mismos para ver quién ha llegado.

«¿Mi salvador, o mi verdugo?», interroga mi mente.

Ya no tengo esperanza, porque no creo que la suerte me acompañe, lo único peor de lo que estoy viviendo en este momento sería que llegara otro tipo con ganas de abusar de mí. Si con uno me es imposible zafarme con dos ni lo intento.

Mi captor se gira para dar un repaso exhaustivo al recién llegado que a pesar del pestillo en la puerta se ha colado como un sigiloso zorro.

Mientras sigo luchando por soltarme, por conseguir que mi agresor afloje el agarre, para lograr que el aire entre en mis pulmones.

—Lárgate, estoy ocupado—sisea el tipo retirándole su atención para fijarla de nuevo en mí.

Mis uñas se clavan en sus dedos para que afloje, pero sin éxito.

Lo siguiente que mis ojos ven es el rostro más impactante que jamás he contemplado a la espalda de mi agresor. Sus ojos grises fríos como el hielo roban mi alma al segundo de clavarse en mí. Sus manos rodean con destreza el pescuezo del hombre que aún me sostiene por el cuello y con un ligero giro retumba en la estancia el crujir de los huesos de su columna.

Al segundo noto como las manos que rodean mi cuello se retiran y el tipo con los ojos apáticos cae inerte al suelo.

La sorpresa y el pánico se entremezclan en mi interior y caigo de espaldas sin que mis temblorosas piernas puedan sostenerme.

«¡Joder, mierda!», sisea mi mente, aunque no soy dada a soltar palabrotas, pero la situación lo requiere.

Mis manos en un gesto automático acarician mi cuello mientras trago con dificultad intentando recobrar el fluido normal de mi respiración.

Reconozco que debería estar en shock ante lo que mis ojos acaban de ver, no obstante, no lo estoy, tan solo un poco desconcertada. Percibo también cierta inquietud se ha instalado en la boca de mi estómago. Mis ojos siguen clavados en el hombre que se exhibe frente a mí, el mismo que acaba de cargarse a mi agresor con sus manos.

Un leve escalofrío recorre mi cuerpo al mirarlo con atención, mide unos dos metros, su cuerpo es fibroso, enfundado en un traje impoluto a juego con una camisa lila que resalta su piel cetrina. Su cabello castaño le cae ligero sobre la frente y sus ojos grises son tan intensos que te atrapan.

«Este hombre corta la respiración con solo mirarlo».

Nunca vi a alguien tan atractivo, ni que exhumara tanto peligro. Su pose recta y firme denota frialdad, pero también poder.

Para mi sorpresa extiende una mano ofreciéndome su ayuda para levantarme. A pesar de la inquietud que despierta en mí, la acepto y consigo ponerme en pie. Debería salir pitando, olvidarme de este episodio y no mirar atrás, pero por alguna razón que no comprendo me

mantengo allí parada frente a él.

«Debo lucir horrible», aborda mi mente.

—¿Estás bien? —pregunta y su voz inunda mis oídos.

Es gruesa, rasgada, con un acento extraño, no parece norte americano, me es imposible determinar su lugar nativo, lo único que tengo claro es que esa forma de hablar te envuelve como si fuera una telaraña y yo un pequeño insecto.

—Sí, gracias —contesto.

Se limita a asentir sin dejar de repasarme con sus ojos grises.

El silencio se instala en el sitio y no puedo dejar de mirarlo, sus ojos tormentosos se han vuelto más oscuros, o, quizás, son imaginaciones mías. No estoy muy segura ni de mí misma. Debería irme, aunque no logro moverme. Experimento una atracción inusual que estira de mis entrañas como si una cuerda me ligara a este desconocido.

—¿Te tocó? —pregunta.

Es imposible determinar cualquier expresión en su pétreo rostro, aun así, la pregunta consigue que mi corazón se encoja por un minuto, sintiéndome protegida.

Asiento porque las palabras no salen de mi boca.

—¿Dónde? —insiste sin moverse.

Mis manos acarician con suavidad mi boca.

El desconocido recorta la distancia que nos separa y en segundos lo tengo pegado a mi cuerpo. Su aroma especiado inunda mis fosas nasales y noto un repentino calor subiendo por mis piernas.

«Me excita y no logro entenderlo, ni siquiera lo conozco». La afirmación resuena en mi mente.

El pulgar de su mano acaricia mi labio inferior y ante el gesto mis bragas se humedecen.

«Ostras, solo una caricia y me tiene suplicando en silencio».

Mis pupilas hipnotizadas siguen su gesto.

—Mía principessa.

«¡italiano, madre mía!, su acento y la manera de dirigirse a mí como princesa me derriten en cuestión de segundos».

Su boca se acerca a la mía y sus labios acarician los míos arrancándome un suave gemido. La emisión de mi leve suspiro es el pistoletazo de salida para que ahonde su beso devorando mi boca de manera brutal. Su lengua se abre paso arrasando con cualquier barrera que se encuentra a su paso.

Un beso que asola mi alma y enciende mi cuerpo como una cerilla.

Es posesivo, abrasador, subyugante, de manera que caigo rendida a sus pies, correspondiendo a su invasión con las mismas ganas que él demuestra.

Su contacto me envuelve en llamas, experimento el calor intenso ardiendo entre mis piernas. Antes de dejarme embaucar por mi estado de autocombustión, apelo a la poca cordura que aún late en el interior de mi cabeza. Coloco mis manos en su pecho y rompo el contacto con suavidad.

Nuestras respiraciones alteradas resuenan en el interior del baño.

Le propino una mirada de arriba abajo en un loco intento de memorizar cada centímetro de él, porque nunca he visto un hombre de este calibre y creo que jamás volveré a tener la oportunidad.

—Gracias —susurro antes de salir del baño ante su rostro lleno de confusión y asombro.

Si tuviera que definir el beso compartido con este desconocido salvador sería; abrasador, porque tengo que reconocer que ese extraño que exhuma peligro por cada poro de su piel es un, moja bragas, en toda regla.

Me apresuro a enviar un mensaje a Brenda informándola de que vuelvo al apartamento en taxi,

para mí la noche de fiesta ya ha acabado. Reconozco que cualquiera en mi lugar, después de lo vivido en los baños, estaría en shock. En primer lugar, el intento de agresión del tipo de los *piercing* y, en segundo lugar, que el desconocido que está como un dios se lo cargara en un pestañeo, todo en conjunto resulta sobrecogedor y surrealista, sin nombrar el acto de besarme con el sexi de ojos grises. A pesar de los hechos no experimento ningún estado traumático más bien excitante.

Crece en el seno de la *bratva* me endureció para soportar situaciones de terror, ya que en mi mundo son algo cotidiano para mis ojos.

Me meto en el taxi y es el momento que elijo para soltar un largo suspiro soñador que provoca que el conductor me mire con ojos entornados por el retrovisor.

Hay vivencias que deben quedarse en la mente, relegadas como si fueran sueños inalcanzables o fantasías soñadoras.



Capítulo 3

Andreas

Parado en mitad del baño de señoras con un fiambre a mi izquierda tardo más de lo habitual en reaccionar. Pestañeo y sacudo mi cabeza para recuperar la compostura arrebatada por esa ninfa de ojos verdes que acaba de largarse dejándome más duro que una roca.

Minutos antes, después de buscarla con mis ojos de águila por todo el local, había decidido acercarme al lavabo como última esperanza para encontrar a la mujer que había captado mi atención desde la pista. Probé a abrir y estaba cerrado, pero mi agudo oído escuchó quejidos y una voz ronca. Mi intuición tomó el control de la situación y con la navaja que siempre llevaba en el bolsillo de mi pantalónforcé la cerradura saltando el pestillo con suavidad, mejor que un ladrón de guante blanco. La escena ante mis ojos desató mi furia, aunque la frialdad de mis movimientos tomó el control, pues, era algo innato en mí, así que como el hijo de perra que era me deshice del tipo que mantenía a la ninfa de ojos verdes sujeta por el cuello.

El resto estaba grabado en mi cerebro a fuego. Si desde la lejanía había logrado captar toda mi atención, en la proximidad consiguió subyugarme, por lo que, sin muchos preámbulos la toqué, devoré su boca como un bestia y degusté su sabor que para mi lengua resultó la mejor ambrosía.

Tanto había conseguido afectarme que se separó y se largó dándome un simple gracias ante mi inmovilidad. Ahora, después de asimilar lo que había pasado, me encuentro apretando furioso los

puños, por dejarme afectar por una bruja seductora que me tenía cabreado y empalmado, las dos cosas al mismo tiempo.

Salgo apresurado del baño y localizo a mis hombres.

—Bruno, limpia el interior. —Me limito a dar la orden para que se deshagan del cuerpo mugroso del imbécil que se atrevió a tocar a la ninfa.

De nuevo oteo todo el lugar en busca de la chica del vestido plateado y ni rastro.

—Andreas, ¿qué cojones haces? Nikov está nervioso y cabreado por tu desplante —reprocha Marcelo, alterado que acaba de llegar a mi lado.

—Invítalo a *whisky*— suelto irónico, porque el ruso es más de coca que de licor, pero omito ese detalle para no perturbar más a mi *consigliere*—. Necesito las cintas de seguridad del local.

La confusión en el rostro de Marcelo se hace presente al minuto de escuchar mis palabras.

—Andreas —sisea entre dientes—, ¿para qué quieres las cintas?

—¿Desde cuándo se cuestionan las peticiones del capo? —rebato con otra pregunta.

Mi primo da un paso a atrás y asiente sin más porque por mucha relación de familia que tengamos las órdenes del capo no se cuestionan, solo se acatan y punto.

Después de que mis hombres revisen el local junto a mí, acepto que mi ninfa se ha esfumado y el cabreo, al igual que la erección en el interior de mis pantalones, no desaparece. Inspiro calmando mis nervios porque a lo lejos diviso al idiota de Nikov acercándose junto a Marcelo.

Matarlo o degollarlo o simplemente abrirlo en canal como a un cerdo sería una buena terapia para enfriar mi ira. Aun así, no puedo desatar una guerra en su territorio, no sería coherente.

—Andreas —sisea y sus ojos están peor que antes, por lo que deduzco que va colocado como una rata.

—Iván —correspondo con frialdad—. Siento que no hayamos podido hablar, concierta una cita con mi *consigliere* para que podamos finiquitar este asunto definitivamente— informo prestándole la mínima atención para que no se convierta en un estorbo más.

Miro a mi primo para que sepa bien que hacer. Con los años nuestra comunicación se ha vuelto corporal, además de verbal.

Abandono el local junto a mis hombres mientras que mi *consigliere* acaba de concretar con Nikov.

A la mañana siguiente.

La luz del mediodía se cierne por los ventanales de mi ático, abro uno de mis ojos y la intensa iluminación martillea mi cabeza.

«No debí beber tanto anoche».

Después de salir del puto bar de los Nikov, frustrado, con un dolor de huevos que no experimentaba desde que era un adolescente, me sumergí en otro bar, en esta ocasión uno de los míos. El alcohol se convirtió en mi mejor amigo durante la noche bajo la inspección de mis hombres y las bailarinas que se afanaban por complacerme.

En un intento de alzarme de la cama, una de mis manos toca algo blando y apetitoso. Me volteo y veo un cuerpo de mujer desnudo a mi lado.

«¡Mierda! Ni siquiera recuerdo con quién he acabado la noche».

No suelo traer mujeres a mi ático y menos se quedan a dormir. Para mí son lo que son sexo ocasional y poco más.

Pero anoche era un desconocido incluso para mí mismo, empezando por el episodio protagonizado en el Hell's con mi ninfa de ojos verdes hasta mi reacción ante su contacto y su posterior huida.

Cómo el capo de todos los capos que soy, alcohol, drogas, mujeres y armas nunca me faltan. Por eso resulta tan extraño ser incapaz de sacarme de la cabeza cierta chica con vestido plateado que ha sido la protagonista de las mil fantasías que mi mente ha conjugado durante toda la noche. Y no estoy orgulloso de ello.

Logro ponerme en pie y me meto en la ducha sin preocuparme por la mujer que aún duerme. Prefiero echarla de mi casa cuando tenga mi cabeza alineada. Los chorros de agua caen sobre mi cabeza y apoyo una de mis manos en la pared de la ducha.

Por un minuto pienso en el hijo de puta de mi padre, tres años han pasado desde que la parca lo reclamara, y confieso que para mí fue quitarme un peso de encima.

Massimo Rossi fue un gran hijo de perra, por esa misma razón pasó desde su tierna juventud siendo uno de los capos más importantes de la Camorra. Todos los respetaban en la misma medida que lo temían. Porque a sanguinario y rencoroso no lo ganaba nadie.

Suerte tuve que cuando llegué al seno familiar de los Rossi tenía 16 años, si no creo que hubiera muerto a una temprana edad. Porque el capo tenía una manera peculiar de entrenar a su único hijo. Cruel, desalmado y duro como una roca, así quería que fuese su legado y para ello me expuso a mil y una penurias.

Por supuesto, las superé y a él también. Porque puedo presumir de ser el capo de toda la mafia italiana, respetado y temido por todas las familias.

Salgo de la ducha con una toalla en mi cintura y voy directo a la cocina para tomar un café. Ni siquiera me preocupo en mirar a la joven que sigue desnuda sobre mi cama.

—Buenos días, primo. —La voz gruesa de Marcelo penetra en mis oídos y el intenso dolor de cabeza se incrementa.

No me sorprende verlo sentado sobre uno de los taburetes al lado de la barra americana. Mi primo no respeta mi intimidad, no es algo nuevo, su actitud de metiche la lleva practicando años.

Ni siquiera me molesto en contestarle, la fijación de tomar un café intenso para remitir la maldita resaca gana a las ganas de contestarle como se merece.

—Veo que acabaste la noche de fiesta. —Remueve el café que se ha tomado la libertad de prepararse.

La mirada fulminante no amedrenta a mi *consiglieri*.

—No sé si ya te he dicho que das asco —prosigue rozando el límite de mi aguante.

—Cállate, Marcelo— ordeno con la mandíbula apretada— ¿Qué coño haces aquí?

—Bueno, tenemos un día movidito. Dejando de banda que Iván Nikov está cabreado y eso no es bueno, aunque ya hemos concertado una cita para final de semana. Tenemos problemas con los Romano— informa Marcelo chupando la cucharilla del café en un gesto repetitivo que provoca mi desagrado.

—¿Qué cojones pasa con los Romano? —inquiero obviando la alusión a Nikov.

No lo soporto, el ruso tiene sus días contados, así que no merece ni que ensucie mi boca con su nombre.

—Al parecer, el hijo de Romano, Leandro, está desviando cargamento— informa Marcelo.

Sus ojos fijos en mi rostro muestras su afán de permanecer atento a mi reacción, porque me conoce y si algo odio en esta mala vida es que me roben y que supongan que no voy a enterarme.

—Haremos una visita a Romano —anuncio dándome la vuelta para vestirme.

La impulsividad, a pesar de ser una de las cualidades muy marcadas en mi carácter, me la arrebataron en mi formación durante los años que el hijo de perra de Massimo se encargó de curtirme para ser su sucesor. Por lo que una vez más se diluye en mi alma las ganas de romper cualquier cosa que me encuentre a cada paso.

Me enseñó a golpes todo lo que necesitaba para sobrevivir en el mundo en el que nos movíamos, también me inculcó a golpe de bastón, a liderar, e inspirar respecto a cada paso. Es lo único que puedo agradecerle al maldito *figlio di putana* que fue mi padre y que por suerte en la actualidad estaba bajo tierra.

Atravieso el dormitorio sin mirar a la mujer que todavía permanece en mi cama, porque me fastidia que aún no se haya largado.

—Buenos días, bello.

Su voz cantarina crispa mis oídos recordándome que el alcohol no es un buen consejero, ni siquiera recuerdo nombre.

—Lárgate— siseo mientras abordo mi vestidor.

Mi expresión fiera es aliciente suficiente para que escuche sus pasos mientras desaparece. Una vez en mi intimidad suspiro intentando no evocar la imagen de cierta ninfa que me persigue, incluso despierto.



Capítulo 4

Lera

Abro un ojo y experimento los síntomas de abusar del alcohol, me agarro con dos manos la cabeza e intento incorporarme en la cama. No bebí mucho en el local, pero sí cuando llegué a casa, sola y anhelando el beso de mi salvador. Tuve la genial idea de abrir la botella de vino que Brenda trajo de casa de sus padres las últimas vacaciones para calmar la quemazón en el interior de mi cuerpo concentrado entre mis piernas.

Y ahora era víctima de una resaca mortal que me tenía noqueada por completo.

Además, el alcohol entumeció mi mente, pero no desterró de la misma a mi sexi desconocido porque mis bragas húmedas delataban los sueños eróticos que había tenido durante toda la noche.

—Buenos días, Lera. — Saluda Brenda entrando a mi habitación sin ser invitada con una frescura y ánimo que ahora mismo mataría porque fueran míos.

—No grites —siseo sin apartar la mano de mi frente.

Mi amiga arquea una de sus rubias cejas y se aproxima a mi cama con un vaso y varios analgésicos.

—Toma, bebe y calla doña gruñona— bromea acercándome el vaso.

Acato su mandamiento porque haría o tomaría cualquier cosa con tal de sentirme mejor, no como un saco de mierda.

—¿Qué te pasó anoche? — pregunta sentada en el borde de mi cama.

Brenda y yo somos amigas desde que empecé mi vida en Los Ángeles, muy amigas, pero sé que hay cosas que no puedo explicarle. Porque si decido relatar mi inusual y dantesca noche, su suspicacia le haría preguntar por qué no estoy traumada o algo, o porque no avisé a las autoridades. Son explicaciones que no puedo brindarle por lo que decido mentir, por piedad, por su propia seguridad.

Meter a la policía en mi vida sería un gran error, primero porque la bratva jamás se mezcla con las autoridades, a no ser que sea para untarlas de billetes y cerrarles la boca. Segundo, a pesar de que mi padre está en rusia, si acudo a la policía, él tardaría segundos en enterarse y enviaría por mí a su séquito de soldados para que regrese ipso facto.

—Nada, conocí a un imbécil —empiezo adornando un poco la realidad—. La verdad es que era ... Caliente— la expectación en el rostro de Brenda se hace presente —, pero resultó ser solo eso un imbécil más.

«Mentirosa», recuerda mi consciencia aguijoneándome ante mi relato.

—¿Por eso te bebiste una botella de vino entera tu solita? —pregunta Brenda.

—Sí, aunque fue una pésima idea —confieso y logro ponerme en pie con intención de ir directa a la ducha.

—Lera, las penas por tíos no se ahogan en alcohol, además, alguien que no te vea como la mujer sexi y valiosa que eres no merece la pena ni que derrames ni una lágrima por él —aconseja Brenda.

Mi amiga es una loca, sin embargo, tiene muy claro que no se rebaja ante ningún hombre, yo también, pero mi relato inventado no dice lo mismo. Desde que nos conocemos mi amiga me ha enseñado que ella disfruta de lo que le da la vida sin preocuparse por más.

—Tienes razón, lo sé —asiento.

—Pues nada, ¿quién necesita hombres existiendo los consoladores? — exclama riéndose.

Como siempre me arranca una sonrisa que aligera la intranquilidad que se ha instalado en mi interior, quizás por la resaca o no sé. La ducha y los analgésicos logran que al menos me sienta un poco persona.

Abandonamos el apartamento que compartimos Brenda y yo para ir a la universidad, por suerte hoy no teníamos clase a primera hora. Al salir, Harry nos espera en su coche junto con Mario.

—No me habías dicho que habías quedado con los chicos —reclamo en voz baja a Brenda.

—Harry, se ofreció, al parecer estaba preocupado porque te fuiste antes. Creo que le gustas —cuchichea mientras avanzamos y me guiña un ojo, yo me limito a rodar los ojos para arriba.

«Brenda en modo celestina, no por favor», vocea mi mente.

—Hola, chicas. — Saludan al unísono.

«Ni que lo tuvieran ensayado», susurra mi afilada mente.

A pesar de que nuestro apartamento no está muy lejos de la universidad, hoy agradezco que Harry nos lleve en coche, me pesan las piernas y los brazos. Salimos del coche dispuestas a cada uno seguir su camino, no estudiamos lo mismo, Harry y los chicos sí, pero no coinciden con nosotras.

—Gracias, chicos —digo y alzo la mano a modo de despedida.

—Lera, tienes un momento. —Las palabras de Harry me dejan estática sobre el césped del campus.

Brenda me abandona, no sin antes dedicarme un guiño cómplice que dispara mis nervios.

Harry se aproximan recortando la distancia que yo misma he impuesto. Es un chico atractivo, su altura junto con su cabello rubio a juego con unos intensos ojos azules resultan irresistibles

para muchas de las chicas del campus. No es que no me haya fijado en él, me resulta guapo y divertido, pero para un rollo para nada más y en estos momentos sospecho que su interés en mí es real.

—Harry, tengo clase en diez minutos —le informo y un rayo de decepción cruza sus claras pupilas.

Darle esperanzas sería un error, razón por la cual necesito que me deteste un poquito.

—Lera, verás... —titubea y me apiado de él sonriendo de manera suave—, hace tiempo que me gustas y opino que podríamos intentar algo juntos.

Cualquier chica en mi lugar saltaría de emoción envuelta en una nube de ilusión. Harry es uno de los jóvenes más populares, aun así, yo no soy una chica como el resto.

Yo Lera Morotova juego a ser una chica extranjera estudiando en este país, pero mi vida está comprometida desde hace mucho, porque mi padre así lo decidió. Por lo que alentar a Harry a algo que tiene una fecha de caducidad no resultaría justo.

Bajo la mirada a mis pies buscando las palabras adecuadas para rechazarlo y que no sea traumático. Harry encontrará a alguien adecuado para él, yo no lo soy, aunque en este momento él no lo vea de este modo.

—Harry, me siento muy alagada, pero...—me detengo al ver su expresión contrariada—, no quiero que te sientas rechazado, sin embargo, no puedo salir contigo. Mi tiempo aquí es limitado, en breve volveré a Moscú.

Suelto la bomba con la mayor empatía qué logro reunir.

—Lera, no pienses en el futuro, si no lo intentas no sabes si funcionamos juntos —insiste pasando una de sus manos por su cabello para apartarlo de su frente.

Está nervioso, ese acto lo delata.

—Harry de verdad lo siento, pero no es buena idea —insto manteniendo mi postura.

Elimina la distancia sujetando mis antebrazos con sus manos, su aliento roza mi nariz y por un momento mi traicionera mente evoca otro aliento, otro olor que me atormenta desde anoche.

—Lera, no suelo suplicar, pero dime, ¿he confundido las señales? —interroga comiéndome con la mirada.

«Alarma», avisa mi mente.

Sacudo mi cabeza para deshacerme de mis fantasías con el sexi desconocido que aún rondan mi cabeza y me concentro en rechazar a Harry de la mejor manera posible.

Mi móvil empieza a sonar y el momento se rompe, para mi suerte.

—Tengo que contestar —solicito y Harry a regañadientes se separa para darme mi espacio.

Ando un poco para separarme y contesto.

—Sí.

—Hola, *Krasivyy*.

La dulce voz de Mariya al otro lado de la línea me encoge el corazón, porque hace mucho que no hablamos y la añoro.

—Hola, Mariya. ¡Qué alegría escucharte! —exclamo emocionada.

—Cariño, a mí también me gusta hablar contigo. Aunque no te tengo muy buenas noticias —suelta con dulzura, pero a mí me desinfla como un globo.

Sospecho por donde va a ir la conversación.

—Papá, ¿no? —pregunto y mi estómago se encoge expectante a su respuesta.

—Sí, cada vez se impacienta más para que regreses, no sé cariño si podrás acabar el año —confiesa Mariya preocupada.

—Bueno, no te preocupes, lo esperaba, yo me siento satisfecha del tiempo que he podido estar

aquí — me sincero porque a pesar de que no quiero regresar a Moscú es algo que siempre he tenido presente.

Mariya convenció a mi padre para que cediera y poder estudiar fuera, pero un tiempo limitado. Él tiene sus planes para mí y yo debo acatarlos.

—Lera, yo por mi parte voy a intentar alargar tu tiempo en Los Ángeles lo máximo posible, cariño —informa y se lo agradezco en lo más profundo de mi alma.

—Gracias, Mariya.

—Lera, necesito un favor, *Krasivyy* —plantea desconcertándome un poco.

Mi madrastra nunca pide nada, es una mujer poderosa en su país, la hija del pakhan y su carácter frío y fuerte la precede para alcanzar cualquier objetivo que se proponga. Mariya Sokolov es el ejemplo para seguir, porque se erigió en la princesa de hielo en un mundo machista y patriarcal y aprendió a conseguir sus anhelos con artimañas que la han convertido en una pieza clave en la mafiya roja.

—Por supuesto, Mariya, ¿qué necesitas?

—Kirill Sokolov está en Los Ángeles. —Su afirmación cae sobre mí a modo de bomba.

Kirill Sokolov es el hijo mayor de Mariya, mi hermanastro, pero no lo vemos desde que él tenía dieciséis años. Es una larga y escabrosa historia familiar. Mariya Sokolov se casó con el capo italiano y tuvieron a Kirill, pero las dos organizaciones llegaron al acuerdo que hasta los dieciséis años se criaría en rusia al lado de su familia materna y a partir de ahí se trasladaría a Italia. El contacto con su madre o familia materna estaba prohibido. Al menos esa era la historia que siempre había corrido por los pasillos de la fortaleza que era mi hogar.

—Mariya, ¿cómo lo sabes? —pregunto curiosa.

—No importa, necesito saber que está bien, y si pudieras enviarme una foto. Lera, creo que me hago mayor y a pesar de las normas y el pacto para evitar la sangre en nuestra organización, echo de menos a mi hijo. Necesito saber que está bien solo eso.

La entiendo, porque no debió ser fácil dejarlo marchar y cortar lazos con él, yo apenas lo recuerdo y a pesar de que Mariya tuvo otro hijo, mi hermano Lev creo que nunca ha olvidado a Kirill

—Vale, pásame la dirección y le haré una visita —propongo.

—Gracias, Lera.

Entre librarme de Harry y la llamada de mi madrastra llegó tarde a clase y me gano una mirada reprobatoria del profesor. Al menos Brenda me ha guardado un sitio y ocupo el lugar a su lado.

En la sonrisa de mi amiga hayo una promesa velada que interpreto con rapidez. Brenda me va a someter a un interrogatorio digno de un detective cuando acabe la clase.



Capítulo 5

Andreas

Salvatore Romano fue amigo de mi padre, pertenece a la *nostra famiglia* desde hace mucho. La residencia habitual de los Romano, como la mayoría de los clanes italianos, está en Italia, justo en Sicilia.

En Los Ángeles tiene varios clubes que frecuenta el mayor de sus hijos, Leandro. Salimos del ático y abordamos una de las furgonetas para hacerle una visita a Leandro Romano.

A mí nadie me roba, quien se atreve a joderme lo jodo mil veces. Por lo que espero por el bien de Romano que no sean reales las acusaciones de Marcelo. Aunque mi *consiglieri* no suele darme información si no la tiene bien contrastada.

Mi primo conoce mi naturaleza, primero te abro en canal y luego escucho o reflexiono. Por esa razón siempre intenta facilitarme los datos exactos y probados.

—Andreas, revisaron las cámaras del Hell's —aborda Marcelo mientras vamos en la parte trasera de la furgoneta.

— ¿Y? —interroga alzando una de mis cejas.

—Nada, primo. Ni rastro —contesta aplicando cierto escrutinio con sus ojos tan diferentes a los míos.

Confieso que su respuesta me molesta, porque provoca que considere que quizás todo lo que sucedió anoche fue producto de mi enloquecida mente.

«No hay chica con vestido plateado»

«No hay ninfa de ojos esmeralda».

Cuando llegamos al club que gestiona la familia Romano es casi el medio día. Los hombres de la puerta nos dan paso porque conocen bien quiénes somos, a pesar de que los Romano sean los jefes del local, el puto jefe de todos soy yo.

«Nadie le niega la entrada a *Il capo di tutti di capo*».

Avanzamos y de unos de los pasillos sale la puta rubia de los Romano, Patrice. Nunca he entendido por qué estos tipos le han dado alas a una puta, ya que es lo que es. Su madre ya era la amante de Romano y sus amigos y la hija ocupó su lugar cuando su progenitora murió. Aun así, se pasea por el local como si en realidad fuera la puta ama. Le lanzo una mirada asqueada y ella me repasa con lascivia humedeciendo sus labios en un gesto que pretende erótico, aunque a mí no me lo parece, la ignoro.

Ni muerto me enrollaría con alguien así, tengo un caché. No es que no folle con putas, pero con esta ni loco.

—Bienvenidos, señores. —Saluda y se mete en su boca un chupachups de forma descarada chupándolo con sarna.

—Queremos ver a Leandro —informa mi primo serio

Por el rabillo del ojo veo cómo el menor de los Romano Fabián baja las escaleras colocado como una rata.

«¡Qué cojones les pasa a los jóvenes de la familia! Nosotros nos dedicamos a distribuir la droga, no a consumirla». Reclama mi mente.

Considero que cuando uno es el jefe no debe comportarse como el resto, por eso no pruebo la mercancía, ya tengo gente que lo haga por mí. Al parecer Salvatore Romano no hizo un buen trabajo con estos chicos, uno ladrón y el otro yonqui.

—Leandro no está— se apresura a contestar Patrice y sé que dice la verdad, aunque el temor baila en sus pupilas.

— ¿Dónde está? —insiste Marcelo.

—Y yo qué sé— contesta arrogante la rubia.

«Tiene una hostia en toda la cara, la puta esta va de jefa. Si continúa con la actitud, le voy a bajar los humos a punta de pistola».

—Que venga Fabian, contigo no hay nada que hablar —irrumpo con un tono tan gélido que podría congelar, el puto desierto.

La joven da un pequeño respingo al escuchar mi voz y voltea sus ojos a la derecha donde está el susodicho que apenas puede andar.

—Fabian, está indispuerto —aclarar.

— ¡Me importa una mierda! —exclamo y alzo una de mis manos a mis hombres para que lo traigan a rastras.

Igualito que un perro, Fabián es arrastrado por mis soldados frente a mí, lo dejan caer en el suelo justo a los pies de la puta que sigue jugueteando con el caramelo en su boca.

Los hombres de Romano ni se inmutan, conocen bien las normas, nadie se enfrenta al capo ni a sus hombres.

«Como tiene que ser»

—Fabian, ¿dónde cojones está tu hermano? —pregunto, aunque lo que realmente me insta hacer es abrirlo en canal desde la garganta al estómago con mi cuchillo afilado.

Controlo mis instintos asesinos.

—Leandro fue a visitar a padre —dice balbuceando y por un momento sus ojos vidriosos se

clavan en mí.

Salvatore Romano tiene su residencia habitual en Sorrento, Italia, desde allí controla sus negocios, en raras ocasiones abandona su palacete. Que Leandro corra a los brazos de papá significa que el muy *cabrone* me ha robado, no necesito más pruebas.

Las ganas de prender fuego a todo lo que me rodea crecen por segundos, miro a Marcelo y no necesito más para darme la vuelta y abandonar el sitio. Atravieso la salida dejando atrás a algunos de mis hombres, ellos se encargan de clausurar el local, de momento los Romano no van a seguir con la actividad.

—Marcelo —grito sin girarme para que mi primo se coloque a mi lado.

Coloco mis gafas de aviador y entro a la furgoneta.

—Y ahora, ¿qué? —pregunta Marcelo esperando la próxima orden.

—Ahora empieza la fiesta. Reúne a un grupo de hombres que limpien el local, a la puta de Patrice ponla a trabajar duro en otro de nuestros clubes y a Fabian ponlo detrás de la barra, si no cumple, pégale un tiro —explico dando las indicaciones.

—¿Y Leandro?

—Avisa a nuestros hombres que mantengan vigilado el palacete de Sorrento, en breve le haremos una visita a Salvatore —pronuncio.

La desconfianza forma parte de mi carácter, y no sería Andreas Rossi el capo de todos los capos si no controlara todos los puntos que cualquiera puede agrietar y penetrar para robarme el cetro de poder de la organización. Salvatore es un viejo, pero no iluso, conoce bien el funcionamiento de la mafia, no es solo una organización, es una forma de vida. Nacemos para y por la mafia, la *famiglia* es lo más importante, se encuentra en el principio de esta pirámide de poder.

Sé que el viejo va a montar una pataleta cuando se entere de que le he clausurado unos de sus locales más rentables, sonrío ante la imagen que conjuga mi mente.

—Lombardi ha llamado. —Marcelo cambia la conversación introduciendo con sutileza un tema que provoca que me duela la cabeza.

—No me interesa —gruño ignorándolo.

—Tu padre y él tenían un acuerdo, exige que lo cumplas —insiste Marcelo.

—Yo no soy mi padre y a mí nadie me exige, Marcelo. Dile a Lombardi que cese con el asunto del matrimonio, no pienso casarme con la idiota de su hija ni con ninguna otra —contesto enervado.

El asunto de que todas las *famiglie* intenten que contraiga matrimonio con sus princesas adoradas, me toca las pelotas, ni lo considero ni lo acepto, soy el capo de todos y nadie va a obligarme a cargar con una puta mujer el resto de mis días.

No creo en el santo vínculo, me lo paso por los cojones, mis progenitores son el claro ejemplo que los matrimonios concertados son la mierda más grande del mundo. Además, no necesito casarme para andar bien servido, follo cuando y con quien quiero.

—Andreas como líder tienes obligaciones —aborda Marcelo con tono suave, me conoce y no desea verme en modo intransigente—. Casarte y tener descendencia es una de ellas.

Marcelo parece la voz del sentido común, y consigue molestarme.

—Cásate tú y nombraré a tus hijos mis herederos —propongo con sarcasmo demostrando que soy un hijo de puta.

—No seas cabrón, aunque Chiara Lombardi es un caramelito, paso de la vida marital, aguantar una mujer todos los días por tener la cama caliente, no gracias —rebate Marcelo soplando.

La furgoneta se detiene justo delante del edificio de mi ático y bajo con decisión, pero mis pies

se quedan pegados al asfalto al ver parada a mi izquierda a mi ninfa de ojos verdes.

«Joder, mi cabeza me está jugando una mala pasada», vocea mi mente.

Mis ojos se clavan en la figura con falda tejana y jersey rojo que permanece de pie mirándome con fijación como si tampoco diera crédito a lo que ve. Su cabello castaño oscuro lo lleva recogido y unos mechones rebeldes bailotean en su frente.

Mi reacción corporal es inmediata, me pongo duro solo de verla. Sacudo con suavidad la cabeza para comprobar que no sea producto de mi imaginación, sin embargo, sigue allí parada, no se ha movido ni un ápice.



Capítulo 6

Lera

Al finalizar la última clase me apresuro a abandonar el campus, mi intención es evitar a Harry y por supuesto a Brenda, aunque esto último en casa resultará imposible. Decido tomar un taxi hasta nuestro apartamento, una ducha rápida, me visto con algo cómodo y compruebo antes de salir la dirección que Mariya me ha enviado al móvil.

Mientras miro la pantalla de móvil, valoro la petición de mi madrastra para visitar a Kirill Sokolov. Resultaba extraño que a pesar de la prohibición de mantener el contacto con el primogénito de la hija del pakhan, ella misma me solicitara que lo buscara.

En mi cabeza contaba con pocos recuerdos del niño que fue Kirill, cuando yo llegué a la mansión de los Sokolov yo tenía ocho años y Kirill catorce, para él era más un incordio que lo seguía a todas partes que una hermana. Me esforcé en recordar su rostro mientras me metía en un taxi, misión imposible, al parecer mi cerebro había olvidado demasiado rápido a ese preadolescente gruñón que deshacía mis trenzas a conciencia para provocar mi enfado.

La dirección que me ha dado Mariya no está muy alejada de mi residencia, aunque por lo que sé es uno de los barrios exclusivos de Los Ángeles, sonrío porque no esperaba menos de Kirill, es millonario, y líder de la mafia italiana.

Pago la carrera al taxista dedicándole una sonrisa amable que él corresponde y me bajo. Mis ojos verifican el número y veo una portería enorme donde un hombre con uniforme hace de guardián. Es habitual que en este tipo de edificios de lujo haya portero o recepcionista, por lo que

no me sorprende. Beverly Hills es una de las zonas más ostentosas de Los Ángeles, no esperaba menos del poderoso Kirill Sokolov. No manejo mucha información sobre mi hermanastro, lo único que sé con seguridad es que pertenece a la familia italiana del crimen organizado.

Camino despacio y froto nerviosa mis manos, porque la inquietud me embarga al imaginarme el encuentro con mi hermanastro. Ni siquiera cuento con la seguridad de que me recuerde, en el peor de los casos me echará a patadas al verme.

Mientras me decido a aproximarme a la entrada, una furgoneta negra con cristales tintados se detiene frente a la puerta. De su interior salen cinco hombres trajeados con gafas oscuras en sus ojos, devoro la escena inmóvil. Sin perder ni un detalle observo como los individuos se colocan de manera estratégica antes de que salga, el que supongo es el jefe, alguien importante, por el despliegue que acaban de exponer los cinco hombres.

Primero veo cómo salen sus piernas y lo recorro de arriba abajo, de abajo a arriba, hasta centrarme en su rostro. Su cabello es castaño, piel cetrina y sus ojos, cubiertos por unas gafas de aviador. No necesito verlos, conozco de qué color son, lo comprobé anoche en la discoteca.

El destino me la tiene jurada, porque de nuevo me encuentro frente a mi salvador, él moja bragas, la tentación en forma de hombre con traje oscuro, exhumando poder y peligro por cada poro de su piel.

«¿Qué posibilidades había de volvernos a encontrar en una ciudad como Los Ángeles? Una entre un millón, pues bingo, yo pertenezco a ese uno por ciento».

Mi cuerpo permanece quieto igual que una estatua en mitad de un parque, mis pies parecen mimetizados con el asfalto y una gota de sudor cae de mi cuero cabelludo hacia mi nuca.

Ruego en silencio para pasar desapercibida, para que desaparezca sin verme, es inútil, su rostro se gira hacia mí y aunque no puedo comprobarlo sus ojos se hunden en mí.

«Maldita mi suerte», sisea mi mente.

Con elegancia, ayudado por una de sus manos, desliza sus gafas por el puente de su nariz.

La sorpresa bailotea en sus ojos de mercurio líquido, y calienta mi pecho. La forma de mirarme es abrasadora y cada célula que compone mi cuerpo arde en deseos de que no cese su atención en mí.

Da un paso hacia mí y mi cerebro me insta a moverme, me ignora, mis extremidades no obedecen las órdenes de mi cabeza.

Su séquito de seguridad acompaña sus movimientos, al percatarse alza una de sus manos para detener los movimientos de los cinco gorilas que lo protegen.

Es alguien importante, su traje caro, el vehículo y la seguridad hablan por sí solos, pero en mi cabeza resuena el eco de otra sospecha aún más peligrosa.

Alguien que mata a un hombre con sus propias manos, de forma fría y cruel en los baños de un local, no es solo un millonario excéntrico, sino alguien letal y amenazador.

—Ninfa —susurra con esa voz áspera que activa cada fibra de mi ser. —, nos encontramos de nuevo.

Mi mente permanece en blanco, no es capaz de conjugar ninguna frase. Obnubilada, hipnotizada por cada movimiento, por cada gesto en su rostro esculpido por líneas firmes. Se ha deshecho de sus gafas y sus ojos atraviesan mi alma como puñales.

No soy capaz de romper le contacto visual, voy a caer a sus pies suplicante para que haga conmigo lo que quiera. No comprendo lo que me pasa, sin embargo, está claro que su aura hechicera anula mi voluntad.

—Sí, toda una casualidad-logro decir sin que mi voz tiemble, mi cuerpo sí lo hace y aprieto los músculos para que él no note mi nerviosismo.

Una sonrisa torcida se dibuja en su boca y estoy a punto de morir de un paro cardíaco al contemplar sus blancos y alineados dientes.

«Que no sonría, por favor».

Su aura atrayente se intensifica cuando las comisuras de su boca se tensan esbozando una sonrisa, convirtiéndolo en un Dios, uno que promete anhelos y gemidos entre sábanas de seda.

—Anoche, desapareciste como un fantasma —reprocha con suavidad y recorta un paso la distancia que nos separa.

«Yo supuse que jamás lo volvería a ver, hui, sí, lo sé, lo reconozco porque el miedo a caer en su embrujo después de cómo me besó activó todas las células de autodefensa de mi cuerpo». Es la verdad profunda, aunque no puedo confesárselo, sería una condena a sus brazos anunciada.

No cuento con el tiempo de complicarme con una relación que sospecho se haría la dueña de mi alma y de mi cuerpo. No debo olvidar que esta vida no me pertenece, por el contrario, estoy de paso. En cualquier momento mi padre me obligará a regresar a mi país y lo que tengo claro es que no regresaré a Moscú con un corazón roto por amor ni nada que se le parezca.

—No sin antes darte las gracias— contesto al fin alzando mi barbilla orgullosa.

—Bueno, déjame invitarte a una copa en mi casa, así quizás olvide que me dejaste plantado en un asqueroso baño de una discoteca. — Sus palabras no suenan a reproche, aunque en sus ojos veo por un segundo un rayo de ira que se apresura a esconder.

—Lo siento, tengo que hacer una visita. En otro momento— me disculpo y consigo retomar mi camino hacia la entrada del edificio.

Al pasar por su lado percibo como suelta el aire entre sus dientes, parece molesto, evito que mis ojos se crucen con los suyos y sigo avanzando. Casi he sobrepasado su cuerpo cuando sus dedos se hunden en mi antebrazo desnudo.

—La paciencia no es una de mis virtudes, ninfa —sisea.

Su gesto me obliga a elevar mi mirada estrechando mis párpados para fulminarlo.

—No te debo nada, ni siquiera te conozco. Las gracias por salvarme de un cerdo asqueroso ya te las di anoche. Ahora, si me disculpas, tengo prisa —rebato, furiosa.

Una cosa es que este tipo aturda todos mis sentidos y otra que me tome por tonta. Su agarre se afloja y logro proseguir mi camino.

—Buenos días. —Saludo al conserje que me inspecciona con minuciosa atención.

—Buenos días, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

—Necesito visitar al señor Sokolov —solicito acompañando mi petición con una sonrisa de oreja a oreja.

La amabilidad y simpatía abren muchas puertas, por eso suelo utilizar mi encanto y así conseguir mis propósitos. La cara del conserje muestra contrariedad y observo que su mirada vuela a mi espalda.

—Martins, no te preocupes, yo acompaño a la señorita al piso del señor Sokolov. —La voz de mi salvador resuena a mi espalda y mis músculos se tensan.

—De acuerdo, señor— asiente el conserje.

No me otorga la oportunidad de negarme porque coloca una de sus manos en mi zona lumbar, instándome a caminar a su lado hacia el interior del edificio, salvaguardados por su equipo de seguridad. Atravesamos el recibidor en dirección a las puertas metálicas de los ascensores.

—No necesito que me acompañes —me quejo justo en el momento en el que entramos al habitáculo.

—Para mí es todo un placer, ninfa —anuncia sin soltarme.

El calor que provoca en mi piel, a pesar de la ropa, justo en la zona en que las yemas de sus

dedos presionan con suavidad, me está matando. Junto mis piernas y tenso cada fibra de mi ser inhibiendo la calentura que desata este hombre con su proximidad.

Nunca experimenté tanta sensibilidad hacia nadie, jamás un hombre o un chico me ha encendido con solo un simple roce de sus ojos, sin embargo, el individuo de ojos grises y perfume almizclado se mete en mi piel y en mis sentidos a la velocidad de un rayo.

Llegamos a la quinta planta y las puertas se abren, su equipo de seguridad aborda el pasillo antes que nosotros asegurando la zona. Él es importante, su seguridad lo es, las acciones de sus hombres dicen mucho sobre eso.

Salimos y caminamos hacia la puerta del final, los nervios logran que frote de nuevo mis manos.

«¿Qué le voy a decir a mi hermano? Por si no fuera suficiente arriesgado presentarme en su casa sin avisar, ahora hay que sumarle que voy acompañada por cinco gorilas y un extraño o quizás no. A lo mejor, con la suerte que arrastro, se conocen y son vecinos».

Uno de los hombres de seguridad abre la puerta y yo no puedo evitar mirar a mi acompañante con el interrogante dibujado en mi cara.

—Adelante —se limita a decir con una maquiavélica mirada.

—No pienso entrar en tu casa, vengo a ver a otra persona. Así que te salió más el plan — reprocho girándome.

No consigo dar dos pasos seguidos cuando su mano agarra mi brazo instándome a girar mi cuerpo sobre mis pies. Nuestros cuerpos chocan ante el brusco movimiento y exhalo el aire en su rostro. Su mirada sería capaz de derretir el polo norte, las llamas del fuego de la ira y algo más bailotean en sus pupilas y atrapa mis ojos, volviéndome incapaz de apartar la mirada.

—Basta de jueguitos, ninfa. Te dije que entres y es lo que vas a hacer— gruñe y las alarmas de peligro se disparan en mi cabeza.

La proximidad de su boca despierta anhelos despiadados en mi interior.

«Sería tan fácil acercar mi boca tan solo unos segundos y besar. ¡No!», sacudo la cabeza para desterrar esos pensamientos.



Capítulo 7

Andreas

Al parecer mi ninfa tenía un carácter explosivo, después de rechazarme con un arte digno de una reina se había dirigido a Martins buscando al señor Sokolov. Al principio me descoloca oír mi apellido ruso en sus labios, aunque también me la pone dura. Esta mujer tiene el don de endurecerme con cada acción.

Me ofrezco a acompañarla hasta mi propia casa, decidido a averiguar el motivo por el cual mi ninfa de ojos esmeralda me busca. Hurgo en mi mente cualquier detalle que haya pasado por alto sin éxito porque me ratifico que en el local de Nikov fue la primera vez que nos tropezamos. Ella tampoco parecía conocerme, como Sokolov.

Cuento con la determinación de descubrir porque mi hechicera de ojos esmeralda me busca y además mis intenciones son claras, no permitiré que se escape como en la discoteca. La anticipación que mi mente crea en mi cerebro imaginando las formas en las que voy a devorarla activan más si es posible mi dura erección que empieza a ser molesta en el interior de mis pantalones.

La boca la noto seca de tanto desearla, porque lejos de apagar mi interés, mi ninfa enaltece mis ganas a cada momento.

La obligo a que cruce el umbral de mi puerta después de advertirla que no soy un hombre de juegos. Mi equipo de seguridad se queda fuera y Marcelo hace rato que se perdió de mi vista. Mi

primo es bueno interpretando, así que cuando me quedé como un tonto asombrado en la calle dio por sentado que la mujer que llevo intentando encontrar desde anoche había venido a mí de forma imprevista.

—Siéntate— ordeno y mi voz suena más osca de lo que pretendo.

«A la mierda no voy a desplegar mi encanto para llevarla a mi cama, ya me ha hecho bailar a su alrededor como un perrito faldero, suficiente por el momento».

—No gracias —rebate frunciendo sus labios molesta.

—¿Por qué buscas a Sokolov? —pregunto directo al grano.

—No te importa. No somos amigos, no me conoces. ¿Por qué debería darte explicaciones? —anuncia altiva.

Adopta una pose de mujer orgullosa que lejos de provocar que me desconcierte, lo único que ocasiona es que incite a mi parte más sádica a someterla a mis deseos de forma cruel, como estoy acostumbrado.

—¿Quieres que te enumere las razones por las que debes explicarte? O te muestro lo que te pasara si no lo haces— amenazo, levantando una de mis cejas.

Sus ojos se desvían buscando una salida, porque sus alertas de protección se han activado con mis palabras.

—No hay salida, ninfa— asevero con una malévola sonrisa.

—No me llames ninfa, y deja esta actitud de gánster o malote o lo que sea que no me impresionas —ataca colocando sus manos en su cintura.

Maravillado, y excitado así me tiene esta maldita hechicera y mi paciencia, una que no tengo está alcanzado límites, porque no veo la hora de tumbarla sobre la cama para devorarle ese cuerpo sexi que me tienta a cada segundo.

—Recuerda que no sé tu nombre —apunto.

—Mi nombre es Lera Morotova y exijo que me dejes salir para poder saludar a mi hermano Kirill Sokolov.

«No puede ser», coloco dos dedos de mi mano sobre el puente de mi nariz mientras asimilo la proclamación que acaba de salir de su garganta.

Viejas heridas y una realidad que lleva enterrada diez años brotan en mi cabeza como una cascada con un caudal enorme. Pensar en mi vida antes de los dieciséis ha sido una prohibición que me impuse yo mismo cuando crucé el umbral de Massimo Rossi. Porque, aunque mi padre me informó que mi familia rusa a partir de ese momento estaba muerta para mí. No lo hice por respetar sus órdenes o deseos, sino por proteger mi mente, ni siquiera mi alma esa ya estaba perdida desde siempre. Por esa razón borré cada recuerdo de mi madre, de mi abuelo y de la nueva familia que formo mi madre a expensas de Rossi.

Ahora, diez años después, tenía parada frente a mí a Lera Morotova, mi hermanastra, la pequeña niña que conocí con catorce años que corría detrás de mí como un molesto perrillo. Y para más inri esa niña y mi ninfa hechicera resultan ser la misma persona.

La miro con intensidad y la ira explota en mí, porque el destino es un grandísimo *figlio di putana* y porque odio que sea quien dice ser. Doy dos zancadas y coloco mis dedos alrededor de su cuello.

—Si lo llego a saber, hubiera dejado al capullo de los baños que hiciera contigo lo que pretendía— siseo cargado de odio y enfado que se mezclan con la intensidad de mi excitación.

Porque ni siquiera saber que es mi hermanastra, apaga este fuego inmenso que, amenaza con consumirme. Porque el odio y las ganas de matarla se entrecruzan con las ganas de follarla.

—Suéltame —exige y su voz suena ronca por mi agarre.

—Quiero que te largues de aquí. No he pedido verte, para mí tú y los tuyos estáis muertos desde hace diez años. Así que márchate y procura no cruzarte en el camino de Andreas Kirill Rossi Sokolov. — advierto y la suelto con demasiada brusquedad.

Lera trastabilla y está a punto de caerse de culo mientras sus ojos se hunden en mí con sorpresa.

—Eres tú...— susurra acariciando su cuello magullado por mis dedos.

—Lárgate —grito fuera de mí, enajenado por no confiar en mi carácter porque me pican los dedos de las ganas de sacar mi glock y dispararle a esta bruja de ojos esmeralda que ha resultado ser un fiasco.

Lera se gira y corre hacia la puerta obedeciendo mi orden de largarse.

Escucho el fuerte portazo que da al salir y entonces es cuando me permito el lujo de explotar toda la ira acumulada. Alzo la mesa de delante del sillón y la estrello contra la cristalera del salón que da al balcón, esta se rompe en mil pedazos ante mis ojos.

Mis hombres alertados por el ruido irrumpen en la habitación con sus armas preparadas para erradicar cualquier amenaza, basta una funesta mirada por mi parte para que abandonen el piso.

«¿Por qué no lo vi venir?», machaca mi mente.

Porque me he comportado como un verdadero animal en celo desde que mi atención se posó en Lera, obnubilado por su hechizo, no analicé ni comprobé nada de esa mujer. Mi afán por poseerla, por deshacerme de las intensas ganas de profanar su cuerpo, me cegaron. Y ahora me encuentro prácticamente en shock al descubrir que el centro de mi deseo es la hijastra de la princesa de la mafiya roja, o lo que es lo mismo de mi madre.

El descubrimiento consigue que esté demasiado alterado, descontrolado, con las ansias que desata y sobre todo frustrado porque mis ganas de follarla no han desaparecido a pesar de saber quién es. Un dato que me martiriza.

La puerta del piso se abre y aparece mi inoportuno primo y *consiglieri*, Marcelo.

—Andreas.

—Prepara todo, vamos a hacerle una visita Romano— proclamo con rotundidad.

Marcelo asiente sacando su móvil para dar las órdenes precisas.

Salvatore Romano y su familia van a pagar toda la frustración que mi maldita bruja ha generado en mí.

—Marcelo, encárgate de avisar a Martins, no quiero que volver a ver a esa mujer, tiene prohibida la entrada al edificio— menciono antes de que mi primo abandone el lugar.

Marcelo asiente y permanece contenido sin formular ninguna de las preguntas que se enuncian en su rostro. Mi primo me conoce demasiado bien para ser prudente con el humor negro que ahora mismo exhuma mi persona.



Capítulo 8

Lera

Salgo pitando del edificio con las lágrimas contenidas en mis ojos, ni siquiera me despido del conserje que me mira desconcertado. Para el primer taxi que veo y me introduzco en el interior del vehículo. Necesito llegar a mi apartamento para encerrarme en mi habitación y romper el llanto que se acumula en mi garganta en forma de un nudo que me dificulta respirar con normalidad.

Mi cabeza es como una gran olla a presión, una y otra vez repaso todo lo sucedido en este día de mierda. Descubrir que el desconocido que me salvó en el bar, ese hombre que altera cada fibra de mi cuerpo, es mi hermanastro, Kirill Sokolov ha provocado una supernova en mi cerebro.

En definitiva, el destino es un tipo cruel que ha decidido complicar mi existencia.

Repaso en mi cabeza a Kirill, su pelo castaño no, pero sus ojos, esos tan grises como las brumas, debía haberme dado cuenta, ese rasgo es típico en los Sokolov mi madrastra tiene los mismos ojos y mi abuelo también, la única diferencia es que ellos tienen el cabello negro como el pelaje de un cuervo y Kirill no.

Mi hermanastro se ha convertido en un hombre cruel, despiadado, lo he visto en cuanto sus dedos han rodeado mi cuello con un odio desmedido, causándome dolor no solo físico sino emocional. Mariya estaría orgullosa de él si lo viera, porque la princesa del hielo a su lado se queda en mantilla.

Atravieso la puerta de mi apartamento andando con lentitud, experimento la sensación de arrastrar unos grilletes pesados en ellas.

—Lera, ¿dónde estabas? —percibo preocupación en la voz cantarina de Brenda y es el detonante para que las lágrimas que he reprimido durante el trayecto se derramen por mis ojos.

—¿Qué sucede? —pregunta alarmada estrechándose entre sus brazos.

Incapaz de hablar dejo que me abrace y me sumerjo en un llanto agonizante para sacar todas las emociones del día.

Brenda prepara una tila que me bebo en cuestión de segundos, un poco más calmada, repantigada en el sofá, me deleito con el líquido humeante que sale de la taza que sujeto entre las manos. Mi amiga espera sentada en la alfombra frente a mí, dándome espacio suficiente para que retome fuerzas y le explique lo que en realidad ha sucedido.

Valoro en mi mente la versión que le brindaré a Brenda, no puedo explicarle la verdad, necesitaría dar ciertos detalles que mi amiga no debe saber en ninguna circunstancia, porque sería colocarle una gran diana sobre su frente. La mafia y sus asuntos se quedan dentro de sus perímetros, por lo que necesito inventar una versión creíble para mi suspicaz amiga.

—¿Mejor? —se interesa Brenda, atenta a mis reacciones.

Mi mente es un torbellino de pensamientos, la desolación poco a poco va dejando camino al enfado, a la ira por cómo me ha tratado mi hermano.

«Es un capullo despiadado, no debería importarme», recalco en mi conciencia.

—Sí, gracias por la tila —contesto y esbozo una suave sonrisa de agradecimiento.

—Señorita, tienes mucho que explicar —increpa guiñándome un ojo para que suene irónico, no a modo de regañina.

—Lo sé. ¿Recuerdas al tipo de la discoteca, al que te dije que encontré? —comienzo mi relato improvisado.

Brenda asiente.

—Pues resulta que lo encontré o me encontró, no sabría decir muy bien el orden. Y resulta que es más capullo aún de lo que imaginé —relato sin aportar muchos detalles.

Un buen mentiroso no adorna, ni utiliza demasiadas florituras en sus relatos inventados, porque hacerlo supondría dar opciones al oyente para detectar la mentira a leguas.

—Te dije que te olvidaras de ese tipo, los hombres solo sirven para darte placer durante segundos y punto. Deberías concentrarte en Harry— recomienda Brenda aplicando su pragmatismo habitual.

La mención de nuestro amigo desata cierta inquietud en mi alma, porque Brenda aún no sabe que lo rechacé de un plumazo.

—Rechacé a Harry —confieso al fin mordiendo mi labio inferior apenada, porque sé que mi amiga no estará de acuerdo con mis acciones.

—¡Estás loca, Lera! —exclama Brenda sorprendida—. Harry es el chico más popular de campus, además está buenísimo, no entiendo tu negativa, creí que te gustaba.

—No puedo dar esperanzas a nadie, Brenda. Mi hogar no es este, lo sabes, no sé cuánto tiempo más estaré aquí— declaro, Brenda sabe que mi casa se encuentra en Moscú y que mi padre me concedió estudiar un tiempo en América.

—No seas tonta, Lera. Tu padre no te hará regresar a mitad de curso. Además, debes aprender a improvisar, a dejarte llevar. Eres demasiado comedida amiga, y te estás perdiendo muchas emociones —aconseja Brenda.

Mi amiga lleva razón, siempre hago lo que esperan de mí, pero es que mi educación se ha basado en esas reglas durante años. Las hijas de la mafia son educadas para acatar los deseos de

su familia, apartando los suyos propios. Mi vida está planificada desde mucho antes que aprendiera a andar, el resto son simples detalles que atesoraré en mi memoria. Lo que yo quiera o anhele no consta de ningún valor.

—Me educaron así, Brenda, es difícil cambiar, dejarse llevar—declaro.

—Pues tendrás que esforzarte, Lera —rebate Brenda—, y ahora prepárate para una sesión de helado y manta con películas lacrimógenas. Después de hoy no quiero volver a escuchar hablar de ese cabronazo que te rechazó. Él se lo pierde porque eres una joya demasiado valiosa para él —proclama Brenda animándose.

Agradezco contar con una compañera de piso y amiga como Brenda, porque su optimismo y alegría se contagian consiguiendo que por unos momentos deje de pensar en el idiota a de Andreas Kirill Rossi Sokolov.

Por suerte nuestros caminos no se volverán a cruzar, más tarde valoraré que explicar a mi madrastra cuando me pregunte por mi visita a mi “adorado hermano”.

Pasamos el resto de la tarde viendo *Culpa mía*, una nefasta elección porque los protagonistas son hermanastros, y logra que el mío vuelva a confabularse en mi mente. Pero guardo silencio ante mí emocionada amiga.

Gracias a la infusión relajante que Brenda me obligo a tomar antes de acostarme, me levanto a la mañana siguiente fresca como una rosa. La verdad es que si no dudo mucho que hubiese dormido. Porque nada más poner un pie en el suelo, el torrente de imágenes del día anterior fluye en mi cabeza causándome un suave pinchazo en el entrecejo.

«Deja de pensar, es el capullo de tu hermano», reprende mi cabeza.

Me ducho y me visto, enciendo la cafetera para que Brenda tenga su dosis de cafeína lista al levantarse, es más remolona que yo a la hora de despertarse. Pero tenemos clase, así que en breve aparecerá por la puerta de su habitación.

Así sucede, la maraña de su pelo rubio y su pijama aún puesto, la delata.

—Se te han pegado las sábanas —comento, divertida, mientras acerco la taza de café a mis labios.

—Ufff, estoy valorando la posibilidad de saltarme la clase del profesor Andrews —dice de soslayo sirviéndose su dosis de café.

—Ni lo sueñes, Brenda. Ya vas justa en la asignatura, no te recomiendo una falta— regaño.

Mis palabras surten efecto y mi amiga se arregla en un plis plas para ir juntas al campus.

De camino suena mi móvil, lo saco de mi bolso y veo la llamada entrante de mi madrastra.

—¿No lo coges? — pregunta Brenda con curiosidad.

—No, es mi madrastra, luego hablaré con ella con más tranquilidad— justifico mintiendo de nuevo.

«De aquí a que finalice la semana seré una mentirosa compulsiva».

—Madrastra, por Dios Lera, cada vez me convenzo más que saliste de un cuento mágico — bromea Brenda.

—Mariya no es como en los cuentos, sino una madre de verdad— objeto, porque la imagen que se debe estar formando Brenda en su cabeza me disgusta, prefiero aclararlo.

— ¿No conociste a tu madre? —se interesa.

—No, murió cuando yo era demasiado pequeña.

Reconozco que la palabra madrastra, gracias a *Blancanieves*, posee unas connotaciones nefastas, pero no es mi caso. No conocí a mi madre y Mariya siempre me ha tratado como su hija.

Por suerte Brenda no sigue ahondando en mi familia, así que evito mentir de nuevo.



Capítulo 9

Andreas

Paso el tiempo que dura el vuelo durmiendo, más bien fingiendo que duermo bajo mis gafas de sol que ayudan a camuflar mis ojos entornados. No quiero preguntas incómodas, todavía me dura la ira de ayer, necesité varias botellas de *whisky* en mi sistema y una sesión de sexo desenfrenado con Malena y Beca, dos amigas de las que mantengo el contacto en mi teléfono para situaciones extremas donde necesito sexo sin compromiso, y sin tener que lidiar con el día de después. Ellas ya saben cómo funciona conmigo, así que no hay riesgo de ilusiones rotas. La frustración desapareció durante un rato, esta misma mañana al levantarme resurgió como un gran grano en mi trasero.

Que mi ninfa de ojos esmeralda hubiera resultado ser Lera Morotova era una puta casualidad. Y lo peor es que mi cuerpo continúa reaccionando de forma poco fraternal ante la que es mi hermanastra.

—Sé que no duermes— La voz de mi primo se cuela en mis oídos.

«*Cabrone*», sisea mi mente.

No contesto, lo mismo se aburre, aunque mi *consigliere* es experto en tocarme las pelotas con sus comentarios.

—¿Vas a explicarme qué sucedió con tu chica misteriosa? Me hiciste mover cielo y tierra para

encontrarla para que luego aparezca en la puerta de tu casa — insiste Marcelo.

Emito un gruñido para que se dé por vencido.

—Y no solo eso, sino que minutos después de meterla en tu *ático* sale despavorida como si hubiera visto al demonio más vil del infierno.

—No vas a parar, ¿no?

—No.

—Resultó que no estaba tan buena como recordaba— contesto para sacármelo de encima.

«Odio sus preguntas a modo de interrogatorio».

No doy explicaciones, soy el puto capo de la mafia, pero ese dato mi primo siempre consigue pasarlo por alto.

—Por lo que vi, estaba realmente muy buena. Si no te interesa, quizás a mí sí —Sus palabras son como dardos que se clavan directos en mi pecho, encendiendo un sentimiento desconocido para mí al imaginarme a Marcelo con Lera.

Me abalanzo sobre la butaca que ocupa mi *consiglieri* y lo agarro de la corbata apretando.

—¿Qué cojones haces? —gruñe asombrado por mi acción desmesurada.

—No la tocas, no la miras, la olvidas y punto— la amenaza sale de mi boca escapándose de entre mis dientes apretados.

—Joder, Andreas, suéltame, era una broma— se justifica Marcelo.

Me separo y mi primo tose con delicadeza para recuperarse de mi agarre, quizás apreté un poco más de la cuenta.

—Olvida que la viste— sentencio dando por acabada la conversación.

Ni siquiera voy a desvelar su identidad, porque Lera Morotova no se cruzará más en nuestro camino, yo me olvidaré de que la vi y también Marcelo. La realidad en mi cabeza es otra diferente, porque la evoca con demasiada asiduidad.

Aterrizamos en el aeropuerto privado y dos vehículos nos esperan para trasladarlos a Sorrento, a la villa de Salvatore Romano.

Al llegar nos encontramos la fortaleza de Romano con más seguridad de la que recordaba, aunque reconozco que la última vez que la pisé acompañaba a mi padre en una de sus visitas, al que según él consideraba un gran amigo.

Mentira, por supuesto, porque Massimo Rossi era el mayor mentiroso que jamás he conocido, además de embaucador.

El vehículo de mi equipo que nos precede habla con uno de los guardias que se encuentran apostados en la puerta principal, minutos después la verja se abre para darnos paso.

«Nos está esperando», sisea mi viperina mente sin perder detalle contando cada hombre que localizo desde el interior del vehículo.

Salvatore es un viejo zorro, razón por la cual no lo subestimo, muchos han muerto por cometer ese sencillo error. Lo que desconoce Romano es que a hijo de puta no me gana nadie, por lo que nos espera una charla interesante.

Los vehículos se detienen en la entrada que da acceso al interior de la villa. Mis hombres se apresuran a bajar para asegurar el perímetro antes de que lo hagamos mi *consiglieri* y yo.

—¿Preparado? —susurra Marcelo sin mirarme.

Asiento y caminamos juntos hacia el interior de la casa, dos de los hombres de Romano caminan delante de nosotros, lo que es toda una falta de respeto. Nadie camina por delante de *il capo di tutti i capi*, aprieto la mandíbula reteniendo las ganas de rebanar con mi cuchillo los cuellos de esos dos tipos por osados.

Avanzamos hasta una sala atravesando un pasillo cerrado que da accesos a varias zonas de la

casa, está iluminado por luz natural que entra por unas enormes claraboyas que se encuentran en los altos techos de la edificación. Los guardias de Romano se detienen frente una puerta de noval, con marquesinas trabajadas, como marca la tradición en las construcciones de las villas italianas. Abren la misma y se apartan para que accedamos al interior de esta.

—Tus hombres deben quedarse fuera— informa uno de los tipos que nos han acompañado.

A punto estoy de soltar un impropio cuando Marcelo toma las riendas para contestar.

—De acuerdo, pero respeta las normas, no somos cualquiera, somos el personal del capo, así que agacha la cabeza cuando te dirijas a nosotros.

El hombre muestra sorpresa, pero acata las directrices de Marcelo.

En el interior de la sala se encuentra Salvatore Romano, repantigado en su silla de escritorio con su cuñado Benito a su lado derecho. Se pone en pie al verme entrar y sonríe, pero una sonrisa que no llega a sus ojos. Desconfianza en lo primero que percibo en su gesto.

—Bienvenido, Andreas, es un honor que el capo nos visite— exclama con demasiada hipocresía, lo que me chirría y aguanto.

Porque mi carácter irascible necesita poco para estallar y no es el momento.

—Salvatore, ha pasado demasiado tiempo, me parece— observo con un mensaje velado en mis palabras.

Pestaña contrariado, porque no entiende bien a lo que me refiero.

—Sentaos, por favor— invita con un gesto de una de sus manos.

Marcelo y yo tomamos asiento frente a él y su cuñado.

—¿Qué te trae a mi humilde morada? — pregunta.

—Lo sabes bien, vengo a por Leandro, me dijeron que está aquí— directo al grano.

—Tu información es incorrecta, Andreas, mi hijo estuvo, pero se marchó hace unos días - informa con voz acelerada.

—Salvatore— siseo entre dientes-no me gustaría recordarte la lealtad para la *famiglia*, creo que la conoces bien.

—No he descuidado mis obligaciones en cuarenta años-recalca y la molestia se hace presente en su semblante. —Aun así, has clausurado unos de mis clubes sin consultar, sin dar explicaciones.

Su acusación es suave, aunque percibo que se está aguantando las ganas de gritarme, sería un error, por supuesto, a pesar de que él tiene más edad que yo, yo soy el jefe de todos y nadie se atreve a contradecirme.

—Las decisiones del capo no se discuten, Salvatore— recuerdo a modo de toque de atención.

—No las discuto, pero sabes que me unía una gran amistad a tu padre, como mínimo hubiera agradecido una llamada. —Justifica y noto sus nervios.

—Yo no soy él. Pero en cortesía a esa supuesta amistad te diré que lo cerré porque el listo de tu hijo me está robando. ¿Entiendes lo que supone eso? —abordo a la espera de su reacción.

—Espero que tengas pruebas de esa acusación.

Marcelo se apresura a abrir su maletín para mostrar las pruebas que Romano exige, donde claramente Leandro ha estado desviando cargamentos de armas hacia Rusia, aún no tenemos identificado a quién los desvió, sin embargo, es cuestión de tiempo.

Mi *consiglieri* coloca la información sobre la mesa y Salvatore y Benito se apresuran a inspeccionar los documentos.

No tengo por qué justificar mis decisiones, verme en la tesitura de mostrar las pruebas a Romano y, además, explicar por qué le clausuré uno de sus clubes que más ingresos le proporciona, me toca demasiado las pelotas.

Considero que mi naturaleza vengativa, heredara de mis raíces rusas, luchan por tomar el control de mis actos. Sería demasiado fácil matarlos a los dos mientras sus ojos se abren de par en par al leer la información facilitada, pero esa muerte rápida no me satisfaría lo suficiente.

—¿Se te comió la lengua, el gato, Salvatore? - provoco ganándome una mirada reprobatoria de Marcelo.

—Andreas, te pido por favor que me permitas aclarar todo esto con Leandro, déjame hablar con mi hijo, debe haber un error— ruega Salvatore.

El miedo camina por sus pupilas marrones, sin embargo, suplicar a un hombre como yo no tiene sentido, no perdono, no olvido y por supuesto no dejo pasar que me vean la cara de idiota. Si lo consintiera perdería mi cargo al segundo. Ser el jefe de todos significa que te respetan y también te temen.

—¿Leandro no te visitó hace unos días? ¿No te explicó por qué corrió a Sorrento abandonando Los Ángeles con el rabo entre las piernas? Salvatore no me tomes por tonto, hacerlo significaría tu muerte y la extinción de tu familia. —proclamo con una frialdad digna de un iceberg.

—¿No puedes amenazar así a nuestra familia? —se queja Benito, enervado.

—Puede y lo hace. El capo es la ley, lo sabéis —asevera Marcelo.

—¡Andreas, por tu padre!, déjame aclarar este entuerto. —De nuevo solicita Salvatore con desespero.

Reprimo una carcajada ante sus palabras, mi padre era un grandísimo *cabrone*, no existe ningún tipo de apego en mis venas por el hombre que me dio el 50 % de su sangre. Poco son los que conocen que odiaba a mi progenitor desde el más profundo pozo de mi alma, por ser cruel, por maltratarme, según él, para hacerme el hombre que soy.

Massimo murió sin que yo por mi parte le brindara nada de amor ni respecto, se lo escupí en su lecho de muerte y le deseé que se pudriera en el infierno como el violador que era.

—Por tu bien y el de tu legado, espero que encuentres tu primero a tu hijo y que me informes, porque si soy yo el que doy con él antes, dalo por muerto— amenazo levantándome porque no quiero perder ni un segundo más de mi valioso tiempo en este lugar—Dejaré varios de mis hombres en la villa.

—¿Nos vas a vigilar? — reprocha Benito.

La pregunta del cuñado de Salvatore es la gota necesaria para que mi paciencia se agote. Con maestría y rapidez saco mi cuchillo del interior de mi chaqueta y lo lanzo. La hoja del puñal se clava en centro de la cabeza de Benito, entre ceja y ceja, atravesando su cráneo como si fuera mantequilla. El cuerpo inerte del cuñado de Romano cae hacia atrás, golpeando el suelo ante la mirada asombrada de Salvatore.

—Salvatore, recuerda, no se me cuestiona, ni a mí ni mis decisiones —sentencio abandonando la sala con Marcelo a mi espalda.

Abordamos los vehículos sin contratiempos y nos largamos de la villa en dirección al aeropuerto.

—Salvatore, quizás sea un problema —comenta de soslayo Marcelo haciéndome partícipe de sus preocupaciones.

—Lo es —me limito a certificar.

Tan solo lo he dejado con vida para atrapar a la rata de su hijo, cuando le ponga mis manos encima a Leandro, extinguiere a todos los Romano que encuentre.

Será la lección que pagarán como familia por traicionarme, por saltarse a la torera, una de las principales leyes de la mafia, la lealtad a la *famiglia*, la organización por encima de todo.

Desde hoy los Romano tiene un solo ejecutor, yo.



Capítulo 10

Lera

Tres días han transcurrido desde que tuvo lugar mi encontronazo con mi hermanastro y son los mismos que llevo ignorando las llamadas de Mariya.

Lera, estoy preocupada. ¿Estás bien?

El último mensaje de mi madrastra provoca que muerda mi labio inferior reprimiendo la culpabilidad que me embarga por estar dándole esquinazo.

—¿Crees que este *outfit* me queda bien? — La pregunta de Brenda consigue que levante la vista de mi móvil y se clava en mi amiga.

Frente a mí se pasea con una minifalda que no deja nada a la imaginación y un top de blonda que parece una prenda interior.

—¿Vas a ir así? —contesto con una pregunta elevando una de mis cejas.

—Sí, ¿por qué? —se interesa sorprendida.

—Porque vas..., ¿cómo te lo digo?; “pidiendo guerra”— le brindo mi opinión sincera.

—Pues entonces, voy perfecta, es lo que pretendo —rebate girando sobre sí misma con una sonrisa de oreja a oreja.

Esta noche se celebra una fiesta en una de las hermandades del campus, odio este tipo de eventos, Brenda lo sabe, aun así, ha insistido en que la acompañe.

Tecleo un mensaje rápido para mi madrastra.

Lo siento Mariya, estoy liadísima con los exámenes, hablamos en cuanto pueda.

Al presionar la tecla de enviar la culpabilidad hace acto de presencia otra vez.

«Mentirosa», reprocha mi conciencia.

—¿Te vas a arreglar o qué? No te hagas la remolona que a esta fiestuqui asistes sí o sí —grita Brenda desde el baño.

No alcanza a escuchar ni ver mi semblante hastiado, que refleja las inexistentes ganas de fiesta que tengo.

«Tienes que divertirte», me regaña mi conciencia

Y tiene razón desde que tuve el desafortunado encuentro con Andreas, parezco un alma en pena y si soy sincera conmigo misma no entiendo por qué.

Mi hermano es un gilipollas, siempre lo fue. El vago recuerdo que tengo de mi infancia es tirándome de mis trenzas. Así que no debería sorprenderme que se haya convertido en un hombre odioso y arrogante.

«Pero te deshaces por él», la metiche de mi conciencia, parece una vieja curiosa que se empeña en recordarme mis debilidades.

Emito un bufido y me levanto del sofá para vestirme para la fiesta, mientras camino me prometo a mí misma disfrutar como una joven de veinte años universitaria y dejar de lado el resto.

Tres horas más tarde salimos del apartamento y cogemos un taxi hacia el campus, por suerte Brenda a ignorado a Harry, en el fondo lo estoy evitando desde que me confesó sus sentimientos y no me apetece sentirme incómoda aceptando que no lleve en su vehículo.

Soy consciente de que lo veré en la fiesta, pero con tanta gente soy plenamente capaz de darle esquinazo.

—No te arrepentirás de venir, Lera. ¡Nos lo vamos a pasar de muerte! —exclama Brenda y no puedo evitar sonreír ante su entusiasmo y su optimismo tan contagioso.

Pagamos al conductor y nos plantamos frente a la residencia de la hermandad, ni siquiera sé el nombre, pero es lo que menos importa. La gente, ya está desfasada, algunos chicos permanecen en las escaleras del porche con botellines de cerveza en las manos. Atravesamos la entrada y la estrepitosa música y el jolgorio provocan cierta presión en mi cabeza.

—Vamos hacia la parte trasera, hay piscina y jardín, por lo que supongo que se estará mejor— informa Brenda, hablándome pegada a mi oreja para que escuche.

Me limito a asentir y agarro a su mano para seguirla y no despistarme entre tanto alocado.

Reconozco que Brenda tenía razón en la zona de la piscina, la gente está más dispersa y la música se mimetiza con el ambiente.

—Voy a por unos cocteles— dice Brenda guiñándome el ojo.

Me quedo de pie sola oteado el lugar hasta que mis ojos se cruzan con los de Harry. Se encuentra al fondo rodeado de sus amigos y con dos chicas sentadas sobre sus rodillas.

«Me alegra que me haya superado»

Su mirada se clava por demasiado tiempo en mí y experimento cierta sensación de incomodidad. No soy idiota, reconozco cuando alguien me está comiendo con los ojos y en este momento Harry, a pesar de las dos chicas, me devora con su mirada.

Me giro para romper el contacto visual rezando porque Brenda vuelva pronto con las bebidas. Necesito alcohol ardiente que apacigüe mis nervios que cada vez están más alterados.

—Aquí tienes— exclama Brenda ofreciéndome una copa que agarro como si me fuera la vida en ello.

Doy un largo trago, demasiado largo, ante la mirada atenta de mi amiga.

—Pues sí que tenías sed— comenta divertida.

Sonrío porque hablar de momento no es posible, mi garganta arde por el exceso de licor que contiene el coctel y lo rápido que me lo he bebido.

—Harry no te quita los ojos de encima —dice de soslayo Brenda mientras mueve sus caderas al son de la música con la copa en la mano.

—Lo sé, debería dedicarse a las chicas que lo revolotean —suelto, molesta.

Brenda malinterpreta mi comentario, porque mi amiga es demasiado optimista y práctica para ver más allá.

—¿Celosa? —pregunta riendo.

—¡Qué va!, tengo claras mis intenciones con Harry. Así que deja de hacerte ilusiones, no me interesa —rebato bailando a su lado.

—Pues si no te interesa, busca otro chico que la fiesta está llena, para que te quite las telarañas —bromea.

Brenda resulta imposible, no mide sus palabras ni comentarios jocosos. No me considero una chica de rollos de una noche, bueno de ni de una ni de dos. Aparte de algunos besos robados, mi experiencia sexual se limita a darme placer de vez en cuando a mí misma. La información de mi poca actividad de juegos de cama siempre la he callado delante de mi compañera de piso, porque estoy segura de que si lo conociera no pararía hasta conseguirme un tipo que me iniciara en el acto sexual, lo cual no deseo ni loca.

Mi hogar está lejos, mi estabilidad en Los Ángeles es efímera porque no sé cuándo tendré que largarme. Además, mi vida ya está comprometida con alguien desde mucho antes de que yo tuviera conciencia.

En las familias de la bratva es algo común, matrimonios concertados entre familias que reportan dinero y poder. Mi padre, Kostya Morotov, decidió por mí con quien voy a compartir mi vida, así que no tiene sentido que me ilusione con nadie, me niego a regresar a mi hogar con un corazón roto.

—Voy a saludar a alguien que vi— informa Brenda sacándome de mis pensamientos.

Desaparece entre la multitud y yo sigo bailando lento, deseando no estar aquí, sino en mi habitación con un buen libro ajena a toda esta parafernalia.

«Soy una aburrida», me recuerdo.

—Lera.

Me giro para enfrentar a Harry que acaba de colocarse a mi espalda.

—Harry, ¿qué tal? —pregunto y suena forzado, pero inevitable.

Los ojos azules de Harry recorren cada célula de mi cuerpo y lejos de encenderme me hastían.

—Bien, creo que tenemos pendiente acabar nuestra conversación. Llevas días evitándome—ataja directo al grano.

Mi estómago se encoge porque no se augura una conversación distendida y agradable. Harry es popular, no está acostumbrado a que lo rechacen, porque su lenguaje corporal delata su intención de insistir.

—Harry, para mí la conversación no tiene que extenderse mucho más. Me alaga que estés interesado en mí, pero no tengo tiempo para relaciones—abordo armándome de valor.

Una vez escuché un refrán a una compañera de clase de intercambio, ella era española, y exclamó: “*Más vale una vez colorada que ciento amarillas*”. Mi curiosidad innata me empujó a que cuando acabó la clase la abordara para preguntarle que quería decir y la joven me lo explico con amabilidad.

Me impactó tanto que creo que hice de ese refrán popular una de mis leyes primordiales a la hora de enfrentarme en algunas situaciones que me causaban incomodidad, porque a fin de

cuentas es mejor ir directa y ser firme que dar vueltas como ave de mal agüero.

Recorta la distancia que nos separa sorprendiéndome, y posa una de sus manos en mi cintura.

«Demasiadas libertades», apunta mi avispada mente.

—Te he dicho, ya que estás preciosa— alaba brindándome una mirada cargada de lascivia.

—Harry, ¿no me has escuchado? —interrogo haciendo presente mi molestia ante su actitud.

—Lera, no quiero discutir, no es el momento. Aprovechemos la noche y olvídate de todas esas razones que dejas que se interpongan entre nosotros. —Ya no solo rodea mi cintura con una de sus manos, sino que se le ha unido la otra y su boca se encuentra demasiado cerca de la mía.

Por segundos entro en pánico, porque no es cercanía lo que deseo, necesito cortar la situación, provocar que desista en desplegar sus artes de conquista como el macho alfa, que se cree.

Por otro lado, una loca idea cruza mi cerebro confundiendo porque quizás si permito que Harry me bese eche por tierra las esperanzas de mi ingenuo corazón. Compararlo con cierto beso, del capullo integral que resultó ser mi hermano y desmitificar la arrasadora forma de besar de Andreas. Así que sin decidirme permanezco quieta a la espera de que Harry se sienta libre de profanar mi boca y así llevar a cabo mi loco experimento.

«Te arrepentirás», advierte mi conciencia.

Mis ojos se niegan a cerrarse observando como Harry inclina su cabeza y su boca se aproxima lentamente a la mía, entreabro los labios, lista para recibirlo.

—Buenas noches, ¿interrumpo?

Cada fibra muscular de mi cuerpo se tensa al son de un escalofrío que recorre cada parte de mi organismo. Reconocería ese timbre de voz en cualquier lugar. Elevo mis ojos y lo veo parado frente a nosotros.

Luce una cazadora de cuero negra y unos jeans con aberturas en las rodillas, su atuendo lo hace más joven, listo para mimetizarse con la cantidad de niños de la fiesta y además luce tan guapo que corta la respiración. El ardor que nace entre mis piernas lo certifica y las chicas que lo miran con descaro a nuestro alrededor también.

Literalmente están babeando ante Andreas, lo que me lleva a apretar las manos con tanta fuerza que mis uñas se clavan en la piel de mis propias palmas.

«¿Qué hace aquí?» La pregunta flashea mi mente.

Mi boca saliva en exceso y siento por un momento que soy capaz de atragantarme yo misma.

—¿Y tú quién eres? —pregunta Harry sin despegar sus manos de mi cintura.

No le brindo la oportunidad a mi hermano de contestar, porque sospecho que no va a utilizar ni un gramo de educación, si es que la conoce, que yo creo que no.

—Harry, disculpa —Le indico separándome para ir directa hacia Andreas.

—Lera, pero...—empieza y le dedico una mirada de advertencia— ¿Quién coño es? —susurra para que no lo oiga el recién llegado.

—Es mejor que no lo sepas —le contesto dejándolo con una cara de sorpresa total.

Revelar la identidad de Andreas, solo conllevaría exponer a Harry, mi hermano es peligroso, pertenece a un mundo que Harry desconoce y no quiero colocarlo en una situación comprometida. Porque peligro es lo que exhuma Andreas Kirill Rossi Sokolov, por cada fibra de cuerpo.



Capítulo 11

Andreas

«¿Por qué cojones estoy aquí?». La pregunta se formula en mi mente al atravesar la puerta de la sede de la hermandad en el campus universitario. Desde que bajé de mi avión privado, la determinación de averiguar por qué Lera visitó mi apartamento me ha perseguido con insistencia. Reconozco que mi carácter impulsivo junto con la rabia al descubrir que la ninfa de ojos verdes era mi hermana me cegó hasta el punto de asustarla y provocar que huyera despavorida. Ahora la incertidumbre de descubrir por qué me buscó me azota sin piedad. Así que averigüé donde estaba, a escondidas, con discreción de que Marcelo no siguiera mis movimientos. No tengo ningunas ganas de escuchar los reproches de mi primo aconsejándome que mi actitud no es la apropiada.

«Por qué no lo es, pero me importa una santa mierda».

Miro con desprecio a los jóvenes con los que me tropiezo mientras avanzo al interior de la casa. Tirados en el suelo con más alcohol en sus venas del que pueden digerir, es desastroso, y pensar que estos son los futuros dirigentes del país. Prefiero el submundo en el que vivo. No he tenido una adolescencia cargada de fiestas y diversión, sino de sangre y sacrificio. El sexo loco no existía, tan solo putas y orgías a las que mi padre se jactaba de acompañarme.

Oteo cada rincón del interior de la casa y no hay ni rastro de Lera, prosigo hacia el acceso que

da a un enorme jardín con piscina, deteniéndome en el umbral de la enorme cristalera que da acceso a la zona exterior. Reviso la zona de forma minuciosa hasta que me cruzo con una escena que tensa mi cuerpo.

Lera entre los brazos de un chico rubio que está justo a punto de comerle la boca. Una ira desmedida explota en mi interior, aunque consigo reprimir el impulso de arrancarle el cuello al tipo. Me limito a acercarme de manera sigilosa.

—Buenas noches, ¿interrumpo?

Percibo el leve cambio del cuerpo de Lera, la tensión acumulada en su cuello y las manos cerradas con fuerza a ambos costados. No me pasa desapercibido que el idiota que la acompaña me mira con curiosidad, pero no retira sus manos de la cintura de mi ninfa.

Un sentimiento de posesión emerge en mi pecho y necesito todo mi control para no dispararle en la cabeza al chico.

«¿De dónde salen estos sentimientos?», la cuestión danza en mi cabeza, la destierro volviendo mi atención a la escena.

—¿Y tú quién eres?

Ignoro la pregunta que lanza al aire el chico rubio sin despegar mis ojos de mi hermana. Luce hermosa, demasiado para mi gusto, falda plateada que deja a la vista sus espectaculares piernas a juego con una blusa negra sin mangas con escote en v que marca su busto de manera elegante. Se me hace la boca agua solo con contemplarla y me fustigo por no inhibir las reacciones que Lera Morotova despierta en mi libido.

Inspecciono como Lera se deshace de su agarre, a pesar de la cara de desacuerdo del niño, con un estilo que despierta cierta admiración en mi negra alma. Con paso firme se encara hacia mí y en segundos se para delante de mí. Le saco más de una cabeza, su cuerpo menudo casi es engullido por mi presencia.

—¿Qué haces aquí? — pregunta con la mirada entornada.

Si fuera una blando me sentiría como un insignificante insecto ante el fulgor de sus verdes pupilas, pero lejos de crearme complejo de inferioridad me enaltece la intensa furia de mi ninfa y por supuesto me la pone dura.

—Tenemos que hablar.

Arquea una de sus perfiladas cejas acompañando el gesto con un fruncido de labios que me insta a morderle la boca para evitarlo, reprimo mi instinto.

—Hace dos días no quisiste hablar, ¿qué te hace pensar que ahora yo lo veo necesario? — rebate con altivez.

—Lera, no creo que estés dispuesta a crear una escena digna de una película de terror negándote —amenazo con arrogancia, es innato en mí. Confieso que no logro acostumbrarme a que me desobedezcan y mi hermana parece una digna oponente para cualquiera menos para mí. Yo soy el jefe, yo mando, yo pido, yo obtengo y punto.

Durante unos segundos vacila, supongo que sopesando los pros y contras de acompañarme.

—Está bien, vamos —cede al fin colocándose delante de mí para que la siga.

«Perfecto, ahora no podré dejar de mirarle el culo durante todo el trayecto», me quejo en mi mente.

Salimos de la residencia y me lleva aparte a una zona delantera donde no hay ningún rezagado.

—Habla— exige colocándose frete a mí con las manos en jarra apoyadas sobre su cintura. Un gesto que eleva su escote y mis ojos se clavan en la tersa piel que asoma por su camiseta. Experimento un tirón en mi entrepierna que camufla bajo mi frío semblante.

—Aquí no. Vámonos. — propongo.

—¿Qué? No pienso ir contigo a ningún lado— se niega enfurruñada.

—¿Tienes miedo, Lera? A fin de cuentas, somos familia— manipulo con mis palabras.

Soy el rey de la persuasión y una joven como Lera no está preparada para un diablo como yo.

—Está bien— acata a pesar de que las dudas siguen impresas en su cara.

Esta vez tomo yo la iniciativa colocándome delante de ella, caminando en dirección a mi coche que lo dejé estacionado frente a la casa.

—Wow, ¡no vas descalzo, hermanito! —exclama al ver mi deportivo 911 de color rojo intenso.

Me limito a sonreír con suavidad y por un momento mi ninfa me mira embelesada.

Un aviso de mi polla que se alza en el interior de mis pantalones me insta a apartar la mirada. Sigo sin alcanzar a controlar la excitación que Lera provoca en mí. Es la primera mujer en toda mi vida que despierta unas ganas descomunales de marcarla a fuego con cada célula de mi cuerpo. Las ansias que enciende amenazan con desatar al demonio insano que soy y olvidarme de quién es mi ninfa.

«Debería mirarla con amor fraternal». La risa pugna por salir al pensarlo.

Soy incapaz de sentir ningún tipo de amor y menos el fraternal cuando la mujer que permanece sentada a mi lado tiene unas piernas de infarto que imagino alrededor de mi cintura mientras la penetro con vehemencia.

Piso el acelerador y abandonamos el campus rechinando neumático, Lera no aparta sus ojos del frente y yo me concentro en la carretera omitiendo las brasas intensas que se desatan en mi interior.

Decido poner música porque el silencio provoca que escuche alto y claro mis pensamientos impíos.

Al son de Michael Bublé recorro los cien kilómetros hasta llegar a las colinas de Brentwood, allí se encuentra el observatorio Getty Center donde puedes disfrutar de las mejores vistas. No tengo ni idea de porque elijo este lugar y las horas que son está más desierto de lo que consideré cuando tomé la decisión. Aparco y me bajo del coche, necesito aire fresco, el viaje en coche con mi ninfa me tiene tenso más de lo conveniente.

Lera se baja del coche y observa atenta los alrededores, detecto la aceptación en sus ojos, al parecer he logrado sorprenderla.

—¡Este sitio es maravilloso! —exclama relajada, devorando las espectaculares vistas que le ofrece el lugar.

—¿No lo conocías? —pregunto con interés.

—No, no suelo hacer turismo, prefiero estar concentrada en mis estudios— confiesa sin mirarme.

Me molesta que no me enfrente directamente, experimento la sensación de un niño en busca de la atención de sus padres.

«No seas idiota», reprende mi cabeza.

Ni yo soy un niño ni mendigo por la atención de nadie, soy el puto capo de todos los tiempos.

De nuevo en mi cerebro se enfrentan las dudas, mis actos contradicen la doctrina que llevo años predicando. ¿Por qué he corrido tras una niñata que me tiene bailoteando a sus pies?, aunque ella no lo sepa y para colmo ni siquiera puedo follármela porque es mi hermana.

«Hermanastra», mi consciencia de nuevo apuntando.

—¿Por qué viniste a mi casa? —abordo al fin rompiendo el momento calmado.

Lera se gira y me mira por primera vez desde que abandonamos la fiesta.

—Mariya me pidió que te visitara para ver cómo estabas— contesta.

Sus respuestas me sorprenden y mi inquietan a partes iguales. Porque mi madre conoce bien las reglas.

Cuando los Sokolov y los Rossi se pusieron de acuerdo evitando entrar en una encarnizada guerra tras la afrenta de Massimo Rossi al abusar de la primogénita de Pavel Sokolov se redactaron ciertas normas en aquel acuerdo que firmaron por el bien de las dos organizaciones. Uno de ellos fue que una vez que el hijo de ambos, o lo que es lo mismo yo, cumpliera 16 años regresaría a las manos de Massimo y la que fue mi madre durante toda mi vida desaparecería y jamás intentaría ponerse en contacto conmigo. Hasta la fecha Mariya Sokolova se había mantenido firme respetando las reglas. Pero según la respuesta de Lera, por alguna razón desconocida, mi madre había roto esa norma enviando a mi hermana a buscarme.

—¿En el bar no me reconociste? - interrogo porque las dudas se agolpan en mi cerebro.

—No. La verdad es que apenas tengo recuerdos de cuando coincidimos de pequeños. — La sinceridad se muestra en su semblante.

—¿Por qué mi madre te envió? No es comprensible, conoces las reglas y ella también. — Cambio el peso de un pie al otro, reflexionando sobre las diferentes razones de la princesa de hielo, así la llaman, para enviar a Lera a mi casa.

—No lo sé, Kirill.

—Andreas— corrijo, nadie, excepto mi madre, me ha llamado Kirill.

—Andreas, cuando nos tropezamos en el Hell's no tiene ni idea de quién eras— insiste Lera sin apartar su atención de mí.

Asiento sin mirarla, porque no sé hasta qué punto podré resistirme a no abalanzarme sobre ella para hacerle todo lo que anhelo.

«Maldita lujuria» vocea mi mente.

—Está bien, dile a mi madre que estoy bien y que no vuelva a intentar saber de mí— proclamo andando en dirección al vehículo.

—De acuerdo—Lera se limita a seguirme.

De nuevo en el interior del coche no veo la hora de dejarla en su casa y olvidarme de una vez por todas de esta niñata que no sé lo que tiene, pero me atrae como si yo fuese un metal y ella el potente imán que tensa la cuerda imaginaria atrayéndome hacia ella.

Conduzco sin apartar mis ojos de la carretera, el silencio crispa mi paciencia, esa que no tengo.

—¿Cuánto tiempo llevas en Los Ángeles? —pregunto de manera distendida.

—Dos años, Mariya convenció a mi padre para que me dejara estudiar en los Estados Unidos, no era muy partidario —explica.

Mariya de nuevo metida, no me gusta, mi madre es una gran manipuladora, nunca hace nada sin motivo. Lo sé porque yo heredé esa cualidad de ella.

—¿Cuánto te quedarás? — me intereso.

—No lo sé, mi padre se impacienta, no le gusta que esté sola aquí. Ya sabes cómo son, las princesas de la mafia deben estar con la familia— aborda y percibo cierto tono de frustración.

—Y el tipo de la fiesta, ¿es tu novio?

No tengo ni puta idea de porque formulo esa pregunta, ya que solo pensar en la escena que presencié me cabrea y no me interesa enfurecerme, no hasta que la haya dejado en su casa como la niña buena que parece que es.

Percibo por el rabillo del ojo que efectúa un leve respingo en el asiento incómoda por mi pregunta.

—No te debo explicaciones, aun así, Harry es un amigo—rebate.

«Un amigo, mis cojones», replico en mi mente.

—No creo que él se considere un amigo, ninfa—replico impasible.

Al escuchar que he vuelto a dirigirme a ella como ninfa me mira con curiosidad.

—No me llames ninfa, soy Lera, tu hermana.

Que aluda el parentesco que nos une me molesta más de lo que es normal aprieto mis manos sobre el volante y mis nudillos se vuelve blancos por la presión. Decido dar por acabada la conversación porque no nos lleva a ningún lado, además, no me interesa saber cosas de ella, no pienso volver a cruzarme con Lera. Detengo el coche en la puerta de los apartamentos y ella se dispone a bajarse, el mutismo se hace incómodo.

—¡Hasta nunca Andreas Rossi Sokolov! —pronuncia antes de bajarse del coche.

Esa despedida me sorprende porque sospecho que Lera Morotova no es la gatita mansa que aparenta sino un volcán abrasador. Decido ignorar la tentación de demostrarle ciertas cosas porque mi móvil suena con insistencia.

—¡Hasta nunca, ninfa!

Acelero sin mirar atrás mientras contesto al pesado de mi *consigliere* a través del, manos libres del coche.

—¿Dónde mierdas estás, Andreas?

—Conduciendo.

—Estás loco saliendo sin seguridad. Ya se te olvidó que has matado al cuñado de Romano. Te avisé que no se quedaría quieto— reprocha Marcelo.

—¿Qué ha hecho ahora? —pregunto.

—Te ha denunciado ante el consejo de familias, dice que mataste a Benito, sin motivo, a sangre fría.

—El capo puede hacer lo que quiera, nadie tiene potestad para juzgarme. Esto no es una democracia —rebato apretando las mandíbulas.

«Salvatore es un viejo zorro que no se queda sentado, debí haberlo matado a él también»

—Lo sé, pero están nervioso, creen que puedes enloquecer.

—Loco, ya estoy, son unos pedazos de ilusos.

—Lombardi ha convocado una asamblea, quieren conocer tu versión de los hechos.

—No doy explicaciones, Marcelo.

—Lo sé, pero debemos apaciguar el ambiente. Además, al parecer la yakuza y la tríada han entrado en guerra, lo que provoca más inquietud.

—¿Kenichi Shinoda, le ha declarado la guerra a Wang? —cuestiono.

Conocí al líder de la yakuza hace años y he hecho algún trato con él, no parece un hombre que se lance a una cruzada sangrienta porque sí.

—Kenichi ha muerto— informa Marcelo y consigue sorprenderme-ahora el Kumicho es Fudo Shinoda su hijo.

—Voy, para el ático nos vemos allí, me lo explicas mejor.

Cuelgo y reflexiono sobre la información que me ha facilitado, desconocida que Shinoda tuviera un hijo, sí que tiene dos hijas, incluso recuerdo el nombre de una de ellas. Kayda, experta en seguridad, así me la presentaron hace un par de años. Siempre consideraré que el heredero natural de Kenichi era el arrogante y autoritario de su hermano, Akiro Shinoda, un tipo que nunca fue santo de mi devoción.

Acelero para cruzar la ciudad hasta mi casa, para aclarar con Marcelo todo lo que ha ido estallando mientras yo corría detrás de la sexi ninfa que lleva demasiados días ocupando mi mente.

—Se acabó. —profiero en voz alta en el interior de mi coche— Olvídate ya de ella.

Necesito centrarme en mis negocios, en mi cargo y, en mi organización, por lo que todo elemento que me distraiga debo aniquilarlo.



Capítulo 12

Lera

Furiosa, muy furiosa, en ese estado de ánimo atravieso el portal de mi casa. Definitivamente, Andreas es un capullo integral que me enfurece solo con su presencia.

«Y moja tus bragas», apunta mi voz interior.

Golpeo con mi mano las puertas del ascensor en un arranque de ira impulsiva. Porque odio que mi conciencia me recuerde mis debilidades y por mucho que detesto a mi hermano, reconozco también que me excita como nadie. Por suerte espero que nuestros caminos no se vuelvan a cruzar. Debo borrarlo de un plumazo de mi cabeza.

A la vista está que él no quiere ningún contacto conmigo, la hora que hemos pasado juntos no ha hecho ningún intento de acercarse.

«Es tu hermano», recuerda mi ávida mente.

Sí, pero en le Hell's, me besó, y no un beso fraternal, sino uno abrasador que aún ocupa mis sueños eróticos en las noches. Tan solo me ha dejado ver esa llama ardiente un segundo, en la fiesta, cuando lo he reprendido después de dejar a Harry plantado. Pero Andreas es un experto camuflando sus emociones en sus gélidos ojos y pronto ha enmascarado cualquier indicio de fuego ardiente. Mientras yo me consumo por dentro anhelando sus atenciones.

—¡Lera, para ya! —me reprendo en voz alta mientras subo en el ascensor.

Entro en mi casa y tiro las llaves sobre la mesita del recibidor, me deshago de mis tacones que me están matando.

Brenda no está, mi amiga estará en la fiesta, en ese momento recuerdo que ni siquiera la avisé cuando me largué con Andreas. Busco mi móvil en el bolso y veo varias llamadas perdidas de mi amiga.

Escribo un mensaje rápido informando a Brenda que estoy sana y salva en casa para tranquilizarla.

Me desprendo de mi ropa y me coloco un pijama. Son las tres de la mañana y el sueño en mi sistema brilla por su ausencia. Entre las rampas en los dedos de los pies, por el abuso de mis tacones y la excitación en mi cuerpo, creo que el insomnio será mi compañero de cama esta noche.

Por la mañana a las nueve estoy en pie, no tenemos clase hasta las once, aunque no creo que Brenda llegue ni de coña porque al pasar por su cuarto estaba frita en la cama. No sé con exactitud a qué hora llegó porque no hizo mucho ruido. Me ducho, me visto y enciendo la cafetera para tomarme mi dosis diaria de cafeína. Bicheo, el móvil y veo un mensaje de Harry.

Contigo siempre me quedo plantado, ¿hablamos?

Ufff, Harry es un problema añadido, después de darle alas anoche hoy la determinación de dejarme llevar ha desaparecido completamente. Necesito cortar por lo sano, no me enredaré con él cuando con quien realmente me gustaría es un fruto prohibido que por suerte no voy a volver a ver.

Okay, hablamos luego

Respondo y de modo involuntario me muerdo mi labio inferior. Sería fácil dejarse llevar por el chico más popular del campus y sentirse agasajada por sus atenciones, cualquier chica estaría dando saltos de alegría.

«Tú no eres cualquier chica», recuerda mi mente.

Razón por la cual a mí no me interesa tener un lío con Harry, no es que no lo encuentre atractivo, sin embargo, no me enloquece.

«Como él» el leve susurro de mi voz interna vuelve a incordiarne.

Sumida en mis cavilaciones al mismo tiempo que saboreo el dulce café, no me percaté de que Brenda ya está en pie.

—Buenos días, mala amiga.

Doy un respingo y pestaño fijándome en las pintas de mi amiga, que luce desastroso, melena enmarañada y ojeras del tamaño de las de un panda.

—Ya estás despierta, madre mía, no me lo creo —bromeo ignorando su reproche anterior.

—No cambies de tema —profiere acercándose para robarme mi taza de humeante café.

—Oye, que el café es mío— me quejo medio en broma.

—Desapareciste de la fiesta, sin más, con un desconocido. Ni decirte el cabreo monumental que calzaba Harry. Al menos me merezco detalles— exige dando un sorbo largo a mi café.

—Brenda, no es un desconocido, era mi hermano...— confieso, no tiene sentido inventar más mentiras de las necesarias.

—¿tu hermano? Joder, pensé que tu hermano era más joven. Según Patricia, el tipo con el que te largaste era un ejemplar del tipo que dejan a cualquiera con la boca abierta.

Patricia era amiga de Brenda, por así decirle, una chica con la que nunca he congeniado por su afición de cotilla empedernida.

—Bueno, medio hermano— aclaro incómoda—Hacía años que no nos veíamos.

—Pues más, te vale aclararlo con Harry, porque se puso celoso en exceso— comenta Brenda

aplicando su pragmatismo habitual.

—Harry y yo no somos nada, Brenda— insisto, porque mi amiga da por hecho que le debo explicaciones a Harry.

—No sé, Lera, parece que él no lo ve del mismo modo— encoge los hombros mientras acaba el café.

—Pues es su problema— rebato moleta.

—Parece que se te torció el día, amiga— se cachondea Brenda ganándose una fulminante mirada.

Nos vestimos y salimos rumbo al campus, caminamos en silencio, Brenda con sus air pods y yo enfrascada en mis divagaciones. Intento borrar a Andreas de mi mente, sin embargo, fracaso, repaso una y mil veces nuestros tres únicos encuentros y acabo más confusa que al principio.

En la entrada de la facultad me tropiezo con la última persona que me apetece, Harry.

—Buenos días, preciosa. —Saluda con una sonrisa encantadora, tomándose la libertad de besar mi mejilla, demasiado cerca de mi boca.

—Buenos días —correspondo.

Brenda se adelanta dejándome atrás con el marrón de Harry. En ocasiones odio a mi amiga grita mi mente.

—Hablamos ahora, Lera —propone Harry pasando uno de sus brazos por mis hombros.

—Harry— emito a modo de atención.

— ¿Qué? —pregunta haciéndose el despistado.

—Tengo clase, no quiero llegar tarde —comento para deshacerme de él.

—Está bien, nos vemos a las 12.00 h en el descanso— sugiere, más bien da por hecho porque me guiña un ojo y se desvía hacia su facultad.

Las clases transcurren con normalidad, aunque noto que estoy menos atenta a lo que es normal. Las 12:00 h llegan pronto y Brenda y yo nos dirigimos a la cafetería de la facultad. De camino me suena el móvil, lo miro y compruebo que es Mariya.

—Hola —contesto y hago una señal a Brenda de que prosiga que después la alcanzo.

—Lera, cariño, me tenías preocupada— comenta Mariya con dulzura disparando mi culpabilidad.

—Lo siento, he estado demasiado liada con las asignaturas —me excuso.

—¿Qué tal estás? —aborda omitiendo cualquier pregunta sobre Andreas.

—Bien, en breve empezarán los exámenes.

—Lera, tu padre se impacienta, aunque estoy poniendo todo mi esfuerzo para alargar tu estancia allí. Dymitri se ha inmiscuido y su opinión sobre tu estancia en los Estados Unidos no es favorable— explica Mariya.

—Dymitri no tiene ni voz ni voto, Mariya —contesto airada. Dymitri Nikov es un arrogante con aires de líder que no esconde su actitud machista y retrógrada. Por desgracia es la mano derecha de mi padre y mi futuro marido.

—Lera, no olvides que él es tu prometido, sí que tiene voz y voto y más para Kostya —recuerda Mariya con suavidad.

De repente mi estómago se revuelve ante la expectativa del tipo de vida que me espera a lado del vor de la mafia Sokolov.

—Lo sé— acato —. Mariya, visité a Andreas— abordo para cambiar de tema porque no quiero deprimirme hablando de mi compromiso y mi vida futura.

—¿Andreas? —interroga molesta—. Kirill, Lera él siempre será Kirill Sokolov—puntualiza molesta.

Mariya es demasiado orgullosa para llamar a mi hermano por el nombre que le dio su padre, Massimo Rossi.

—Bueno, al parecer él prefiere Andreas— aclaro—. Está bien, pero me pidió que no lo busque más. Hay reglas, dijo.

—Lo sé, pero es un punto a favor que te haya dejado verlo. Mi hijo es un arrogante déspota del que no esperaba que aceptara tu presencia. — comenta divertida.

No entiendo a Mariya, colocarme en una situación complicada con Andreas, aun sabiendo que su hijo gasta un carácter endemoniado.

—Ya, bueno, no fue fácil— informo para que al menos sienta un poco de empatía.

—Me lo imagino, pequeña. Sin embargo, Kirill es más ruso que italiano, no lo olvides. Ahora te dejo Lera, no te robo más tiempo. — finaliza dando por acabada la conversación.

Acelero el paso para llegar a la cafetería y en mi mente se dibujan tantas preguntas sin respuesta. La actitud de mi madrastra es demasiado intrigante. Porque mi intuición me avisa que ella sabe más de Andreas de lo que dice, por lo que no entiendo su intención de lanzarme directa al foso de los leones, pidiéndome que fuera a verlo.

—Lera, te lo has perdido— exclama Brenda al verme.

Me siento y la miro extrañada.

—Paul ha conseguido entradas para el sábado por la noche para el local de moda, el Tanathos — anuncia Brenda emocionada.

Arqueo una de mis cejas interrogante.

—Ni idea de qué sitio es, la verdad.

—El Tanathos es el sitio de moda, pero imposible acceder si entrada vip— aclara Harry sonriendo.

—Pues ya tenemos planazo para el sábado— exclama Brenda con una sonrisa de oreja a oreja —. Bueno, Lera, voy tirando

De nuevo mi amiga me abandona sola con Harry. El rubio me mira como si quisiera devorarme, me encojo en mi asiento y jugueteo nerviosa con mis dedos.

—¿Me vas a explicar quién era el tipo de anoche? — aborda Harry.

—Es familia— digo sin mucha más explicación.

—Ostras, no lo sabía, pensé...

—No pienses, Harry— lo interrumpo—. Olvida que lo viste.

—Está bien, lo siento. Confieso que me puse celoso de ese tipo imponente y arrogante. Te miró como si le pertenecieras.

La apreciación de Harry me sorprende. Porque Andreas no mostró ningún interés en mí, pero al parecer es solo me lo pareció a mí, porque para el resto mostró otra actitud. Las mariposas de mi estómago alzan el vuelo ante la información facilitada por Harry y me reprindo por ilusionarme con algo imposible.

Andreas y yo no volveremos a vernos.

—Olvidalo— aconsejo.

—Lera, y nosotros, ¿qué? —pregunta acercando una de sus manos para colocarla sobre la mía.

—No lo sé —No retiro mi mano, me siento cansada de evitarlo, de darle excusas para no alentarle, quizás darle una oportunidad, me ayude a olvidarme de la mierda de futuro que se vislumbra frente a mí.

—Bueno, te propongo algo. No nos pondremos etiquetas, tan solo probemos donde nos lleva esto—dice señalándonos a ambos con su dedo índice.

Asiento dejándome llevar sin pensar por primera vez en toda mi vida. Rectifico por segunda

vez, cuando Andreas me beso en el Hell's también me deje dominar por mis impulsos.
Destierro esos pensamientos y me levanto para dirigirme al resto de mis clases.
—Te acompaño— dice Harry pasando su mano sobre mis hombros.



Capítulo 13

Andreas

Marcelo me puso al día de los acontecimientos que se están desarrollando en nuestro mundo. Decido acudir al Tanathos uno de nuestros locales, allí tengo la intención de reunirme con Selená Zambounis hija del líder de los Ndrangueta.

Los griegos son nuestros aliados más cercanos, la alianza entre nuestras familias dura más de veinte años.

Según las informaciones de mi *consigliere*, Kenichi, el líder de la yakuza ha muerto. En estos momentos, el hijo de Shinoda y su hermano Akiro libran una encarnizada guerra por el poder de la organización.

No necesitas dotes de vidente para prever el desenlace de la trifulca bañado en sangre. Lo preocupante es que Akiro se ha aliado con los chinos conocidos en nuestro mundo por tramposos y traicioneros, esa es la fama que ha cultivado la tríada. Por esa razón debemos estar preparados para elegir bando.

El club se encuentra en el corazón de Beverly Hills, abarcando a la elite de la ciudad. Normalmente, cuento con uno de los palcos vip, en la segunda planta desde el que puedo observar todo el ambiente. Agarro un vaso de *whisky* y lo llevo a mi boca.

—¿No me vas a decir donde te metiste la otra noche? —irrumpe Marcelo sin mirarme con sus

ojos fijos en nuestro alrededor.

Mi primo es demasiado incisivo y molesto.

—No soy un niño, Marcelo. No necesito niñera — contesto hosco y doy un largo trago al licor ambarino que danza en el interior del vaso a dúo con los cubitos de hielo.

—A veces lo dudo— rebate Marcelo, esta vez sus ojos se fijan en mi rostro con precisión.

Justo en el momento en el que me dispongo a contestarle con una de mis borderías aparece Selena acompañada por sus hombres. Me fijo en la rubia y paso mi lengua por mis labios deleitándome en su apariencia.

Selena con su metro setenta de altura enfundada en un vestido extra corto rojo intenso mostrando sus largas piernas es todo un espectáculo para los sentidos de cualquier hombre. Su cabello rubio platino luce recogido en una larga cola que estira los rasgos de su rostro con excesivo maquillaje.

—Buenas noches, Andreas. — Saluda sentándose a mi lado en el sofá sin pedir permiso. Demasiado cerca para que mi cuerpo ignore el suyo.

Selena es una experta devora hombres, una princesa de la mafia que sabe bien cómo jugar sus cartas.

—Hola, bellísima— correspondo posando una de mis manos por la tersa piel de uno de sus muslos.

Nuestra relación durante años se ha desarrollado entre discusiones y sábanas. Porque Selena es una digna compañera de cama, le gusta el sexo sin compromisos, lo que la hace perfecta. El diablo que soy nunca se ha redimido, por el contrario, he aprovechado al máximo las visitas de la hija del líder de la Ndrangheta.

Su sonrisa y el gesto de su mano acariciando mi pecho auguran una noche ardiente.

—Marcelo. —Saluda al instante notando la presencia de mi *consiglieri*.

—Selena, es un placer verte de nuevo— comenta mi primo con las buenas formas que lo caracterizan.

—¿Cómo está tu padre, Selena? — pregunta Marcelo con cortesía.

Mi primo es la parte diplomática de la *famiglia*, necesaria en los acuerdos entre organizaciones, si por mí fuera firmaría alianzas con sangre directamente.

—Bien, sin ganas de jubilarse— comenta Selena con una sonrisa malévola dibujada en su boca.

Mis ojos se fijan en el labial rojo que luce a juego con su vestido e imagino lo bien que se vería alrededor de mi miembro.

— Zambounis, siempre ha sido un hueso duro— aborda Marcelo.

—Sí, los hombres de antes les funciona el cerebro de forma diferente. —critica de manera abierta Selena.

No es un secreto que le ha costado mucho alcanzar la posición que tiene en la Ndrangheta, porque los griegos como los italianos se jactan de su sistema patriarcal, cargados de testosterona. Sin embargo, Selena es una mantis en un mundo masculino que ha sabido moverse igual que una *Mata Hari* demostrando sus capacidades para dirigir a los Ndrangheta.

Desconecto de la conversación que Marcelo y Selena están manteniendo aburrido de temas que no me interesan y mi mirada vaga por los reservados de la primera planta. Mis pupilas captan un vestido de lentejuelas verdes que resalta unas curvas que se me antojan demasiado familiares.

La contemplo con mis ojos entrecerrados, y la devoro con voracidad, el movimiento de sus caderas al son de la música me mantiene hipnotizado. Mi ninfa es una maldita hechicera porque

ha conseguido empalmarme solo con mirarla en cero segundos. Es toda una hazaña contando Selena lleva minutos rozando su pecho con mi brazo y mi polla ni se ha inmutado. La rabia y el anhelo se entremezcla en un torbellino que nace en mis intestinos y amenaza con agriar mi humor.

Un escalofrío electrizante me atraviesa en el mismo momento en el que nuestros ojos se cruzan, un brillo malévolo danza en la mirada esmeralda de Lera y sus labios se tuercen en una sonrisa que no augura nada bueno.

El roce de la boca de Selena en mi cuello me arranca del estado obnubilado en el que me encuentro. Al parecer la conversación con Marcelo ha finalizado y la rubia está inmersa en desplegar todas sus artes de seducción para acabar la noche entre mis brazos.

—Andreas, ya te he dicho que te he echado de menos— susurra demasiado cerca de mi boca.

La ignoro porque no puedo apartar mi atención de Lera, en este mismo momento está demasiado cerca del idiota de la otra noche, y el veneno insano de los celos corre por mis venas solo con verlos. Parecen una pareja de jóvenes acaramelados, lo cual consigue tocarme mucho los cojones.

«No te importa, es tu hermana, además ya has cerrado capítulo» recuerda mi mente, la ira que experimento ignora cualquier tipo de sentido común.

Me pongo en pie con demasiada brusquedad ante el asombro de Selena y la mirada entornada de Marcelo.

—Bebé, ¿qué sucede? —interroga Selena sorprendida.

Odio que utilice apelativos conmigo, no somos nada, yo soy el capo y ella la hija del líder de la Ndrangheta, compartimos cama algunas veces, pero nada importante. Que las mujeres con las que tengo sexo se dirijan a mí con apelativos cursis o cariñosos me enfurece.

La aniquilo con mis ojos y ella parece recular en el asiento, percatándose de su error. Desaparezco del reservado sin dar explicaciones, porque nunca las doy. Soy el puto amo, no me justifico, no me expreso, solo actúo y punto.

Mis pies se encaminan con decisión a puto reservado donde mi hermanita está dando un espectáculo digno de más de dieciocho. Debería pasar, ignorarla, sin embargo, mi cabeza va, por un lado, y mis emociones, por otra.

«Voy a matarlo» me digo en el interior de mi cabeza sin apartar mi atención de la pareja. El rubio se ha vuelto más osado porque sus manos presionan el trasero de Lera sin pudor, con fuerza y ansia.

«¿Por qué me importa?, mi hermana es libre de darse el lote con quien quiera», me repito una y otra vez mientras alcanzo el acceso a la primera planta.

«Y una mierda si permito que se manosee en frente de mi puta cara», gruño en mi cabeza.

«Porque lo que realmente deseas es manosearla tú» apunta ávida mi conciencia.



Capítulo 14

Lera

El Tanathos está en pleno corazón de Beverly Hills y reconozco que es un club de elite. Entramos con las tarjetas Vip que Paul ha conseguido. El amigo de Harry se muestra exaltado por su proeza, parlotteando sin parar mientras atravesamos la entrada.

—Tío, incluso tenemos un reservado para nosotros solos— exclama.

—Paul, el amigo de tu padre, es un genio— contesta Harry sonriente.

Su mano se coloca en mi cintura para alentarme a que los siga hacia el acceso de la primera planta donde parece que está ubicada la zona reservada.

—¡Es una puta pasada! — exclama Brenda en mi oreja.

La música es tan alta que de otra forma me sería imposible escuchar nada de lo que diga. El lugar parece una gran colmena, los pisos superiores son circulares y están llenos de sofás rojos y mesas negras salvaguardados por barandillas de metal dorado. Nos colocamos en el reservado y enseguida una de las camareras deja una botella de champaña en la mesita circular delante de los sillones.

—Esto es la puta hostia— exclama Pol apresurándose a llenar las copas con el líquido

burbujeante.

Reconozco que el sitio es impresionante, aunque no soy muy asidua a los locales nocturnos. Brenda ya bailotea al son de la música con la copa entre sus dedos y decido unirme a ella. Frente a nosotras se pueden ver los reservados del otro lado y si elevas la mirada los que se encuentran en la segunda planta. La verdad es que es original porque el club parece un gran cilindro.

Mientras muevo las caderas no pierdo detalle de todo lo que me rodea y la curiosidad me insta a posar mis ojos en la segunda planta. Presumo de tener una vista de lince, mi hermano Lev siempre alababa mi buena puntería con la Makarov cuando practicábamos. Así que tardo segundos en localizar a mi otro hermano, el que no quiero ni pensar, en el reservado central de la segunda planta. Las mariposas traicioneras aletean en mi estómago al localizarlo. Como siempre arrebatador, pero lo que me amarga el momento es la rubia que casi le está metiendo sus tetas en los ojos.

Una ira brutal embarga cada célula de mi cuerpo y el enfado se agria en mi garganta.

«No tienes derecho. Es tu hermano». Recuerda mi mente.

A pesar de que todas las señales indican que debo apartar mi vista de la escena y olvidar que Andreas está en el mismo sitio que yo, algo en mi interior se rebela a hacer lo correcto. Así que enfadada y abrasada por la intensidad de unos celos enfermizos, espero a que él cruce su mirada con la mía, momento que aprovecho para regalarle una sonrisa diabólica.

Si él puede continuar con su vida sin pensar en que nuestros caminos se cruzaron en algún momento, yo también puedo. Así que me acerco a Harry y agarro su camisa para pegar su cuerpo al mío. Señal que el rubio no desaprovecha colocando sus manos en mi trasero, apretujando el mismo con fervor.

Nuestras bocas están demasiado cerca y aguanto el momento sin dar el primer paso, aunque de esta no pasa porque sé que Harry no va a perder la oportunidad de besarme y en esta ocasión no podré rechazarlo. Quizás besar a Harry arranque de mi memoria el beso ardiente que me dio Andreas y que he sido incapaz de borrar de mi mente.

Por el rabillo del ojo detecto que mi supuesto hermano no aparta su gélida mirada de mí y la satisfacción se instala en mi pecho, insuflándome el valor para aceptar el beso de Harry.

Primero noto sus labios suaves sobre los míos y entreabro para facilitarle el acceso. La lengua de Harry arrasa con la mía y empieza su movimiento para saquear mi boca. Espero sentir el fuego abrasador, instalarse entre mis piernas, sin éxito. Correspondo el beso sin mucho énfasis rezando porque acabe lo más pronto posible.

«¿Dónde te has metido Lera?», acuchilla mi mente.

Los celos son malos consejeros, porque son los causantes de estar entre los brazos del chico más popular del campus, sintiendo que el momento está durando demasiado.

«Adiós a mi teoría de que su beso borraría el de Andreas, nada que ver».

En mitad de mis pensamientos, Harry es arrancado literalmente de mi lado, abro los ojos estupefacta para ver al responsable de que el tedioso beso finalice al fin.

—Andreas— emito su nombre en un grito estrangulado.

—Tú y yo vamos a hablar, jovencito— sisea entre dientes y desaparece con Harry a su lado, agarrándolo con fuerza por unos de los brazos.

—¡Qué cojones haces, tío! — es lo último que escucho de la boca de Harry.

Paul y Brenda alertados se arremolinan a mi lado.

—¿Qué ha pasado? — pregunta mi amiga.

—Joder, ¿quién cojones es ese tipo? — añade Paul.

Me resulta imposible contestar a ninguno, porque mi cerebro no consigue formular ningún

pensamiento coherente. Así que vació el contenido de una de las copas de champaña de un solo trago y echo a correr por las escaleras por las que han desaparecido el loco de mi hermanastro con Harry. Acelero el paso para ver entre la multitud a Andreas arrastrando a un enfurecido Harry, fijo mi vista y compruebo que lo siguen los soldados de mi hermano.

—¡Joder! —gruño y a pesar de los tacones apresuro el paso para poder alcanzarlo.

Andreas Rossi es imprevisible, desconcertante y el mayor capullo cruel con el que me he tropezado en mi vida, temo por la vida de Harry.

«¿Cómo pude olvidarme de que mi hermanastro es un puto mafioso de mierda? ¿En qué estaba pensando?» Los reproches se suceden en mi cabeza, entretanto corro para evitar que Harry salga mal parado.

Atravieso un pasillo oscuro hasta que Andreas abre una puerta y desaparece tras ella, no tengo ni idea de cómo, pero consigo colarme antes de que se cierre en mis narices. Casi he cantado victoria por mi hazaña cuando unos brazos me detienen sujetándome desde atrás. Giro mi cabeza y enfrento a uno de los soldados de Andreas que me sujeta mirándome con desaprobación.

—¡Suéltame idiota! —grito forcejeando.

En el momento en el que mi hermanastro escucha mi voz, su cuello se tuerce para clavarme sus tormentosos ojos grises cuáles puñales.

Mantiene a Harry en alto rodeando su cuello con una de sus manos, mi amigo lucha por deshacerse, pero es inútil. A pesar de que ambos son altos y fornidos, Andreas lo supera en todo. El terror atraviesa mi cuerpo, recordando de lo que esas manos son capaces. Andreas Rossi es un diablo vestido con trajes capaz de partir el cuello de Harry con sus manos desnudas en un segundo.

El cabeceo que hace mi hermano logra que el armario ropero de hombre que me mantiene inmovilizada me libere. Corro hacia el centro de la habitación y detrás de mí escucho cómo se cierra la puerta.

—¿Qué crees que haces? —Lo enfrento obviando el miedo que me atenaza.

Sus ojos atraviesan mi cuerpo y percibo el miedo, aumenta su intensidad.

—Mantente alejada— ordena y no voy a desobedecer porque su mirada no solo muestra una advertencia sino una amenaza.

—¿Qué coño haces, tío? —gruñe Harry forcejeando, aunque se percibe su voz rasposa por la falta de aire en su garganta.

—Te crees que voy a dejar que vengas a manosear a mi hermana en mi casa, este es mi local, niñato y aquí hay ciertas reglas— informa y su tono tétrico afecta a Harry.

En el rostro de mi compañero se refleja el pánico que ejerce Andreas sobre él.

—Yo...—empieza e intenta desviar sus ojos hacia mí suplicando—, no sabía que era tu local, ni siquiera sabía que era tu hermana— se justifica.

—¡Andreas, suéltalo! —pido suplicante.

Por unos segundos duda y yo con él, rezo en silencio para que no elija la opción de partirle el cuello. Lo suelta de manera brusca y Harry cae de espalda al suelo emitiendo un gruñido de dolor.

—Puedo denunciarte—dice Harry.

—Hazlo— lo insta Andreas arrogante.

Corro hacia Harry e intento ayudarlo a levantarse.

—Déjame—ordena enfadado y me separo horrorizada por su gesto despreciativo.

—Harry yo...

Alza la mano para que no diga nada, se pone en pie con la poca dignidad que le queda y sale

del despacho, no sin antes dedicarle una mirada cargada de odio a Andreas.

Cuando la puerta se cierra detrás de Harry me giro y permito que mis ojos recorran a la bestia aterradora que permanece parado frente a mí. Definitivamente, Andreas Kirill Rossi Sokolov es lo peor que me ha pasado en la vida.



Capítulo 15

Andreas

Observarla parada frente a mí, llena de saliva mi boca, porque de cerca es más impresionante que en la distancia. Lera Morotova es el interruptor perfecto que enciende cada botón de mi sistema lascivo. El verde de su vestido destaca sus ojos esmeraldas. Sus ojos están anclados a mí, casi sin pestañear.

El idiota de su novio tiene suerte de que mi debilidad por ella sea más grande que las ganas de partirle el cuello si no ahora mismo estaría tendido inerte a mis pies. Pero su súplica junto al terror que he visto en sus ojos han sido determinantes para dejarlo libre, por ahora.

Convencerme a mí mismo que Lera, es mi hermana y no debo desearla, no funciona, han pasado días y sigo con lo mismo y lejos de desistir mis ansias crecen a velocidad de una gran bola de nieve que amenaza con estallarme en la cara.

Ahora mismo estoy demasiado cabreado, porque la imagen del rubio metiéndole la lengua hasta la campanilla no desaparece de mi cerebro y gangrena mi alma y mi ego. Para mi desgracia mi hermanastra desencadena en mí un sentimiento de posesión insano que es como un veneno letal que recorre mis venas y explota en mi negro corazón.

—Eres un demonio cruel, no tenías necesidad de asustarlo ni lastimarlo. ¿Qué te pasa Andreas?, ¿qué gilipollez es esa de que nadie manosea a tu hermana en tu local? De repente te has vuelto el hermano perfecto y me acabo de dar cuenta— grita de pronto recuperando su furia,

ese fuego que me enciende como una hoguera de ansias y ganas.

Lera Morotova es una dulce chica todo el tiempo, aunque siempre he sospechado que debajo de esas capas de corrección y responsabilidad se esconde una fiera de cuidado. Y ahora mismo estoy siendo espectador de cómo su carácter volcánico hace explosión. Lejos de molestarme, me encanta porque me pone duro e intensifica las ganas que tengo de tumbarla sobre el escritorio de mi despacho y enterrarme entre sus torneadas piernas para que grite mi nombre a mandíbula abierta.

Sacudo la cabeza para despejar mis pensamientos febriles y concentrarme.

—He descubierto que no me gusta que mi hermanita se pegue el lote con un idiota petulante en mi club— comento encogiéndome de manera despreocupada mis hombros.

Si ella supiera el odio que me despierta su noviecito solo por haberla tocado, correría ahora mismo despavorida saliendo de mi despacho como alma que lleva el diablo.

—¡Eres un hipócrita! —acusa entornado sus ojos.

Su cuerpo tiembla dominado por la ira y el enfado que es imposible de calmar.

—Quizás— contesto a modo de provocación y me muevo para ocupar el sillón detrás de mi escritorio.

Es una zona segura, es un muro invisible para no lanzarme sobre ella con la intención de borrar los besos de ese maldito. Aprieto las manos para controlar el nuevo acceso de odio que me domina.

—Andreas, vivimos en la misma ciudad. Coincidir parece que puede ser normal en nuestras vidas, no me alegra, pero lo acepto. Por lo que te pido que ignores mi presencia. Al fin de cuentas no somos nada —anuncia y todo en sus palabras consigue que la furia explote en mi pecho como una granada, arrasando todo a su paso.

«No somos nada», esas tres palabras hacen eco en mi mente y rasgan mi ego.

Sin pensar me pongo en pie ante sus ojos abiertos de par en par y en dos zancadas la tengo entre mis brazos. Mis dedos se hunden sin piedad en la piel de sus antebrazos. Nuestros rostros están a milímetros de distancia.

Solo sentir su respiración en mi boca provoca que salive en exceso.

—Lera, te metiste en mi vida, nadie te llamó. ¿Ahora pretendes que te ignore? —ataco como el maldito hijo de perra que soy.

—Sí, esos mismos. Diviértete con la rubia que debe estar esperándote ansiosa en el palco— reprocha y por un momento me divierte la estela celosa que percibo en sus palabras.

—¿Celosa ninfa? —interrogo arqueando una de mis cejas.

—No seas arrogante, eres mi hermano —rebate alzando su barbilla.

Error porque nuestros labios se rozan por un segundo y el contacto me atraviesa cada pulgada de mi cuerpo como un rayo.

Devoro su boca con decisión en un beso abrasador y brutal que ella recibe cuál sediento en mitad del desierto. Nuestras lenguas se enroscan y de nuevo experimento el mismo sentimiento que la primera vez que la besé. La dulzura de su sabor inunda todos mis sentidos y mis manos vuelan a su cintura instándola a que rodee con sus piernas mis caderas. Lera obedece como una buena chica, lo que casi me enloquece. Avanzo para colocar su trasero sobre mi escritorio sin separar mi boca de la suya. Me las apaño para introducir mis dedos entre sus piernas acariciando la suave tela de su ropa interior.

Percibo la humedad y crecen las ansias de devorarla viva, con un fuerte tirón la libero de su tanga para adentrarme con maestría en sus labios inferiores. Le robo un gemido amortiguándolo con mi boca.

Es una hechicera, me tiene a mil, desde mi adolescencia no he experimentado tanta ansiedad por enterrarme en la vagina de una mujer.

Dos fuertes golpes en la puerta interrumpen el camino a follármela sobre la mesa de mi despacho. A regañadientes rompo el beso y me separo, no sin ante dedicarle una ardiente mirada.

—¿Quién es?

—Andreas, soy Selenia —La cantarina voz de la jefa de los Ndrangheta inunda el espacio a través de la puerta.

A modo instintivo mis ojos ruedan hacia Lera, que permanece en la mesa, ya no está sentada, la observo arreglándose su ropa y su ceño fruncido indica que no está muy contenta.

Selenia y su don de la oportunidad, si no fuera por la interrupción de esa mujer, ahora mismo estaría follándome a mi sexi ninfa.

—Un momento —digo en voz alta y aprovecho para colocarme la erección de campeonato que se esconde en mis pantalones.

—No hagas esperar a tu ligue, hermanito —sisea Lera.

Alzo las cejas y la atravieso con mis ojos.

Detesto las escenas de celos, y mi ninfa ahora misma grita en silencio que está celosa, aunque por primera vez en ella no me molesta, me agranda el ego que ya de por sí lo tengo del tamaño del Gran Cañón.

—Tú y yo no hemos acabado —anuncio sin acercarme.

No confío en volver a tenerla cerca y no follarla mientras Selenia espera al otro lado de la puerta.

—Siento decirte, Andreas que este es nuestro punto final— pronuncia pasando por mi lado directa a la puerta.

Hipnotizado por el movimiento de sus caderas al caminar, me cuesta reaccionar, así que mi ninfa abre la puerta de golpe ante la asombrada mirada de Selenia al verla.

—Hasta nunca, hermano —se despide enfatizando la palabra hermano.

¡Hostia puta!, ahora mismo merece que salga disparado detrás de ella y le recuerde quién manda aquí y en el mundo. Sin embargo, la presencia de mi socia impide que de rienda suelta a mis impulsos.

—Andreas, ¿todo bien? —pregunta Selenia aproximándose.

—¿Qué quieres? —interrogo brusco.

—Te noto tenso, si quieres puedo solucionarlo— Su invitación es clara y viene acompañada por sus dedos acariciando mi pecho por encima de mi camisa.

Estoy tan caliente que me importa una mierda en quien desahogarme, con tal de meter mi dura polla en caliente. Por eso, rodeo el cuello de Selenia con una mano y atraigo su boca a la mía para besarla con salvajismo en un loco intento de deshacerme de las ganas que me consumen.

Lástima que las ganas no son de rubia exuberante, sino de ninfa con mirada de esmeralda...

Decidido opto por lo fácil y es largarme del club con Selenia colgada de mi brazo. Nos metemos en mi coche y conduzco hacia el hotel donde se hospeda la rubia.

Una sesión de sexo es la mejor cura para arrancarme a cierta hechicera de mi puta cabeza, así que apenas le brindo opción a Selenia cuando entramos de cerrar la puerta. Me abalanzo sobre ella igual que un animal y arranco su vestido sin cuidado, para devorarla como la bestia que soy.

Son las tres de la mañana cuando me encuentro vistiéndome en la suite del hotel de Selenia, he perdido la cuenta de las veces que me la he follado y para mi penuria no experimento la satisfacción de estar saciado.

—Quédate —solicita mirándome desde la cama.

Permanece desnuda sin pudor, su melena rubia resalta sobre las sábanas de negra seda.

—No. —Mi respuesta escueta no detiene sus ganas de conversación.

Al parecer no se da por aludida que no tengo ganas de perder el tiempo en conversaciones inútiles.

—Andreas, la chica que salió de tu despacho...

Hacer alusión a mi ninfa rompe cualquier momento tranquilo, porque el simple hecho de que Selena se atreva a comentar sobre ella me enfurece. No doy explicaciones, nadie me pregunta, todos miran y callan, soy el maldito capo, el puto jefe de todos.

—Selena, si aprecias nuestra alianza, retirarás ahora mismo cualquier alusión a mi vida privada. No soy un hombre de palabras, creí que te lo había demostrado— contesto sin piedad aludiendo a la sesión de sexo que hemos tenido momentos antes.

—Nos conocemos hace mucho, no creo que interesarme en ti sea un delito —rebate la rubia—. Esa chica dijo que era tu hermana.

—No te importa —insisto a un pelo de perder la puta paciencia y estallar.

—Bueno, calma, bebé. Solo quiero decirte que la próxima vez retires del suelo las bragas de tu supuesta hermana.

«Joder, hostia puta, mierda», todas las maldiciones juntas ocupan mi mente.

Selena es demasiado suspicaz para el bien de cualquier hombre.

—¿Quién te dijo que eran de ella? —me defiende sin mirarla, abandonando su habitación.



Capítulo 16

Lera

Brenda me aborda con ímpetu, en su semblante se refleja cierta confusión.

—¿Qué ha pasado? — inquiera acercándose a mí.

Reviso el reservado y observo a Paul con dos chicas que no conozco bebiendo y parlotando. No hay rastro de Harry, por lo que supongo que se ha largado o quizás esté en la pista.

—Nada— respondo y me gano una mirada sospechosa por parte de mi amiga.

—No me vengas con gilipolleces, Lera... Harry ha llegado como un basilisco y se ha largado echando humo por las orejas —explica Brenda despejando mis dudas de que Harry se ha marchado.

Respiro hondo valorando que es lo que puedo o no explicar a Brenda para no exponerla ante el submundo de Andreas, el mío también.

Mi hermanastro es un idiota descomunal, sus acciones con Harry lo único que ocasiona son problemas, problemas para mí porque el bien que debe estar de rositas con la escultural rubia con quien lo he dejado. Una rabia insana me recorre.

«¿Celos?», pregunta mi mente. «¡Ni de coña!», me autorrespondo demasiado rápido para ser cierto.

Después de lo que ha sucedido en su puto despacho, de ese beso incendiario digno de llamar todo el cuerpo de bomberos, ver cómo la rubia lo buscaba no ha sido un plato de buen gusto.

«¿Qué esperabas?», me reprende mi consciencia.

Andreas es el jefe, cualquier mujer estaría dispuesta a arrodillarse ante su digna presencia. Sin olvidarse que su atractivo junto a su aura arrogante cargada de peligro causa un efecto brutal en cualquier mujer que lo mire.

—Al parecer el local es de mi hermanastro— empiezo mi relato—. Y no le gustó que Harry se acercara demasiado a mí.

—Madre mía— exclama Brenda—, ni que estuviéramos en el Medievo. ¿De dónde cojones ha salido tu hermano? Vivimos en el siglo XXI— proclama Brenda desconcertada.

Es difícil que mi amiga entienda cómo actúan los hombres de la mafia, porque las organizaciones son machistas y retrógradas. Sin embargo, no entiendo bien la actitud de Andreas. A fin de cuentas, llevamos demasiados años lejos para que actúe como protector de su hermana.

«De hermano protector nada. Que ese tipo te ha devorado la boca con un ansia poco fraternal». Mi viperina mente aborda ciertos detalles que prefiero evitar.

Exhalo el aire de mis pulmones casada, frustrada, por todo lo acontecido y por tener que dar explicaciones de un suceso que yo no comprendo demasiado bien.

—Brenda, prefiero marcharme —añado dando por terminada la conversación.

—Lera, cariñete...— dice con dulzura—, te acompaño si quieres.

—No es necesario pillaré un taxi —informo con una sonrisa demasiado triste para la tranquilidad de mi amiga.

Avanzo y cruzo todo el local con prisas por a llegar a la puerta donde por suerte ya me espera el taxi que he solicitado vía móvil. Abro la puerta y me subo con excesivo cuidado de no dar un espectáculo, porque el vestido es demasiado corto y no llevo bragas.

«Capullo», sisea mi mente recordando al culpable de que no las lleve.

Una vez en casa me deshago del vestido y me meto en la ducha, es necesario, porque la imperiosa necesidad de borrar el tacto de Andreas en mi cuerpo me lanza a un abismo oscuro del que no quiero salir.

El agua recorre mi cuerpo y froto con ímpetu con ayuda de mi esponja. El calor y la sensación de hormigueo no desaparece, porque mi mente traicionera revive una y mil veces el momento *hot* vivido con Andreas. He besado a algunos chicos, no soy una inexperta, en lo que a besos se refiere, pero ninguno me ha incendiado como él. No quiero ni imaginar que me hiciera algo más.

El anhelo de ser una chica normal oprime mi pecho, porque quizás si en realidad no fuera una princesa de mafia podría elegir al chico que quisiera sin ningún obstáculo.

«Nunca podrías tenerlo a él». Asevera mi mente.

Andreas es inalcanzable desde cualquier prisma que se mire.

El corazón me late enloquecido solo con pensarlo, abandono la ducha y me coloco un pijama para dejarme caer sobre mi cama y abandonar mi mente al sueño reparador. Es la única manera de borrar cada imagen, cada palabra de Andreas.

Brenda no creo que regrese hasta el amanecer, mi amiga no se pierde una buena fiesta. Sonríó ante eso.

Me encamino a mi habitación tumbándome sobre mi cama con la esperanza que el sueño llegue rápido. Porque la olla presión en la que se ha convertido mi cabeza no descansa. Mis ojos siguen abiertos de par en par, por lo que alcanzo el móvil que está colocado en mi mesita justo al lado de mi cama. Compruebo y no tengo ningún mensaje, después reviso las redes sociales y sonrío al ver que Brenda has subido una foto nuestra de esta misma noche.

De nuevo lo sucedido se revive en mi cabeza y suelto enfadada el móvil sobre la mesa.

Por la mañana casi se me pegan las sábanas y salgo pitando de nuestro apartamento, la puerta de Brenda seguía cerrada, así que he optado por no despertarla. Mi amiga suele ausentarse de las clases cuando pasa la noche de fiesta. Por suerte la universidad está demasiado lejos de nuestra residencia.

Alcanzo a entrar a la clase de tecnología justo segundos antes que la señorita Peauts me dedique una mirada significativa por encima de la montura negra de sus gafas.

La soporífera materia y la voz tediosa de la profesora provocan que casi caiga dormida sobre el pupitre, por suerte mi adormilada cara pasa desapercibida para la señorita Peauts. Sin embargo, Paul, que se encuentra en dos asientos más alejados, me mira con persistencia.

Lo que me faltaba. El idiota del amigo de Harry parece que nunca se entera de nada, en esta ocasión su lenguaje corporal indica que su amiguito quizás le ha contado algo del encontronazo de anoche en le Tanathos.

Para mi desgracia, Brenda no está a mi lado para actuar como escudo. Así que cuando finaliza la clase salgo como alma que lleva el diablo disculpándome a cada paso por los empujones que propino a varios de mis compañeros.

—Lera.

La voz de Paul a mi espalda consigue que mi nerviosismo crezca y casi echo a correr, pero un grupo de estudiantes en el pasillo me impide que me bata en estampida.

Me detengo de manera abrupta oportunidad que aprovecha Paul para abordarme.

—Lera, ¿estás huyendo?

—No, ¿por qué? —disimulo esforzándome en ser convincente, aunque creo que no soy muy concluyente.

—Necesito hablar contigo de Harry.

Mis manos empiezan a sudar por los nervios, por suerte sujeto mis libros entre ellas.

—¿Qué sucede? —interrogo, ciñéndome a mi papel de ignorante.

—Harry, se largó anoche, llevo todo el día llamándolo y no me coge el teléfono. ¿Explícame qué os paso? —exige preocupado por su amigo.

La losa de 100 kilos de culpabilidad se coloca sobre mi cabeza ante las palabras del Paul y la inquietud se instala en mi pecho oprimiéndolo.

«¿Será que Andreas ha hecho desaparecer a Harry?». La cuestión cruza por mi mente igual que un rayo aumentado mi nerviosismo.

Durante unos segundos entre Paul y yo se instala un manso mutismo a pesar de que nuestros ojos mantienen la mirada.

—No nos pasó nada —desvío los ojos porque resulta insostenible mantener la mirada mientras miento como una bellaca —Se molestó.

—¿Discutisteis? Lera, lleva demasiados meses detrás de ti, lo ilusionas y después lo alejas. Nadie en su sano juicio aguanta tanto— reprocha Paul molesto.

—Yo nunca le he prometido nada, ya le manifesté la situación. No tengo por qué darte explicaciones —me defiendo.

—Me importa una mierda tus explicaciones, quiero localizar a mi amigo y punto— se rebela alzando demasiado la voz, lo que ocasiona que varios compañeros centren su atención en nosotros.

—Bueno, intento llamarlo —claudico al fin para que se calme —. Después te informo, ahora llego tarde.

Camino rápido mientras tecleo en el móvil el número de Harry, en silencio suplico que me coja el teléfono. Intento no dejarme dominar por mis miedos. Al sexto tono descuelga.

—Déjame en paz, Lera —gruñe colgando a la vez.

A pesar de sus malas formas inspiro hondo, quitándome un enorme peso de encima.
«Está vivo, al menos», me digo.



Capítulo 17

Andreas

Es poco más de medio día en el momento que atravieso el umbral de mi ático. Sorprendentemente, mi primo, Marcelo, me espera sentado en mi sofá de cinco mil dólares con sus lustrosos zapatos sobre la mesa de diseño de delante del mismo.

Elevo una de mis cejas y acto seguido retira los pies.

—¡A buenas horas! — regaña.

Mi *consiglieri* a veces parece un padre protector, más toca pelotas que otra cosa.

—Vete a la mierda —gruño con mi indisimulado humor.

Me despojo de mi chaqueta de cuero y voy directo a la cafetera para prepararme un café bien cargado. Lo necesito después de toda una noche de vigilia. La sesión de sexo con Selena se agrió al aludir a mi ninfa. Salí disparado en busca de soledad para calmar las ganas de correr en busca de mi hermanastra y acabar lo que empezamos en el despacho del club. Buscando una aparente calma que después de horas aún brilla por su ausencia y me ha dejado como secuela un malestar asqueroso y unas ganas de dormir hasta mañana. Pero la presencia de mi primo en mi piso augura que no podré hacerlo.

—Pensé que después de una sesión con Selena estarías más tranquilo. Al parecer tu humor de mierda no lo cambia ni el sexo con la griega —se mofa, provocándome como siempre.

Para Marcelo resulta un *hobbie* sacarme de mis casillas y prender la mecha de mi carácter de mierda, como el mismo lo llama.

—¡Al grano, Marcelo! —gruño.

—Piero acaba de llamar, han cogido a dos de los hombres de Leandro intentando cruzar la frontera —informa colocando una de sus manos sobre su mentón.

Detengo el gesto de llevar la taza de café a mis labios y frunzo el ceño.

—¿Cómo los localizaron? —me intereso y continúo con mi ritual de preparación de café.

—Recibieron un chivatazo de unos de los colegas de Patrice, lo corroboraron con el teléfono de esta, lo tenemos pinchado— aclara Marcelo.

La zorra de Patrice es una arpía de cuidado y mueve los hilos a su antojo, por lo que en breve debo recortar ese cabo suelto que lo único que augura son problemas. Que Patrice sea la fuente de la información que han verificado mis hombres para atrapar a los esbirros de Leandro, me huele a tumba abierta.

—No me fio de Patrice —comunico cogiendo la taza entre mis dedos.

—Andreas, desconoce que le tenemos clonado el teléfono— asevera Marcelo, seguro de sus palabras.

—No la subestimes, esa mujer es una víbora y lleva demasiado tiempo moviendo los hilos de los hermanos Romano— aseguro—Hace tiempo que debimos cortar la cabeza de esa serpiente con piel de mujer.

—Andreas, esa chica no puede hacer mucho más que manipular a los Romano. No tiene suficiente poder. —Marcelo juguetea con su mechero entre los dedos mientras habla.

—¿Dónde los tienen? —pregunto sin moverme de espaldas a Marcelo.

—En el almacén.

Me giro y lo enfrento con la mirada entornada, mostrando mi rostro pétreo. La intuición en mi vida es la única que me ha acompañado a lo largo de los años y rara vez me ha decepcionado. La alarma en mi interior empezó a sonar con intensidad.

—Llámalos que salgan de allí —ordeno, dejo el café sin acabar acercándome a coger la chaqueta.

Marcelo no cuestiona mi orden, se apresura a sacar su móvil y marcar el número de Piero. Su rostro enseguida, muda a una expresión de terror.

—Vámonos, reúne a todos los soldados —grito encaminándome hacia la puerta.

«Mierda puta, esto huele muy mal», resuena en mi mente.

—No lo coge —informa Marcelo acompañándome, sin despegar la oreja del móvil.

—¿Te sorprende? —interrogo con sarcasmo.

Salimos pitando en las furgonetas que esperan abajo.

—¿Qué pasa Andreas? —pregunta al fin Marcelo, desconcertado.

—En breve lo averiguaremos —certifico en el interior del vehículo.

Casi hemos alcanzado la zona sub de la ciudad cuando una humareda negra mancha el cielo a unos quinientos metros.

—¡Hostia puta! —gruño en voz alta.

—Mierda, Andreas— maldice Marcelo también fijando sus ojos en la humareda.

Cuando llegamos al recinto industrial nuestras peores sospechas se desvelan. El almacén prácticamente ha sido engullido por las llamas, los bomberos se apresuran para extinguir el fuego y dos coches de policía estacionan a la par de nosotros.

—La pasma —sisea entre dientes Marcelo antes de bajar de la furgoneta.

Para mí no es problema la policía, el 90 % de los miembros del cuerpo de seguridad están en mi nómina, el resto sí me molestan los aniquilo. Mi primo es demasiado fatalista porque su vena blanda, la de su familia materna, sale a relucir en estos momentos. En cambio, yo no tengo vena

suave, mi familia paterna siempre han sido unos manipuladores sin escrúpulos y mi familia materna son demasiado sádicos para brindarme cualquier gen que englobe piedad.

—Buenos días. —Saluda uno de los agentes.

Ni me digno a mirarlo, no me interesa, mis ojos se dedican a devorar la imagen que se muestra ante mis ojos. Si Piero no contesta al móvil, su destino ya está sellado, barajo dos opciones o ha sido pasto de las llamas o secuestrado por lo mismo hijos de puta que se han atrevido a dañar mi mercancía y mis propiedades.

«Ilusos», resuena en mi mente.

Los que me conocen bien no osarían a desafiar la ira del cuervo, porque saben que no me tiemblan las manos como verdugo y que a vengativo no me gana nadie. Si el idiota de Leandro Romano se ha atrevido a desafiarme, su muerte será lenta y dolorosa, inevitable, aunque no sea el responsable del ataque al almacén, porque no se me olvida que ese gilipollas me ha robado en mis narices.

—Señor Rossi queremos hacerle unas preguntas— propone el agente insistiendo para llamar mi atención.

Le dedico una mirada cargada de hastío y desprecio.

—Mi primo le atenderá— digo sin dar mucha opción.

—Él ya nos respondió —informa el agente.

—Pues es lo único que necesita.

—Verá, debemos contrastar versiones— insiste.

Lo repaso de arriba abajo y tengo la sensación de que en cualquier momento se meara encima en mis adentros sonrío. Cuando quiero soy un cabrón despiadado y me encanta.

—Hable con el jefe de policía Regan él le despejará sus dudas— Nombro a su jefe para que deje su interrogatorio, no tengo ganas de perder la paciencia con una oficial mindungui que se la da de profesional.

Si él supiera que el cuerpo de seguridad del que se vanagloria llevando su placa me pertenece, no se mostraría tan seguro de sí mismo.

—Nos largamos, aquí, no hay nada que ver— ordeno dirigiéndome a Marcelo.

Marcelo acata mi indicación y volvemos a los vehículos de regreso a mi casa.

—Andreas y, ahora, ¿qué? —pregunta mi primo una vez en el interior de la furgoneta.

—Ahora a matar a los hijos de puta que se han atrevido a joderme. Quiero responsables. De momento me voy a la oficina y habla con el consejo, informa que alguien ha sido tan idiota de robarnos millones de dólares en cocaína y quemar mis propiedades. Que no les sorprenda la masacre que se va a liar en breve.

Marcelo no rebate, porque sabe que es lo que toca hacer. Somos la mafia italiana y yo el capo no puedo dejarme tocar las bolas de esta forma y no ejecutar a todos y cada uno de los implicados en este ataque.

Paso por el *ático* para cambiarme de ropa y acudir al edificio de oficinas que regento en el centro de la ciudad. Soy un mafioso las 24 h del día, pero también tengo que ejercer mi papel de amo del mundo como presidente de una empresa de bienes y raíces, la cual utilizo para blanquear todo el dinero de la organización.

Para ser *il capo di tutti capi* no solo debes tener habilidad para matar y dirigir, sino que ser un lince en los negocios es un punto más. Mi difunto padre lo tenía claro y me obligó no solo a convertirme en un puto asesino, sino a sacarme una carrera de finanzas.

—Señor Rossi, en dos horas tiene una reunión por *Zoom* con nuestros clientes del este — comunica Margot, mi secretaria, al verme asomar por la oficina. Asiento y recojo el folder que

me entrega para ponerme al día de los aspectos importantes de la reunión, clausurándome en mi oficina.

—No me pases llamadas —informo antes de cerrar la puerta.

El día ha empezado mal, lo que no ayuda a mejorar el humor que arrastro desde ayer. El incendio del almacén junto a la desaparición de mis cargamentos de droga y mis hombres en el proceso empeoran mi talante por segundos. Envío un mensaje a Marcelo para preguntarle si hay novedades de los responsables.

Mis ojos vagan por mi escritorio y alcanzo a la bandeja donde mi secretaria deposita el correo. Lo cojo y reviso varias cartas de publicidad y entre ellas un sobre color crema con sello oficial del consulado italiano. Con ayuda del abrecartas rasgo el sobre y saco una invitación.

Nos complace invitarlo al coctel en la embajada italiana.

Si odio a algún tipo de personas a parte de los cobardes, esos son los políticos. Mafiosos con traje que juegan con el dinero de los contribuyentes, pero se jactan de trabajar para la ciudadanía cuando en realidad lo hacen para engordar sus propios bolsillos. ¿Dista poco de un mafioso de mierda como yo? Sin embargo, a ellos los veneran y a mí me temen.

Acudir a la gala en el consulado es complicado porque de un momento a otro voy a ser el que desate una encarnizada guerra en la ciudad, por lo que eso no me garantiza muchos fans. No obstante, como el gran hijo de perra que soy, sonrío ante la tarjeta que sujeto entre mis dedos.

La idea que ronda mi malévola idea que va tomando consistencia en mi cabeza actúa como un chute de adrenalina.



Capítulo 18

Lera

Después de un día terrible corriendo entre clase y clase y sin lograr quitarme de la cabeza a Harry. Cuando al fin entro en mi apartamento en lo único que pienso es en una ducha caliente y acurrucarme entre las sábanas.

«Nada que ver»

Brenda me recibe en el salón y por su cara averiguo que su intención es someterme a un tercer grado.

—No tengo ganas de hablar, estoy muerta— exclamo y avanzo hacia mi habitación en un vano intento de saltarme a Brenda a modo inspector.

—¡Ni de coña! Me debes una explicación desde anoche, así que ni sueñes en librarte— amenaza señalándome con su dedo índice alzado.

Claudio porque la conozco demasiado bien para ser consciente de que mi amiga no parara hasta tener mi versión específica de los hechos. Así que me dejo caer sobre el sofá del salón acompañando mi acción con un bufido.

—Empieza por el principio— exige colocándose frente a mí también sentada.

—Bueno, yo no tenía ni idea que el Tanathos era propiedad de Andreas— confieso.

—¿Y quién es Andreas?

—Mi hermano, mejor dicho, mi hermanastro. Al parecer nos vio a Harry y a mí demasiado acaramelado. — continuó.

—Ya era hora que le dieras vía libre al pobre —exclama Brenda—Pero no logro comprender que puede importarle a tu hermano.

—Yo tampoco, pero vino a nuestro reservado hecho un basilisco y arrastró a Harry a su despacho, yo los seguí— Quizás haya contado demasiado, sin embargo, necesito desahogarme con alguien porque mi cabeza está a punto de estallar. Por lo que obvio el sentimiento de protección para con mi amiga y vomito lo sucedido sin calcular lo que sí puedo contar y lo que no.

—Madre mía Lera. Es demasiado confuso.

—Cuando irrumpí en su despacho, casi lo mata, lo estaba ahogando. Gracias al cielo lo soltó y Harry salió pitando. Lo seguí, pero no quiere saber nada de mí. Incluso lo llamé esta mañana y me colgó —explico.

—Lera, no me extraña, pobre chico. Aun así, sigo sin comprender la actitud neandertal de tu hermano —insiste mordiéndose una de sus uñas.

Es un gesto habitual en ella cuando divaga o delibera sobre algún asunto.

—Brenda, Andreas tiene un carácter endemoniado, siempre lo tuvo. Hacía diez años que no lo veía —confieso y siento mi pecho más ligero.

—Joder, diez años. ¿Pero qué clase de familia tienes? —se escandaliza.

—Mejor, no quieras saberlo.

El sonido del timbre nos sobresalta al mismo tiempo y nos dedicamos una mirada extrañada.

—Ya voy yo —se decide Brenda al fin.

—La señorita Morotova.

Al escuchar mi nombre me apresuro para ponerme en pie e ir hacia la puerta con curiosidad.

En el umbral hay un hombre joven con traje negro y gafas oscuras que sujeta entre sus manos una caja rectangular que casi ocupa todo su pecho.

—Soy yo.

—Esto es para usted.

—¿De parte de quién? - pregunto curiosa.

—En el interior del paquete encontrará todo, gracias— suelta y se larga sin más.

Brenda cierra la puerta y yo sigo sujetado el paquete como una estatua.

—Va ábrelo que despejemos el misterio— me anima mi amiga.

Dejo el paquete sobre la mesa del salón y mis dedos tiemblan antes de atreverme a abrirlo. Sospecho que lo que hay dentro no me va a gustar. Separo la tapa ante mí se muestra un vestido verde esmeralda precioso.

—¡Joder, es precioso! — exclama Brenda asomando su cabeza a mi espalda.

Mis dedos acarician la tela vaporosa deleitándome con su tacto sedoso hasta que toco una tarjeta color crema con letras doradas.

La caligrafía es elegante y en cursiva.

Me complacerá que me acompañes mañana noche al consulado

A.R.

Con esas iniciales no hay duda del remitente y la ira se adueña de mi cuerpo arrugando la tarjeta sin piedad entre ellos.

—Idiota— siseo.

Si Andreas Rossi se cree que voy a acompañarlo algún maldito evento es que es más iluso de lo que creí.

«Ni loca, no voy a volver a verlo en la vida».

«Mentirosa», apunta mi consciencia.

—Habla, Lera, joder. Me tienes en ascuas. ¿Quién es AR? —insiste Brenda expectante.

—El egocéntrico de mi hermanastro— proclamo y suena más como un grito.

Me apresuro nerviosa a coger mi teléfono para informarle al presumido, arrogante y todopoderoso Andreas que ni en mil vidas voy a ir con él a ningún sitio.

—Mierda, no sé si decirte que su comportamiento no es demasiado fraternal— observa Brenda.

—Para nada— contesto, ofuscada por el enfado que aumenta en el preciso momento que me doy cuenta de que no tengo el teléfono de Andreas.

—¿Lo que faltaba? —anuncio—. No tengo el teléfono del malnacido.

Las carcajadas de Brenda ocupan todo el salón ganándose una mirada aniquiladora por mi parte.

—Lera, perdón, pero es que nunca te había visto tan enfadada. Siempre tan comedida, tan responsable, la chica perfecta del campus. Sin embargo, escondes a una verdadera fiera bajo esa piel de corderito —corroborra Brenda sujetando su estómago ante los espasmos producidos por su escandalosa risa.

El sonido de mi teléfono interrumpe la reprimenda que tengo preparada para mi amiga y me sorprende tanto que casi se me resbala el *iPhone* de las manos. Observo la pantalla el número desconocido y frunzo el ceño antes de descolgar.

—Sí.

—*Mía principessa*.

Escuchar su voz provoca escalofríos en mi cuerpo y pequeñas descargas eléctricas en mi alma.

«Dios, como un hombre tan horrible, puede provocar que se me esfumen las bragas y las palabras con solo su voz».

—Ni *principessa* ni hostias— grito a través del teléfono, perdiendo las formas. —¿Quién te crees? Estás loco si piensas que voy a ir contigo a ningún lugar.

—¿No te gustó el vestido ninfa? —pregunta, relajado, ninguna de mis palabras parece haber penetrado en su pedazo de cabeza.

—Andreas, no si eres sordo, o me ignoras con intención. No se trata de si me gusta o no el vestido. La cuestión es que te puedes meter el vestido por donde te quepa. — En realidad, estoy tan enfadada que no sé de dónde sale el valor para enfrentarme al mafioso de mierda.

«Porque no lo tienes cara a cara», apunta vivaz mi mente.

—Lera— sisea y un escalofrío recorre mi espalda—, solo lo voy a repetir una vez. Mañana estarás lista a las 20.00 h y ejercerás tu papel de mi acompañante a la gala del consulado. Porque si sigues empecinada en soltar por tu linda boquita, esas palabras soeces y maldecir las consecuencias serán más grandes que el Kilimanjaro. —amenaza con el estilo que le caracteriza.

En mi traicionera mente aparece su imagen, de él repantigado en su sillón sin despeinarse mientras me extorsiona para que acepte esta loca invitación que solo puede acarrear más problemas de los que tengo.

—Andreas, no quiero ir. —Mi voz suena infantil como a pataleta.

—Irás, preciosa, porque si no tus amigos pagaran mi mal humor —proclama con frialdad.

—De acuerdo— acepto al fin sabiendo que no tengo más opciones.

—Hasta mañana, *principessa*.

Dejo el teléfono sobre la encimera de la cocina reprimiendo el instinto de arrojarlo con fuerza contra la pared. A fin de cuentas, debería comprar otro por un arranque de ira provocado por el déspota de mi hermano. Mis ojos se posan en Brenda, que me observa con demasiada atención, ha sido testigo de toda la conversación, por lo que no puedo escabullirme sin ampliar la

información. Aun así, espero que mi amiga diga algo.

Me quedo sin palabras porque lo único que siento es un cabreo monumental, frustración e impotencia provocada por la actitud de Andreas. Después del encontrarlo en el Tanathos supuse que nuestros caminos no volverían a cruzarse, pero él se empeña en que sí.

—Lera, no quiero ser metiche, pero la actitud de tu hermano es demasiado rara. Yo creo que le gustas. —Brenda lanza su valoración como una granada sin llave.

Mis ojos se abren de par en par y pestañeo un segundo para recuperar mi sentido común.

—No digas idioteces, Andreas es un chulo, lo único que quiere es joderme— rebato, pero no he elegido las palabras adecuadas porque Brenda sonríe.

—En el sentido literal de la palabra— afirma.

—No, quería decir, enfadarme, cabrearme, molestarme— enumero diferentes acciones, sin embargo, la picardía que muestra el rostro de Brenda me grita que no voy a convencerla de que su descabellada suposición es errónea.

Decido dejar mi diatriba y pongo rumbo al baño para darme la ducha que hace rato, planeé y esconderme un poco.

«En resumen, hoy ha sido un día horrible».



Capítulo 19

Andreas

Jugueteo con la pluma entre mis dedos y sonrío recordando la furia intensa de mi ninfa. Por fin, me ha dejado ver lo que se esconde debajo de su apariencia de niña buena. Lo que lejos de desagradarme me excita y aumenta las ganas que le tengo.

Los golpes de la puerta de la oficina anuncian una visita y sacudo mi cabeza apartando mis pensamientos candentes de mi cabeza.

—Andreas. — Saluda Marcelo con semblante serio y se sienta justo enfrente mío.

«Mi primo necesita unas vacaciones o mucho sexo», me digo en mi mente.

Últimamente, se muestra negativo y tenso.

—Marcelo, ¿qué buenas nuevas me traes? —pregunto.

—Al parecer la científica encontró en los restos del incendio del almacén una estrella de siete puntas, en estos momentos la están analizando. Aunque dudo que encuentren huellas, lo raro es que no se halla derretido con el fuego.

—Excelente —exclamo entrelazando ambos dedos de mis manos-quizás ha llegado el momento de hacer una visita a China Town. Averigua los pasos de Li Zuang. Quiero un informe exhaustivo de su localización a tiempo real —indico.

—Andreas, cualquiera pudo dejar esa pista en el lugar para detonar una guerra entre mafias —

apunta cauteloso Marcelo.

—Lo sé, pero de momento es lo que tenemos. Además, me ha llamado Fudo Shinoda, el nuevo líder de la Yakuza, en unos días viajará a Los Ángeles para reunirse — explico.

—Está bien, me pongo manos a la obra— dice levantarse— ¡Ah!, se me olvidaba— se detiene dejando sobre la mesa una carpeta marrón— La información que me pediste sobre la chica.

—Okay— contesto alcanzado la carpeta.

—Andreas.

—Sí.

—¿Tienes claro que es una princesa de la mafia rusa? Además, no está corroborado, pero se habla de cierto compromiso matrimonial con un alto cargo de la bratva. No quiero ser pájaro de mal agüero, pero esta fijación tuya por la joven no traerá nada bueno— aconseja y suena como la voz de mi conciencia.

Que tenga razón, no evita que me cabree, así que le lanzo una mirada asesina y Marcelo se limita a abandonar mi oficina.

En la soledad de mi despacho la idea del compromiso matrimonial me intriga, porque el comportamiento de mi hermanita está lejos de ser el de una novia abnegada. Hace tan solo dos noches se estaba comiendo los morros con el imbécil de niñato que casi mato.

Sumido en mis elucubraciones casi doy un salto que reprimo cuando la puerta de mi despacho se abre sin permiso y aparece un furioso Iván Nikov con los ojos inyectados en sangre. Marcelo asoma justo detrás del ruso y mis hombres se apresuran a rodearlo y apuntarlo con los cañones de sus armas. El rubio eleva las manos en señal de paz; sin embargo, no logra que mi equipo de seguridad deje de apuntarlo.

—Nikov, hay hombres que por menos lucen bajo una tumba—suelto, impertérrito, atravesando al maldito ruso con mi gélida mirada.

—Rossi, me estás jodiendo, no soy un idiota. Darme largas como si fuera un principiante es una provocación — exclama furioso.

Debo reconocer que la cocaína le proporciona pelotas, porque o es un suicida o un loco. Nadie viene a mis confines y me reclama. Mi vena vengativa me insta a desenfundar mi *makarov* y pegarle un tiro en el ceño que ahora mismo luce fruncido.

—Nikov, yo no doy explicaciones— remarco cada sílaba —, y si no te interesa, búscate otro socio.

—Iván tranquilízate —interrumpe Marcelo intentando cambiar el ambiente, porque la carga de testosterona se podría cortar con un cuchillo y mi primo sabe de primera mano que la paciencia no es mi virtud.

—Me dijiste que me citarías en tu oficina para firmar el acuerdo, retomar la colaboración en el negocio de armas que ya tenía con tu padre y has pasado de mi cara— insiste Iván.

Meneo la cabeza a modo de negación y me levanto con pasos sigilos, Marcelo me mira expectante y Nikov hasta las cejas de coca con altanería.

«Suicida», resuena en mi cabeza.

Desaparecer del mapa a Nikov es lo que más ansío en estos momentos, pero despertaría la molestia del pakhan y de momento no quiero a mi abuelo metiendo las narices en ningún asunto que me concierna. Porque si hay en el mundo un rival digno de hacerme cosquillas es Pavel Sokolov.

Me aproximo recortando la distancia y mis hombres no cesan en apuntarlo, me acerco hasta colocar una de mis manos en su ello, Iván hace intento de propinarme un manotazo, pero corta la acción al comprobar que mi equipo de seguridad está esperado cualquier señal para llenarle el

cuerpo de balazos.

Aprieto y él aguanta de modo estoico.

—Nikov, yo no soy mi padre, harías bien en recordarlo— siseo demasiado cerca de su rostro —Te aconsejo que dejes de consumir esa mierda que te metes porque será tu muerte. Y ahora solo lo diré una vez. Retomaré el acuerdo comercial cuando me salga de los huevos, ¿entendido? —intensifico la tensión sobre su cuello y noto como le cuesta pasar saliva.

—¡Hijo de perra! —sisea apenas audible

—Deja de provocarme porque ganas de matarte no me faltan— amenazo y soy testigo del terror en sus ojos al comprender que no es un farol.

Se limita asentir con su cabeza y retengo unos segundos más mi agarre, esta vez por pura diversión al ver su miedo latente en sus pupilas. Decido liberarlo y le doy la espalda sin prestarle atención, porque si regreso a dedicarle una mirada no creo que pueda reprimir mis ganas de matarlo.

—Nikov, venga, te acompaño a la puerta— escucho a Marcelo, como siempre ejerciendo de mediador.

De nuevo solo me hierva mi sangre, porque Nikov es un parásito inmundito que quiero desaparezca a golpe de balas, cierro mis manos en puños y me siento para revisar la carpeta que contiene la información de mi ninfa. Paso las primeras páginas con hastío porque es hija de Kostya Morotov lo sé, que él se casó con mi madre en cuanto mi padre murió también, aunque llevan juntos desde mucho antes.

Mis padres nunca fueron un matrimonio al uso, ni siquiera los recuerdo juntos en una misma habitación. Se casaron por obligación, para evitar un tremendo baño de sangre, después de que el hijo de puta de Massimo Rossi abusara vilmente de la primogénita del pakhan de la mafia roja, aprovechando una reunión entre ambas organizaciones.

Dicha vejación dio como resultado a mi nacimiento y unas normas que establecieron la mafiya y la mafia italiana para mantener el orden por el bien común.

Mi madre nunca habló de mi padre, jamás en todos los años que pasé a su lado, mi abuelo tampoco, tan solo cuando con dieciséis años llegó la hora de irme a Sicilia, Pavel Sokolov me reunió a solas.

“Kirill, estoy orgulloso del joven que eres y te echaré de menos. Tan solo te brindaré un consejo:

Bopoh, mantente firme porque Rossi es un cruel hijo de perra que te matará si tiene oportunidad”.

Las palabras de antaño resuenan en mi mente con consistencia, como si en estos momentos las estuviera escuchando.

Massimo Rossi no me mató, no porque no lo intentará durante años, con su persistencia en quebrar mi cuerpo y mi alma. Lástima que él no pueda decir lo mismo de mí.

Detengo el gesto de mis dedos al toparme con una página donde hay una foto de mi ninfa y un jovencito demasiado parecido a mí físicamente, sin embargo, sus ojos no son grises sino verdes.

—Lev— susurro en voz alta.

No lo conozco en persona, pero sé bien quién es, mi hermano. El hijo que mi madre tuvo con Kostya, el lazo común que tenemos mi ninfa y yo. De momento es demasiado joven para saber la mierda que le espera como heredero del pakhan, paso la hoja, obligándome a no experimentar ningún sentimiento por ese niño.

Leo la información donde pone que la hija del underboss de la mafia está comprometida con el primogénito de una de las familias más influyentes de Moscú, pero no informa el nombre.

Siento cierto ardor en la boca del estómago al imaginar a mi ninfa de ojos verdes al lado de un ruso déspota y un brutal sentimiento de posesión despierta en mi alma.

«No divagues, solo tienes demasiadas ganas de follártela, cuando lo hagas todas estas sensaciones idiotas desaparecerán», me repito en mi mente.



Capítulo 20

Lera

Necesito deshacerme de Andreas. Ese pensamiento ocupa mi mente mientras doy un último repaso al *gloss* de mis labios y me miro al espejo enfundada en el vestido verde esmeralda que llevo puesto.

Reconozco que mi hermano tiene un gusto exquisito en ropa, si es que se tomó la molestia de comprarlo el mismo, lo que dudo.

Tengo que cortar por lo sano el jueguito en el que me ha atado Andreas, porque es perjudicial para ambos. Nuestros mundos son tan parecidos como rivales, y el simple hecho de que nos vean juntos en público podría desencadenar una guerra discordante entre mafias.

Mi padre odia a los italianos, lo he escuchado mil veces despotricar contra ellos, así que no creo que fuera un plato de buen gusto saber que voy a acompañar a Andreas al consulado. A pesar de que consuelo a mi inquietud con el dato de que Andreas no es solo italiano, sino el hijo de mi madrastra.

Salgo al comedor y Brenda se encuentra repantigada en el sofá comiéndose un enorme bol de palomitas mientras devora una serie en Netflix.

—¡Wow!, Lera, estás preciosa— exclama al verme.

Sonrío agradecida, aunque no calma mis nervios. La anticipación de que voy a ver a Andreas dispara todas las mariposas en bandada en mi estómago.

«Erradicar esas ilusiones inútiles» vocea mi sentido común en el interior de mi mente.

—Gracias, volveré temprano— digo más para convencerme a mí misma que a mi amiga.

Brenda arquea una de sus rubias cejas.

—Disfruta Lera, que tu hermanastro es un capullo, pero un capullo buenorro—suelta Brenda riéndose.

Me molesta que Brenda se haya fijado en que Andreas es una especie de dios, un bocado por el cual babean todas las mujeres al verlo. Es otro de los pensamientos chocantes con los que lidio cuando mi mente evoca a mi hermanastro, porque es un gilipollas mandón, egoísta y arrogante y a pesar de esos fastidiosos adjetivos mi corazón y mi cuerpo vibran por sus huesos cada vez que lo veo.

Bajo en el ascensor ensimismada en mis elucubraciones, es urgente que remita cualquier anhelo enfocado en Andreas, porque mi intuición me avisa constantemente de que es peligroso.

Al salir a la calle una limusina negra me espera con la puerta abierta.

—Buenas noches. — Saludo al conductor.

—Buenas noches, señorita Morotova. —corresponde y cierra la puerta una vez me coloco dentro.

A mi lado, Andreas no levanta la vista de su móvil, me cabrea que me ignore deliberadamente.

«¿Para qué quería que lo acompañase?, si ni siquiera se digna a saludarme».

Me remuevo nerviosa en el asiento con cuidado de no enseñar demasiado por la abertura central de mi vestido que muestra toda la longitud de mi pierna, recojo la tela para cerrar la raja y mis ojos vuelan de soslayo a Andreas. Nuestros ojos se cruzan y la chispa del deseo brilla en sus pupilas instalando un calor entre mis piernas que sube por todo mi cuerpo.

Nerviosa, incómoda y por qué no, enfadada también, decido romper el denso mutismo.

—Creo que los italianos no te brindaron mucha educación— ataco a la defensiva.

Me regala una sonrisa torcida que lo hace mucho más atractivo si eso es posible, muerdo el interior de mis mejillas para despertar del hipnotismo que provoca en mí.

—No quieras averiguar de lo que me dotaron los italianos, hermanita— rebato con maldad.

—Idiota— suelto, sin poder reprimir el impulso.

—Si supieras que cuando me insultas provocas a mi bestia interior, ninfa no lo harías— amenaza.

Un escalofrío repleto de anhelo recorre toda mi espalda al escucharlo.

—Si no te comportaras como un imbécil, no tendría necesidad de insultarte. —Sigo porque Andreas siempre despierta mi lado rebelde, entre otros.

—Estás muy bonita cuando te cabreas, ninfa— alaba moviéndose para acortar el espacio que nos separa.

No me da tiempo a moverme para separarme, que tengo su cuerpo pegado al mío y su nariz hundida en mi cuello aspirado, mi aroma.

«Dios, este hombre me va a matar», evoca mi mente.

Todo mi cuerpo tiembla con su proximidad y unas ganas enormes de lanzarme sobre él me azotan, aunque logro reprimirme.

—¿No sabes lo que es respetar el espacio vital? — pregunto sarcástica.

—Nueva información, Lera, tu espacio vital y el mío esta noche son el mismo cada vez que yo quiera. — proclama y acaricia el lóbulo de mi oreja con la punta de su lengua.

Mi traicionera memoria evoca el beso que compartimos en su despacho días atrás y me estremezco. Desconozco lo que tiene este hombre, pero es criptonita para mí, es como el azúcar para un diabético o la droga para un adicto.

Me encuentro sumergida en una confusión causada por mil emociones que emergen dentro de

mí, desatando un salvaje enfado. Este tumulto emocional proviene de mi lucha por mantener a flote la versión de mí, a la que llamo Lera, que he aprendido a contener en las capas más profundas de mi personalidad a lo largo de los años. Sin embargo, esta faceta se ve desafiada cada vez que Andreas Rossi entra en mi vida, obligándome a confrontar la imagen de la chica responsable y correcta que intento proyectar. La presencia de Andreas pone a prueba mi capacidad para mantener esa imagen, revelando la intensa batalla interna que enfrento para permanecer fiel a mí misma.

—No te equivoques, hoy me extorsionaste con tus amenazas contra mis amigos y te funcionó, pero no voy a permitir que lo vuelvas a hacer. Así que disfruta de esta noche señor Rossi porque nunca más— pronuncio con los dientes apretados, reuniendo toda la seguridad que poseo a pesar de que en mi interior babeo como una adolescente por sus atenciones. Mantengo mis ojos fijos al frente porque estoy segura de que, si lo miro, aunque sea un segundo, me rendiré a sus pies.

«No eres rival para este dios hechicero», avisa mi mente.

Mis palabras consiguen que se separe de mí y sus ojos me atraviesan como puñales afilados.

—Ya lo veremos, Lera, ya lo veremos —se limita a contestar regresando a su lugar.

Experimento la sensación de vacío al no tenerlo pegado a mi cuello y maldigo en silencio mi parte ingenua y soñadora que hace más que causarme problemas.

Entrelazo mis dedos y bajo la mirada sumiéndome en mí misma para no cruzar la línea y mirarlo como la tonta que soy a su alrededor.

Minutos después el vehículo se detiene frente a la puerta del consulado italiano, de nuevo el chofer se apresura a bajarse y abrir la puerta para que baje. Andreas se coloca a mi lado, ignorándome, y como marca la etiqueta de buenas formas me cuelgo de su brazo para hacer nuestra entrada. De reojo aprecio lo bien que le queda el esmoquin, hecho para enfundar su espectacular cuerpo. Sobre el cuello de su blanca camisa asoma la tinta de lo que es probable sea uno de sus tatuajes. Mi hermano es asiduo a la tinta de eso, ya me percaté en nuestro primer encuentro. Sus manos lucen tinta negra en la totalidad de sus falanges.

Resulta raro porque los italianos no se tatúan las manos, es más bien un hábito de los rusos, quizás Andrea Rossi no reniega del todo de su herencia materna.



Capítulo 21

Andreas

Lucir a Lera Morotova colgada de mi brazo despierta cierta sensación en mí que desconozco y que en este momento prefiero ignorar. Desde que la recogí en su apartamento he intentado no mirarla, ignorarla con alevosía, porque su belleza entumece mi cabeza y borra mi control. El vestido que elegí personalmente para ella le queda perfecto, la muestra como la ninfa que es.

«Mi ninfa, no, tu hermanastra», recuerda mi viperina mente.

El deseo y las ganas que esta mujer despiertan en mí son demasiadas intensas para resistirme, sin embargo, tendré que correr un tupido velo durante la velada, pero después no se me va a escapar. La determinación despierta mi polla que se remueve en el interior de los pantalones de mi esmoquin.

Anhelarla está mal, en primer lugar, porque es una princesa de la mafiya y en segundo lugar es la hija del marido de mi madre. Pero como el grandísimo hijo de perra que soy me importa una mierda que sea un fruto prohibido, nada me convencerá de no llenarla como ansío, de devorarla como el fiero depredador que soy.

Me ajusto la americana del esmoquin y camino orgulloso irrumpiendo en el recibidor del consulado.

Atravesamos el umbral del edificio oficial, mantengo mi porte arrogante de amo del mundo, porque en realidad es lo que soy. Avanzamos hacia el salón central donde ya hay un montón de

asistentes.

—Señor Rossi bienvenido— Nos aborda el cónsul italiano.

—Viari. — Saludo sin demasiada efusividad.

El lascivo de Viari no se corta a repasar con lujuria a mi acompañante logrando que se me agrie el humor creando una herida lacerante en mi estómago que desata mi sed de sangre.

—Rossi, siempre tienes un gusto exquisito para elegir a tus acompañantes.

Lera no espera a que la presente, ella misma le dedica una sonrisa que me revuelve las tripas acompañando su mano alzada.

—Lera Morotova, encantada

El viejo verde se apresura a posar su asquerosa boca sobre el dorso de la mano de mi ninfa, acto que crispa mis nervios.

«No es tuya», se empeña en recordar mi mente.

—Si nos disculpas, nos espera Marcelo —me apresuro a decir dejando a Viari con un palmo de narices, demasiado contrariado para reaccionar.

—Definitivamente, te criaste en una pocilga, hermanito —sisea Lera, sin dirigir su atención a mí entre dientes luciendo una sonrisa falsa.

Reprimo la carcajada que nace en mi tórax ante la apreciación de mi ninfa, así me gusta, guerrera, respondona, puro fuego. Un nuevo tirón en mi bragueta me avisa de las tremendas ganas que le tengo.

—Quizás quieras ser mi maestra en modales —rebato provocándola con intención.

—*Bastard*.

El insulto que gruñe mi ninfa es un leve silbido, pero tengo un agudizado oído para pasarlo por alto.

—Reprime el lenguaje soez, hermanita —advierto.

Percibo como cada célula de su cuerpo se tensa, sin embargo, se muerde su viperina lengua. Reconozco que no me divertía en un acto tan tedioso tanto como ahora mismo jugando con la cordura de mi ninfa de ojos verdes.

—Andreas. —Saluda mi primo que está junto a Lombardi y su hija Chiara.

El viejo me mira evaluando a mi acompañante con el ceño fruncido. No me importa, estoy al tanto de sus múltiples intentos porque siente cabeza con su hija y firmar una alianza de sangre entre nuestras familias.

—Giacomo. — Saludo altivo, doy el primer paso sacándolo de su inspección, porque en el fondo me molesta que observe a Lera a modo de juez.

—Andreas, es un placer verte, como siempre. —La hipocresía se percibe en cada sílaba que sale de su asquerosa boca—últimamente has agitado demasiado el avispero del consejo.

Ahí está un ataque a modo de crítica que ni permito ni soporto, aunque aguanto de forma estoica bajo la atenta mirada de mi *consigliere* que casi se atraganta con su coctel.

—Giacomo, opino que has elegido el lugar y el momento inadecuado para ese comentario— la advertencia está impresa en mis palabras y mi semblante gélido.

Giacomo aprieta con fuerza sus mandíbulas por mi reprimenda. Los miembros del consejo que forman las antiguas familias italianas se creen que están por encima del Capo, siempre fue así porque el maldito que tuve por padre les dio demasiadas alas en su mandato. Sin embargo, yo no, no permito, no aguanto, yo soy el jefe y quizás ha llegado la hora de recordárselo al consejo.

—En breve nos reuniremos, así que disfruta de la velada— anuncio.

Giacomo aún me mira como si me hubieran crecido siete cabezas, lo ignoro.

—Andreas, qué gusto verte— interrumpe Chiara aproximándose para plantar sus labios en mis

mejillas, gesto que provoca que Lera se separa de mi lado para dejar paso a la inoportuna hija de Lombardi.

—Chiara, bella, como siempre— alabo relajando el ambiente.

—Gracias, a tu altura, por supuesto— contesta batiendo sus pestañas de forma coqueta.

—¿No nos presentas a su acompañante? — interrumpe Lombardi con picardía.

El viejo le gusta agitar el avispero, me acuso a mí de hacerlo, pero al parecer él es un experto.

—Lera Morotova— digo girando mi cuerpo, apartando con sutileza a Chiara que se coloca a mi izquierda y así recuperar el control el cuerpo de mi hermanita que lucha por mantener su pose educada y diplomática. Aunque percibo la furia y el fuego correteando por sus tensos músculos.

Sonrío en mi interior.

Lera es una fiera adormecida y para su desgracia me he propuesto ser el culpable de sacar a la luz la mujer volcánica que esconde en su interior.

—El señor Lombardi, su hija y mi primo Marcelo— presento en orden, mi primo se limita a asentir con una sonrisa suave.

—Encantada— corresponde ella.

— ¿Rusa? —interroga Lombardi de nuevo.

Mi paciencia no está para gilipolleces y Giacomo hoy se está coronando, porque la pregunta tiene toques despectivos que capto al instante y por el pequeño rictus que asoma en la boca de mi hermanita, ella también.

—Sí— contesta parca.

Lombardi dirige su atención hacia mí y en silencio me interroga. Lo ignoro.

—¿De qué ciudad? —interviene Chiara acariciando mi brazo sin disimulo.

De repente estoy tentado a apartar la mano invasora de Chiara, pero al ver la mirada fija de mi ninfa en la de ella chispeando rabia lo considera mejor e ignoro la caricia de la morena.

—Moscú— responde Lera si aparta sus verdes ojos de mi brazo.

—Ufff, demasiado frío para mi gusto. Soy de ambientes cálidos y hombres ardientes —aborda Chiara con coquetería.

—A veces el frío siberiano esconde los mejores rescoldos abrasivos— profiere Lera.

«Mi ninfa saca las garras».

A pesar de que me divierte demasiado la rivalidad que veo entre Chiara y Lera y por descontado me la pone dura, decido dar por terminada la conversación. La música suena y la pista de baile comienza a llenarse de parejas, estoy a punto de aprovechar el momento para estrechar el maravilloso cuerpo de mi princesca cuando de nuevo Chiara chafa el momento.

—¿Bailamos?, Andreas— propone bajo la atenta mirada de su padre.

Marcelo me mira suplicante para evitar el desaire que sabe que estoy dispuesto a hacer. A regañadientes decido aceptar con un leve asentimiento.



Capítulo 22

Lera

La incomodidad se adueña de mí en el primer momento en el que Andreas abandona su posición a mi lado, quedándome a solas con su primo y el señor Lombardi que no para de mirarme raro. Parece que ante sus ojos yo soy una apestada, así lo percibo cuando sus ojos melados deslucidos por el paso de los años. Desgraciadamente, he sido testigo de esas miradas despectivas en otras ocasiones, son gente que se creen superiores y no lo esconden.

La rivalidad entre los italianos y los rusos es vox populi, yo la había vivido durante años en el seno familiar y me jugaba mis ovarios a que el señor Lombardi era miembro de la mafia italiana, su aspecto, sus movimientos y su opulencia *snob* lo gritaban a voces.

Después estaba la insoportable hija de Lombardi, Chiara creo que dijo que se llamaba. Morena, con una delantera digna de las revistas playboy y enfundada en un vestido rojo que apretaba su cuerpo curvilíneo. Su abierto coqueteo con Andreas me fastidiaba, encendía mi furia a máximos históricos hasta el punto de ansiar arrastrarla por el pelo por todo el salón de baile. Intento reprimir que mis ojos vuelen hacia la pista porque tanto Lombardi como Marcelo, el primo de Andreas no me quitan los ojos de encima.

—Lera, ¿te apetece un coctel? —propone Marcelo con amabilidad, rompiendo la situación incómoda y el silencio extremo que se ha instalado entre los tres.

Dudo unos segundos y al final acepto su invitación acompañándolo a la barra de bebidas.

—No tomes muy cuenta a Lombardi, es un viejo anclado en el pasado y sus prejuicios—

comenta mientras nos aproximamos a la zona de bebidas —, nada nuevo para ti, has crecido en este mundo vil.

Pestañeo, sorprendida, Marcelo sabe más de lo que aparenta.

—¿Me has investigado, *blyád*? — interrogo elevando una mis cejas sin soltarme de su brazo.

—Soy muy obediente —Marcelo guiña un ojo cómplice.

—*Blyád*, mil veces— siseo y sin pensar agarro la copa del coctel que me ofrece el camarero y vacío de un solo trago.

«Odio a mi hermano hasta la médula».

«Mentirosa», rebate mi consciencia.

—Lera, ¿qué planes tienes? — pregunta iniciando la conversación.

—¿No los averiguaste en tu investigación? — pregunto airada.

Que hayan rebuscado en mi vida me fastidia, seguro que conociendo a Andreas es para buscar algún trapo sucio, lástima que no tenga.

—Es mi trabajo investigar a la gente que se acerca a mi capo— contesta encogiendo los hombros.

Marcelo debe ser el segundo de Andreas, lo que nosotros llamamos underboss, como mi padre en la mafiya.

—Desde ya te advierto que no me gusta que indaguen en mi vida privada. No soy yo la que se ha acercado, es tu maldito primo el que no me deja seguir con mi vida sin cruzarse en mi camino —explico mostrando mi molestia.

—Andreas siempre consigue lo que quiere —resopla y observo en su semblante la frustración.

—No es fácil lidiar con él, ¿no? —relajo mi tono, porque empatizo con Marcelo. Mi hermano es un grano en el culo del tamaño de una secuoya.

—Andreas es un líder, un Dios, un jefe, aunque su carácter egocéntrico no ayuda porque no conoce la diplomacia— comenta y el cansancio se percibe en su semblante. —Crecimos juntos, bueno, a partir de los 16, pero eso ya lo sabes. ¿Era así de pequeño?

—En realidad a penas lo recuerdo, yo tenía ocho años cuando lo conocí y él casi dieciséis años después se marchó. Así que poco puedo decir solo que se divertía deshaciendo mis trenzas — confieso.

Los retazos de los años que compartimos Andreas y yo están en algún recóndito lugar de mi cerebro, por alguna razón lo borré de mi cabeza cuando mi hermano se marchó con su familia materna. De poco ayudó que no tuviéramos nunca más contacto, según mi madrastra, era una de las condiciones impuesta por el padre de Andreas.

—Me gustas Lera— confiesa con una sonrisa amable en su rostro—Por eso te daré un consejo, no te dejes embaucar por su encanto, Andreas no es un partidazo, más bien sería tu condena.

Estrecho mis párpados inspeccionando su semblante, porque el consejo que acaba de regalarme dispara mis alarmas a alto nivel.

—Lo sé, no te preocupes. Después de esta noche desapareceré y pronto será hora de regresar a mi hogar— informo y alzo mi copa para brindar con Marcelo.

—Por el futuro— exclama él.

—Por el futuro.

—¿Ligando con mi hermanita, primo?

Ruedo los ojos para arriba sin girarme, no me hace falta, la presencia de Andreas es tan imponente que no necesito mirarlo para estremecerme.

—Jamás, primo— contesta Marcelo dejando la copa sobre la barra— Voy a seguir ejerciendo mis dotes diplomáticas— anuncia antes de dejarnos solos.

Andreas ocupa el lugar de Marcelo y me quema con sus ardientes ojos.

«Podría penderme en ellos por toda la eternidad», esa frase penetra en mi cabeza aturdiéndome por la intensidad de esa veracidad.

—¿Ya hemos acabado con el espectáculo? — pregunto en un intento de esconder mi nerviosismo.

Deseo que esta noche acabe y regresar a la zona de confort, a mi apartamento, a mis clases, a mis días donde el camino de Andreas y el mío no se cruzan.

—¿Cansada de alternar, *principessa*?— responde con una pregunta elevando su ceja.

Su cuerpo permanece semi apoyado en la barra con elegancia, evito mirar cómo la tela de su esmoquin se adhiere a su cuerpo, porque no tengo la seguridad de babear. No soy inmune al efecto Andreas, al igual que el resto de las mujeres, porque este hombre es un deleite en todos los sentidos.

—Sí, nunca me gustaron estos eventos— confieso—Llamaré un taxi.

Una sonrisa pícara que esconde maldades se dibuja en su semblante y mi cuerpo tiembla.

—La noche no ha acabado, ninfa— aborda con seguridad—Pero estoy de acuerdo, ya hicimos suficiente acto de presencia. —Se mueve y agarra mi brazo para que camine a su lado.

Su tacto en mi piel desnuda provoca estragos en mis revoluciones hormonales, porque de repente en la sala hace demasiado calor.

—No es necesario, puedo regresar sola— insisto nerviosa. —No abandones a tu admiradora por mí— aludo a Chiara, la cual localizo al otro extremo mirándonos con interés.

—¿Celosa, hermanita?

—Ni de coña.

Los dos mantenemos nuestras cabezas al frente mientras atravesamos la sala dirección a la salida.

—Andreas, ¿ya te vas? — interrumpe Chiara cruzándose en nuestro camino

Por un breve segundo experimento cierta compasión por ella, sus ojos ilusionados son esclarecedores. Su interés por mi hermano va más allá del baile que han compartido y aunque me molesta, me solidarizo con ella porque el efecto arrebatador de Andreas te consume en brasas de anhelo.

—Sí. — Parco, brusco y un capullo a nivel Dios.

—Pensé que...

—Chiara ha sido un placer volver a verte, pero tengo prisa—sentencia, interrumpiendo a la mujer sin compasión.

Una de cal y otra de arena, así es Andreas, te incita y luego te rechaza.

La expresión devastada de Chiara se clava en mi alma, porque si no consigo apartarme de mi hermano, pronto, muy pronto, yo puedo verme reflejada en ella.

Salimos del consulado y la limusina nos espera con las puertas abiertas y el chofer de pie junto a ellas.



Capítulo 23

Andreas

No sé lo que tiene Lera que llama tanto mi atención, desde que la vi con el vestido del mismo color que sus ojos no he sido capaz de quitarme la imagen de arrancárselo de mi escabrosa mente. En el momento en el que mi hermana ha insinuado la posibilidad de largarnos, mi cabeza ni lo ha reflexionado, porque me he pasado toda la velada, ansiando el momento en el que pudiera marcharme del consulado para tenerla a mi merced y hacerle todas las perversidades que mi mente ha confabulado durante el transcurso de la puta noche.

En el interior de la limusina presiono el botón para que la mampara tintada que separa la parte delantera de la trasera se accione y proporcionarnos la intimidad que ahora mismo necesito.

De reojo observo que Lera entrelaza sus dedos nerviosa sobre su regazo, una de sus piernas está expuesta por la raja del vestido y salivo relamiéndome ante la expectativa de esas piernas rodeando mis caderas. La tensión en mi cuerpo aumenta a pasos agigantados, las ganas que me embargan se intensifican a cada segundo.

Nunca he sido bueno aguantándome, ni reprimiendo mis impulsos, siempre me adueño de lo que quiero y en esta ocasión no va a ser diferente.

Me importa una mierda que sea o no lo correcto, porque Lera es mi hermanastra y además una princesa de la mafiya, datos que deberían dotarme de la coherencia perfecta para apartarme de ella y dejarla con su vida de estudiante universitaria. Solo pensar en ella en sus clases junto al

niñato idiota que se atrevió a comerle la boca provoca que cierre mis manos en puños, furioso, cachondo y cabreado.

Soy un depredador en todos los aspectos de la vida, así que como tal me acerco a ella sin previo aviso y sujeto su cuello con una de mis manos, pegando mi boca a su oreja. Lera da un respingo sobre su asiento y me mira horrorizada.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta y su voz es como un grito espantado.

No veo miedo en sus ojos, sino prudencia, no me teme, lo que realmente creo ver en sus pupilas es el temor por la atracción que sentimos.

—No tengas miedo ninfa —susurro pegando mi boca al lóbulo de su oreja inspirando su aroma a flores silvestres que aturde mi mente e iza mi polla.

—Apártate —ordena y ella misma intenta poner distancia, pero no lo permito.

Mis dedos rodean su cuello, con la precisión justa para evitar que se aleje. Acaricio con suavidad el lugar donde su vena palpita frenética.

—Lera, me deseas como yo a ti y ya me cansé de jugar al gato y al ratón—profiero posando mis labios en su cuello.

Un gemido apenas audible provoca cierta satisfacción, sin embargo, quiero más, ansió todos sus gemidos, todos sus gritos en mi boca. Con astucia mi otra mano se cuela bajo su vestido y la suya se apresura a sujetar mi muñeca para impedirlo, sin éxito, por supuesto.

—Andreas, estás loco, no podemos hacer esto. Soy tu hermana— emite con desesperación con la esperanza de apelar a mi integridad.

Reconozco que mi ninfa es demasiado ingenua considerando que no existe ninguna integridad a la que apelar.

Mis dedos hábiles se entierran en el interior de sus bragas y noto la humedad en ellas, lo que está a punto de enloquecerme. Con mi gesto de nuevo le arranco un gemido que resulta música para mis oídos.

—Andreas, por favor, no...— ruega, aunque no hay rastro de credibilidad en su súplica cuando su cuerpo grita que lo posea de la forma en la que muero por hacerlo.

Mis labios se aventuran a su boca asegurándome que no salgan más palabras para evitar lo inevitable. Clavo mis ojos en su mirada esmeralda y susurro.

—Vamos a follar, *principessa*, nada ni nadie en este momento va a impedirlo.

Mi proclamación es la predecesora de que mis labios presionen su boca de modo salvaje y mi lengua arrase con cualquier barrera que se encuentra. Nos fundimos en un beso demasiado caliente que amenaza con que me corra como un maldito adolescente por el placer que me otorga saborear la boca de mi ninfa. Lera no se queda atrás, corresponde cada lengüetazo, cada incursión con intensidad y pasión, enaltecendo mi erección a niveles máximos. Sin pensar cuelo mi mano entre sus pliegues arraso la tela de encaje que los cubre con un tirón robándole un grito que muere en mi boca. Con la habilidad que me precede consigo alzarla sobre mí, sentándola a horcajadas, sin separar mis labios de los suyos, sin abandonar el beso que está convirtiendo mi sangre en pura lava líquida.

Lera balancea sus caderas con ritmo, refregando su coño contra la pletina de mi pantalón, enloqueciéndome hasta el extremo. Cuando inicié mi intrusión no consideré follármela en la parte trasera de la limusina, porque lo que tengo en mente es poseerla de mil maneras, lo que hace imposible que las ejecute en un coche. Al tocarla, probarla, mis planes se han esfumado y mi placer exorbitado ha tomado el control de la situación, bueno, más bien, cero control, porque ahora mismo lo único que quiero es enterrarme en su vagina y que me cabalgue como la ninfa que es hasta la extenuación.

Por un momento mis ojos se desvían a la ventanilla y detecto que el vehículo no se mueve, a regañadientes corto el contacto con Lera.

—Vamos— profiero y sujetando su cintura con mis manos, la alzo y la coloco de nuevo en su asiento. Sus mejillas arreboladas y su pecho acelerado me provocan la satisfacción de saberme culpable de su estado.

En silencio abandonamos la limusina frente al edificio de mi ático, mi equipo de seguridad nos precede y entra en el ascensor con nosotros. Coloco mi mano en la zona baja de su espalda y la insto a salir del ascensor para acceder a mi ático, percibo cierto temblor en su cuerpo y espero que darle la cancha del recorrido de la limusina a mi casa no le haya servido a mi ninfa para arrepentirse de frustrar mis planes de poseerla.

Cierro la puerta detrás de nosotros y mi equipo de seguridad se queda fuera. Me abalanzo sobre ella, pegando su cuerpo a la pared y amasando sus nalgas sobre el vestido y besándola como un puto adicto.

Sus manos presionan en mi pecho y aunque me corresponde al beso con fervor noto, su empuje por ganar espacio, se lo concedo sin soltar.

Mi mirada encendida la atraviesa.

—Andreas, necesito espacio —profiere y arqueo una ceja interrogante.

—¿Qué cojones dices? —farfullo, molesto y frustrado.

—No quiero esto, no podemos...— Ahí están de nuevo las dudas que pienso arrasar de un plumazo.

Una de mis manos se desplaza en el interior de su vestido, metiéndose entre los pliegues de su sexo, arrancándole un bufido.

—Vuelve a intentarlo, principessa. A ver si ahora me convences de que tu cuerpo no me desea de la misma manera que el mío.

—Andreas, razona, esto no es sano —insiste y profundizo mis dedos metiéndome de una sola estocada en su canal.

Su intenso gemido llena la estancia y mi boca se desplaza a su cuello lamiendo desde su clavícula.

Poco a poco su reticencia va cediendo y yo avanzando como el diablo egoísta que soy. La elevo instándola a que rodee mi cintura con sus piernas y ejecuta la acción enturbiada por el placer que sigo, brindándole con el entrar y salir de mis dedos en su húmedo coño. La llevo a mi dormitorio y allí la bajo refregando mi erección a conciencia mientras desciende hasta el suelo. Bajo la cremallera lateral de su vestido y al segundo cae a sus pies, dejándola tan solo con su sujetador puesto y sus tacones. Las bragas ya las hice desaparecer en la limusina.

Mi pecho se acelera mientras la repaso, parado frente a mí, deleitándome en su maravilloso cuerpo. Lera Morotova no me gusta, me encanta, su mirada se ancla en la mía y noto cierto rubor. Al parecer la osadía que he experimentado en el coche ha desaparecido. Recorto la distancia que nos separa, no sin antes deshacerme de mi esmoquin, tan solo me dejo puesto el bóxer.

—Eres hermosa, ninfa— susurro, segundos antes de atraerla contra mi pecho y comerle los labios, igual que un puto desesperado.

Rodea mi cuello con sus brazos fundiéndose en el beso abrasador que compartimos. Notar su piel contra mí desencadena pequeñas descargas en mi espalda. Mis manos acarician su espalda desnuda y cuando las ganas me aprietan la dejo caer sobre mi cama y me tumbo sobre ella.

El silencio es engullido por nuestras ansiosas miradas. Mi boca se lanza a uno de sus pechos y lamo su pezón duro y rosado, ella arquee su espalda al compás de un suave gemido.

No sé qué tiene esta mujer que me enloquece, sus gemidos, su aroma, su sabor...

Con maestría me meto entre sus piernas, mi mano se entierra en sus labios, los que primero frota bañándome con sus jugos y después acaricio la entrada a su canal sin abandonar las caricias a sus tersos pechos. Sus pezones se endurecen en mi boca mientras los muerdo y tironeo al son de sus gruñidos. Recorro su abdomen con mis labios mientras sus dedos se enredan en mi pelo. Cuando llego a su sexo ni lo pienso sumergiéndome entre sus piernas, acariciando con la punta de mi lengua su abultado clítoris, paladeando su sabor picante y salado que desde ese momento lo elevo a mi sabor favorito.

—Andreas— gime enfebrecida, ardida por el placer que la atraviesa.

Me apresuro a quitarme el bóxer porque no aguanto más para embestirla sin piedad, alcanzo el envoltorio del preservativo de la mesilla ante la turbia mirada de mi ninfa y en el momento en el que enfundo mi polla percibo el nerviosismo.

—Andreas, espera— dice, incorporándose en la cama, replegándose, pegando su espalda al cabecero.

—¿Qué sucede *principessa*?— pregunto extrañado ante su reacción.

Sus ojos están abiertos de par en par y no los despegas de mi erección que despunta preparada para ensartarla. Me confunde porque frente a mí la mujer fogosa y derretida que segundos antes se ha corrido en mis dedos ahora parece una gata asustada agazapada contra la almohada.

—Andreas, yo... no estoy segur... — fórmula titubeando

«¡No me jodas!, ¿qué cojones pretende?»

Mis ganas no entienden de disyuntivas, así que más le vale abandonar la actitud indecisa si no tomaré yo la decisión de forma unilateral. Porque recular no está en mi diccionario mental ni pasional.

Me acerco en dos zancadas y agarro de detrás de sus piernas a la altura de sus rodillas, la arrastro con delicadeza acercándola a mi cuerpo. Paso mis nudillos en una caricia por una de sus mejillas.

Ni yo me reconozco. No soy de caricias. Soy de follar a lo bruto y largarme. Pero por una extraña razón que se escapa a mi entendimiento con Lera, todo es diferente.

—Ninfa, tranquila, puedes hablar conmigo— solicito deseando saber por qué de su actitud esquiva.

—Verás... —Se coloca las manos sobre la cara tapándosela y yo con suavidad se las retiro obligándola a que me mire—, es que yo nunca...

Todas mis alarmas se disparan al comprender lo que quiere decir. ¡Hostia puta! Nunca imaginé que mi ninfa hechicera escondiera un secreto tan bien. Porque después de nuestros preliminares fogosos dignos de avivar cualquier hoguera, parece que mi dulce hermanita nunca ha traspasado esa barrera. Ningún hombre ha conseguido un *touch down* entre sus piernas.



Capítulo 24

Lera

Observar a Andreas en su esplendor, exhibiéndose frente a mí, desnudo, enfundando su erección en el látex, es un golpe de realidad que atraviesa mi cuerpo y despierta mis inseguridades. Porque he tenido rollos, he juguetado, soy una experta en preliminares, pero a ninguno de esos chicos le he permitido pasar de nivel, alcanzar la etapa final.

Ahora tengo miedo, por un momento, porque Andreas no es un jovencito, es un hombre, y...
«Menudo hombre», apunta mi mente.

Así que me muerdo los labios nerviosa intentando explicarle que nunca he estado con nadie como pretendo estar con él. Porque las dudas que me embargan no son por estar o no con él, sino por no decepcionarlo. Sé que perder mi virginidad con Andreas, es lo mejor que me puede ocurrir, es mejor que tu primera vez sea con alguien que te mueve hasta las entrañas que con un hombre con el que tendrás que casarte sin amar, sin gustarte.

Por eso entregar mi primera a vez a Dymitri está descartado, tan solo esperaba el momento de encontrar a alguien que realmente valiera la pena y estoy ante él.

Porque Andreas es la locura, la mecha que enciende mi cuerpo y araña mi alma con su manera de acercarse y excitarme.

Se aproxima y sujeta mis piernas por detrás de mis rodillas para pegar de nuevo nuestros cuerpos barriendo mis reticencias.

—*Principessa*— sisea pegando su boca a la mía, encendiendo de nuevo todas mis

terminaciones nerviosas— me siento muy halagado de ser el primero, no te prometo que no dolerá porque te mentiría, pero si te aseguro que vas a disfrutar como nunca— proclama con la seguridad que lo caracteriza.

Su porte sexi junto a su malévola boca que presiona mis labios son lo único que necesito para abandonar mis inseguridades y entregarme a él. Rodeo su cuello con mis brazos y profundizo el beso.

Los besos de Andreas, exigentes, conquistadores y salvajes provocan la sensación de ser propulsada como un cohete hacia la Luna para tocarla con los dedos.

Así que pase lo que tenga que pasar, que duela lo que tenga que doler, pero ser suya es mi determinación y nada ni nadie lo evitará.

Inclino mi espalda apoyando la cabeza sobre la almohada, entretanto Andreas recorre mis pechos con su boca, el ardor entre mis piernas se intensifica de necesidad de algo más. No encuentro palabras para describir la coctelera de sensaciones que me embarga.

Se encarama en mi sexo y me encuentro incapaz de reprimir un grito que invade la habitación, al notar como sus dientes tiran de mi hinchado clítoris y sus dedos hurgan entre mis pliegues bañándose en mi humedad.

—Estás empapada, ninfa— aprecia con satisfacción sin cesar en su afán de enloquecerme con su boca.

Otro punto para Andreas, dado que es el primer oral que me practican y casi me corro al minuto de que su boca toca mi coño. Es un artista con su lengua lamiendo, rebañando en círculos, catapultándome al clímax nivel Dios.

—Si...

—Así me gusta, *mia cara*, reconociendo lo bueno.

Como no, mi Dios sexual no reprime sacar su lado egocéntrico y arrogante, ese que tanto me molesta, sin embargo, en estos momentos ni eso, porque el placer atraviesa cada célula de mi cuerpo, acelerando mi pecho y enturbiando mi mente como para cabrearme.

En el momento en el que supongo que ya no es posible experimentar más placer, Andreas abandona mi sexo y coloca la punta de su polla en la entrada de mi vagina acariciando con suavidad. Las punzadas de anhelo y los nervios por la expectación de que me atravesase con su descomunal erección surten efecto en mis músculos, tensándome. Incluso mis piernas intentan cerrarse de manera involuntaria, pero las manos de Andreas se hunden en mis muslos evitando el gesto.

—Tranquila, *mía cara*— dice y me besa en el ombligo descendiendo directo a mi monte de venus para de nuevo encender mi deseo apartando de un plumazo mi nerviosismo.

Con destreza se coloca justo en la entrada y sus dedos acarician mi clítoris humedeciéndome al máximo. Sin previo aviso se introduce hasta chocar con la barrera de mi virginidad, provocando un leve pinchazo que me incomoda.

—Dos segundos más *mía cara* y te prometo que el dolor será el preámbulo del placer infinito que vas a experimentar— dice con calma, sus palabras están predestinadas a tranquilizarme.

—Sí... por favor— gimo cerrando los ojos esperando que ataque y que el dolor pase pronto.

El pinchazo tensa mis paredes vaginales ante la estocada que rasga la membrana de mi himen y un grito atroz rasga mi garganta.

«Maldito, dijo que dolería, pero ¿tanto?».

Por un segundo mi cuerpo se ve envuelto en tirantez y me quedo estática como una estatua bajo su cuerpo. Él ha cesado, se mantiene quieto a pesar de que noto como su polla sigue en mi interior. Nuestros ojos se cruzan y el gris de los suyos arde en llamas.

A continuación, retoma sus estocadas veraces acompañándolas a un ritmo frenético que poco a poco desata el ardor en mi vientre que sube hasta mi garganta. Aún hay resto de molestias, pero pasa a segundo plano, el fuego que desata Andreas con cada embestida arrasa con todo lanzándome al *sumun* del placer.

Me entrego sin reticencia dando paso al deseo desaforado que Andreas provoca en mí y juntos alcanzamos el orgasmo.

Andreas rueda a mi lado de la cama proporcionándome espacio y yo me sumerjo en mi nube arcoíris donde las mariposas aletean a sus anchas dando rienda a la emoción que acelera mi pecho al sentirme plena con el hombre más arrollador a mi lado, el más sexi y subyugante que jamás pude tropezarme.

No sé en qué momento el sueño me vence y me abandono a los brazos de Morfeo, en calma, pletórica y satisfecha con la decisión que he tomado.

En la madrugada sus caricias vuelven a despertarme a tiempo para darme cuenta de que de nuevo está en mi interior.

—¿Te duele? — pregunta.

—Es todo un detalle preguntarlo cuando ya estás dentro— contesto sonriente.

Él eleva una de sus cejas y me dedica una sonrisa torcida.

Se prende de mi boca, devorando mi lengua y le correspondo de manera salvaje, porque cuando estoy con él sale la fiera que duerme en mi digna de la bestia que es él. Sexualmente, aunque no tengo para comparar, considero que Andreas es el Dios de los orgasmos.

De nuevo me penetra sin compasión, de manera brutal, lanzándome empicada al pozo del placer intenso.

Las sábanas parecen un estorbo al removerme en la cama, abro los ojos y la luz de la mañana que atraviesa las ventanas, ciega un pelín mi vista. Ajusto mi visión y observo donde me encuentro, no es mi cama, es la de Andreas. Me volteo y el lado de la cama está vacío, coloco la mano sobre las sábanas aún calientes y suspiro, ilusionada.

«La mejor noche de mi vida».

Me levanto y mi ropa está tirada por el suelo, necesito algo más cómodo, no me apetece ponerme el vestido. Pongo rumbo a lo que parece un vestidor y veo las perchas ordenadas a la perfección. El aroma que se desprende del lugar es característico de él. No lo dudo y descuelgo una camisa negra y me la coloco. Acerco mi nariz al cuello impregnándome de su olor corporal.

«Basta», me regaña mi mente porque la plenitud que siento en mi pecho junto a mi mente soñadora no augura nada bueno.

Cuando tomé la decisión de entregarme a Andreas, lo tenía claro, nada de sentimientos, solo placer. Sin embargo, resulta inevitable que mi corazón fantasee con la imagen de una vida al lado de Andreas.

«¡Estás loca!», reitera mi mente y sacudo la cabeza para deshacerme de todos esos pensamientos que lo único que provocan es dar alas a mis sentimientos para volar alto.



Capítulo 25

Andreas

Atento escucho a Marcelo con su verborrea, detallando los detalles de todos los frentes que tenemos abiertos. Me cuesta concentrarme porque mi mente vaga a cierta ninfa que aún permanece desnuda en mi cama y no entiendo por qué no me molesta como con otras mujeres. Por el contrario, mi pecho se hincha al saber que es mía, que soy el primero que la ha hecho mujer.

—Andreas, ¿estás bien? —pregunta mi primo con preocupación y yo frunzo el ceño molesto.

Estoy distraído, absorto, imaginando lo que le haré a cierta ninfa, una vez el pelmazo de Marcelo acabe con sus putos informes y se largue de mi casa.

—Prosigue— Paso una de mis manos por mi cabello mientras me preparo otro café.

—No hay ni rastro de Romano, parece que se lo ha tragado la tierra— anuncia rascándose su mentón con la mano.

—Esa rata, tendrá que salir en algún momento y acecharemos como halcones. Vigila a su padre y su hermano a cualquiera que tenga algún lazo afectivo con él. Si algo tengo claro es que Leandro no ha actuado solo—Hablar del traidor me estropea mi humor.

—Luca y Giovanni está con el tema, además tenemos vigilado también China Town tal como ordenaste de momento ni rastro del jefe de la tríada. — esclarece Marcelo.

—La tríada ha cruzado límites, así que en breve le recordaremos porque nadie se mete con la mafia italiana y menos en mis dominios— proclamo con fervor.

—Lombardi exige una reunión inminente. Parece que le desagradó demasiado verte lucirte en el consulado con una princesa rusa— apunta cambiando de tercio y apenas esconde su tono de regaño.

—Y, ¿desde cuándo me importa lo que piense ese viejo carcamal? —rebato acercando la taza humeante a mi boca.

—Chiara, es su hija, para él resultó una falta de respeto— prosigue con el tema.

—Chiara y yo no tenemos nada, no existe ningún compromiso, tan solo las ganas de un viejo senil por crear lazos con el capo de la familia—Apoyo mi cuerpo en la barra americana y cruzo mis piernas mientras disfruto de mi café.

—Han puesto fecha para la reunión— informa.

—¿Sin consultarme? — interrogo arqueando mis cejas

Mi primo se limita a asentir y sus ojos vuelan hacia el pasillo abriéndose de par en par.

Dirijo mis ojos hacia el punto exacto donde Marcelo se ha quedado embobado y por un momento el líquido negro que estoy por tragar se atasca en mi garganta al ver a mi ninfa aparecer. Lleva puesta una de mis camisas que le llega hasta medio muslo dejando a la vista sus piernas que hipnotizan a cualquiera. Me apresuro a dejar la taza sobre la barra y cierro mis manos en puños ante el acceso de rabia repentina que me azota por el hecho de que Marcelo la mira absorto, solo le falta babear como un idiota.

—Marcelo— siseo furioso.

—Buenos días. — Saluda Lera con timidez.

—*Buongiorno, bella.* —corresponde mi primo ganándose una mirada fulminante por mi parte.

La mujer avanza hasta el centro del salón y mi primo la repasa con descaro.

«Voy a matarlo», vocea mi mente.

Un sentimiento de posesión desmedido se desata en mi pecho y por lo que parece el idiota de Marcelo no se percata de que estoy a punto de perder los papeles y pegarle un tiro por mirar lo que es mío.

—Siento interrumpir— se disculpa avergonzada.

—Marcelo ya se va— suelto hosco lanzándole una mirada cargada de puñales al idiotizado de mi *consigliere*.

—Ah, esto..., si ya me iba— titubea levantándose —. Un placer verte, Lera— puntualiza y las ganas de matarlo crecen.

Una vez solos me aproximo a mi ninfa que me come con los ojos consiguiendo ponerme extremadamente duro.

—Quizás debí esperar en el dormitorio— dice apurada y el rubor cubre sus mejillas.

Rodeo su cintura con mis brazos, pegando su cuerpo al mío y devoro su boca con fervor, sin compasión, batiéndome en duelo con su lengua que arremete, correspondiéndome con pasión.

—Nena, el dormitorio nos espera— susurro lamiendo su barbilla bajando por su cuello.

—Andreas... escucha...— intenta hablar, pero mis ganas arrasan de nuevo con cualquier rastro de conversación. La elevo en mis brazos y me apresuro a tumbarla en la cama.

Agarro mi camisa con mis dedos y de un tirón salto todos los botones destapando la bella visión de sus turgentes pechos. Salivo en exceso ante la expectativa de lamerlos. La atenta mirada de Lera recorre mi pecho desnudo calentando mi sangre que se convierte en ríos ardientes. Me quito el pantalón lanzándome sobre ella para follarla como el loco salvaje que soy.

Sus manos acarician mi torso, entretanto me doy un festín con sus pechos en mi boca. Pensé que después de follarla durante la noche mis ansias desaparecerían, pero nada más lejos de la realidad. Sigo deseándola como antes o más, porque saberme su único amante arroja excesos de

ego a mi pecho que palpita embravecido. Con rapidez sujeto mi miembro con una sola mano untándome entre sus resbaladizos pliegues. Agarro el envoltorio del preservativo y lo rasgo con los dientes en mi prisa por enfundar mi erección. Aprieto las mandíbulas reteniendo mi excitación, sujeto el tallo enfundado en látex, echando al unísono la pelvis hacia delante, clavándole la primera estocada. Experimento el placer infinito de estar en su interior apretado que envuelve mi polla de una manera que potencia el éxtasis. Empiezo a moverme frenético y ella me acompaña lazando su pelvis para que consiga profundizar mi polla hasta el fondo.

—Joder, nena...— gimo sin dejar de lamer sus erectos pezones.

—Sí, más— solicita entre gritos.

Aumento el ritmo porque sé qué está cerca de correrse y quiero que lo hagamos juntos, así que en dos estocadas feroces juntos alcanzamos el orgasmo. Me dejo caer sobre ella y beso sus labios, gesto que me sorprende. No soy un amante tierno, más bien una bestia salvaje, pero Lera despierta un lado en mí que hasta ahora desconocía.

Percibo que el cuerpo caliente que tengo a mi lado se remueve y abro los párpados, no dormía tan solo disfrutaba de un poco de paz. Giro mi cuerpo de medio lado para mirar a Lera que se levanta de la cama desnuda, se agacha para recoger sus prendas y disfruto de las vistas que me brinda. Mi lengua acaricia, mi labio inferior relamiéndome ante su precioso trasero.

De nuevo estoy cachondo, la erección golpea mi ombligo.

«¿Que tienes hechicera que no puedo aguantarme de desearte?»

—¿Has visto mis zapatos? — pregunta distraída.

—Vuelve a la cama— invito golpeando el colchón con la mano.

Se gira y eleva una de sus cejas, me mira como si fuera una locura mi proposición.

—Tengo clases. No puedo perder todo el día en tu cama, Andreas— se queja y prosigue con su tarea de buscar sus zapatos.

Sus palabras me enfurecen, demasiado.

«¡qué cojones se piensa!»

En mi vida nunca me ha desairado una mujer, al contrario, yo he sido siempre, él que las ha despachado con viento fresco.

—Nada es más importante que compartir conmigo— murmuro entre dientes.

—No te ofendas, hermanito—me dedica una sonrisa pícaro que provoca mi afán de arrastrarla a la cama y recordarle a quién pertenece—. Pero no eres el ombligo del mundo.

«Hostia puta, mi ninfa es una digna oponente».

—*Principessa*, no me obligues a recordarte por las malas quien manda aquí. —amenazo y mi humor se vuelve oscuro, mala combinación, estoy furioso y cachondo.

—¿Me llamas un taxi o lo hago yo? — pregunta descolocándose.

Abandono mi posición cómoda en la cama y la agarro pegándola a mi cuerpo.

—No juegues conmigo, Lera— siseo entre dientes —. Yo no soy uno de tus amiguitos que te bailan el paso.

—Aclaremos las cosas, Andreas. Ha sido un placer, una noche perfecta, gracias. Ahora yo volveré a mi vida y tú a la tuya— rebate con seguridad, sin titubear, manteniendo firme su mirada enlazada a la mía.

«¿Qué cojones me he perdido? He pasado de cabrón insensible a rechazado por una vil ninfa hechicera que me da las gracias por el orgasmo y punto. Hostia puta».

Y lo peor de todo es que su actitud de zorra insensible, me la pone dura.

—Lera, vas a suplicar, te lo prometo— amenazo furioso— Así que ahora lárgate— suelto separándome de ella como si quemara.

—Ni lo sueñes, Andreas— rebate dándome la espalda.

—Con el diablo no se juega, ninfa— advierto.

Acto seguido desaparece sin más dejándome con un hambre extrema y un cabreo de mil demonios.



Capítulo 26

Lera

Salgo disparada del ático de Andreas, reconozco que ya me he expuesto demasiado al carácter irascible de mi hermano. Pero era necesario, cortar por lo sano, porque de nada sirve darle alas a mi corazón cuando mi destino está sellado.

No me arrepiento de la noche mágica que he pasado entre sus brazos, me pica la piel solo de recordar su forma de acariciarme, de hacerme suya y es un recuerdo que atesoraré mientras viva. Ahora toca un baño de realidad, comportarme como una zorra ponzoñosa, era la única manera de que me dejara largarme sin más. Aunque lo conozco poco, su ego es más grande que cualquier cosa, así que debía atacarlo ahí a su orgullo.

Me apresuro a meterme en el taxi y busco en mi bolso el móvil donde compruebo las diez llamadas de Brenda. Marco y al segundo tono descuelga.

—¿Dónde demonios estás? — pregunta mi amiga entre enfadada y preocupada.

—Voy de camino a casa, después te explico— le digo y cuelgo.

Apoyo mi cabeza en el asiento y suspiro mientras rememoro las imágenes de mi noche ardiente con Andreas. Espero que mi hermano desista en buscarme porque mis fuerzas para resistirme a él se han quedado en su ático.

Abro la puerta del apartamento y me encuentro a Brenda esperándome en pijama con una taza de chocolate caliente entre sus manos.

—Quiero la historia completa y con detalles escabrosos— exige sacándome una sonrisa

bobalicona.

Dejo caer mi bolso sobre el sofá y mi cuerpo también bufando en el trayecto hasta que mi espalda toca los mullidos cojines.

—Aísn, ¿cómo lo describo? Excitante, emocionante, satisfactorio, brutal, salvaje— empiezo enumerando los mil adjetivos que desfilan por mi mente al pensar en el sexo con Andreas.

—Joder, sí que te inspiró tu hermanito— se carcajea Brenda.

—Ufff, ahora entiendo por qué las mujeres babean a su paso— exclamo y solo me falta que me broten corazones de mis ojos.

—Madre mía, sí que estás pillada— se burla mi amiga emocionada, ocupando el lugar en el sofá a mi lado.

—No tanto— rebato, incómoda. Brenda ha dado de lleno en la diana con su apreciación, sin embargo, mi sentido común se empeña en obviarlo.

—Vamos Lera, tienes un corazón de neón en la frente—se ríe— Además eres noticia.

—¿Qué? —interrogo desconcertada.

—Que el soltero de oro Andreas Rossi, empresario de éxito, se paseó por la fiesta del consulado del brazo de una hermosa joven que parece ser su pareja del momento —relata Brenda haciendo alusión a los titulares.

—¡Mierda! —exclamo dando un bote para ponerme en pie—¿En todos los medios?

Brenda asiente.

— ¡Estoy muerta! —exclamo alarmada.

Si mi padre o alguien de mi familia lee los medios, estoy en un lío enorme. ¿Por qué no pensé en esa posibilidad cuando acepté la invitación de Andreas?

—No seas fatalista. Tan solo tendremos que aprender a esquivar a los paparazzi apostados en la puerta —apunta Brenda con calma.

— ¿Qué? No, eso no puede pasar— cada vez me pongo más nerviosa.

Ir de pareja con Andreas a la fiesta del consulado italiano parecía un acto insignificante, no reflexioné sobre los daños colaterales que ocasionaría.

—Cálmate, Lera. De momento no he visto ningún fotógrafo haciendo guardia— Brenda se distancia de la ventana a la cual se ha acercado para comprobar que no hay ninguno apostado delante de nuestro edificio.

—Necesito una ducha— exclamo superada por las mil conjeturas que bombardean mi cabeza.

—No te escaquees que todavía no me has contado tu noche ardiente con pelos y señales — recuerda Brenda

Salgo de la ducha con la toalla cubriendo mi cuerpo, mi cabeza sigue avasallándome con pensamientos fatalistas, aunque reconozco que el agua ha destensado un poco mis músculos. Aún siento ciertas molestias entre mis piernas, sin embargo, algo normal después de una sesión nocturna de sexo bruto y salvaje. Para ser mi primera vez reconozco que me he resarcido.

Alcanzo otra toalla para retirar la humedad de mi cabello justo cuando el timbrado de mi móvil provoca que, de un respingo, me acerco a la cama donde yace el mismo y veo el número de Mariya en la pantalla.

—Ufff, primera señal— digo en voz alta y sujeto con mis dedos el puente de mi nariz antes de contestar.

—Hola, Mariya.—Saludo con un tono tranquilo, aunque por dentro parezco una jaula de grillos.

—Lera, cariño...— su tono tiene algo diferente—¿Cómo estás?

—Bien, ¿todo en orden? —me atrevo a preguntar, porque detecto que mi madrastra espera que

sea yo quien explique. No dudo ni por un momento que está al tanto de mi asistencia al consulado con Andreas.

Si algo tiene la hija del líder de la mafia roja es tentáculos para enterarse de todo lo que ocurre.

—Nada en orden Lera, si lo preguntas ya sabes el motivo de mi llamada. Las cosas aquí están crispadas, tu padre parece un toro furioso y exige que regreses de inmediato — informa y mi corazón se encoge ante la noticia.

—Mariya yo, lo siento, no consideré que fuera tan grave acompañar a Andreas — confieso mordiendo mi labio inferior apenada.

—Lera, los italianos y los rusos no confraternizan, es una ley que no está escrita, pero cada uno de los miembros de la organización la acata y la respeta— su voz se torna más dura y de repente me embargan unas terribles ganas de llorar. —Cuando te solicité que visitaras a Andreas, cometí un error, porque no reflexioné que pudierais alternar.

«¿No lo consideró? Entonces, para qué me lo pidió», las preguntas bailotean en mi cabeza despertando cierta desconfianza.

«Porque la princesa del hielo rusa, como la llaman, no da puntada sin hilo».

—Mariya, yo..., lo siento— es lo único que alcanzo a decir.

—Lera, cuídate, el hecho de que todo el mundo te haya visto del brazo del jefe de la mafia italiana es ponerte una diana sobre tu cabeza. Mi hijo tiene demasiados enemigos, si por alguna razón sospecharan que eres importante para él, no dudarán en convertirte en cabeza de turco — aconseja Mariya abordando una realidad que hasta el momento yo no había contemplado.

—No soy relevante para Andreas— me apresuro a rebatir—, tan solo acudimos juntos a esa gala.

—Lera, conozco bien a mi hijo, aunque lleve demasiados años lejos de mí. Kirill no ejecuta ninguna acción sin sopesar todas las consecuencias. Así que no creo que el asunto sea algo para no determinar— explica Mariya instalando de nuevo la desconfianza en mi pecho.

Al colgar las palabras de mi madrastra, retumban en mi cabeza. Según ella, Andreas no actúa sin premeditación.

«¿Qué pretendía mi hermano llevándome a esa gala?». La pregunta se queda instalada en mi cabeza ocasionando un terrible dolor de cabeza.



Capítulo 27

Narrador Omnisciente

Las chispas latentes de las rencillas salpican poco a poco a las organizaciones criminales que dominan el mundo. La yakuza inmersa en su lucha por el poder tras la muerte de Kenichi Shinoda consigue alzarse con la victoria, pero en el trayecto han perdido algo demasiado valioso. El nuevo jefe de la yakuza está dispuesto a aliarse con quien sea para localizar a su hermana pequeña, raptada mientras luchaban por conservar el cetro de liderazgo de la organización.

En Rusia, la bratva prefiere no tomar partido en esas alianzas que lejos de aportarles beneficios económicos tan solo les traería sangre. Pavel Sokolov es un viejo zorro que prefiere mantenerse en su sillón del trono y observar lo que otros hacen.

Mientras piensa en todos los acontecimientos que hasta la fecha han sucedido, las puertas del salón se abren de forma abrupta, dando paso a Kostya su underboss, su mano derecha, su segundo a bordo y además su yerno. El semblante contraído por la furia no augura una conversación distendida.

El mayor defecto de Kostya Morotov es su carácter incendiario, es más de fuerza bruta que de mente fría, características que lo convierten en un peligro para la bratva. Pavel añora a su nieto, a su legado, Kirill, es su orgullo, a pesar de que para su desgracia no liderará jamás la bratva. Dejarlo, marchar fue demoledor, Kirill desde niño fue su orgullo, pero el acuerdo con los italianos se firmó para cumplirlo y negarse hubiera desatado una guerra sangrienta. La bratva y la familia siempre son lo primero, por ese orden, por lo que Pavel tuvo que claudicar y seguir

viviendo.

A pesar de la lejanía de Kirill, Pavel se mantenía al día de sus logros. Su nieto se había proclamado como el capo de todos los capos más joven y el más temido entre la organización italiana, lo que hinchaba su pecho de orgullo.

Su otro nieto Lev, hijo de Kostya y Mariya, aún era demasiado pequeño para dirigir la bratva, no obstante, su carácter no tenía nada que ver con su hermano mayor, Lev, era más parecido a Kostya.

Para solventar las carencias del chico, Pavel había organizado un compromiso con la hija de Kostya con el vor actual, Dymitri Nikov, un líder nato con fama de sanguinario y cruel que ayudaría a su nieto para dirigir la bratva cuando llegase el momento.

Pavel eleva sus ojos para ver de cerca de Kostya y su humor iracundo.

—Pakhan, tenemos problemas— proclama el underboss rojo por la ira.

—Habla— exige Pavel sin inmutarse, mostrando su pose más fría.

Los Sokolov son famosos por su carácter gélido, muchos se preguntan si por sus venas corre sangre caliente o ríos helados.

—Rossi, se paseó con mi hija por el consulado italiano. Es una maldita provocación, es un hijo de perra. — explica Kostya acelerado dejando libre su enfado.

—Cuidado Kostya, la perra es mi hija, tu mujer, te recuerdo. — advierte Pavel masajeando su mentón con una de sus manos.

Kostya se contiene soltando un leve bufido exasperado.

—Si Dymitri ve las fotos que corren por todo el mundo, tendremos un gran problema— apunta Kostya.

—No tendremos, tienes Kostya, si no puedes controlar a tu hija no es responsabilidad de la bratva, es solo tuya— Pavel ataca como el dueño y señor que es.

A Kostya le falta segundos para resoplar cuál toro bravío a punto de lanzar sus cuernos, sin embargo, aprieta las manos y se aguanta.

—Kostya— La voz de la hija de Pavel inunda la sala captando la atención de ambos hombres.

Mariya Sokolova es una princesa de mafia desde la cuna, su porte elegante junto con su voz envolvente ha hecho caer de rodillas a más de un hombre. Con Kostya no es muy diferente, su compañero desde hace años y esposo desde que Massimo Rossi murió, idolatra a su mujer, aunque odie el hecho de que ella tuviera un hijo con otro que no fuera él. Ayudaba a olvidar ese dato que ese hijo se marchara con su familia paterna hace más de diez años.

—Mariya— Saluda Kostya sin apartar su mirada esmeralda de la figura esbelta de Mariya. Enfundada en un vestido largo de pedrería plateada que marca cada ápice de su figura trabajada. Nadie diría que la hija del pakhan de la mafia roja cuenta a sus espaldas con 47 años, demasiado bien llevados.

—Deja de abordar a nuestro pakhan con asuntos insignificantes— comenta Mariya desvelando que ha escuchado las quejas de su marido.

El comentario de la morena de ojos grises se gana una mirada fulminante por parte de Morotov que ella ignora con habilidad.

—Mariya...—sisea Kostya con tono de advertencia. Como hombre de la bratva le disgusta la intervención de la mujer en asuntos de la organización. Sin embargo, la hija de Pavel ha sabido ganarse su lugar en el núcleo de la bratva todas las respetan y la admiran.

—Kostya, no seas fatalista. Lera tan solo ha estrechado lazos con Kirill, son familia— recuerda Mariya restándole importancia a la acción.

—No son familia, él es...— el underboss se interrumpe antes de soltar algo inapropiado sobre

el hijo de su esposa.

—Kirill es mi hijo, no lo olvides, por muchas leyes, por muchos decretos que existan, él siempre será parte de nosotros— reitera Mariya con una sonrisa malévola su rostro.

—Lera tiene que volver antes de que Dymitri regrese— aborda Kostya furioso.

—Kostya, no creo que Dymitri esté muy pendiente de la prensa sensacionalista— interrumpe Pavel captando la atención de Kostya.

—Por culpa de Akim, ese maldito no hace más que jodernos— gruñe el underboss encendido.

—A mi sobrino le gusta jugar con el filo de la muerte— cerciora Pavel, frío, sin rastro de emoción en su semblante.

—Es un hijo de perra, demasiado astuto, no sé cómo no está muerto a estas alturas. Se pasa el tiempo robando los cargamentos de nuestros navíos. —Las quejas de Kostya hartan al pakhan que eleva una de sus manos para que se largue.

—Largaos, me hartáis demasiado, además no os llamé— exclama Pavel dando por terminada la conversación.

Kostya sale hecho un basilisco de la sala seguido de cerca por su esposa, la cual no esconde su sonrisa diabólica.

—Tu padre, cada día está más senil— exclama Kostya perdiendo los papeles.

—Cuidado, amor, no se daña la reputación del jefe. — advierte Mariya.

—¿Es que no lo ves? Tenemos entre manos un asunto que puede hacer saltar por los aires a la bratva y a la mafia italiana y ni siquiera se inmuta— se queja Kostya

—Eres demasiado exagerado.

—¿Exagerado?, el maldito mestizo no dispara sin tener objetivo, es un manipulador que no actúa sin un motivo. ¿Qué crees que busca acercándose a Lera? — grita fuera de sí.

Mariya se aproxima y pasa una de sus manos por el pecho de su esposo, de manera sibilina, con suavidad, aplicando la presión exacta.

—Ese mestizo salió de mi vientre, Kostya, no te olvides. Mis hijos son lo más importante, así que mantén tu lengua impulsiva a raya si no quieres un problema mayor— amenaza con elegancia, Mariya y la mirada desconcertada de Kostya demuestra que el ruso ha captado el mensaje.

Lejos de Moscú, de nuevo en Los Ángeles, Iván Nikov recibe una llamada demasiado molesta.

—Necesito que vigiles de cerca a ese puto italiano, Nikov.

—Underboss, estamos en negociaciones con él, para retomar los acuerdos de tráfico de armas — informa Iván en un intento de jactarse de su buen hacer.

—Me importa una mierda los putos acuerdos. Necesito que tengas vigilada a mi hija y lejos de la influencia de ese demonio mestizo.

Iván asimila la información que está facilitándole Kostya Morotov, al parecer el hijo de perra de Rossi tiene un nuevo enemigo declarado...

Al colgar Iván Nikov se relame porque el destino, es caprichoso y le ha brindado el arma perfecta para vengarse de la arrogancia y complejo de superioridad del maldito Andreas Rossi.



Capítulo 28

Andreas

Me siento detrás de mi escritorio apoyando las manos sobre este, mi día había empezado bien, pletórico alcanzaría a decir, pero cierta ninfa ponzoñosa se las había apañado para hundir mi fantástico humor en un pozo negro sin fin. Porque mi orgullo se sentía herido, ya que, por primera vez en toda mi vida, me habían desdeñado a la mañana siguiente de la experiencia sexual más abrasadora y satisfactoria, con un; hasta nunca.

¿En qué momento se había intercambiado los papeles?, Lera era una joven virginal, fogosa, a fin de cuentas, inexperta, que se había convertido a la mañana siguiente en una zorra sin escrúpulos. Solo me falta echar humo por las orejas. Golpeo el escritorio con mi puño con intención de descargar mi frustración.

Marcelo golpea y entra sin esperar mi previa contestación.

—Ufff, no estamos de humor, ¿no? —comenta con ironía y casi lo desintegro con mi gélida mirada.

—No te llamé, así que habla y lárgate— gruño como el altanero y déspota que soy.

Por suerte mi *consigliere* ya está acostumbrado a tratar conmigo en todos los estados de ánimo que atravieso.

—Supuse que después de tu noche con la que proclamas tu hermanita, tu talante sería bueno— reprocha, Marcelo, traspasando la línea.

Porque nadie se atreve a reprenderme, ni a reprocharme y muchos menos con respecto a mis

asuntos sentimentales. Dominado por la furia, me abalanzo contra él y sujeto su cuello entre mis manos.

—¿Qué te pasa, primo?, ¿celoso? —inquiero presionado mis dedos en su cuello, sus pupilas se clavan en mí desencajadas.

—Suéltame, maldito cabrón, que solo era una apreciación. —se queja Marcelo con voz áspera.

Desde que esa misma mañana Marcelo repasó con su sucia mirada a Lera, la rabia en mi interior se mantenía latente, por lo que su reproche lo único que desencadena es la emulsión de esa ira desmedida que aprieta la boca de mi estómago.

—Eres un idiota, nunca más vuelvas a mirar lo mío, ni a reprochar mi comportamiento— advierto soltándolo de modo brusco.

Marcelo se inclina sobre sí mismo doblando su cuerpo mientras tose nervioso hasta recuperar su respiración normal. Regreso a la posición detrás de mi escritorio y me siento.

—Tenemos noticias de Zuang— informa, corriendo un tupido velo a la escena que acabamos de protagonizar, captando mi total atención—Al parecer se ha reunido con Nikov.

—Maldito drogadicto enfermo— rujo molesto.

Odio que me vean la cara, que me subestimen y la rata de Nikov es lo que ha hecho. Mendigar por un acuerdo mientras confabula a mis espaldas con el líder de la tríada.

—No sabemos si la reunión tiene algo que ver con el tema Romano— supone mi primo.

—Marcelo, no seas idiota— gruño y mi primo se tensa ofendido, pero lo esconde tras su semblante serio—El ruso sabe bien lo que hace, y Zuang es un estratega nato, así que no me vendas motos, que no las compro.

—No podemos empezar una guerra por una simple reunión— aconseja Marcelo con la templanza que lo caracteriza.

—Puedo empezar y acabar lo que quiera Marcelo. Il capo di tutti i capi posee el poder suficiente para matar a todo lo que me estorbe, al que moleste y más si están confabulando contra mi familia. Así que deja de amedrentarte con el futuro y céntrate en el presente. Concierta una reunión con la puta sabandija de Nikov que en breve esta mierda se acaba—asevero dominado por la ira intensa que revuelve mis tripas ante el odio que me infunda Iván Nikov.

Me importa una mierda si toda la bratva se vuelve en mi contra, si mi abuelo da orden de sangre y caza, que vengan que estoy más que preparado.

—Está bien, lo que ordenes, mi capo— asiente Marcelo.

—¿Y Romano? —pregunto por qué el asunto de primogénito de Salvatore también me tiene hinchados los huevos.

—Luca y Gionavi no logran encontrar su pista— informa mi primo.

—Quizás no sean tan buenos soldados, así que ves y diles que o lo encuentran o sufrirán las consecuencias —amenazo con los ojos inyectados en sangre.

—Andreas...— intenta abordar Marcelo, es interrumpido por dos golpes en la puerta que nos alerta a ambos.

—Adelante —contesto con un gruñido fuerte.

La puerta de mi despacho se abre dando paso a Chiara, que sonríe mientras avanza con paso lento, exagerando el movimiento de sus caderas y aleteando sus pestañas de forma coqueta.

«Mierda, lo que me faltaba», exclamo en el interior de mi mente.

—Buongiorno, señores. — Saluda con voz melosa.

A veces imagino a esta mujer como a la serpiente del Edén, viperina, sigilosa, capaz de hacer que los hombres se maten entre ellos solo con los susurros de su voz. Por suerte soy inmune a sus encantos.

A pesar de que reconozco que su buen cuerpo enfundado en una falda de lápiz roja y una camisa de seda con un escote demasiado generoso, son un placer a la vista.

—Chiara— Saludo sin rastro de emoción.

—¿Interrumpo? —pregunta melosa Chiara recortando la distancia colocándose al lado de Marcelo sin apartar sus ojos negros de mí.

Me devora con la mirada, con descaro y siento cierta excitación, nada comparado con... Yo mismo me prohíbo evocar a la arpía de mi hermanita, porque no quiero pensar ella, mi humor ya está demasiado encendido para contribuir con más leña.

—Chiara, un pacer verte— Saluda Marcelo besando el dorso de su mano.

—Siempre tan atento, Marcelo— agradece adúladora.

—Os dejo solos— informa mi *consiglieri* abandonando mi despacho.

Detesto perder el tiempo y Chiara lo único que augura es una total pérdida de tiempo, lo que me cabrea mucho más.

—¿Qué quieres? —pregunto borde, sin modales, hastiado y ella emite un leve gritito azorada, demasiado agudo para ser real.

Chiara Lombardi es una buena actriz.

Me levanto del escritorio, acercándome a ella y en sus ojos brilla la malicia.

—Tú ya sabes lo que quiero— elimina la poca distancia de nuestros cuerpos y pasea sus largos dedos por mi camisa hasta posarse en la hebilla de mi cinturón.

La erección despierta en mi interior junto a la ira que me ciega. Esta hija de perra, lo único que quiere es manipularme.

—No vas a tener más que mi polla taladrándote. Ni anillo, ni compromisos— reitero girándola con brusquedad, apoyando su cuerpo en el escritorio y subiendo su falda hasta la cintura.

Ante mi queda expuesto su trasero con un hilo rojo que aparto sin cuidado. Me apresuro a desabrocharme el cinturón y el botón para dar vía libre a mi verga.

—Voy a follarte, Chiara. Pero como te mereces, como la puta que eres. — proclamo furioso colocándome entre sus nalgas mientras mis manos sujetan su espalda, manteniéndola apoyada en el escritorio.

—Andreas, no, esto no es lo que quiero— grita enfadada.

—Tarde, bella. Viniste en busca de sexo y es lo que vas a obtener— pronuncio clavándome en su trasero con fuerza arrancándole un grito que inunda el despacho.

Me apiado de la mujer a pesar de que me tiene cabreado al máximo, por manipuladora, por zorra y mis dedos se desplazan a su clitoris masturbándola para humedecerse al instante. Acto que logra que su canal se dilate dejándome profundizar mi estocada. Acelero mis embestidas ganándome sus jadeos de placer y me desahogo como el maldito que soy. Chiara Lombardi aprenderá la lección, porque nadie manipula al diablo.

Una estrepitosa vibración provoca que salga de su culo desconcertado. Porque si no me equivoco, el ruido junto al temblor parece una explosión.

La puerta sed abre de golpe apareciendo Marcelo y Selena.

—Andreas, vámonos. Nos atacan— informa Selena que, por un segundo, mira a la mujer expuesta sobre la mesa de mi despacho.

Me apresuro a colocarme los pantalones.

—Vamos, Chiara— ordeno.

Salimos al rellano junto a mi *consiglieri* y la líder de los Ndrangheta.

—¿Qué cojones está pasando? — pregunto mientras avanzamos hacia la escalera en dirección a la azotea. Chiara, asustada, permanece al lado de Marcelo que se hace cargo.

—Colocaron explosivos en el edificio. Recibí el soplo, pero al parecer tarde— informa Selená—. Mis hombres junto a los tuyos están revisando el resto de las plantas para comprobar que no haya más.

—Intento de asesinato— asevero— ¿Quién?

—En serio, Andreas. Tienes demasiado enemigos. Y tú exhibición con la princesa rusa la otra noche no ha hecho más que aumentar el número— certifica Selená subiendo a mi lado en dirección a la última planta.

Siempre tengo un helicóptero a mi disposición, para situaciones como está.

«Maldición, quizás acudir con Lera al consulado no fuera la mejor idea» me regaño en mi cabeza.

«No tengo miedo, pero quizás ella este en peligro».

Barajar esa posibilidad estruja mi pecho con una sensación hasta el momento desconocida. Subimos los cuatro al helicóptero junto con los escoltas que nos acompañan.

—¿Ahora los griegos trabajan para ti?, Andreas— interroga Chiara con intención de molestar a Selená. Ambas mujeres se aniquilan con la mirada.

—Ni lo sueñes, bonita. Somos socios, nos cubrimos las espaldas— aclara Selená con furia.

—Basta— ordeno hastiado de tanta competición femenina.



Capítulo 29

Lera

No tengo noticias de mi padre ni de mi madrastra, desde la última llamada al día siguiente de la fiesta del consulado. Acudo a mis clases con normalidad, junto a Brenda, que ha resultado un golpe de aire fresco para mi humor funesto. Que Harry ni me mire, junto a sus amiguitos que lo hacen cuando creen que nos lo veo riéndose y burlándose, no han contribuido a que mi ánimo mejore. Confieso que seguir pensando en Andreas todas las horas es lo peor para no levantar cabeza.

Supuse que sería fácil liberarme de mi virginidad con el mejor, con el único hombre que me atraía como nadie, sin embargo, no consideré que mis sentimientos aflorarían arraigándose a mi ilusionado corazón. Mi hermano no ha hecho intento de comunicarse conmigo, lo que me entristece, aunque reconozco que con mi actitud de arpía lo dejé demasiado claro.

A veces imagino que vivimos en un mundo diferente, donde somos dos personas normales, libres de enamorarse de quien quieran sin tabús, sin limitaciones.

Camino junto a Brenda en dirección al campus cuando capto un vehículo circulando demasiado despacio, imposible ver a sus ocupantes porque los cristales son ahumados. Me giro disimuladamente y también detecto dos hombres, demasiado grandes, con tatuajes en sus cuellos a unos metros de nosotras. Mis músculos se tensan. Nos están siguiendo, estoy segura, acelero el paso sin darme cuenta concentrada en buscar una opción para darles esquinazo.

—Lera, joder, parece que te metieron un petardo en el culo —exclama Brenda sujetando mi

brazo para que ralentice mis pasos.

—Lo siento, no quiero llegar tarde la clase del profesor Stuart— miento y mi amiga acepta mi escucha como algo normal.

Mi amiga se apiada de mí y juntas aceleramos el paso para llegar lo antes posible a la universidad. El resto de la mañana me sumerjo en las clases y no pienso en los extraños que nos seguían. Quizás después de todo me he vuelto demasiado paranoica.

A la hora el almuerzo prefiero tomar asiento en las mesas de pícnic de fuera, no me apetece sentarme en la cafetería y aguantar las miradas de soslayo de los amigos de Harry.

—¿Qué haces aquí sola? —aborda Brenda, sentándose frente a mí con su optimismo habitual, con su sonrisa de azúcar y su mirada que chispea alegría.

Admiro demasiado a mi amiga, su despreocupación, su alegría contagiosa. Brenda es un soplo de aire fresco en mitad de una negra tormenta.

—Necesito soledad— digo con una sonrisa torcida, destapo mi sándwich vegetal, aunque el hambre brilla por su ausencia.

—Lera, cariño, debes inmunizarte ante Harry y los gilipollas de su panda capullos. —aconseja Brenda preocupada por mi actitud.

—No es eso, esos capullos no me importan— asevero y es la realidad. Con todo lo que tengo encima, lo menos preocupante es Harry y su panda.

— ¿Tu hermano? — interroga Brenda.

Asiento.

—Lera, tienes que aprender, los sentimientos no deben estar implicados, porque en ese caso es demasiado fácil que te rompan el corazón. — las palabras de Brendan me hacen sospechar que mi amiga sabe bien de que habla.

Quizás su actitud despreocupada esconde un episodio de fracaso amoroso. La conjetura se instala en mi mente.

—Me lo repetí mil veces antes de acostarme con él, me convencí de muchas maneras, pero, aun así, mi corazón va por libre— confieso sacando lo que tengo atascado en mi pecho.

—Lera, en el corazón no se manda, aunque se puede aprender a guiarlo. También te confieso que cuando aparece alguien que te mueve por dentro es muy difícil. Supongo que Andreas es esa persona que arroya con todo a su paso, incluso con tus muros de contención para protegerte. — Brenda parece diferente, más seria, por primera vez desde que la conozco, veo su parte más real, la Brenda que alguna vez sufrió.

—Sí, tienes razón, no vi venir que la atracción extrema que provocaba Andreas en mí se podía convertir en mi cadena más fuerte, y ahora creo que debí salir corriendo en dirección contraria cuando lo vi por primera vez —anuncio desnudando mi corazón ante mi amiga que me observa de manera empática.

—Quizás, a él también le pase lo mismo, Lera. —La apreciación de Brenda me sorprende.

—Ni de coña, no lo conoces, Andreas es tipo más egocéntrico, arrogante y déspota del mundo. Puede tener a cualquier mujer, muchas se arrojan a sus pies a cada paso. Además, me comporté como una zorra a la mañana siguiente. Dudo mucho que nuestros caminos se vuelvan a cruzar y a pesar de todo considero que es lo mejor para ambos —confieso a pesar de que mi corazón se encoge ante mis palabras.

—Bueno, va, hoy tienes que pasar capítulo— exclama poniéndose en pie— Esta noche nos vamos a emborrachar.

—Brenda, ¡si es jueves mañana hay clase!, ni loca— contesto, espantada.

—Un día es un día— anuncia recogiendo sus cosas y ambas ponemos rumbo a clase.

El resto de la mañana transcurre sin más y reconozco que hablar con Brenda a alivianado el peso en mi pecho. Las clases concluyen y me preparo para regresar a casa. Recibo un mensaje de Brenda que vaya tirando a casa que le ha surgido algo.

Al salir a la puerta, el coche que vi por la mañana está justo enfrente, esperando y mi cuerpo se encoge. Dos hombres grandes con tatuajes en sus cuellos y gafas de aviador esperan junto a él. Hago intento de escabullirme, pero la voz gruesa que escucho detiene mis pies.

—Здравствуйте, принцесса, не будете ли вы так любезны составить нам компанию?

Zdravstvuyte, printsessa, ne budete li vy tak lyubezny sostavit' nam kompaniyu? (Buenas, princesa, si es tan amable de acompañarnos).

Me giro y lo encaro con el ceño fruncido.

—¿Quiénes sois? — pregunto.

Que son rusos, salta a la vista, aunque cuando has crecido en la bratva como yo, no todos los rusos son iguales y te graban a fuego el gen de la sospecha. Así que no pienso irme con estos tipos porque sí.

—Nikov te espera, por orden del vor, su padre. — aclara el más alto de los dos individuos.

Los nombres Nikov y vor en la misma frase son razón suficiente para obligarme a acompañarlos sin rechistar, y así lo hago.

Mientras viajo en la parte trasera del vehículo de cristales oscuros, saco mi móvil y envío un mensaje a Brenda para que no se preocupe al llegar a casa. El trayecto en coche dura poco más de veinticinco minutos, que resultan eternos, froto, nerviosa, mis manos, porque lo que menos me apetece es ver a Dymitri Nikov. Mi prometido y yo hemos coincidido poco más de cinco veces en la vida y su aspecto es demasiado intimidante.

El vehículo se detiene delante de un edificio de lujo de Beverly Hills y uno de los hombres abre la puerta invitándome a salir. Observo con detenimiento el edificio que se yergue frente a mí y acompaño a los grandotes entrando en el vestíbulo de este. Todo destila glamur y ostentuosidad. Nos adentramos en un ascensor y detallo como uno de los hombres pulsa le piso cincuenta y cuatro. Centro mis ojos en el suelo brillante del interior del ascensor y me pica la cabeza del estrés ante la expectativa de encontrarme con Dymitri.

Salimos y nos enfilamos por un largo pasillo hasta una puerta enmarcada que uno de los hombres abre, hace un gesto con su mano para que entre y ellos permanecen fuera. Devoro todo el ambiente, fijándome en las paredes pintadas de color burdeos y el suelo de mármol negro.

«Quienquiera que haya decorado este lugar, tiene un mal gusto exagerado».

Permanezco de pie obligando a mis piernas a no moverse, porque los nervios cosquillean desde los dedos de mis pies ascendiendo hacia arriba, hasta ganas de comerme, las uñas me dan, sin embargo, consigo reprimirme. De una de las puertas del fondo del salón, de repente, sale un tipo, colocándose bien el pantalón y la camisa. Me fijo en su aspecto un poco desaliñado y como se lleva una de sus manos a la nariz limpiando restos de un polvo blanco.

No lo conozco.

Eleva su mirada y la posa en mí, mostrándome sus dientes satisfecha, al parecer con lo que ve. Mi primer instinto es dar un paso atrás, porque el tipo emana desconfianza a toneladas.

—Bienvenida, *kotenok*— exclama acercándose.

—¿Quién eres? — pregunto fulminándolo con mis pupilas.

Sus dientes se muestran en una sonrisa maléfica que consigue que mi piel se erice.

—Lera Morotov, me ofende que no sepas quién soy, a fin de cuentas, somos casi familia— se jacta pasando su lengua por sus dientes.

—Deja de hacerte interesante y dime ya quién eres si no quieres que salga pintado del

edificio— proclamo, aunque es una locura, porque no lograría ni llegar a la puerta sin que me detuviera.

La carcajada que emite inunda el salón y resulta fantasmagórica.

—Lera, resultas, muy graciosa. Soy Iván Nikov tu futuro cuñado —proclama con orgullo.

Fijo mi atención en sus rasgos, su cabello rubio casi blanco, el azul de sus ojos es demasiado claro, aunque se deslucen por lo enrojecidos que los tiene. Su cabello y sus ojos son muy parecidos a los de Dymitri, aunque su cuerpo fuerte, pero más enjuto, no tan engrandecido como el de mi futuro esposo. La sorpresa se mezcla con la curiosidad del motivo de por qué me encuentro en este lugar junto a Iván.

— ¿Qué hago aquí? — interrogo.

—Bueno, tenía muchas ganas de conocerte— aborda divertido—. Y, además, Kostya está preocupado por ti, me pidió que te protegiera.

Que mi padre haya recurrido a Iván Nikov para protegerme es extraño y desvela mucho más de lo que aparenta. Mi padre es un hombre temido, respetado y demasiado impulsivo. Así que esta situación es la consecuencia inmediata de mi asistencia a la fiesta del consulado.

—No necesito protección, no estoy de acuerdo con mi padre— rebato.

—Eso tendrás que decírselo a él, bonita— pasa una de sus manos por su corto cabello—De momento tendrás a mis hombres vigilándote y esta noche te recogerán a las 20.00 h— informa sin dejarme opinar.

Frunzo el ceño en desacuerdo, aunque de momento prefiero no llevarle la contraria. No tengo claras las intenciones de mi futuro cuñado.

—De acuerdo, de momento...— contesto sin evitar dejar la coletilla.



Capítulo 30

Andreas

Han transcurrido cinco horas desde que me encerré a cal y canto en el ático y para colmo de males, Chiara se pasea, por un lado, a otro de mi salón lanzando puñales con sus ojos a Selena, que se muestra demasiado divertida con la situación. Esta es la propiedad de las muchas que tengo más segura de todas, su sistema de domótica junto a una habitación del miedo lo dotan de magnificencia en caso de ataque. Después del inesperado atentado en el edificio de mi empresa, mis hombres siguen movilizados para atraer al hijo de perra que se ha atrevido a atentar contra la vida del capo.

Marcelo permanece al teléfono escuchando las informaciones y dando indicaciones a mis hombres.

No hacer nada, me consume en mi propia ira, porque soy un hombre de acción, no uno que se quede a mirar.

—Andreas, detente que por mucho que te pasees no va a aparecer, el responsable. —interviene Selena.

Me acerco al mueble bar y agarro una botella de *whisky*, no me preocupo de conseguirme un vaso, por el contrario, pego mi boca a la botella y engullo el líquido con ansia. Espero que alcohol ayude a sosegar mi furia porque si no de un momento a otro voy a salir disparado, pistola en mano a matar a cualquiera de mis enemigos.

—Andreas, *amore*, no bebas tanto —interrumpe Chiara como si tuviera derecho a hablarme

siquiera.

La aniquilo con mi fría mirada y percibo que su cuerpo se encoge asustada. Mi atención se desvía a mi *consiglieri* que cuelga la llamada y se pone en pie.

—Marcelo— mascullo incitando a que se deje de tonterías y hable de una vez por todas.

—Tenemos a dos de los artífices— suelta pasando una de sus manos por el nudo de su corbata.

Ni me lo pienso, agarro mi pistola y pongo rumbo a la puerta.

— ¿En el sótano? - interrogo a Marcelo que me sigue de cerca.

—Sí.

Selena hace el intento de acompañarnos, pero mi mirada le advierte sin palabras y vuelve a sentarse molesta.

La mandíbula me duele de tanto endurecerla mientras bajamos por el ascensor al sótano del edificio. Allí es donde tengo mi sala de juegos para los que se atreven a desafiarme. Abro la puerta metálica que chirría inundando mis oídos, provocando que mis venas se engrosen más por la furia que recorre mi cuerpo. Ante nosotros, Luca está golpeando con una barra de acero, el estómago de uno de los prisioneros que grita como una nena. Giovanni mantiene al otro colgado de una cadena por las muñecas al techo.

Los reviso, ambos tienes rasgos asiáticos, lo que me certifica que Wang y la tríada están de mierda hasta las cejas.

—Jefe. — Saluda Luca cesando su tortura.

—¿Qué habéis conseguido hasta ahora? — interrogo.

—No mucho, hablan inglés, los encontramos en le pàrquing del edificio con explosivos en sus mochilas. Hasta el momento no dicen nada. Pero hablarán - certifica Luca.

Luca y Giovanni son dos de mis mejores soldados, expertos en hacer cantar al enemigo. Sin embargo, necesito descargar mi cabreo, alivianar mi sangre, por lo que enrolló las mangas, mi camisa hasta el codo y me hago con un cuchillo de hoja curvada que hay sobre la mesa justo al lado de Luca.

Mis hombres guardan silencio y observan.

Dominado por el instinto asesino, lanza mi brazo contra unos de los prisioneros empuñado el puñal que adentro en su estómago con sarna.

El individuo, chilla como un animal, retorciéndose en su propio dolor. La sangre baña mi puño que aún mantengo en su abdomen.

—A ver si ahora te entran ganas de hablar— increpo.

El incauto se retuerce balanceando su cuerpo, consiguiendo que el cuchillo se hunda más profundo.

—¿Quién te envió?

Sus ojos se centran por un segundo y me detalla a mí y a los que me rodean.

—Me matarán, si hablo— confiesa atemorizado.

—Noticia en primicia, pedazo de mierda, estás muerto, hables o no. En tu mano está que tu muerte sea más o menos dolorosa. —informo con crueldad.

—Los rusos son tus enemigos, capo— suelta la lengua asumiendo su destino y ganándose una mínima parte de mi respeto. Porque no hay más imbécil que el que se aferra a una vida que no le pertenece.

Solo escuchar la palabra rusos me envenena mi alma, porque los odio igual que ellos a mí. En un impulso clavo más la hoja de acero para que muera.

—Pero no son los únicos— dice exhalando su último aliento.

Esa última apreciación me sorprende y me cabrea porque ahora mismo no tengo la opción de profundizar más. Mis ojos se desvían con intención a su compañero, pero este es más cobarde, se balancea enrollando su cuello con las cadenas que lo aprisionan y el mismo se parte el cuello.

—¡Joder! — maldice Marcelo observando la imagen que se muestra ante nosotros.

Saco el puñal y lo dejo caer al suelo.

—Limpien este estropicio— ordeno saliendo del sótano de regreso a mi piso.

La ira que recorre mi cuerpo no se aplaca, porque odio sentirme como un ratón perseguido por un gato. Algo se escapa a mi entendimiento, debo centrarme, recuperar mi control para sorpresa que exactamente lo que mis enemigos están tramando. Que los chinos están implicados en el atentado para hacerme caer es un hecho fehaciente, pero no son los únicos, los rusos según la rata que acabo de destripar.

«Qué lío se está tejiendo a mis espaldas»

Mi complejo de control absoluto enciende mi ira, removiendo los gusanos de mi alma, porque nadie es más estratega y manipulador que yo, aprendí de los mejores. Massimo Rossi y Pavel Sokolov.

El silencio toma el ascensor, entretanto subimos Marcelo y yo necesito reorganizar a todos mis hombres, trazar un plan para erradicar a esta plaga que son los rusos y los chinos. Enfocado en elaborar mis próximos pasos mentalmente ni siquiera detallo a Marcelo de nuevo al teléfono. Salgo del ascensor sin mirar atrás, irrumpiendo en mi casa donde las mujeres que deje permanecen sentadas lo más lejos posible la una de la otra.

«Por desgracia no se mataron en mi ausencia», me digo decepcionado.

—Andreas— dice la rubia y alzo mi mano para que se calle encerrándome en mi despacho.

Mi primo me sigue y entra conmigo.

—Ordena a Luca que envíe varios hombres al apartamento de Lera. Necesito que tenga seguridad— informo sentándome detrás del escritorio.

—Lera ya tiene seguridad—asevera Marcelo, sorprendiéndome.

—¿Qué seguridad?

—Nikov tiene a sus hombres cubriéndole las espaldas— golpe virtual en mi estómago.

—Maldita rata— mascullo golpeando la mesa con mi mano.

—Además, te ha convocado esta misma noche al Hell's según Nikov ya es hora de que firméis el acuerdo que tenéis pendiente —añade mi *consigliere* atento a mi reacción.

—Lárgate, organiza a todos los soldados para esta noche, confirma nuestra asistencia— ordeno entre dientes.

Es una trampa de la sabandija de Nikov, no hay que ser unas lumbreras para captarlo, pero el ruso no sabe bien con quién se está enfrentado. Que controle los movimientos de mi hermanastra es un tanto que debo reconocerle, porque ha actuado rápido haciéndose con una pieza clave en nuestra batalla.

Marcelo me da la espalda, dispuesto a cumplir con su cometido; sin embargo, se para minutos antes de agarrar la perilla de la puerta.

—Intenté advertirte sobre la chica rusa, pero como siempre no escuchas— se atreve a reclamarme a pesar del humor negro que gasto.

—Marcelo, recuerda tu posición, es la segunda vez que intentas opinar de mi toma de decisiones, no te permitiré una tercera. Y no quiero que hables sobre ella, ni la nombres, ni la mires, recuérdalo— amenazo controlando mi instinto asesino.

De un tiempo a esta parte Marcelo traspasa límites, a pesar de conocerme bien, cruza la línea que durante años hemos mantenido.

Sopeso la posibilidad de que mi primo tenga algún problema que no sé y apunto en mi mente investigar esa parte.

Envío un mensaje una vez Marcelo ha abandonado le despacho.

Necesito información

¿Nombre?

Marcelo Rossi

Ok



Capítulo 31

Lera

Es casi la hora en la que Iván me informó que estuviera lista y aún me queda maquillarme. El reflejo que me devuelve le espejo provoca que tuerza mi boca en un mohín, tengo demasiadas ojeras. Opto por el corrector para disimularlas, aunque no soy dada a maquillarme en exceso. He decidido ponerme un vestido negro corto que se adhiere a mi cuerpo, pero me otorga sobriedad. Mi intención no es mostrarme ni seductora ni sexi, porque no me fio de las intenciones de Iván. Emana cierta aura engañosa que eleva todos mis muros de contención.

He pasado toda la tarde dando vueltas, indecisa de coger el teléfono y llamar a mi padre para verificar que realmente ha sido el quién le ha ordenado a Nikov que me proteja.

¿Protegerme de quién?, me interrogo en mi cabeza.

— ¿Ya estás lista? — interrumpe Brenda que ser acicalado.

Elevo una de mis cejas porque le he explicado a mi amiga el asunto por encima sin desvelar mucha información, ya que no deseo colocarla en peligro.

—Oye, ¿dónde crees que vas? — le pregunto.

—¿Tú qué crees? Pues contigo— asegura colocando sus manos en su cintura.

Maldición, no quiero que Brenda se exponga a la mafia y si me acompaña tiene muchas posibilidades de ello.

—No quiero disgustar a Iván— —me excuso.

—Ir acompañada por una amiga, no lo enfadará— dice con seguridad.

Al final porque soy una cobarde, acepto su compañía, así quizás mi futuro cuñado no se atreva a hacer ninguna jugarreta.

Bajamos a la portería y nos espera el coche de cristales oscuros con los dos hombres con complejo de armario ropero. Brenda se los come con los ojos y yo ruedo los míos exasperada ante la falta de discreción de mi amiga.

—¿Has visto estos pedazos de hombretones? —susurra pegada a mi oreja una vez dentro del vehículo.

—Para ya, Brenda, que pueden oírte —regaño y ella se limita a sonreír pasando su lengua por sus labios relamiéndose.

Nos bajamos del vehículo justo en la puerta del club Hell's por un segundo experimento, un dejavú porque la última vez que pise este bar mi camino se cruzó con el de Andreas. Avanzamos escoltadas por los guardaespaldas atravesando las puertas del club, pasando por el resto de las personas que hacen cola que nos dedican miradas entornadas.

El Hell's está repleto de gente, no obstante, los guardaespaldas nos guían hacia la zona alta del lugar. Enfilamos por una escalera y pongo cuidado en no tropezarme, porque las escaleras y mis tacones nunca han sido aliados. Ante nosotras se exhibe iban Nikov en un reservado con sillones de terciopelo rojo, con mesas repletas de cubiteras de champaña y polvo blanco esparcido por ellas. Dos mujeres permanecen sentadas mientras mi futuro cuñado se levanta para darnos la bienvenida. Repasa a mi amiga con detenimiento, lo cual me molesta y me inquieta y después hace lo mismo conmigo. Se aproxima y hago intento de dar un paso atrás, pero choco con uno de sus voyevikis que mantiene su postura a mi espalda. Pasea su boca por mi cuello, oliéndome como si el fuera un perro y yo su presa. Reprimo las náuseas que nacen en la boca de mi estómago.

—Bienvenida, cuñadita. Veo que has traído una amiga— advierte con malicia.

Me limito a mantener el porte, no le contesto, aunque mi rostro muestra el desagrado que me provoca.

Iván Nikov es un enfermo, dos veces que lo he visto, las dos estaba bebido y drogado.

«¿Que diría su hermano si lo viera ahora mismo?», la pregunta aborda mi cabeza.

Por lo poco que recuerdo de Dymitri cuida mucho su imagen como Vor de la mafia, es conocido por su crueldad, pero también por su rectitud y afán por cumplir las leyes de la mafia. Y si hay una ley firme en la bratva es; no consumas lo que vendes.

Al parecer Iván se saltó esa clase cuando entró a formar parte de la bratva.

—Sentaos —ordena.

Brenda se queda a mi lado y de soslayo veo cierta prudencia en sus ojos.

Sabía que era un error traerla.

Mi amiga no está acostumbrada a este mundo de vicio, muertes, rivalidades y excesos.

—¿Quién coño es este? —sisea pegando su boca a mi oreja.

—Mi futuro cuñado —respondo sin rastro de emoción.

—Dios Lera, ¿de dónde ha salido este cocainómano arrogante? —susurra con cuidado de que no la escuchen.

—Es una larga historia.

—Os habéis sentado muy lejos, Lera ven, siéntate a mi lado —ordena golpeado le asiento que hay a su lado con su mano. Sus dedos están recubiertos de tinta negra como manda la bratva y además de oro.

Me levanto y le hago un leve gesto a Brenda para que permanezca sentada, no ansío exponer más a mi amiga.

Obedezco sin chistar.

—Toma, Lera, brindemos —expresa alcanzándome una copa de champán.

Le sigo la comba, porque me embarga la preocupación de que enloquezca y se lie a tiros con todos nosotros. Definitivamente, Iván Nikov es muy inestable.

Brenda me mira con preocupación y le muestro una suave sonrisa para tranquilizarla.

—Brindamos, cuñadita, por el capo de todos los capos —proclama chocando su copa con la mía, pillándome desprevenida y derramando varias gotas sobre mi vestido.

—Justo a tiempo —exclama mientras yo me afano por secar la tela de mi vestido. Iván tiene el atrevimiento de ayudarme, pero más bien lo que hace es acariciar mis piernas con descaro.

Le propino un manotazo para apartarlo y lo fulmino con la mirada. Cuando sigo su atención hacia la derecha donde mi peor pesadilla acaba de hacer acto de presencia.

«¡Porca miseria!», que dirían los italianos me digo interiormente.

Volverlo a ver altera cada fibra de mi ser, como siempre, arrebatador, con traje y camisa de diseñador, blanca en esta ocasión, resaltando su piel aceitunada. Andreas Rossi es un Dios, pero uno de los que te dejan sin habla con solo su presencia y así estoy yo mirándolo embobada como una tonta ilusionada.

En el momento en el que nuestros ojos se cruzan siento un pinchazo en mi pecho ante la frialdad que se vislumbra en sus pupilas.

Iván Nikov se levanta para saludar a los recién llegados. Andreas, junto a Marcelo y sus hombres, les indica que tomen asiento y para mi desgracia mi hermanito se sienta justo frente a mí. Iván, fiel a su actitud provocadora, vuelve a ocupar su sitio a mi lado, pasando con disimulo uno de sus brazos por mis hombros.

Mi instinto grita que lo retire, pero el ambiente tenso me ruega que sea prudente y lo dejo.

—Bienvenido, Rossi. —Saluda jactándose Iván. Es malévolo porque le dedica una sonrisa provocadora a Andreas que no pasa desapercibida para ninguno de los presentes.

Me remuevo en el sillón intentando poner distancia entre nuestros cuerpos, pero él se acerca mucho más.



Capítulo 32

Andreas

Lera Morotova es el caldero de mi infierno personal, no solo porque nada más verla me prende como hoguera sino porque observar al idiota de Iván acariciándola sin pudor, despierta al animal que duerme en mi interior, al asesino despiadado que baraja las mil formas de sacarle los intestinos al puto Nikov. Vine preparado porque sabía que el ruso drogata me había citado con intenciones no lícitas. Pero una cosa es prepararme mentalmente y otra es vivir la escena en la que mi ninfa es manoseada por este imbécil. Disimulo mostrando mi cara más controlada a pesar de las miradas esquivas de Marcelo, preocupado por mi posible reacción.

—Al grano— exijo hastiado.

—¿Conoces a Lera Morotova? —pregunta el muy imbécil—. ¡Ah!, que despiste, si sois familia. Bueno, no sé si lo sabes, pero también es familia mía, o pronto lo será.

«Antes muerto hijo de perra», vocea mi consciencia.

—No he venido aquí a hablar de lazos familiares, Nikov— me quejo encogiéndome los hombros con desinterés.

—Pues hoy vamos a hablar de lo que a mí me salga de los huevos, Rossi— vocea poniéndose en pie y yo mantengo la calma.

—Vamos, Iván, si tienes ganas de conversación, adelante— incito con sarcasmo.

—Lera es mi futura cuñada, ¿lo sabías? —interroga.

«Y una mierda, ni futura, ni mierda». Mi mente sigue relatando.

—No.

—Pues sí, tu hermanita es la prometida de mi hermano Dymitri— esclarece al fin.

Anunciar el compromiso de mi ninfa con el vor de la bratva no provoca más que ira, furia, enfado. Me contengo, no tengo ni idea como, pero lo hago. Intento no mirar a Lera, pero en eso, fallo, mis ojos se hunden en ella y veo cómo se encoge apurada en el sillón.

«Maldita, manipuladora, mentirosa, arpía, sexi, te mereces toda la potencia de mi furia cuando te folle y te parta por engañarme o más bien omitir ese maldito detalle que está punto de ser el punto de inflexión en mi afanado control».

Más tarde ajustaré cuentas con mi hermanita.

—Enhorabuena —alcanzo a decir sin que se me note el asco que me provoca la noticia.

—Rossi, te felicito por tu control, pero a mí no me engañas hijo de perra— acusa traspasando límites.

Mis soldados dan un paso al frente para reprenderlo encontrándose con sus voyevikis que les hacen frente.

En el momento en el que tengo decidido intervenir sujetando el puñal bajo mi chaqueta para rebanarle el cuello al puto imbécil, los ruidos de disparos me detienen. Con rapidez mis hombres se despliegan para protegerme. Yo lo único que sopeso entre el fuego cruzado es abalanzarme sobre Lera. Mi acción es puro instinto de protección, uno que jamás experimentado por nadie solo por mí mismo.

—Andando— digo sujetando su mano con fuerza para ayudarla a levantarse.

Me mira asustada y se gira para mirar a su amiga que permanece protegida por mi *consiglieri*.

—Yo me encargo —profiere Marcelo.

Oteo el reservado por última vez y ni rastro de la sabandija de Nikov, salió corriendo al escuchar el primer proyectil.

«Cobarde», sisea mi mente.

Ajustaré cuentas con el ruso más tarde, porque creo que él ha sido igual de sorprendido que yo con el ataque que se está desarrollando.

Avanzamos entre disparos protegidos por mis hombres, no cogemos la salida principal, por el contrario, ponemos rumbo almacén. Esta noche venía preparado para cualquier cosa, menos para ver a Lera, claro. De entre las sombras aparece un atacante vestido de negro al más puro estilo ninja. No lo pienso, yo lo veo antes que mis soldados, desenfundo mi puñal y abro su garganta sin piedad.

—Rápido— azuzo a todos, porque de un momento a otro este lugar se va a convertir en una trampa mortal.

Salimos apresurados ocupando las dos furgonetas negras que nos esperan en la salida trasera junto al resto de mis hombres y nos largamos del lugar con rapidez. Miro a Lera amenazante, ella mantiene sus ojos fijos en sus manos entrelazadas. Noto su rostro contrito y el leve temblor de sus hombros. Su aspecto incita a mimarla, a consolarla después de la situación traumática, no obstante, estoy furioso, demasiado enfadado por permitir que Nikov la manoseara y por mentir, así que clavo las uñas en las palmas de mis manos evitando tocarla.

«Si la toco, no seré capaz de soltarla jamás», asevera mi consciencia en el interior de mi cabeza.

Abordamos el ático justo después de que mis soldados aseguren el perímetro, de momento no existen indicios de que nadie nos haya seguido. Entro como una tromba en mi casa sin mirar a nadie y dispuesto a encerrarme en mi despacho con mi amigo el *whisky*.

—Necesitamos ir a nuestra casa.

La petición de Lera clava mis pies en la moqueta del salón y un silencio tenso se instala en la

sala. Me giro y la encaro con la intensa ira contrayendo mi semblante.

—No estás en posición de solicitar nada— gruño.

Nadie interviene, el resto de los ocupantes de la sala se mantienen al margen, incluyo la amiga de Lera que permanece con la mirada perdida, un signo de su estado de shock.

La chispa de la fiera que mi hermanita guarda en su interior brilla incandescente, minutos antes de enfrentarme.

—¿Qué significa eso? ¿Somos prisioneras o qué?

Incapaz de determinar si me enfurece más que me excita, reprimo mis impulsos más salvajes.

—Hasta nueva orden sois mis invitadas —anuncio.

—Andreas...— sisea colocando sus manos en la cintura provocando que sus pechos se eleven y asomen por el escote de su vestido —, tenemos una vida, no puedes encerrarnos en este ático.

—Puedo y es lo que voy a hacer —suelto dándole la espalda desapareciendo en dirección a mi despacho.

Desconfío de mi talante, razón por la cual doy por terminada mi conversación con Lera. Me quedo bebiendo en soledad con la intención de aliviar toda la mierda que ha sucedido últimamente. Que los putos chinos están de lleno en esta guerra que han iniciado ya no es ninguna incógnita, sin embargo, me cuesta asimilar que los rusos hayan forjado alianzas con ellos en mi contra.

Nikov resultó sorprendido, no tengo dudas, observé su cara de asombro al estallar el tiroteo, entonces analizo la situación y creo que entre la bratva existen grietas que desconozco. Agarro el teléfono y envío un mensaje encriptado, necesito respuestas, y sé bien quién me las va a facilitar.

Empino la botella de *whisky* para quemar mi furia y casi salto de la silla cuando la puerta se abre de golpe. La imagen de Lera en el umbral de mi despacho, rebosando furia intensa, despierta mi erección y me veo obligado a llevar una de mis manos a mi bragueta para colocármela. Cierra la puerta tras ella y se acerca a mi escritorio moviendo sus caderas enfundadas en su vestido negro que resalta cada una de sus curvas. Mis ganas se prenden al instante y cierro mis manos conteniendo las ganas de recorrer cada centímetro de su cuerpo.

—Andreas Rossi yo no soy miembro de la *famiglia* así que olvídate de darme la espalda y dejarme con la palabra en la boca de nuevo— regaña roja de ira.

«Me encanta esta mujer cuando aflora su lado guerrero».

—Mi casa, mis normas, Lera —reitero encogiendo mis hombros, aparentando que su mera presencia no me afecta.

—Pues métete tu maldita casa por donde te quepa, maldito, que Brenda y yo regresamos a nuestra casa. — Sus palabras cargadas de hastío y el soplido que las acompaña retuercen mi control.

Sus reproches consiguen que me ponga de pie enfurecido, recortado cualquier distancia que haya entre nosotros, mi hermanita se sorprende y se apresura a lanzarse contra la puerta para largarse. Se le olvidó que soy más rápido y fuerte que ella, la atrapo contra la puerta impidiendo su repentina huida.

—Suéltame, maldito —grita retorciéndose bajo mi cuerpo.

Su aroma penetra en mi nariz despertando mi fervor por devorarla. Porque esta mujer agita cada parte de mi cuerpo con tan solo su presencia. Mis ojos se pierden en sus labios fruncidos y quiero chuparlos, morderlos... sacudo la cabeza liberándome de la enajenación que me domina cuando pienso con la parte baja de mi cintura. Sujeto sus muñecas sobre su cabeza y aprieto su pelvis contra la puerta.

—Deja de maldecir— ordeno demasiado cerca de su boca y mi lengua de forma involuntaria

moja mis labios—. Detesto que utilices un vocabulario soez.

«Mentiroso», apunta mi cabeza.

—Pues suéltame— exige y evita mirarme.

Siento el temblor de su cuerpo junto a la rojez que cubre sus mejillas, me desea tanto o más que yo no tengo dudas, aunque aún estoy enfadado con ella para dejarme llevar y follarla de la manera que grita cada célula de mi cuerpo.

—Escucha con atención, hermanita, vivimos una situación demasiado peligrosa, ya lo viste en el Hell's. Por lo que hasta que localice y aniquile a mis enemigos estarás bajo mi protección y acatarás mis órdenes por el bien de tu seguridad — informo con tono suave y firme a la vez.

Por primera vez eleva su mirada anclando sus ojos a los míos y las llamas del deseo danzan en sus dos pozos esmeraldas.

—Que quieran matarte, ¿qué tiene que ver conmigo y con Brenda? Desde que te conocí tan solo me has traído dolores de cabeza— se queja enfadada.

—Y orgasmos... —susurro pegando mi boca a su oreja.

La ira se enciende ante mi alusión y golpea mi pecho con sus manos en un inútil intento de separarse de mí.

—Arrogante, presuntuoso, capullo —insulta a modo de metralleta.

Sus agravios tan solo provocan que me excite mucho más, así que mi pervertida mente baraja solo una posibilidad para dejarla sin habla. Desplazo una de mis manos al dobladillo de su vestido, introduciendo la misma entre sus piernas, acariciando la humedad de su sexo que traspasa la tela de su ropa interior. Lera emite un leve grito ante la sorpresa que desata mi gesto.

—Espero que la humedad entre tus piernas sea por mí, *bella*, porque si descubro que es por el idiota de Nikov lo vas a pagar caro— amenazo sin dejar de acariciar en círculos su sexo aún protegido por el raso de sus bragas.

—No eres mi dueño —sisea, aunque suena más bien a jadeo.

Mis dedos estiran de su ropa interior rasgando la misma de un fuerte tirón arrancándola y el grito que emite inunda mi despacho.

—Repite eso— la provoco con malicia.

—Andreas, esto se nos está escapando de las manos— se justifica con su boca temblorosa, saboreando las caricias que le estoy propinando con mis expertos dedos.

—A mí nada se me escapa de mis manos— rebato introduciendo uno de mis dedos en su canal provocando un largo gemido por su parte.

—Estoy comprometida, ya lo escuchaste —aborda entre jadeos mientras la masturbo.

Estrujo sin piedad su clítoris ganándome a cambio una cadena de jadeos a los que mi erección responde presionando mi bragueta. Lo que pretendo que sea un castigo para ella por mentirosa, está siendo una verdadera tortura para mí.

—No me lo recuerdes, eres una mentirosa, y todavía no se me pasa el enfado contigo, ninfa— mascullo sin cesar en mi tarea de provocar que gima con cada embestida de mis dedos.

—Andreas, por favor, así es imposible hablar— se queja cerrando los ojos obnubilada por el clímax que le proporciono.

—¿Quién te dijo que quería hablar? — interrogo frenando mis avances.

—Eres un...— está a punto de retomar su mala costumbre de insultarme cuando me obligo a sacar los dedos de su sexo, dejándola ansiosa, caliente y frustrada por su puesto.

Pongo distancia entre nosotros deleitándome con la cara de asombro de Lera, que aún se está recuperando del clímax que le he regalado.

—¿Qué haces?

—Soltarte, al parecer tus súplicas me ablandaron— digo con sarcasmo.

—No seas capullo— ataca reemplazando el deseo por el enfado.

—Evita los insultos— reitero— dile a Marcelo que mande a alguien a vuestro apartamento para recoger las cosas que necesites— informo dándole la espalda, ignorándola con alevosía.

—Hijo de perra, arrogante— grita abalanzándose hacia mí, provocando que de la vuelta para estamparme una bofetada en mi mejilla.

Se lo permito, porque a fin de cuentas a mí también me hace falta para bajar mi calentura.

—Lárgate, fuera de mi vista— grito furioso y por primera vez mi hermanita me obedece.

Vací de un trago, el resto de licor de la botella mientras mis ojos no se apartan del lugar que hace unos segundos ocupaba mi ninfa, mi hechicera, la culpable de que beba porque el alcohol adormece mis ganas de encerrarme con ella en una habitación hasta recordarle quien es su único dueño. El resto de sus bragas permanece en el suelo, las cojo y me las llevo a mi cara para disfrutar de su aroma.

«Fui el primero y seré el único», La frase golpea mi mente con fuerza, entretanto regreso a la silla detrás de mi escritorio.



Capítulo 33

Lera

Salgo escopeteada del despacho de Andreas con el alma en un puño. Cuando tomé la decisión de entrar sin invitación para reclamarle que nos tuviera retenidas en su casa, sospechaba que iba a resultar un choque de caracteres, pero no me imaginé saliendo azorada, ansiosa, cachonda y sin bragas. Apoyo mi espalda a la pared para recuperar mi respiración normal antes de volver al salón donde me espera una Brenda aún en estado de shock. Después de unos minutos para ralentizar mi respiración, hago mi entrada con la normalidad de la que soy capaz, apartando de mi cabeza la experiencia vivida segundos antes.

—Lera— dice Brenda poniéndose en pie.

Ver el rostro desencajado de mi amiga me parte el alma, nunca debí permitir que me acompañara. Porque lo que tanto quise evitar sucedió. Ahora Brenda está envuelta en este mundo oscuro y cruel de mafiosos de mierda.

—Brenda, de momento pasaremos el resto de la noche aquí— informo frotando mis manos.

—¿Por qué? Quiero regresar a mi casa— anuncia con voz temblorosa.

Marcelo nos mira atento y observo que ha retirado al resto de hombres, en silencio se lo agradezco. El primo de Andreas parece un buen tipo, todo lo bueno que puede ser un mafioso, claro.

—Brenda, por seguridad dormiremos aquí— insisto acariciando sus brazos con mis manos para transmitirle calma.

—Está bien— asiente al final.

—Marcelo necesitaremos algo de ropa y que nos indiques alguna habitación que podamos ocupar. — solicito.

—Marino os acompañará a vuestras habitaciones, él es el personal que mantiene en orden la casa, además de cocinar— informa y veo cómo de la nada aparece un hombre bajito con un delantal negro a juego con un gorro tipo bandana, que usan normalmente los cocineros.

—Encantada, Marino. — Saludo sorprendida, la única vez que estuve en casa de Andreas no vi a ningún personal de servicio, pero al parecer sí que lo hay.

Imaginar al egocéntrico, arrogante y ostentoso de mi hermano haciendo tareas del hogar era demasiado surrealista.

—Señora— corresponde inclinado un poco su cabeza a modo de saludo.

—Lera, por favor— insisto para que me llame por mi nombre.

—Lera, enviaré a los chicos por vuestras cosas— anuncia Marcelo. —Si necesitáis algo más, no dudes en avisarme— comenta agarrando el teléfono que Brenda tiene en su mano y agregando su contacto directo.

Mi móvil permanece en mi bolso y en estos momentos no tengo ni la más remota idea de donde lo dejé.

—Marcelo, no sé dónde deje mi bolso— le digo avergonzada.

—Luca, te lo subirá, está en el vehículo que nos trajo — aclara Marcelo sonriente.

—Ufff, menos mal, pensé que me lo había dejado en el Hell's— exclamo.

Marino nos acompaña por un largo pasillo que recuerdo de la noche que pasé con Andreas, me regañó en mi interior por evocar cosas que no debo. Señala dos puertas juntas.

—Sus habitaciones— indica.

—Brenda, si quieres podemos dormir juntas— le propongo a mi amiga porque me tiene preocupada.

—De acuerdo— acepta y en sus ojos veo agradecimiento.

Entramos a la habitación y al igual que todo este pisazo es enorme con una cama de metro cincuenta en mitad de esta.

—Brenda date una ducha, eso ayudará a relajarte— aconsejo.

—Lera, necesito saber, ¿por favor la súplica en su mirada araña mi alma con las garras de la culpabilidad—¿Qué es lo que ha pasado en el Hell's? ¿A qué se dedica toda esta gente que se pasean armados hasta los dientes?

Lanza sus preguntas a modo de lanza pelotas del golf.

—Brenda, es un asunto complicado, mi intención siempre ha sido mantenerte al margen de ciertos aspectos de mi vida —Trago con dificultad y acaricio su mano mientras ambas estamos sentadas sobre la cama una frente a otra.

—Lera, habla, no soy de cristal, he pasado por demasiadas cosas en mi vida, aunque no lo creas.

— incita a que prosiga mi amiga.

—Mi familia es rusa, eso ya lo sabes, pero no son unos ciudadanos rusos, cualquiera, pertenecen a una organización criminal que nosotros llamamos Bratva. — Los ojos de Brenda se abren de par en par. —Me permitieron estudiar aquí por un tiempo limitado ausentándome de mi mundo.

—¡Joder, Lera! Nunca imaginé que fueras una princesa de los narcos— exclama un poco más recompuesta.

—No son narcos, son mafiosos— corrijo.

—¿Y el adicto que te manoseaba anoche en el Hell's? — interroga

—Pertenece a la bratva que está afincada aquí en Los Ángeles, su hermano es mi prometido—

comunico y el desagrado en mi cara es factible.

—Mierda, Lera parece un argumento de una película. Comprometida sin amor, con un cuñado loco y drogadicto, disparos, un hermano loco que abre cuellos con un puñal. Me dejo algo— parece que la Brenda espontánea y positiva va volviendo después del trauma.

—Sí, pero es mi realidad. Lo que paso en el Hell's tiene algo que ver con Andreas por lo que he podido averiguar, razón por la cual el déspota de mi hermano nos mantiene aquí encerradas, por seguridad, dice—hablo y conforme voy nombrando a Andreas mi tono se eleva, porque aún no se me va el cabreo que tengo enfocado al muy capullo.

—¿Cómo vamos a salir de esta Lera? —pregunta y la preocupación impresa en su rostro me inquieta.

—Cuando Marcelo nos indique que es seguro volverás al piso y yo... regresaré a Moscú, creo que ha llegado el momento —informo y reprimo las inmensas ganas de llorar que me abordan.

—No quiero que te vayas —confiesa mi amiga estrechándome entre sus brazos.

—Lo sé, pero es mi destino y tengo que tomar las riendas de mi futuro.

Después de nuestra conversación, Brenda se mete al baño para ducharse y cuando sale yo tomo el relevo. Necesitaba una ducha para relajarme y eliminar la tensión en mi cuerpo, aunque mi cabeza sigue cuál olla a presión bombardeándome con mil ideas y conjeturas sobre lo sucedido en el Hell's. Lo más fácil es suponer que Iván le tendió una trampa a Andreas, sin embargo, algo no cuadra. Considero que lo único que pretendía el idiota de Iván era provocar a Andreas.

Al salir del baño, Brenda se ha quedado dormida con el albornoz puesto sobre la cama. La observo sonriente, necesita descansar y paliar la locura de noche que ha resultado nuestra salida para emborracharnos, nada de licor y mucho de balas. En mi caso el sueño no hace mella en mí, los nervios y preocupaciones me desvelan. Marcelo aún no nos ha traído nuestras pertenencias, así que me quedo con el albornoz y decidió salir de la habitación en busca de un vaso de leche caliente. Esa bebida es el remedio que utilizo desde mi infancia para ayudar a dormirme. Camino por el oscuro pasillo con cuidado, no necesito despertar a nadie, aunque la luz que se filtra por la ventana principal del salón me ayuda a no perderme hasta llegar al mismo y colarme en la puerta de la cocina.

Busco a tientas el interruptor de la luz y presiono para iluminar la estancia. Mis ojos se abren demasiado al ver la figura frente a la nevera que se revela ante mí.

—¡Por Dios! —grito, asustada.

—Viste al demonio ninfa. —Esa voz aterciopelada que estruja cada hormona de mi cuerpo y humedece mis bragas.

—No, vi a un capullo. ¿A quién se lo ocurre atracar la nevera a oscuras? —regaño, nerviosa, mis manos ajustan bien las solapas del albornoz a modo de autodefensa.

—No te tapes tanto, Lera. No me enseñarás nada que no haya visto— se jacta arrogante.

—Será mejor que vuelva cuando no haya imbéciles en la cocina— suelto, enfurruñada, dando media vuelta.

Justo he alcanzado la puerta cuando me veo arrastrada chocando con su torso desnudo. Su aroma a menta penetra en mi nariz despertando los recuerdos de la única noche que pasé entre sus brazos.

—Has convertido en tu hábito, provocarme, hechicera— susurra con su boca a milímetros de la mía, hipnotizándome, despertado cada fibra de mi cuerpo que clama desesperado por su proximidad.

—Te odio—mascullo.

—Yo también te odio, ninfa— corresponde segundos antes de devorar mi boca con brutalidad.

El contacto con su lengua me catapulta al cielo tocando las estrellas con los dedos. ¡Dios!, es como salir disparada en un cohete, la sensación vertiginosa de ser engullida por su maestra boca que enciende cada célula de mi cuerpo, despertando a la fiera intensa del deseo que aflora dominando mi cabeza y mi alma.

Andreas besa como nadie, verse atrapada en su boca, se equipara a sumergirte en un tornado furioso que te despoja de cualquier cosa menos de las llamas del anhelo.

Mi cuerpo tiembla al sentir una de sus manos abriendo el albornoz para colarse entre mis piernas. Un gruñido que amortigua mi boca me indica que le satisface no encontrarse ninguna barrera para hundir sus dedos en mis húmedos pliegues. Las bragas en estos momentos eran una utopía porque Marcelo no había traído nuestras cosas, así que el albornoz era la única opción, ahora en silencio agradezco no tener mi ropa porque le he facilitado el acceso a este mago que me regala un casi orgasmo nada más tocarme.

—Nena, estás húmeda y deliciosa— susurra separando su boca de la mía para proseguir a por mi cuello, el cual lame bajando con suavidad a mi clavícula. Pequeñas descargas eléctricas acompañan a su diestra lengua.

Rodeo su cuello con mis manos y lo insta a pegarse a mi cuerpo, con la mano que sujeta mi cintura deshace el nudo del albornoz y se deshace de él dejándolo caer al suelo. Su lengua se posa en uno de mis erectos pezones lamiéndolo para luego metérselo entero en su boca.

—Sí...— gimo encantada.

—Esta deliciosa vagina me ha echado de menos— proclama tironeando de mi acolchado clítoris, arrancándome de nuevo ruiditos que emergen de mi garganta incapaz de reprimirlos.

Me sujeta y me coloca sobre la encimera, con la facilidad del que carga una pluma. Se mete entre mis piernas y su lengua chupetea mis labios rebañando los jugos de mi placer.

¡Madre mía! Andreas no solo besa nivel Dios, sino que su lengua es traviesa y excitante.

Percibo la locura previa al orgasmo y tironeo del cabello de su nuca mientras me lanzo empicada saboreando el máximo placer. Andreas saca su cabezada de entre mis piernas y me dedica una sonrisa diabólica que encoge mi alma.

—Nena, eres el mejor bocado que he probado en mi vida— proclama alzándome ente sus brazos — pero no he acabado contigo— sentencia llevándome hacia su dormitorio.



Capítulo 34

Andreas

Paso mis dedos por la curva de su cadera desnuda, mi ninfa aún duerme y me deleito embobado en su belleza. A pesar del enfado he caído como el maldito ansioso que soy, porque las ganas son más grandes que el cabreo.

«¿Qué me ha hecho esta mujer?», la pregunta resuena en mi cabeza.

Cuando mi camino y el de ella se cruzaron por primera vez en Hell's me sentí devastado por la atracción suprema que provocó en mí, aunque nunca consideré que sería mucho más que un par de polvos, sexo a lo bruto y sin compromisos.

«¿En qué momento eso cambio?»

En el instante en que metí mi polla en ella descubriendo que era el primero en hacerlo y mi inmenso ego se infló como un globo de helio. Sí, esa noche, el demonio que vive en mí la reclamó como suya grabándola en pecho a fuego.

Sonrió al verla removerse aún inconsciente. Lera Morotova selló su destino la noche que traspasó las puertas de mi dormitorio.

—Buenos días...— susurra frotándose los ojos para despertarse.

Su dulce voz me saca de mis divagaciones.

—*Buongiorno, principessa.*

Ella me regala una sonrisa que se imprime en mi cerebro, coloca una de sus manos en mi pecho y observo hipnotizado como recorre el tatuaje de la *famiglia*, es el que me hicieron el día

de mi iniciación. Baja hasta encima de mi ombligo acariciando el cuervo que se posa justo ahí.

—¿Todos tus tatuajes tienen un significado? —pregunta coqueta.

—Sí— contesto absorto en su toque.

—¿Y el cuervo? —interroga aleteando las pestañas con coquetería.

De todos los tattoos que recubren mi cuerpo, ha elegido expresamente el que más significado entierra para mí. Durante unos segundos mantengo el silencio. Las palabras no son lo mío y menos hablar de cosas íntimas en la cama con una mujer. Pero es que esta mujer atraviesa las capas de mi coraza como si fuera una hoja filosa.

—El cuervo me lo hice cuando decidí matar a mi padre.

Dicen que los secretos de un asesino o de un mafioso son como grilletes que unen tu destino. Es la primera vez que abro mi alma dejando salir uno de mis más sucios pecados, ¿por qué lo hago?, ni siquiera tengo una razón. Hablar con mi ninfa resulta fácil y sencillo.

El movimiento de la mano de Lera se detiene.

—¿Bromeas?

—Para nada, no soy dado a bromear —aclaro y prosigo—. El cuervo en algunas civilizaciones es un ser sagrado, un guardián de secretos. Por eso lo elegí, es un pájaro que espera, acecha y ataca en el momento en el que su enemigo más débil está. —La atraigo hacia mí pegando su pecho a mi pecho. —Ninfa, te voy a contar una historia.

—Te escucho— dice mirándome con devoción lo que infla mi pecho.

—Había una vez, un hombre que se creía un Dios todopoderoso, nadie se interponía en su camino, todo lo que se proponía lo lograba.

—¿Estás hablando de ti? —me interrumpe.

—Sssss, silencio, *bella*. El hombre quiso ser padre, pero no quería un hijo con cualquiera, sino uno con la mujer más hermosa y poderosa del mundo. Trazó un plan para trasladarse a las tierras de rusas, donde el líder de la mafia roja tenía una hija venerada por todos.

Camufló sus intenciones con un acuerdo comercial y se escabulló en mitad de la noche aprovechándose de la hospitalidad de sus socios para violar a la joven con 18 años. Cuando el padre de la chica se enteró, montó en cólera, pero el líder de la mafia italiana se ofreció a casarse con la joven. El ruso aceptó con la condición de que fuera un matrimonio sobre el papel. Así su hija seguiría viviendo en su fortaleza. A los meses la chica se enteró de su embarazo y el líder ruso avisó al italiano para modificar el acuerdo. La princesa tendría derecho a cuidar a su hijo hasta los dieciséis, a partir de ahí el chico se iría con su padre para prepararse para ser un jefe. —Detengo el relato para inspirar un poco de aire, recordar mi historia, no es algo que me guste.

—Esa es tu historia, hay partes que había oído. Massimo, tu padre, debió ser un mal tipo. —comenta Lera empatizando.

—No era un mal tipo, era un grandísimo hijo de perra. Porque cuando tuvo a su legado en sus garras lo entrenó hasta la extenuación, lo maltrató y lo quebró de mil formas. El joven durante años se alimentó de las ansias de la venganza e ideó un plan.

—Andreas jamás imaginé que tu vida en Italia no fuera buena, lo siento.

Beso, su frente porque no quiero su compasión, no obstante, su empatía calienta mis venas.

—Lo maté como el perro que era y me quedé con todo lo suyo. Ahora mismo debe estar retorciéndose en su tumba —confieso y noto cierta ligereza en mi pecho.

Años callando ese secreto y ahora lo cuento ni más ni menos que a la hija del underboss ruso.

—¿Nadie sospechó? —pregunta con curiosidad.

Meneo la cabeza negando.

—Gracias por compartir tu secreto.

—No es gratis ninfa, los secretos unen, los de los mafiosos son como cadenas, así que ya sabes qué hacer con él. —Advierto.

—Callarlo hasta la muerte —exclama posando su boca sobre la mía, despertando mi libido al instante.

Lera se ha marchado a la habitación de invitados, a pesar de mi insistencia para quedarse. Me apetecía quedarme con ella toda la mañana dando rienda suelta a las ganas que me inspira mi ninfa, pero ella se ha negado, necesita estar con su amiga, lo que no hace más que agriar mi humor. De todas formas, tengo demasiados frentes abiertos que debo gestionar. Apoyo la cabeza en la pared de la ducha dejando que el agua corra por mi espalda.

Una vez vestido salgo al salón con el teléfono en la mano.

—Lazar —digo.

—¿Qué cojones quieres, italiano? —contesta con su simpatía habitual.

Lazar Venim es el líder de la mafia búlgara, hemos colaborado en algunos cargamentos de armas, su organización y la mía siempre han mantenido buenas relaciones, pero es un hijo de perra orgulloso del que no me puedo fiar.

—Escucha atentamente, la guerra se ha iniciado, el porqué, no lo tengo claro, pero debemos elegir bando —le anuncio.

—No expondré a mi organización— asevera con dureza.

—Si no estás conmigo, estás contra mí. —advierto, Lazar es un hombre despiadado que antepone los beneficios de la *mutri*, (mafia búlgara); sin embargo, también es demasiado inteligente para alzar el hacha de guerra a la mafia italiana.

—Nuestro contrato solo es para colaborar a nivel comercial, Rossi, no te debo fidelidad, no formo parte de la mafia italiana— se resiste y la paciencia que no tengo hace estragos en los pinchazos en mi cabeza. De reojo veo a mi *consiglieri* entrar en la sala entretanto mantengo el teléfono pegado a mi oreja.

—Lazar, tú mismo, decide dispuesto a paliar las consecuencias de tu postura— Ahora sí que es una amenaza y no me escondo.

—Joder, eres un hijo de perra, Rossi, lidia con tus asuntos y yo lidiaré con los míos— proclama y cuelga.

—No ha ido bien, ¿no? —pregunta Marcelo con preocupación en su rostro.

—Marcelo, me subestimas —rebato sin proporcionar más información.

—El consejo se impacienta, Andreas —aborda obviado el tema anterior, aunque veo cierto resquemor cruzar por sus ojos azules.

Los Rossi en su mayoría están dotados de ojos claros y cabello castaño, como el mío, como el cabrón de mi padre, yo por suerte solo heredaré el color del cabello, mis ojos son Sokolov y mi alma negra y putrefacta también.

—Prepara el jet en dos horas viaje —informo.

—Bien, me preparo —aporta dándose la vuelta para irse.

—Viajaré solo con un equipo de soldados, quiero que te quedes aquí cuidando de Lera y su amiga —informo.

—Está bien —asiente sin darme la cara.

—Y quiero que permanezcas alerta porque la lagartija de Nikov hará lo posible por recuperar a mi hermana —añado.

Me quedaría yo mismo a deshacerme del idiota del ruso drogata, pero tengo un asunto confidencial e importante, así que confío en que mi *consiglieri* haga su trabajo.



Capítulo 35

Narrador omnisciente

Iván Nikov lanza por séptima vez su cuchillo a la diana que tiene en la pared de su despacho con la foto *il capo di tutti i capi*, Andreas Rossi. El odio que cultiva por el italiano no es nuevo, es de hace años, porque el mestizo hijo de puta no debería haber optado a ser el jefe de toda la mafia italiana y para colmo de males tratarlo como una rata cuando él tiene sangre pura, rusa, de la bratva.

La puerta se abre dejando paso a su segundo, Nikola, gracias a su hombre permanece vivo, porque lo que sucedió anoche en su local nada tuvo que ver con lo que había planeado. Sus intenciones eran cabrear al máximo a Andreas, mostrándole a su hermanita a su merced, porque que Rossi desafiara a todos mostrándola como acompañante al consulado significaba mucho más de lo aparente. Iván lo sabía, aunque lo callaba, pero la llamada previa de Kostya también delataba que el *underboss* sospechaba que su hija no le era indiferente al italiano. Li Zuang y sus hombres lo habían jodido todo y ahora Iván Nikov debía recuperar a la princesa rusa y trazar otro plan para humillar a Andreas.

—Iván, Li Shuang está aquí— informa Nikola.

—Hazlo pasar —invita Iván lanzando de nuevo el puñal clavándolo en la cara de la fotografía de Rossi.

El chino atraviesa el umbral de la puerta oteando cada rincón de la estancia solo moviendo sus pupilas de un lado al otro, el resto de su cabeza continua estática, lo acompañan algunos hombres

con trajes negros. Iván Nikov se levanta para hacer una leve reverencia con las manos juntas y alzadas, imitando el saludo chino.

—Respeta nuestras costumbres —regaña el chino y Nikov se levanta con rapidez y su mirada se enciende de ira, aunque logra contenerse.

—Es placer que hayas accedido reunirme conmigo, aunque hubiera preferido a tu jefe —rebate Iván repantigándose en su silla detrás del escritorio mientras se prepara una raya de coca.

Li Shuang eleva una de sus delgadas cejas ante la desfachatez y poca seriedad del ruso.

—Li Zuang está demasiado ocupado— replica—. Así que no perdamos más el tiempo y di que es lo que quieres tratar. —Insta impaciente.

—Atacasteis mi local —acusa Iván.

—No tienes pruebas —asevera el chino con orgullo elevando su barbilla.

—Dos de tus hombres permanecen en mi sótano, ¿son suficientes pruebas, Shuang? —provoca Nikov sonriente.

Los rusos y los chinos nunca fueron aliados, los tiempos cambian y las guerras de poder provocan que muchos se arrimen al árbol que más sombra les proporcione en estas encarnizadas batallas.

—¿Qué es lo que quieres?

—Una compensación económica por los daños estaría bien— propone Nikon aspirado el polvo blanco por su nariz. Además de entrar en vuestro juego— añade limpiándose los restos de cocaína con su pulga para luego chuparlo sin más.

—Ni siquiera conoces nuestros planes— se queja Shuang desconfiado.

—Si en vuestros planes esta matar al capo italiano me sumo— proclama Nikov.

—¿Te sumas tú, o la bratva Sokolov? — la pregunta de Shuang pilla fuera de juego a Iván, que duda por segundos.

—De momento yo y mis hombres, más adelante puedo intentar convencer la underboss— anuncia Nikov sin rastro de credibilidad.

—De acuerdo— afirma Shuang

—Sellamos el trato —sugiere Niko alzando su mano para estrecharla con el chino a regañadientes, este corresponde el gesto.

Al salir del Hell's, Li Shuang lo primero que hace es enviar un mensaje de texto a su jefe Li Zuang informándose que el ratón modio el pedazo de queso.

Una sonrisa demoniaca se dibuja en su adusto semblante, porque los planes de la tríada poco a poco van tomando forma y los insectos van cayendo en la tele de araña bien tejida por su líder.

Al otro lado del hemisferio, Kostya intenta localizar a su hija sin éxito gruñendo mientras camina de un lado al otro.

—Mierda— gruñe desesperado.

—Kostya, vas a desgastar la alfombra de Persia de mi padre— interrumpe la princesa del hielo, como es conocida Mariya Sokolova.

—Mujer, lárgate, no quiero hablar ahora—gruñe de malos modos Kostya.

Mariya Sokolova nació, creció en la bratva bajo la tutela del más cruel y sádico de los líderes que jamás tuvo la mafia roja, por lo que cada miembro de la bratva le profesa un respeto desmedido, todos menos el hombre que permanece a cinco pasos de ella y es su esposo. Recorta la distancia colocándose a espaldas de Kostya, con los tacones de quince centímetros que luce Mariya casi son de la misma altura. Kostya se percata de su acercamiento tarde cuando percibe el pinchazo de una daga en su costado derecho.

—Kostya Morotov, has olvidado quién soy y el respeto que merezco— gruñe la mujer

hiriéndolo con su daga.

—*Suka*— masculla entre dientes el underboss.

—Cuando te escueza la herida, recuerda quién te la hizo y a quién debes tu respeto— proclama sacando con un solo gesto la fina hoja de la carne del ruso.

—Mariya estoy harto de tus juegos— se queja Kostya colocando sus manos, es su costado derecho para mermar la hemorragia de la herida.

—Y yo de tu carácter de mierda. —rebate Mariya enfrentándolo con la altivez digna de una reina.

—No entiendes, mujer que los problemas crecen a cada segundo. Dimitry acaba de regresar. ¿Cómo quieres que le explique que su prometida se pasea por los Ángeles con el jefe de la mafia italiana? - grita con la cara deformada por el enfado.

—Kostya Morotov eres el *underboss* de la mafia roja, demuestra que nadie te regalo el puesto — vocea Mariya dejándolo solo en mitad de la sala.



Capítulo 36

Lera

Son las cinco de la mañana cuando logro escabullirme del dormitorio de Andreas, reconozco que el encanto de mi hermano es demasiado envolvente, pero no quiero que Brenda despierte sola en una habitación extraña después de la noche traumática.

Con una sonrisa de oreja a oreja y una de las camisetas de Andreas que, me permití robarle, camino de puntillas por el pasillo.

—Buenos días, Lera.

Doy un respingo al escuchar a mi espalda a Marcelo, me giro avergonzada.

—Buenos días, ¿dormiste aquí? —pregunto sin sopesar de forma impulsiva.

—No, suelo madrugar por si mi primo me necesita. —Se justifica y repasa mis piernas desnudas de arriba abajo, provocando una sensación rara e incómoda.

—Ah, okay —digo titubeante y dispuesta a desaparecer en breve—, bueno, voy a despertar a Brenda.

—Lera, me gustas— mi cara es un poema—, por eso te daré un consejo. Andreas es el líder de la mafia italiana, tiene compromisos y obligaciones con la *famiglia*, no me gustaría que salieras con el corazón roto.

Sus palabras caen sobre mí igual que un jarro de agua bien fría. Inspiro aire para insuflarme la templanza necesaria para no gritarle a la cara cuatro cosas al primo de mi hermano.

—Marcelo, te agradezco tu preocupación, pero nací, crecí en la bratva, soy una mujer de la

mafia, así que conozco bien las responsabilidades de un líder. Además, los italianos no creo que tengan reglas muy diferentes a los rusos, son los mismos perros con diferentes collares — respondo airada dejándolo allí parado.

Me paro frente a la habitación de invitados, inspiro y suelto el aire para que Brenda no note mi enfado. Marcelo hasta la fecha me parecía majó, tan diferente a Andreas, amable, considerado... No es que fuese una desagradecida, porque su consejo nacía de su preocupación por que saliera mal parada en lo que para él era un jueguecito de su primo. Sin embargo, esos consejos llegaban tarde, mi corazón hacía tiempo que está implicado, vamos que estoy de corazones con alas hasta los ojos.

El tono de superioridad utilizado por Marcelo, junto a su repaso visual con descaro por su parte, provocaron que me sintiera como una cualquiera y yo no era como las muchas mujeres que pasaban por la cama de Andreas.

«No te engañes, no seas ilusa», recomienda mi consciencia.

En la puerta apoyadas hay dos bolsas, al verlas la culpabilidad se adueña de mí, por qué Marcelo es el responsable de que tengamos ropa y yo lo traté como una mierda.

Abro y encuentro que Brenda sigue dormida, así que decido ocupar el baño para darme una ducha mientras rememoro los momentos ardientes vividos en la noche.

Seguir follando con Andreas no augura nada bueno, no nos esperaría un final feliz para ese camino, aun así, soy incapaz de no caer ante su atención. En realidad, mi parte cerebral tenía superclaro que mi historia con Andreas acabaría tarde o temprano, con lágrimas, por descontado. Desde el principio me recordé las razones por las que encariñarme e ilusionarme con Andreas, era una idea nefasta, una de ellas, la que más peso tenía era mi compromiso con Dymitri, seguida de cerca porque mi padre odia a los italianos y concluyendo porque yo pertenezco a la *bratva* y él la mafia italiana.

Insistir, convencerme, repetir, todo había resultado inútil, porque ahora mismo me encuentro en la ducha, dejando que el agua templada recorra mi espalda, fantaseando que con ciertas manos expertas que lo único que me han brindado hasta el momento es placer, y del bueno.

Salgo del baño vestida con unos jeans y una camiseta negra de algodón, Brenda me observa con sus ojos soñolientos y se estira igual a una gata panza arriba.

—Buenos días. — Saluda mi amiga con una suave sonrisa que vuelve liviano mi pecho.

—Buenos días, dormilona —me burlo sentándome sobre el colchón.

—Dios, parece como si un enorme tráiler me hubiera pasado por encima —se queja Brenda desperezándose.

—Prueba a darte una ducha caliente, te sentirás mejor, tienes una bolsa con algunas de tus prendas— informo poniéndome en pie—, te espero en el salón a ver si consigo que el tal Marino nos prepare algo de desayuno— digo guiñándole un ojo.

—¿Quién eres y donde está mi amiga? —pregunta con ironía.

—Me levante con energía extra —asevero.

—Ya lo veo.

Abandono el dormitorio y salgo al salón donde me cruzo con Andreas, al verme para en seco su rumbo hacia la puerta. Lo miro sorprendida.

«¿Se va?», me pregunto en mi interior.

—Buenos días, *mía cara*. —Saluda, entretanto en dos zancadas se coloca frente a mí.

Mis ojos de forma involuntaria vuelan hacia Marcelo que sigue de pie detrás de su primo sin perder detalle de la escena.

—Buenos días —contesto un pelín cohibida.

Andreas rodea mi cintura entre sus brazos y su boca devora mis labios, sin pudor, olvidando que tenemos público alrededor, yo por mi parte también lo ignoro arrasada por uno de sus besos.

Determinar cuánto dura resulta imposible, tan solo me embarga un vacío cuando separa su boca de la mía.

—Lera, me marchó por dos días, Marcelo se queda al cargo. Obedece que el peligro sigue estando —ordena hundiendo sus grises ojos en los míos.

—Pero... debemos asistir a clase —atino a decir.

Andreas frunce el ceño.

—Si no hay más remedio, iréis con seguridad, de clase al ático y viceversa, ¿entendido? —insiste rígido, sin soltarme.

—De acuerdo— asiento al fin. Porque cualquier otra opción diferente a la que le he propuesto se ganaría una rotunda negación por su parte.

Antes de marcharse de nuevo, planta su boca sobre la mía de forma posesiva y se larga, dejándome ansiosa, rendida y caliente.

Marcelo no ha dejado de observarme ni un segundo, lo que me pone nerviosa y decido ignorarlo.

—Lera —llama antes de que abandone el salón sin repararlo siquiera.

—Sí. — Me giro contestándole con un arqueó perfecto de cejas.

—Creo que hemos empezado con mal pie, si aceptas mis disculpas.

Ahora sí que me siento como una arpía sin escrúpulos, porque nunca consideré que el *consigliere* de la mafia italiana me brindara unas disculpas.

—Sí, yo también lo creo— confieso—. Pero nada que no tenga solución— exclamo acercándome, extendiendo mi mano para que la estreche.

—Encantado, Lera Morotova— dice de forma teatral besando el dorso de mi mano.

El día transcurre sin muchos acontecimientos, Brenda y yo decidimos saltarnos las clases por hoy y pasamos el resto del día disfrutando de la televisión por cable, cortesía de mi millonario hermano.

—Podría acostumbrarme a vivir aquí— aprecia Brenda.

—Yo también— confieso entre carcajadas.

Mientras reímos y comemos helado repantigadas en el sofá de piel del salón, el timbre suena y nos miramos a la vez.

—¿Quién abre? —pregunta Brenda.

—Espera— solicito.

Al minuto el silencioso hombrecillo que al parecer es el único sirviente de este pedazo de piso, Marino, camina rápido como si en realidad fuera apoyado solo en las puntas de sus pies.

Abre la puerta y saluda parco en palabras como siempre, giro la cabeza para comprobar quién nos visita. Más bien quien viene, por lo que nadie a excepción del equipo de seguridad de Andreas y por supuesto Marcelo saben de nuestra presencia aquí.

Casi me atraganto con la cuchara de helado que me acabo de meter a lo bestia en mi boca, al ver a la rubia despampanante, alias teta gordas que no voy a olvidar en la vida.

—Vaya, qué sorpresa, la hermanita, dueña y señora de la casa de Andreas. Esto sí que no esperaba verlo— provoca aniquilándome con sus felinos ojos.

Me pongo en pie de un salto dispuesta a cantarle las cuarenta a esta tiparraca, soy interrumpida por Marcelo que aparece de la nada para dar la bienvenida a la rubia.

«Más bien, debería echarla a patadas», sisea mi mente.

—Selená. —Saluda el *consigliere* amable, como siempre.

En ocasiones tengo la sensación de que Marcelo tiene horchata en las venas en vez de sangre caliente.

— ¿Dónde está Andreas? —pregunta la rubia con exigencia.

—Tuvo que viajar— confirma Marcelo sin proporcionar demasiada información.

El ceño de la rubia se frunce con fuerza, y me alegro imaginando las arrugas que le saldrán si lo mantiene.

— ¿De repente? ¡Con la que está cayendo! —exclama la rubia molesta.

—Las decisiones del jefe no se discuten ni se juzgan— proclama Marcelo encogiendo sus hombros.

—¿Y estás dos que hacen aquí? —interroga lanzándonos una mirada despectiva.

—Oye, que estas dos tenemos nombres y de momento ni siquiera sabemos quién mierda eres —contesto poniéndome en pie atacándola con furia.

Me desagrada mucho, desde que la vi en el Tanathos y nos interrumpió en el despacho de Andreas la inquina que provoca en mí aumenta por segundos.

—La hermanita tiene garras— comenta sarcástica acompañando sus palabras con una risa gutural.

—Me estás exasperado, así que si eres tan amable como Andreas no se encuentra ya te puedes largar— propongo con ironía, largándola como si yo fuese la dueña y señora del ático.

Por el rabillo del ojo veo la mirada desorbitada de Marcelo.

—Ya oíste a mi amiga, vete por donde has venido— me secunda Brenda levantándose y colocándose a mi lado.

La rubia atraviesa con sus ojos encendidos de furia a Brenda y me preparo para una batalla campal.

—Marcelo, avísame si me necesitas— suelta para sorpresa de todos girándose con un balanceo exagerado de sus caderas enfundadas en el vestido blanco que luce y se marcha sin más.

Marcelo camina rápido hacia la puerta para despedir a la tipa.

Brenda y yo nos miramos en silencio, desconcertada por lo que acaba de suceder.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta mi amiga.

—No tengo ni idea, pero no me gusta la señorita tetas gordas —exclamo y mi amiga rompe en carcajadas sujetando su estómago.



Capítulo 37

Andreas

Aterrizo en el aeropuerto de Varsovia, mis soldados aseguran el perímetro antes de abandonar mi avión privado. Un vehículo blindado nos espera fuera y lo ocupamos para desplazarnos al centro de la ciudad, donde me veré con Akim Sokolov.

Necesito aliados, y no a cualquiera, sino a los que en algún momento hayan sido capaces de plantarle cara a la mafia roja. Cuando naces en la mafia, tu misión no consiste nada más en convertirte en un eficaz asesino, sino en un preciso estratega. Mi abuelo Pavel Sokolov me enseñó bien, hasta los dieciséis absorbí el máximo conocimiento que el líder de la bratva me brindó.

El lugar de encuentro con Akim es un hotel justo al lado del gran teatro de Varsovia. En estos momentos en los que cuento con la seguridad de que mis pasos están claramente vigilados por mis enemigos, prefiero no esconderme. Para muchos de los componentes de mi equipo de seguridad estoy loco, sin embargo, me limito a hacer lo que mis enemigos no esperan que haga. Simple, pero preciso.

La verdad, a estas alturas, cada vez tengo más seguridad de que Zuang no está actuando como llanero solitario en mi contra, por lo que acotar el círculo de las mafias que pueden estar aliadas con la tríada es mi principal estrategia. Mientras tanto, debo solucionar y blindar la decisión que he tomado con respecto a mi futuro inmediato, a mi legado, como los vejestorios del consejo exigen. En cinco días se celebrará la reunión que he estado posponiendo semanas y para entonces

debo atar todos los cabos sueltos que aún colean.

Atravieso en hall del hotel directo al restaurante, no es la primera vez que visito este lugar, así que conozco bien el camino. Junto a mis hombres me adentro hasta el atril donde nos recibe el maître.

—Señores, acompañenme— dice servicial.

Nos coloca al fondo del local en un reservado con puertas batientes. Mis soldados se quedan apostados en la puerta, entretanto yo tomo asiento en una mesa redonda. A continuación, entra un camarero y me ofrece vino, que acepto con un asentimiento de cabeza. Muevo mi copa efectuando lentos círculos antes de degustar el vino que bailotea en su interior, acerco el borde a mis labios para catar el líquido oscuro.

En el momento en el que mis papilas gustativas disparan sus sensaciones al entrar en contacto con el vino hace su aparición Akim Sokolov, más conocido por el Lobo, líder de la organización criminal que lleva por nombre Maotang, afincada en Mongolia. Su aspecto ha cambiado poco desde la última vez que lo vi, su cabello luce más largo y su manía de lucirlo suelto cayendo por su espalda lo dota de ese aspecto salvaje y cruel que lo precede.

—Хорошо, кузен.—Saluda sentándose frente a mí.

Хорошо, кузен(Saludos, primo)

—Akim, ¿hiciste un pacto con el diablo? Estás mejor que hace seis años— observo con una sonrisa ladeada.

Sus ojos grises tan parecidos a los míos, rasgo de los Sokolov se clavan en mi rostro detallándome con detenimiento.

—Siento no poder decir lo mismo, Rossi— ironiza.

—Mi sangre Sokolov no debe ser tan buena como la tuya— rebato con suficiencia.

—Al grano, Kirill, ¿qué quieres de mí? Porque no creo que me hayas citado por nostalgia.

Akim, no se ha ganado la fama de ser el primer hombre que sale de la bratva con la cabeza sobre los hombros, por ser un iluso, sino al contrario. Hasta hace unos seis años era el preferido del pakhan de la mafia roja. De la noche a la mañana la buena relación de Akim con mi abuelo se truncó, el motivo lo desconozco y Pavel Sokolov emitió la ley de cazarlo y acabar con su vida sin compasión. Akim se lo había montado de manera que se apoderó del liderazgo de la organización de viles asesinos emplazados en Mongolia, los Maotang.

—Necesito tu apoyo y el de tu organización —comunico directo al grano.

Las negras cejas de Akim se alzan cuestionando lo que acabo de decir.

—En breve la bratva me querrá muerto al igual que a ti y necesito que en la guerra que está a punto de estallar estés de mi lado— informo.

—¿Qué piensas hacer para que Pavel de caza a su nieto preferido? — pregunta con sarcasmo.

—Casarme con la princesa de la mafia— anuncio con seguridad.

Las carcajadas de mi primo inundan el reservado donde nos encontramos.

—¡Está loco! La única princesa de la mafia es la hija de Kostya comprometida con el hijo de perra de Dymitri.

Su risa se corta cuando observa que no lo contradigo ni rectifico.

—¿Crees que le temo a Kostya? —interrogo con arrogancia.

—Deberías, tiene mucho poder y es un hijo de perra impulsivo. — informa Akim masticando un palillo en su boca que escupe sobre la mesa.

Akim tampoco mejora sus brutos modales.

—El miedo no existe en mi sistema, deberías saberlo, primo— reitero—. Insisto en que te necesito a mi lado, porque se va a liar y los Maotang deben estar al lado de la mafia Italia.

—¿Y qué gano yo? —interroga Akim mirándome con fijación.

Akim siempre ha sido avaro, le encanta el dinero y el juego y sabe cómo generarlo. La organización de la que se adueñó estaba casi en la miseria. Hoy por hoy era una de las más ricas del país.

—Estrechar lazos familiares— expongo con sarcasmo y su ruidosa risa inunda el salón.

—Gracias, pero no es algo que me tiene— responde con suficiencia.

—Akim, te voy a decir lo mismo que le dije a Lazar, si no estás junto a mí estás contra mí. — Utilizar las advertencias con Akim no es lo más inteligente, sin embargo, a veces es necesario.

—Kirill solo por ver la cara de Kostya cuando le robes a su hija junto al hijo de perra que lleva seis años tocándome las bolas en sus intentos de darme caza es motivo suficiente para aliarme con un maldito demonio como tú —expone sacándome una sonrisa torcida.

Uno de mis hombres irrumpen en el reservado con el arma en la mano y tanto Akim como yo nos ponemos alerta.

—Señor, un grupo armado acaba de irrumpir en el restaurante. — comunica y acto seguido nos ponemos en pie.

—Joder, ya sabía yo que era mala idea quedar contigo primo— gruñe Akim sacando su arma.

—Sin peligro no hay diversión— exclamo y yo también saco mi *glock*.

—Mario, ¿salidas traseras? — pregunto a mi soldado.

—Sí, señor— dice alzando la mano, señalando la parte trasera del reservado.

Conozco a mis hombres están entrenados para situaciones extremas para proteger mi vida con la suya. Miro a mi espalda y me dirijo a la pared, golpeo y suena a hueco.

—Tras la pared— informa Mario.

Le doy una fuerte patada y el panel se derriba. Los disparos suenan fuera, Akim me mira y se apresura a meterse por el oscuro pasillo que se abre ante nosotros. Tres de mis hombres irrumpen también y todos nos adentramos para salir por la puerta trasera del restaurante.

Hemos recorrido unos cinco metros cuando accedemos a las cocinas, los empleados nos observan sorprendidos y asustados al ver que vamos armados. Alzo mi dedo índice y lo coloco sobre mis labios para que guarden silencio, entretanto atravesamos el lugar abriendo la puerta de emergencia que está al final dando a un pequeño callejón donde hay tres contenedores. Nos agazapamos detrás y mis hombres revisan que todo sea seguro para poder salir. Mientras ellos aseguran el perímetro de la nada con un salto increíble, aparecen dos ninjas frente a nosotros.

—¡Mierda, estos tíos parecen cucarachas! —exclama Akim disparando, pero uno de ellos lo esquivo con precisión.

Nos enfrascamos en una lucha cuerpo a cuerpo, mano a mano. Estos tipos son expertos en artes marciales, pero se olvidan que nosotros somos expertos en pelea. Lanzo la potencia de mi puño contra mi agresor y este lo esquivo, consigue sacar una estrella de siete puntas y la lanza contra mí y yo la esquivo. Con movimientos ágiles me acorrala contra la pared y yo alzo mis brazos a modo de protección para atacarle con una patada baja que consigue alcanzarle.

A pesar de golpe, el tipo sigue arrinconándome hasta que de un segundo a otro un disparo suena y su cuerpo cae de espaldas. Observo como uno de mis soldados le ha disparado. Miró a mi izquierda y Akim tiene al otro ninja sujeto por el cuello haciendo presión, un sonido chirriante de un hueso crujir y mi primo se alza victorioso.

Pasa por mi lado altivo.

—Nenaza— sisea y sonrío ante la provocación.

Abandonamos el lugar, somos escoltados por mis hombres.

—Akim, ¿te llevo algún sitio? —propongo mientras nos dirigimos al aeropuerto.

—En aeropuerto está bien— afirma—No solo tendrás problemas con Kostya los tipos del restaurante no era de la bratva, son chinos. ¿Qué cojones, has hecho para provocar a la tríada? — pregunta.

—Nada, que yo sepa, el hijo de perra de Zuang lleva unas semanas acechándome, el motivo lo desconozco. Quizás me folló alguna de sus primas y no lo sé— bromeo.

—Kirill, Zuang es un traicionero, si ha colocado su objetivo en ti es por algún interés oculto. Acaba de librarse de una muerte segura a manos del nuevo Kumicho de la yakuza, así que no entiendo bien en que anda metido. — comunica mi primo pensativo.

—Tranquilo, soy difícil de matar— pronuncio.

—Yo también— corrobora saliendo del vehículo cuando estamos frente al *Hangar* privado del aeropuerto.



Capítulo 38

Lera

Tras pasar por nuestro apartamento, recogemos las cosas que necesitamos para la universidad escoltadas por los hombres de Andreas. Resulta raro tener los guardaespaldas pegados al culo como las bragas.

—¡Me siento importante, amiga! —exclama Brenda aludiendo a nuestro séquito.

—Eres idiota —le contesto riendo.

—Contar con un equipo de seguridad me hace sentirme como una princesa de cuento— fantasea Brenda mientras accedemos al campus en el vehículo blindado.

—No olvides que estamos en peligro— le recuerdo.

—Prefiero pensar que Andreas te tiene en gran estima —se burla chinchándome.

Ruedo los ojos en blanco. Mi teléfono suena y meto la mano en mi bolso para cogerlo.

—Mierda, mi padre —exclamo soltando un bufido.

—Cógelo, igual es importante —comenta Brenda desde la ignorancia.

Lleva días llamándome y yo ignorando esas llamadas, porque no quiero un enfrentamiento telefónico y es lo que me espera si se lo cojo. Por un momento por mi cabeza cruza la idea de que es capaz de salir de su adorada Moscú y venirme a buscar él personalmente y el terror inunda mi cuerpo.

—Sí— contesto incapaz de reprimir el temblor en mi voz.

Los gritos de mi padre espantan a mi amiga que entorna los ojos al escuchar la potente voz de

Kostya Morotov.

—Se puede saber qué razón de peso te avala para no cogerme el maldito teléfono—grita fuera de sí.

—Papá, yo...

—No quiero excusas, escúchame con atención porque no lo voy a repetir. Quiero que cojas el primer vuelo a Moscú y me avises que enviaré a buscarte al aeropuerto —ordena sin dejarme margen.

—Papá, no puedo, estoy a mitad de semestre —rebato sacando valor de donde no lo tengo.

—Lera Morotova si no quieres que vaya yo mismo a buscarte harás lo que te ordeno, porque contento no me tienes y son muchas las explicaciones que debes. Ah, y no acepto ni semestres, ni estudios, ni puñetas. Cagando leches para Moscú —concluye colgando sin darme la oportunidad de hablar.

Kostya Morotov en estado puro. Porque mi padre es como una bomba de relojería con la mecha mi corta, su impulsividad es el rasgo más acentuado de su personalidad junto a su terquedad.

Paso mis manos por mi cara frustrada y noto la mano de Brenda apretando la mía.

—Lera, todo se calmará, tranquila.

—Si fuera tan fácil— me digo.

«No quiero regresar, me niego a hacerlo, soy mayor de edad, mi padre no puede seguir controlando mi vida, me repito, no obstante, el miedo no se va».

Los hombres de Andreas nos acompañan hasta la puerta de la facultad, pesa a la vergüenza que me provoca, porque muchos de nuestros compañeros nos miran de manera extraña.

—Hoy somos la novedad —comenta Brenda divertida.

Mi amiga ha recuperado su optimismo después de los acontecimientos, lo que me alegra, aunque me pregunto cómo lo hace para ver siempre el vaso medio lleno, cuando en mi caso el mío está rebosante de problemas.

El final de mi aventura americana está cerca, porque a pesar de resistirme a regresar, tarde o temprano tendré que aceptar mi destino. La opresión en el pecho crece cuando pienso en que no volveré a ver a Andreas. Yo seguiré con mi vida planeada por otros, casada con Dimitry ejerciendo de dama de la mafia y él seguirá siendo *ill capo di tutti i capi*.

La imagen de un Andreas casado y con familia se cuela en mi cabeza y un pinchazo intenso atraviesa mi corazón. Necesito deshacerme de este enamoramiento insano que no me proporciona nada bueno.

La mañana pasa sin ningún altercado y cuando finalizamos las clases, al salir los hombres de mi hermano nos esperan. Mis ojos se fijan en otro vehículo que se encuentra estacionado a unos metros del de Andreas, también luce cristales tintados y la inquietud se instala en mi alma.

Nos introducimos en el coche y los soldados en silencio conducen en dirección a ático, sin embargo, la sensación de fatalidad sigue punzante en mi pecho. Mi intuición se dispara cuando noto un fuerte golpe en la parte trasera del vehículo. Nuestro conductor sujeta las manos firmes en el volante para mantener el control del coche.

—Agachaos— ordena el copiloto que saca un arma y baja la ventanilla.

Brenda y yo asustadas obedecemos sin chistar.

Empiezan los disparos y el chirriar de ruedas, nuestro vehículo da bandazos de un lado a otro. Brenda sujeta mi mano con fuerza y mantenemos nuestros cuerpos agachados tal como nos indicaron.

De repente notamos un fuerte golpe y el coche empieza a dar vueltas de campana, intento

agarrarme a lo que puedo para que mi cuerpo no se vapulee sin control sin éxito. El miedo se apodera de mí junto con los ruidos de la carrocería del coche mientras golpea el asfalto.

«No quiero morir, soy demasiado joven», vocea mi mente

«Si salgo de esta haré caso a mi padre sin rechistar».

En los momentos de pánico, cuando uno cree que va a morir, nuestras mentes se aferran a cualquier cosa para que nos salvemos por un milagro divino, aunque seamos ateos.

Un fuerte dolor en mi cabeza y a continuación, todo se vuelve negro.

La sensación de querer abrir mis párpados y resultar imposible, provoca que mi respiración se acelere.

Qué paso Estoy muerta. Dios, el accidente, mi mente parece una locomotora llena de imágenes borrosas y ruidos estrepitosos. Cada orden que mi cerebro intenta dar a mi cuerpo es ignorada. Noto un dolor intenso en mi cabeza, palpitante, como si mi masa cerebral de repente se hubiera convertido en un órgano palpitante.

A lo lejos escucho voces, imposible de ubicar, ni siquiera soy capaz de entender lo que dicen.

Inspiro y expiro varias veces para calmarme y recuperar algo de paz. No quiero ponerme en plan fatalista y menos cuando ni siquiera puedo abrir los ojos.

—Eres un idiota, no puedo dejar que te encargues de nada.

—¿Qué querías que hiciera?, ¿irrupir en su casa que es un búnquer y robármela?

—¿Dónde cojones está el doctor?

—Está llegando.

—Si resulta que tiene más daños de los aparentes, pagarás caro tu error.

Las voces ahora están más cerca y consigo determinar lo que hablan, incluso reconozco la voz de Iván.

«Ese idiota me ha postrado en una cama», ese último pensamiento cruza mi cabeza antes de volver a perder la consciencia.



Capítulo 39

Andreas

Compruebo el móvil y envío varios correos con respecto a asuntos de la empresa, cuento con personal cualificado que se encarga de mantener Rossi transacciones en alza funcionando a pleno pulmón, aunque este a mil quinientos kilómetros. Le envío un mensaje a Lera, pero debe estar en clase porque ni siquiera lo ve.

Intento avisar a Marcelo de mi llegada inminente y la línea está ocupada. Bueno, cuando aterrice lo volveré a intentar.

El ataque de los chinos en el restaurante me indica que nos siguen de cerca y eso me molesta mucho. Zuang se está acercando demasiado y busca mi aniquilación que, por supuesto, no conseguirá, soy muy difícil de matar.

El piloto avisa del inminente aterrizaje justo cuando mi móvil suena.

—Marcelo, llevo en treinta minutos. — informo.

—Andreas— su tono consigue poner en alerta todas las alarmas de mi cuerpo.

—¿Que! —exijo.

—Verás, ha habido un accidente. —Empieza Marcelo y su voz titubea.

—¿Qué mierda ha pasado? —pregunto impacientándome.

—Nuestros hombres regresaban de la universidad y han sido atacados, el coche ha sufrido un accidente. Cuando hemos llegado a lugar, los guardaespaldas estaban muertos y Brenda gravemente herida.

Cada pelo de mi cuerpo se pone de punta al escuchar los acontecimientos que narra mi *consiglieri* a través de la línea. Trago una bocada de aire para calmar mi enfado, mi frustración, mis nervios.

—¿Y Lera? — La pregunta brota de mis labios con demasiado terror a la respuesta.

—No había rastro de su cuerpo en el lugar del accidente— comunica al fin Marcelo, temeroso de mi reacción.

—Me cago en mi puta vida, Marcelo. Te advertí que extremaras las precauciones— grito a través del teléfono.

—Lo sé, pero la seguridad que llevaban era suficiente— se defiende mi segundo a bordo.

—No lo era, tienes las pruebas frente a tus narices —acuso—. Quiero todos mis hombres buscándola. Visita a Nikov seguro que tiene algo que ver.

—Andreas, nadie con dos dedos de frente se atrevería a atacarte de esa manera —asevera Marcelo.

Sin tomarme la molestia de colgar estrello el puto teléfono contra el suelo del avión. El retumbar en mi pecho se acelera por la ira que ciega mi mente. Me la robaron, se atrevieron a secuestrar a Lera y Dios sabe que más. Los responsables en mi cabeza ya están muertos de una forma brutal y sanguinaria, ahora solo me falta dar con ellos y encontrarla a ella.

Marcelo se ha confiado, sabía que lo haría, razón por la cual lo advertí antes de marcharme, pero mi primo obvió mis recomendaciones, él también pagara.

El avión aterriza y me apresura bajar por las escaleras. Me sorprende al verme rodeado una cantidad de chinos enmascarados encabezados por un hombre con traje y una mujer vestida de negro.

Elevo una ceja y mis soldados se ponen en guardia, aunque elevo la mano para calmar.

—¿Quiénes sois? —pregunto con exigencia.

—Yo también me alegro de conocerte Rossi, soy Fudo Shinoda, Kumicho de la yakuza. —Saluda el hombre de traje y mirada penetrante. Sus rasgos son chinos, pero suavizados con un aura extraña que le rodea que no sé determinar muy bien.

—Eres un temerario al rodearme en mi propio hangar. Y más, cuando estoy hasta los huevos de los chinos— profiero de forma provocadora.

La mujer que está al lado de Fudo frunce el ceño y echa una de sus manos desenvainando una pequeña catana que permanecía en su espalda. Observo como Shinoda le dedica una mirada restrictiva y la mujer deja su posición de en guardia.

—No somos chinos, japoneses, aunque no estoy aquí para darte una clase de geografía ni de las etnias. — aclara Fudo.

Su rostro está demudado de cualquier expresión en mi interior, sonrío porque este tipo es un experto en camuflar sus emociones, sin embargo, no más que yo.

—¿Qué quieres?, habla y lárgate que tengo prisa. —Mi falta de modales logra de nuevo, crispas a la mujer, lo veo por el rabillo del ojo.

—Necesitamos tu ayuda. Queremos colaborar con vosotros, ambas organizaciones, a cambio nos ayudarás a recuperar algo muy importante que hemos perdido —comunica Fudo.

La yakuza poniéndose a mi servicio es algo que no creí que llegara a suceder, aunque reconozco que no lo despreciaré, hoy por hoy necesito todas más las organizaciones que pueda a mi lado.

—Ponerse de mi lado, hoy por hoy es complicado, Shinoda. Tengo diversos frentes abiertos y más que se abrirán. Principalmente, a tus colegas de la tríada —informo porque no quiero malentendidos, que sepa que no tendré piedad con los malditos chinos.

—La tríada es nuestro enemigo común, Rossi. Lo único que pido es que Zuang es mío cuando lo atrapemos —exige y por primera vez veo el odio en su mirada.

—Está bien, pero necesito saber qué es eso tan importante que has perdido— insto con curiosidad.

—Nuestra hermana pequeña. —Sus ojos se desvían a la mujer de su lado.

«Joder, son hermanos, nunca lo hubiera dicho, porque no se parecen».

—De acuerdo, colaboraremos, pero primero necesito encontrar algo que también me robaron, no tengo tiempo que perder —pronuncio con intención de largarme lo antes posible. El furor en mi pecho ante la desaparición de Lera no me deja tranquilo, necesito dar con ella antes de que sea demasiado tarde.

Si Nikov es el responsable de su desaparición, no la mataré, porque a fin de cuentas es la prometida de su hermano, pero si, por el contrario, son los chinos, no sé qué esperar, porque aún no determino porque Zuang tiene fijación en liquidarme.

—Rossi si lo que buscas es la chica rusa, tengo información sobre eso— aborda Shinoda provocando que mis pies se detengan en seco.

—Habla —grito perdiendo el control.

—La bratva la tiene —certifica mis sospechas.

—Pues a por la bratva vamos —pronuncio sin ninguna grieta de duda.

Fudo Shinoda asiente y nos repartimos en varios vehículos para organizar el rescate de Lera.

Desde el salón de mi casa consigo ver la ciudad en la que estoy afincado, Los ángeles, mi ciudad, porque durante años he trabajado para que se rinda a mis necesidades.

—Marcelo, reúne a los hombres — ordeno sin mirar a mi *consigliere*.

Desde que he regresado lo he ignorado con alevosía, por eso se mantiene nervioso y las dudas las huelo a metros.

—Okay. ¿Puedo saber qué es lo que piensas hacer?

—Recuperar lo que es mío, que por tu culpa me han quitado— anuncio y sigo dándole la espalda.

—Andreas, no puedes atacar sin saber, igual la bratva no son los responsables. Pondrás en peligros a nuestros soldados por una niñata que te calienta la cama —se excede en su conclusión y mi reacción no se hace esperar, me doy la vuelta, cegado por la ira y me abalanzo sobre él sujetándose su cuello entre mis manos.

—Marcelo te excedes, últimamente más. No permito que de tu boca salga ningún insulto para que será tu dama en breve, la respetas, la obedeces y la adoras— proclamo con las mandíbulas apretadas con fuerza.

Los ojos de mi primo casi se salen de sus cuencas al asimilar la información que le acabo de proporcionar.

—Es tu hermana— dice apenas audible porque la presión de mis dedos en su cuello no lo dejan respirar ni tragar.

—No digas idioteces, nuestra sangre ni se parece— rebato soltándolo con un empujón que lo hace caer de espaldas.

—Rossi— nos interrumpe Selena.

La rubia va vestida de combate, porque está participando en la búsqueda de mi ninfa.

—¿Novedades, Selena?

—Nikov, está desaparecido. Sin embargo, nuestro contacto en el aeropuerto internacional nos informa que algunos rusos llegaron ayer en un vuelo *charter*. —La información que proporciona Selena me empuja a cerrar mis manos con fuerza.

—Selena, prepara también a tus hombres en una hora nos largamos— ordeno.

—Entendido— asevera Selena marchándose.

—Voy contigo— dice Marcelo que se ha puesto en pie y masajea su cuello con una de sus manos en un intento de paliar las secuelas de mi agarre.

—No— contesto sin explicaciones.



Capítulo 40

Lera

Abrir los ojos resulta una acción titánica, supongo que mi terquedad ayuda a conseguirlo. La sala donde me encuentro es blanca y permanezco tumbada en una cama de hospital, la menos es lo que parece por los monitores que están conectados a mi cuerpo. Oteo la estancia la completo y no hay ventanas, hay una pequeña silla metálica al lado de mi cama y poco más. Experimento dando la orden a mi dolorido cerebro de accionar movimiento en mis piernas implorando por conseguirlo.

—¡Sí, siento las piernas! — exclamo en mi soledad.

Después de las vagas imágenes en mi cerebro, el miedo a haberme quedado postrada en una cama atizaba mi alma provocando mi ansiedad.

—Brenda— siseo—, ¿qué habrá sido de mi amiga?, ¿estará bien? —, las preguntas se despuntan en mi cabeza provocando que el dolor intenso que ya tenía se agrave.

La puerta se abre y ante ella aparece el tipo que más repulsión provoca en mí.

—Nikov— siseo entre dientes e intento incorporarme sin éxito porque me sobreviene un repentino mareo que me deja de nuevo noqueada en la cama.

—La bella durmiente despertó— exclama con su sorna habitual.

Abro los ojos y los clavo en él, su cara como siempre luce con una expresión burlona y ojo rojos que ya viene siendo característico en este adicto de mierda.

—¿Qué has hecho Iván? —le reclamo.

—Rescatarte, así que espero que te sientas muy agradecida. —se jacta burlón.

—Quiero hablar con mi padre —exijo acudiendo a lo que considero que es un arma. A fin de cuentas, Iván Nikov dirige la bratva en Los Ángeles, pero debe rendir cuentas al vor y al underboss.

—Tu papaíto no está contento, Lera. Ni tu prometido tampoco— informa sarcástico.

—Quiero hablar con mi padre. No tienes derecho a retenerme —grito, frustrada. Hablar con este tipo es frustrante.

—No eres una prisionera, se te olvida que mi intención era rescatarte de ese demonio arrogante de Rossi —proclama creyéndose un héroe.

Iván Nikov es un imbécil y lo peor que puede hacer un imbécil es además ser un arrogante hijo de puta y sé que lo es.

—Si no soy tu prisionera, me largo —comunico incorporándome a pesar del repentino mareo que se me adueña de mí. La vía que enganchada en el brazo tironea con mi movimiento causándome un dolor intenso que provoca que aprietes los dientes.

Iván me observa con detenimiento, con esa sonrisa sardónica que lo acompaña todo el rato. La puerta a su espalda se abre y mis ojos se abren de manera desmesurada al ver a la última persona que esperaba ver.

—Mariya— digo y un repentino nudo de lágrimas se instala en mi garganta.

Mi madrastra me sonríe con cariño y avanza ignorado con deliberación a Iván. Con su porte habitual, enfundada en un traje chaqueta de falda hasta la rodilla, con su melena negro azabache cayéndole por su espalda y esos ojos grises que provocaban que mi mente evoque otros ojos tan parecidos a los que ahora me miran con cariño.

—Lera, ¿cómo te encuentras? —se interesa mi madrastra cogiendo mis manos entre las suyas.

—Como si me hubiera caído una gran roca de 3000 kilos encima sería una descripción exacta — contesto.

—Por supuesto es normal, has sido víctima de un aparatoso accidente, cariño— sus ojos se desvían con rabia por un instante hacia Iván, él rueda los ojos hacia arriba ignorando la crítica velada.

—Mariya, ¿qué haces aquí? —me intereso. Es extraño que la princesa de hielo abandone la fortaleza Sokolov.

—Decidí venir con Dimitry— confiesa.

«¿Dimitry está aquí?», la pregunta está cargada de terror cuándo se reproduce en mi mente.

—Mariya, quiero marcharme —proclamo porque no quiero estar postrada en esta cama ni un minuto más. Necesito saber cómo está Brenda, cruzo los dedos a modo mental para que mi amiga esté bien.

—El doctor ha dicho que debes estar en observación, recibiste un gran golpe en la cabeza. —informa con dulzura Mariya.

Para mí es raro que la llamen la princesa de hielo, porque mi madrastra conmigo siempre tiene una buena palabra y cariño para brindarme.

—Necesito saber cómo se encuentra mi amiga, viajaba conmigo en el coche —reconozco mi preocupación ante ella.

—Tu amiga está bien, está en un hospital de la zona— La ronca voz acompañada del hombre que acaba de irrumpir en la habitación provoca que se me encoja el estómago. —Los italianos la vigilan, así que no tienes por qué preocuparte.

«Dimitry», sisea mi mente.

Dimitry con sus casi dos metros se exhiben ante mí clavando sus ojos azules en mí con rudeza.

Reconozco que su aura peligrosa me intimida, hace mucho que no lo veía, ha cambiado. Su semblante muestra surcos de dureza e impasibilidad y su cuerpo es más trabajado que años atrás.

—Dimitry. —Saludo y confieso que me siento incómoda.

Ante mí está mi futuro marido y aunque cualquiera en mi lugar se encontraría dando botes de alegría porque tiene un físico arrebatador, en mi caso lo único que experimento es tristeza por mi inminente destino, por tener que unir nuestras vidas cuando lo que mi corazón anhela son otros brazos, otro rostro, otros ojos.

El ruso se limita a hacer un breve saludo con su cabeza y poco más. Su actitud fría y distante provoca que las expectativas de una vida a su lado caigan sobre mi pecho igual que una losa de mármol.

Inspiro una bocanada de aire y percibo de nuevo el mareo adueñándose de mi cuerpo.

—No me encuentro muy bien— digo.

—Lera, tienes que acatar las indicaciones de doctor, volveremos más tarde, descansa, se despide Mariya dándome un beso en la frente.

De nuevo sola en mi habitación, con la mirada clavada en el techo, dejo que las silenciosas lágrimas resbalen por las comisuras de mis ojos, dejando ir la congoja a aceptar la realidad de mi vida. Mi sueño junto Andreas era solo eso, un sueño, atesoraré en mi corazón este amor que rebosa por mi pecho, conservaré cada caricia grabada a fuego por mi alma y desearé que le encuentre la paz que yo sé, que no encontraré lejos de él.

Poco a poco mis ojos se cierran vencidos por el llanto y el cansancio y me abandono a los brazos del sueño.

No sé cuánto tiempo he dormido, abro los ojos de golpe y las paredes oscuras golpean mi mente desconcertándome.

¿Dónde estoy? Lo último que recuerdo es la visita de Dimitry y Mariya estaba en el hospital, después lloré y me entró sueño y..., ahora me encuentro tumbada en una cama con un vestido negro y largo que cubre mi cuerpo, unas esposas en mis manos y me rodean cuatro paredes oscuras.



Capítulo 41

Andreas

El sonido de mi móvil provoca que me desconcentre de golpe, llevo horas esperando en mi despacho la llamada de Shinoda para que me facilite la localización exacta donde retienen a Lera. Me giro y lo alcanzo de la mesa donde ha estado todo este tiempo, frunzo el ceño al ver en la pantalla un número desconocido, sin embargo, descuelgo.

—Sí.

—Kirill, moya malen'kaya vorona.

(moya malen'kaya voron) Mi pequeño cuervo.

La dulce voz que emerge de la línea me transporta al recuerdo de mi infancia que creí olvidados, reconocería esa frase y ese tono melodioso en cualquier lugar. La sorpresa es reemplazada por la furia. La llamada es un desafío claro a las reglas que llevan años vigentes y que las rompa precisamente en este momento me cabrea y oprime mi pecho.

—Mat', ¿qué quieres? —mascullo con los dientes tan apretados que mis sienes palpitan furiosas.

—Kirill, después de tantos años sigues enfadado— aprecia con dulzura, solo ella es capaz de regañarte y hacer que parezca algo amable.

Mariya Sokolov es mi madre, la mujer que más he querido en el mundo, quien me crio con cariño y con amor a pesar de ser el fruto del peor episodio de su vida, razón por la cual siempre tendrá mi respeto. No obstante, el rencoroso que vive en mí no le perdona que me enviara con el

hijo de perra de mi padre, con tan solo dieciséis años, a sabiendas de lo mal nacido que era.

—Habla que no tengo todo el día— contesto hosco sin un ápice de empatía.

—Necesito verte, hay cosas que debo decirte, pero por teléfono no es seguro— aborda sorprendiéndome.

Por unos segundos valoro la propuesta, porque puede ser una trampa, mi madre es una estrategia innata como mi abuelo y como yo.

—Está bien— acepto, porque decido confiar.

—Nos vemos en un bar a lado del Coliseum en dos horas— propone y cuelga.

Salgo sin dar explicaciones a pesar de la mirada reprobatorio que me dedica Marcelo, que siguen sentados en el sillón de mi salón, desde que regrese parece instalado en mi casa como cualquiera de los muebles de esta. A pesar del riesgo, tan solo me llevo conmigo a Luca, uno de mis hombres de confianza. Él no pregunta, me sigue y punto.

Conduce uno de nuestros vehículos, le indico la dirección y al llegar le ordeno que espere en el coche.

—Si tardo más de quince minutos, da la voz de alarma— le sugiero mientras me bajo.

Me encuentro en pleno centro de Los Ángeles, su área metropolitana se centra en edificios altísimos, calles bulliciosas y almacenes industriales. Tan diferente a Sicilia o incluso a Moscú, las dos ciudades que forma parte de mi alma, aun así, esta ciudad ha sabido ganarse mi respeto y me siento cómodo en ella. Su variedad multirracial ayudó a que mis negocios lícitos e ilícitos se pudieran expandir y hoy por hoy esta es mi ciudad. Avanzo hacia el Coliseum y localizo el bar que hay su lado.

Al entrar la veo, al fondo, con su porte elegante, exhumando belleza, tanto que el resto de las personas del lugar la miran sin poder evitarlo. Mi madre consta de una hermosura hipnótica que es su mejor arma. Sonrió en mi interior al comprobar que sigue igual a pesar de los años, es como si hubiera hecho un pacto con el diablo para no envejecer.

En dos zancadas me coloco frente a ella y me siento en la silla de frente. Ella me mira con fijeza y sigue con su gesto de tomar un pequeño sorbo a su taza humeante.

—Hola, hijo. — Saluda, dejando la taza sobre el platillo.

—Madre— correspondo impasible.

—Estás guapísimo— alaba de pronto pillándome fuera de juego— No me extraña que le gustes a Lera.

Solo la mención de mi ninfa provoca que apriete las manos, porque odio que no esté conmigo, detesto que Nikov la haya secuestrado en mis narices.

—Al grano, madre. No tengo tiempo que perder, me han quitado algo que es mío y pienso recuperarlo— Sé que le estoy desvelando más de lo que debería, pero necesito ver su reacción.

—Kirill, Lera tiene su destino sellado, Kostya jamás permitirá que su hija tenga la vida que no planeo para ella y menos con alguien de fuera de la bratva. No debería recordarte cómo son las cosas en la mafia, porque tú lo sabes bien— explica y en sus ojos puedo ver tristeza y dureza.

—Madre, no vengas ahora a ejercer de lo que dejaste de ser hace años. Yo tomo mis decisiones, nadie las juzga —decreto y entorno los ojos hundiéndolos en su rostro.

—Hijo, son muchos los que ten quieren muerto, en la bratva y en la *famiglia*, ir contra todos solo acelera el proceso de que acabes, muerto. —Sus palabras se mantienen desprovistas de emoción, es una experta en eso, igual que yo, sin embargo, en sus ojos vislumbro preocupación.

—Querer y conseguir son dos verbos diferentes —sentencio con rotundidad.

—Por supuesto. Kirill si tomas decisiones, debe estar seguro, porque lo que está por venir es sangre y odio —advierte captando mi atención.

—¿Qué sabes, madre? —interrogo con una de mis cejas elevadas.

—Mis labios están sellados, mi lealtad se debe a la bratva, hoy no es diferente al pasado. Tan solo te daré un consejo, vigila tu espalda porque tus enemigos no están lejos como quieren hacerte creer —dicho esto se levanta, se coloca a mi lado inclinándose y posando sus labios en mi frente, recordándome la época en la que era un niño.

Mientras Luca conduce de regreso, mi móvil suena con la llamada que esperaba.

—Shinoda.

—Tenemos la localización.

—Está bien, vamos enseguida.

Cuelgo y las ansias de retorcer cuellos se elevan en mi pecho, por fin voy a recuperar a mi ninfa. Nikov por fin va a pagar, esa lagartija va a desear no haberse cruzado en mi camino.

Tomo la decisión de no avisar a Marcelo ni al resto de mis hombres, según lo acordado con Shinoda sus hombres serán suficientes.

—Luca, cambio de planes —informo a mi hombre facilitándole la dirección donde debemos dirigirnos.



Capítulo 42

Narrador omnisciente

En el mundo que vivimos, el motor que marca el ritmo es el poder y las batallas se libran a diario por proclamarse el máximo jerarca entre las organizaciones que manejan los hijos a nivel mundial. Andreas Rossi en la actualidad es ese líder que todos respetan, pero a la vez envidias. Por eso sus enemigos emerge en la oscuridad trenzado la red que lo haga caer.

Los acontecimientos se han acelerado, porque en este gran tablero de las mafias, unos apuestan duro y otro observan decidiendo una mejor jugada.

Li Shuang observa con precisión a la mujer que le ha brindado en bandeja el pequeño de los Nikov. Al parecer tiene doble valor, es una princesa de la bratva y además la zorrilla del mestizo. Sonríe ante el cuerpo semidesnudo de la joven y se relame imaginando lo bien que se sentiría maltratar esos rosados pezones que se vislumbran a través de la camiseta hecha jirones que luce.

Secuestrar a Lera Morotova para extorsionar a Rossi no estaba en sus planes, pero cuando Nikov lo llamó para proponérselo vio una oportunidad de acelerar las cosas. Porque el capo estaba resultando difícil de matar, ese mestizo hijo de perra tenía más vidas que un gato.

La joven abre los ojos horrorizada y los clava en Li Shuang al comprobar que permanece colgada con sus brazos en cruz de una gruesa cadena. Expuesta ante la voluntad de un desconocido.

—Encantado, Lera Morotova. —Saluda Shuang con una sonrisa despiadada que muestra sus desalineados dientes.

La mujer le dedica una mirada entornada e inspira una bocanada de aire.

—Desconozco quién eres, ni lo que pretendes teniéndome aquí colgada, aun así, te pido que me sueltes si no quieres morir —proclama con sus verdes ojos ardiendo en ira.

La mano derecha del líder de la tríada, Li Shuang, reconoce al instante en el que la princesa de bratva habla, el motivo por el cual se ha convertido en la principal debilidad del capo italiano.

—Bonita amenaza viniendo de una prisionera que ni siquiera puede soltarse. Mujer, no rindo pleitesía ni a ti ni a la organización que perteneces —rebate Li Shuang acercándose con lentitud, paso a paso, sin apartar sus negros ojos de la chica que empieza a forcejear balanceando sus piernas en un inútil intento de soltarse.

—Malnacido, suéltame. —El desespero empieza a notarse en Lera, la coraza que parecía lucir cuando abrió los ojos empieza a resquebrajarse.

En ese preciso momento, en el exterior del antiguo restaurante chino en apariencia abandonado, se reúnen de forma clandestinas dos estrategas, dos hombres poderosos con intereses en común.

Andreas se baja del vehículo junto a su hombre, frente a él el Kumicho de la yakuza acompañado por su fiel hermana que se encuentra a su lado.

—Shinoda. —Saluda Andreas sacando su arma, adelantándose a los acontecimientos.

—Guarda el arma Rossi de momento no es necesaria— aconseja Shinoda con su voz fría como el acero.

—¿Cuál es el plan? —interroga Rossi.

—Te vas a entregar a cambio de tu hermana— asevera el japonés con una densa calma.

—¿Qué? —exclama Rossi escéptico.

—No te sorprendas, Rossi. En todo rescate siempre hay un buen plan y este es el mejor— rebate la mujer hablando por primera vez.

—Buenas noches, hijo. —El saludo de Mariya Sokolova acaba de descolocar a Andreas Rossi que se gira sorprendido para comprobar que su oído no lo engaña y su madre se encuentra detrás de él.

Mariya Sokolova en esta ocasión viste unos jeans y una camisa negra, un atuendo poco usual para una mujer de su estatus.

—¡Estáis locos! —profiere Rossi alterado—. Este plan no tiene ni pies ni cabeza.

—Cálmate Rossi. Ahí dentro tenemos al Iván Nikov y al segundo al mando de la tríada, Li Shuang ambos son listos, pero no tanto como nosotros. Así que haremos que tu madre entregue al mestizo de su hijo para salvar a su hijastra. Es lógico y creíble— explica Shinoda sin perder la calma.

—Joder, venga, vamos— acepta al final Andreas porque no le quedan muchas opciones.

Se deja colocar unas falsas esposas y Mariya lo coge del brazo apuntándolo con el cañón de su *Makarov* junto a ella dos de sus voyevikis de confianza la acompañan a la puerta.

Caminan los cuatro hacia el restaurante, entretanto Shinoda y sus hombres se colocan en sus posiciones preparados para abordar el lugar cuando la princesa de hielo les dé la señal.

Mariya saca su teléfono y marca el número de Iván Nikov.

—Iván abre la puerta, te traigo un obsequio —anuncia y cuelga.

Pasan cinco minutos hasta que la puerta se abre y ante ella aparece Iván Nikov, con una mirada escéptica y salvaguardado por algunos de los hombres de la tríada armados hasta los dientes.

—Hola, Iván, ¿has cambiado de bando? —provoca Mariya ante la cara de espanto de Nikov.

—¿Qué hace aquí la princesa del hielo? —pregunta sospechando.

—Sé que tienes a mi hija, así que te traigo lo que quieres a cambio de ella. — informa Mariya convincente al máximo.

—¿Lo sabe Dimitry? —pregunta Nikov mirando nervioso a todos lados.

—Si lo supiera tu hermano, ahora mismo estarías muerto por traición. — proclama Mariya dando directamente en el blanco.

—Entregarás a tu hijo sin más, a cambio de Lera. Con madres así no quiero ser tu Rossi— dice Nikov sarcástico mirando al italiano.

—Estamos perdiendo un tiempo maravilloso, Iván. No necesito que Dimitry descubra el pastel y venga directo a por los dos.

—Está bien entrad. — Se convence el ruso dándoles paso.

Avanzan por un pasillo estrecho atravesando las cocinas abandonadas del restaurante. Cuando llegan a una puerta pintada de rojo, con manchas de óxido del desuso, Iván se detiene.

—Los voyevikis se quedan fuera —anuncia y se gana una mala mirada de Mariya.

Fuera del restaurante, los hombres de la yakuza escalan por el edificio entrado al mismo por el sistema de ventilación.

—¿Preparada? — pregunta Fudo a Kayda con picardía en su mirada.

—Lo dudas, hermanito— contesta con ironía y una sonrisa ladeada.

Fudo Shinoda planta su boca en los labios de su compañera con brutalidad sin alargarlo más de dos segundos.

—Vamos, dragona, que empiece la fiesta— exclama Fudo alentándola a seguirlo.

Para Fudo Shinoda una alianza con *ill capo di tutti i capi* es el mejor movimiento del tablero para recuperar a Yusa. Su organización sola no ha sido capaz de encontrar a su hermana desaparecida, de momento la única información que maneja es que Zuang líder de la tríada se hizo con la hija del difunto Kenichi Shinoda como moneda de cambio, sin embargo, hasta la fecha el muy diablo niega su participación en la desaparición de Yusa. Razón por la que Fudo consideró que después de la guerra latente que se estaba fraguando en el mundo entre las más sangrientas organizaciones, la italiana era la mejor opción para alcanzar sus propios intereses.

Allí estaban ayudando a Rossi a rescatar a la princesa de la bratva junto a la princesa de hielo, hija del pakhan ruso de las garras del pequeño traicionero de los Nikov y el segundo al mando de la tríada. Li Shuang.

—Kayda recuerda que necesitamos a Li Shuang vivo— recalca Fudo a su hermana mientras caminan por el techo del abandonado restaurante.

—Lo sé, no te pongas en plan, hermano mayor que lo odio —reniega la mujer molesta.



Capítulo 43

Andreas

Considerar la loca idea de Shinoda tiene mis nervios de punta, manteniendo a raya mi control que grita por expandirse y rebanarle el cuello a Iván Nikov cuando se para frente a mí.

Este maldito cocainómano ha vendido su propia alma a los chinos a cambio de resarcirse con mi sufrimiento. Lástima que le va a salir el tiro por la culata. Avanzo sin chistar ciñéndome a la pantomima que debemos representar. Reconozco que el hecho de que mi madre colabore ha sido la mayor sorpresa de esta noche. Normalmente, la princesa de hielo no se mancha las manos, tiene muchos veneradores a los que utiliza para alcanzar sus fines.

Quizás el hecho de que esté implicada Lera marca la diferencia.

Nikov se para frente a una puerta y le informa a Mariya que los voyevikis deben esperar fuera. Desconfío al instante, reflexiono sobre la opción de sumergirnos de cabeza en una puta trampa.

Mariya asiente y habla en ruso a sus hombres para que permanezcan fuera y alerta.

El ruido de las bisagras al abrir se introduce en mis oídos provocando un leve pinchazo palpitante en mi cabeza. Por primera vez en mucho tiempo me sudan las manos de tenerlas quietas a mis espaldas rodeadas por las esposas manipuladas.

Nikov es un idiota, ni siquiera me ha cacheado para comprobar que no vaya armado, la coca le nubla el sentido a este maldito.

Entramos y mis ojos se clavan en la escena cegando mi visión al ver a mi ninfa casi desnuda colgada de una gruesa cadena mientras un chino con trenza le coloca unas pinzas metálicas en

los pezones.

«Lo voy a matar, le voy a enseñar que no se toca lo mío». Vocea mi mente en modo salvaje.

La mirada de advertencia de Mariya ocasiona que no saque el cuchillo que llevo oculto en mi espalda y me lance contra el tipo que sigue enfrascado colocando el aparato para encender la clavija que pasará corriente propinando descargas a de voltios a Lera.

Mi ninfa permanece con la cabeza gacha y su cuerpo laxo, lo que instala cierta preocupación en mi interior.

—Shuang, te traje un regalo —exclama Nikov con orgullo.

«Maldito», sisea en mi interior.

El chino se da la vuelta con movimientos lentos y me mira con atención antes de sonreír bajos su fino bigote.

«Sonríe hijo de puta que vas a morir», siguiente amenaza que emite mi mente.

Al escuchar la voz de Nikov, Lera alza su cabeza con dificultad y me mira con intensidad. Por un segundo aparto la mirada porque verla así lo único que provoca en mi furia intensa que amenaza con desatar mi control.

—Bienvenido, *Gāisǐ de* —exclama hundiendo sus rasgados ojos en mí.

Gāisǐ de(maldito)

—No puedo decir que es un placer, de momento —hablo sin apartar mis ojos del chino que se dedica a inspeccionarme con detenimiento.

—Prepárate para sufrir, porque verás la obra de arte que voy a hacer en el cuerpo de tu preciosa princesa —amenaza en su intento de provocarme.

—El trato es el italiano por la chica —interrumpe mi madre captando la atención de Shuang.

—Me frote las manos, hoy tendré diversión triple —anuncia Shuang—Yo no hice ningún trato, señora y el líder aquí soy yo.

—Nikov —dice mi madre dirigiéndose al ruso que observa la escena con una sonrisa de oreja a oreja

—Lo siento mi señora, aquí yo soy un mero espectador. — se jacta Nikov.

«Es una rata y va a morir como tal», tercera amenaza en mi cabeza.

Mi madre retira su melena con un gesto de su mano muy femenino y entorna sus ojos felinos.

—Eres un traidor, Nikov —murmura moviéndose con una extrema rapidez para encañonar a Iván con su *Makarov*.

Los ojos de Iván se abren de forma desmesurada y casi no le da tiempo de echar la mano a su propia pistola, ambos se enzarzan en una pelea por ver quién dispara, primero cayendo al suelo. Shuang observa la escena relamiéndose como un asqueroso gato y yo no le quito la vista de encima. Necesito que Shinoda haga su entrada triunfal ahora para poder dedicarme a masacrar a ese chino cabrón que me está tocando demasiado las pelotas.

Shuang se gira de nuevo hacia Lera ignorando mi presencia y la cara de terror de mi ninfa se me clava como un puñal, enterrándose en mi pecho.

«Joder, necesito actuar», me digo.

—Sabes, Rossi, me encantan ver los surcos que el sufrimiento causa en un rostro bello —dice de espaldas a mí, entretanto una de sus manos acciona la rueda de un pequeño alternador colocado en una mesa accionado la descarga eléctrica que traspasa el cuerpo de Lera que se pone rígido al son de un grito desgarrador.

Sin pensar me deshago de las esposas y saco de mi espalda, mi cuchillo me lanzo sobre Shuang, el chino se gira de repente interrumpiendo mi acción con el cañón de su pistola apuntándome directamente.

—¿Creías que era tan iluso para tragarme tu teatro, italiano? — dice con sarcasmo.

Mi cuerpo se detiene al instante, porque sé que soy más rápido que él y me va a disparar y yo lo voy a ensartar como una sardina en la hoja afilada de mi cuchillo. Detrás de nosotros, los gruñidos de la pelea entre mi madre y Nikov siguen.

Trazar, calcular y atacar por ese orden, mi mente máquina rápido la mejor manera de enterrarle el cuchillo al chino que me apunta sin que le tiemble el pulso.

—Shuang no soy ningún ingenuo, pero tampoco soy un idiota que se conforma con la mano de cartas que le reparte la vida, yo busco la mejor—abordo distrayéndolo.

Por el rabillo de los ojos veo cómo un bulto negro cae del techo ante los ojos desorbitados de Shuang que identifica a uno de sus hombres muertos en el suelo. Al minuto estamos rodeados por los hombres de la yakuza.

—Shuang, cuanto tiempo sin verte. —Saluda Shinoda empuñando su catana.

—Shinoda, demonio cabrón. ¿Qué haces aquí? —pregunta y por primera vez veo miedo en sus ojos.

—He venido a verte —contesta el líder de yakuza con suficiencia.

Aprovecho que Shuang permanece concentrado en Shinoda que cumple con su parte en esta misión distrayendo lo suficiente al chino para que me abalance contra él en un rápido salto y lo desarme con la facilidad de un niño colocando la hoja de mi cuchillo en su cuello.

—Y ahora maldito hijo de perra, vas a pagar por tocar lo que no te pertenece. —No es una amenaza, es un hecho, porque yo soy de acciones más que de palabras.

—No lo mates Rossi, lo necesito —interrumpe Shinoda ganándose una mala mirada por mi parte.

Valoro durante unos segundos su petición porque me resisto a dejarlo con vida después de maltratar a mi ninfa, aun así, me debo a mis nuevos aliados. Lo empujo contra Shinoda quien lo sujeta y al momento cinco de sus hombres lo sujetan.

—De acuerdo— contesto —. Sin embargo, me cobraré mi ofensa— termino lanzado mi brazo con mi cuchillo empuñado hacia una de las manos Shiung y con un golpe certero separo su mano de su brazo ante las miradas de los presentes.

Los gritos del chino inundan la sala y la mirada que me propina Shinoda dice más que cualquier palabra. Me giro con rapidez y descuelgo lo que me interesa. Lera está inconsciente, retiro con cuidado las pinzas de sus pechos, maldiciendo en silencio las marcas que han dejado a su paso. Compruebo su pulso, es débil, pero respira que es lo único que me tranquiliza. Despunto mi chaqueta con rapidez para tapar su cuerpo que lo he apoyado sobre el sucio suelo.

—Soltadme —los gritos y quejas de la rata, me recuerdan que sigue vivo.

Me pongo en pie y miro primero a mi madre que se limpia con la punta de su lengua la sangre que brota de su labio inferior, secuela del forcejeo que ha protagonizado con Nikov. Camino despacio e Iván, me encara alzando su barbilla mientras es sometido por los hombres de Shinoda.

—Eres una vergüenza para la bratva y para tu familia —cargo mientras me aproximo.

—Tú no eres el más indicado para decir eso. Eres un mestizo, un hombre cuya lealtad solo está sobre sí mismo —acusa con rabia forcejeando con sus captores.

—Ni siquiera te mereces mirarme a la cara, rata. Eres un drogadicto imbécil que se vendió al mejor postor por quedar por encima de mí. Eres un iluso Nikov, nadie está por encima del capo —asevero casi pegando mi cuerpo al suyo, concentrando todo mi odio.

—Si me matas la bratva se te echará encima, no vas a hacerlo— proclama con seguridad.

—¿Y crees que me importa qué la bratva me persiga? —pregunto descolocándolo al máximo.

Los ojos de Iván se salen de sus órbitas ante mi pregunta que planta miles de sospechas y

miedos en su alma y de repente el despunte de un brillo metálico atraviesa el cuello de Iván Nikov separando su cabeza de su cuello con precisión, cayendo esta última a mis pies.

Miro a mi derecha a la hermana de Shinoda empuñando la espada corta que ella misma llama Shodai manchada de sangre.

«Joder, esta mujer es de acciones, no de esperas», vocea mi mente.

—Si lo mataban los italianos, la bratva se echa encima, así que mejor que lo mate la yakuza— se justifica mientras limpia con un pañuelo la hoja de la Shodai y se gira en dirección a su hermano.

Kayda Tanaka es la mujer más mortífera con la que me he tropezado hasta la fecha. Miro a Mariya y esta sonrío mientras observa con admiración a la japonesa.



Capítulo 44

Lera

Mantengo la misma posición en la cama desde hace horas, reviviendo una y otra vez esa maldita escena en la que me veo colgada como cristo de una cadena frente al chino que disfrutaba con mi dolor. La opresión en el pecho crece y necesito abrir mi boca para inspirar y que el aire penetre en mis pulmones aligerando el pecho en mi tórax.

Reconozco la habitación en la que me encuentro, mi cerebro revive la imagen de Andreas cuando irrumpió en el lugar donde me tenían retenida. Me remuevo y un dolor intenso atraviesa mi costado, a pesar de las molestias, logro incorporarme pegando mi espalda al cabezal de la cama. La puerta se abre y aparece el hombre que provoca que mi respiración se corte cada vez que lo miro. Luce con unos pantalones de chándal y una camiseta de algodón con cuello de pico por el que asoman parte de la tinta de sus tatuajes.

La forma en que me mira siempre eriza cada pelo de mi cuerpo y calienta partes que nunca pensé que pudieran albergar calor. Es tan perfecto, su rostro, su cuerpo, sus ojos, amo cada parte de él y en definitiva todo eso es lo malo.

«¿Cómo voy a vivir a lado de Dimitry anhelado al hombre que está parado frente a mí?»

—Ninfa, ¿cómo te encuentras? — pregunta acercándose al borde de la cama.

—Bien, más o menos— contesto sin apartar mis ojos de los suyos—Andreas, ¿qué hago aquí?

Andreas toma asiento a mi lado sobre el colchón, repasa mi rostro con su gélida mirada y aunque parece extraño ya no percibo esa frialdad, sino más bien ardor.

—¿Dónde estarías mejor que aquí, *mía cara*? —contesta con una pregunta.

—No juegues conmigo, tengo que regresar. Dimitry me espera para volver a Moscú. — comunico notando un nudo en mi garganta.

El cuerpo de Andreas se tensa al escuchar mis palabras, se gira hacia mí y su mano rodea mi cuello, no es un acto agresivo, es firme.

—Ni lo nombres— masculla con la mandíbula apretada con fuerza—bórralo de tu cabecita, *mía cara*, no vas a regresar. Si te marchas, te busco, si te escondes, te encuentro— sentencia y acerca tanto su cara a la mía que me cuesta respirar.

Percibo la humedad entre mis piernas y el calor acumulado en mi estómago, mis ojos lo observan embrujados por los suyos.

—Andreas, esto no puede ser, desataríamos el infierno en nuestras familias. — digo y mi voz suena demasiado ronca.

Me encuentro tan absorta en sus labios y en el movimiento de su nuez, bajar y subir de forma rítmica que no sé ni como soy capaz de formular una frase coherente.

—Grábate en esa cabeza tuya que no te voy a soltar, ninfa, que me importa una mierda a quien le joda, pero de mi lado no te vas a mover. Porque eres mía— sentencia segundos antes de sellar mis labios con su posesiva boca.

Resulta posesivo y arrogante y, sin embargo, mi corazón palpita embravecido por su proclamación, así que como la tonta enamorada que soy me abandono a sus besos ardientes que me derrieten en segundos. Sus manos rodean mi cintura y me instan a tumbarme sobre el colchón, su cuerpo se coloca sobre el mío y mis pechos malogrados al notar sus pectorales duelen lo que provoca que emita un leve quejido.

Andreas se aparta un poco y me mira con preocupación enterrándome más este sentimiento ilusionado al saberme el centro de sus atenciones.

—¿Te duele? —pregunta.

—Me duele más no tenerte— asevero volviendo a posar mi boca sobre la suya para sumergirme en uno de sus abrasadores besos que convierten mis bragas en una tela inservible.

«Este hombre y sus besos, no necesito más para sentirme en el cielo».

Su lengua avasalla la mía en una lucha por conquistar cada rincón de mi alma, correspondo ansiosa y enfebrecida porque el deseo que Andreas despierta en mi cuerpo es tan abrumador que en sus brazos soy la fiera que jamás me atreví a dejar salir. Con maestría despunta mi camiseta y por un minuto se detiene mirando los hematomas que lucen mis pechos causados por el maltrato del maldito chino. Sus labios besan las heridas con suavidad, enviando miles de descargas a mi sexo y poniendo en jaque mi alma ante esa caricia demasiado cariñosa para provenir de Andreas. Después pasa a su lengua que acaricia cada señal a conciencia previamente a introducir uno de mis pezones en su boca y chupar. Inclino mi cabeza hacia atrás, embargada por la satisfacción que me causan sus mimos, emitiendo gemidos cortos y seguidos que lo incitan a seguir lamiendo con énfasis.

—*Mía cara*, me vuelves loco— sisea mientras baja por mi abdomen hasta llegar al borde mis bragas, muerde el elástico con los dientes y a continuación se ayuda con sus manos para deshacerse de ellas.

Un lengüetazo entre mis pliegues y casi llego al clímax.

«Dios, este hombre me tiene a su merced y lo peor de todo es que me encanta».

Se da un verdadero festín entre mis piernas, rebañando con su lengua la humedad que emerge entre ellas.

—Me encanta saborearte— susurra sin apartar su boca de mi sexo.

Tengo la duda de si me excita más las cosas que me dice o lo que me está haciendo.

De repente abandona su tarea para colocarse entre mis piernas, yo levanto un poco mi cabeza para comprobar su abandono. No me da tiempo nada más que a abrir la boca en un círculo perfecto cuando me ensarta con su polla de un solo empujón arrancándome un ronco gemido que es el preludio de la ristra que la acompañan mientras se enfrasca en sus embestidas frenética enredándome en la maraña de mi propio placer.

Jamás imaginé que el sexo sería tan placentero, desconozco si con todos los hombres será así, pero no tengo ningunas ansias de comprobarlo, porque el hombre que está sobre mí con su mirada encendida de avidez y deseo es el único que estoy dispuesta a probar.

Despierto en la cama e involuntariamente me giro para tocar al hombre que debería yacer a mi lado después de una sesión de sexo frenético, pero el vacío se adueña de mi pecho al no encontrarlo. Me incorporo y noto cierto pinchazo entre mis piernas que ignoro. Ni rastro de Andreas.

Decido darme una ducha, aunque no tengo nada que ponerme. Me aventuro al armario que hay en la habitación y me sorprendo al ver varias de mis prendas habituales. Opto por unos jeans y una camiseta de algodón. Abro la puerta del dormitorio aventurándome al salón donde me encuentro a Marcelo parloteando de manera nerviosa ante un Andreas impasible que sujeta una taza de café entre sus manos.

—No se puede retrasar más, Andreas. Además, querrán explicaciones de porque...— se interrumpe al verme aparecer.

—Buenos días. —Saludo.

—Buenos días, Lera— corresponde Marcelo con una sonrisa que no llega a sus ojos.

Andreas me repasa de arriba abajo con intensidad provocando que un leve rubor tiña mis mejillas al recordar todo lo que hicimos anoche.

—Organízalo, saldremos en unas horas— dice Andreas con ese tono autoritario que sería capaz de poner firme al más rebelde.

Marcelo asiente y desaparece sin más por el pasillo.

—¿Tienes hambre? —pregunta Andreas con una sonrisa ladeada dejando su taza vacía en el mueble para acercarse a mí.

Luce con un pantalón de chándal y su pecho desnudo, lo que provoca que no me concentre mucho en las palabras que salen de su boca, sino en los tatuajes que adornan sus pectorales.

—Eh, sí— contesto de forma atropellada.

Tarde porque lo tengo justo enfrente demasiado cerca, intento dar un paso atrás, pero sus manos rodean mi cintura pegándome a su cuerpo. Percibo la dureza de su erección en mi vientre y los calores empiezan a subir por mi cuello.

Este hombre es insaciable y por el estado de mis revolucionadas hormonas yo voy por el mismo camino.

—¿Dormiste bien, ninfa? —pregunta con un brillo travieso en sus ojos grises.

—Como un bebé— digo con rapidez.

No espera para plantar sus labios de nuevo en mi boca con un beso salvaje y hambriento que me hace desear más.

—Va, ve a desayunar que tengo que ducharme y me entretienes— exclama separándose de manera brusca.

—Serás...— empiezo con intención de insultarlo, pero sus dedos presionan mis labios para que calle.

—Obedece que ya voy con retraso y si sigues no seré capaz de retomar mis obligaciones,

porque te encerraré en el dormitorio hasta que grites tan fuerte que resuene en todo el edificio— su amenaza me deja sin habla.

Decido obedecer porque creo que no sería capaz de resistirme.

En la cocina encuentro a Marino enfrascado en hacer panqueques y solo su aroma logra que rujan mis tripas.

—Buenos días. —Saludo.

—*Buongiorno*— corresponde sin girarse.

Al rato me sirve un plato de estupendos panqueques con salsa de frambuesa y mi boca se hace agua solo con mirarlos. Disfruto del desayuno en silencio sin permitir que ningún pensamiento me estropee el momento dulce.

—Lera, necesito hablar contigo antes de marcharme— anuncia Andreas cortándome el momento panqueque.

«Mierda, tiene el don de la oportunidad».

Me giro en el taburete donde estoy sentada para que me diga lo que sea que tenga en mente.

—Tú dirás.

—Me marchó, estaré fuera un día. No puedes salir, esta vez no hay trato que valga. Ni universidad, ni nada, es importante. Necesito que acates mis órdenes al pie de la letra. Mis hombres te protegerán con su vida, pero debes colaborar— comunica con seriedad.

—Está bien — acato, sin discusión, porque en realidad no me apetece nada salir. Exponerme a que Dimitry me encuentre y regresar a Moscú porque en estos momentos es lo que menos me apetece.

—Bien —contesta acercándose, me besa rápido y se marcha.



Capítulo 45

Andreas

El silencio en el interior del avión privado se puede cortar con un cuchillo, mi *consigliere* sentado frente a mí escruta mi semblante en busca de una señal que le despoje del miedo a iniciar una conversación.

Después de su insistencia para hacerme venir a Sicilia a entrevistarme con los viejos carcamales que lleva semanas dándome por saco y su loco intento de cuestionar mis actos al rescatar y mantener bajo mi techo a la hija de Kostya no es que sea mi persona favorita y él lo sabe. Mi plan ha comenzado antes de lo que yo quería, porque prefería tener un certificado de matrimonio que mostrar al consejo para que se convencieran de una vez por todas que yo elijo con quien perpetuar mi legado, no ellos. Yo soy *Ill capo di tutti i capi* no ellos.

A mi primo parece que también se le olvida a veces, en las últimas semanas muy a menudo.

Aterrizamos en el aeropuerto de Catania Fontanarossa allí contamos con una pista privada disponible para nosotros. Catania durante siglos ha sido la sede principal de la *famiglia*, mi padre nació y creció en este lugar. Reconozco que es una isla que tiene un aura especial, aunque prefiero Los Ángeles para perpetuar mis negocios. Nos esperan varios vehículos blindados para trasladarnos a la Villa propiedad de Lombardi, donde se celebrará la reunión con el consejo. Casi todos los miembros disfrutan de sus casas en este lugar.

El sitio de celebración es otro de los datos que me enerva porque la *famiglia* Rossi posee una

Villa en esta isla donde durante años se han celebrado todas y cada una de las reuniones con el consejo.

Mis hombres en la isla ya deben estar en Villa Lombardi desde los Ángeles, Luca mi segundo después de mi *consigliere* es uno de ellos, a Giovanni lo dejé en mi casa al cuidado de Lera, porque sé que Dimitry intentará recuperarla. Si algo tenemos los rusos es la terquedad. Además, cuando reciba el regalito que le he enviado, seguro que enloquece, rezo porque se pegue un tiro porque si no yo mismo me encargaré.

Abordamos la calle principal que da acceso a la casa, los hombres armados colocados en sus posiciones me indican que el viejo se ha encargado de tener más seguridad de lo que es habitual.

—Andreas, espero que no te dejes llevar por tus impulsos— advierte Marcelo que viaja a mi lado.

Mi primo se está buscando un tiro, no ahora, hace días. De nuevo, esa extraña manía que ha adoptado en poco tiempo de cuestionar a su líder envenena mi humor, aun así, evito que perciba mi estado anímico real.

—Marcelo, haz tu papel que yo tengo claro el mío— contesto y ni siquiera me dirijo al él, mis ojos siguen clavados al frente.

Aparcamos el vehículo justo en la entrada y nos bajamos, unos hombres nos esperan.

—Capo. —Saluda Petro, uno de mis soldados en Catania —Bienvenido.

—¿Todo en orden? —pregunto.

Petro asiente y se une a nosotros al atravesar la puerta principal de la casa. La ostentosa se respira al entrar, a Lombardi le gusta el lujo y es un avaro de cuidado, así que la fortuna amasada durante años se la dilapidó en arte y objetos que demuestren al resto su poder adquisitivo.

Accedemos por un luminoso pasillo a una sala enorme con una mesa ovalada donde casi todos los miembros de las familias que pertenecen al consejo de la mafia italiana ya están sentados.

Mostrando el respeto que merezco siendo el máximo líder de la organización, todos se levantan cuando mis pies pisan el suelo de la sala.

—Bueno, si estamos todos que empiece la reunión— anuncia Lombardi.

Mis ojos vagan por cada uno de los cabezas de familia hasta encontrarse expresamente con Salvatore Romano, el odio chispea en sus pupilas y lo ignoro porque no es merecedor de mi atención. Tomo asiento y mi *consigliere* se coloca a mi lado y Luca a mi espalda. Es el único guardaespaldas que tiene derecho a estar en la reunión por orden expresa del capo.

—Andreas tenemos varios temas de máxima importancia que preocupan a la organización— empieza Lombardi proclamándose el protagonista de esta reunión, porque su ego es tan grande que cree que le permitirá ponerse por encima del capo.

«Iluso», voceó mi mente.

—La *famiglia* le preocupa tu legado, por eso es de vital importancia que formalices el acuerdo matrimonial que llevas años postergando. Ya que tu aparición con tu hermanastra ha creado gran malestar— prosigue enfrascado en su oratoria—. Tu padre quería que su familia y la mía se uniese bajo el vínculo de la sangre.

El resto de las personas lo escuchan con atención menos Romano, que mantiene su mirada perdida en algún punto de la sala.

—Mi legado no es asunto de nadie, solo mío y por mi parte ya lo tengo decidido —proclamo con tal sosiego que el ambiente se enrarece a mi alrededor.

Todos expectantes a mi anuncio, incluso Lombardi que le es imposible reprimir su estado de ansiedad y nerviosismo frotando sus manos de manera metódica sin apenas percatarse.

—No doy explicaciones, ni permito que se cuestionen mis actos. Cuando asumí mi papel de

líder ya sabíais mis reglas, antepongo los intereses de la mafia, de la *famiglia* al resto, pero sin reproches, sin dudas, o me seguís ciegamente o por consiguiente os convertís en mis enemigos— explico con lentitud, remarcando cada sílaba de mi discurso.

—Nadie te está cuestionado, Andreas— se apresura a ratificarse Lombardi.

—Por si hay dudas. Siento informarte Lombardi que los intereses o anhelos de mi padre distan mucho de ser lo míos, así que olvídate de ese compromiso que te empeñas en recordarme. Mi destino será sellado a Lera Morotova y ella será mi dama, liderará a mi lado a la *famiglia* suelta la información que cae como la bomba que esperaba.

Las caras de espanto de los consejeros son un mapa y en mi interior sonrío como el hijo de perra que soy.

—Pero...— empieza Lombardi levantándose de su asiento ante mi escrutinio.

—¡Ya está, bien! Este maldito hijo de perra está jugando con nuestras leyes y nuestros intereses— revoca Salvatore Romano poniéndose de pie. Además, esta reunión es para cuestionar que matara a mi cuñado a sangre fría y ahora me sales con que te vas a casar con esa puta rusa, esto es demasiado para que lo aceptemos— grita, cegado por el odio y la furia.

Por debajo de la mesa aprieto mis manos ante sus acusaciones, pero espero.

—Romano, no eres el más indicado para cuestionarme, aún busco al ladrón de tu primogénito al cual le estás dando cobijo— recalco recordando el tema por el cual no me tiene contento.

La puerta se abre y ni siquiera me volteo, Luca saca su arma a mi espalda.

—Me buscabas, capo. — La voz de Leandro es acompañado por varios murmullos de los presentes.

El hijo mayor de Romano hace acto de presencia con arrogancia colocándose al lado de su padre que sonrío de forma malévola.

«Ilusos», recuerda mi mente de nuevo.

—Al fin tiene cojones de dar la cara. — profiero, sin levantarme, sin inmutarme.

—Señores— se dirige el resto ignorándome—nuestro líder ha fallado, ha permitido que le robe en sus narices y además ni siquiera ha conseguido atraparme, eso demuestra sus errores como líder. Además, ahora se va a casar con una zorra rusa con sangre mancillada, provocando una guerra con la bratva. ¿Estamos dispuestos a eso? — Leandro habla como si fuera un líder, sus anhelos de poder son su sentencia.

—Leandro, te veo muy valiente recordando mis fallos o eres un loco o un iluso— rebato sin apenas mostrar realmente mis emociones.

—Tenemos apoyos suficientes para destituirte— aborda Salvatore con orgullo.

El resto observan en silencio, no dejan de mirarme a la expectativa de mis reacciones.

—¿A qué apoyos te refieres, Romano? — interrogo elevando una de mis cejas —¿A la tríada?, o incluso a la propia bratva—. Mi afirmación los pilla desprevenidos.

Estoy esperando que el cobarde que ha orquestado esta trampa en la que cree que he caído salga a la palestra, por eso voy a seguirles el rollo hasta el momento.

—Señores, tienen que posicionarse para poder desterrar a este maldito mestizo— gruñe Leandro entre dientes.

—¿Lombardi? —insta Salvatore buscando el apoyo de su amigo.



Capítulo 46

Lera

Aburrida es un adjetivo demasiado liviano para describir como me siento desde que Andreas se había marchado, no sé a qué reunión importante. Los soldados de mis hermanos son silenciosos y negados para mantener ninguna conversación y ya ni hablar del hombre multitarea, Marino. Siempre sigiloso y mudo hasta la médula, por suerte todo ese desencanto lo suplía con las delicias que cocinaba. Sin móvil poco puedo hacer para remediar mi hastío. Así que solicito a Giovanni poder llamar a Brenda. Necesito a mi amiga y sobre todo comprobar que después del accidente está en perfectas condiciones.

Brenda se alegra un montón de hablar conmigo e incluso se anima a visitarme.

Como buena chica, para no molestar a Andreas a pesar de su ausencia, quede en que Brenda viniera al ático de mi hermano. Aviso a Giovanni que durante la ausencia de Marcelo parece estar al mando.

—No se preocupe, estaré al tanto cuando llegue— me dice con amabilidad, sorprendiéndome, la verdad.

Porque después de las veces que nos habíamos visto era la única que se había dirigido a mí con cortesía, sin esa actitud osca que parecía ser cualidad ecuánime para pertenecer al séquito de seguridad de Andreas Rossi.

Paseo por el salón inquieta hasta que escucho el timbre y experimento cierta emoción. Marino, con su porte habitual, lento, pero seguro, se dirige a abrir la puerta y mi rostro se ilumina al ver

atravesarla a Brenda.

Frunzo el ceño al comprobar que Brenda anda con muletas y viene acompañada por la rubia amiguita de Andreas, la de las tetas gordas.

Corro a su encuentro y la estrecho entre mis brazos demostrando lo contenta que estoy de su visita.

—Cuidado, Lera que mi movilidad es reducida.

—Ah, lo siento— contesto, apenada y le ofrezco mi brazo para que se ayude hasta llegar al sofá. Nos sentamos y no evito lanzar una mirada funesta a la rubia.

—Creo que no hemos sido formalmente presentadas. Selena, líder de los Ndrangheta —emite la mujer, extendiendo la mano.

Dudo en corresponder su formalidad, porque no me cae bien, y odio ser hipócrita.

—Lera, Selena ha sido mi cuidadora oficial, la verdad es que tengo mucho que agradecerle. — expresa Brenda acariciando una de mis manos.

Las palabras de mi amiga son el empujón que necesito para corresponder la saludo estrechando su mano.

—Lera Morotova.

Las miradas que se lanzan Brenda y Selena consiguen descolocarme, pero guardo silencio.

—Bueno, os dejo solas para que os pongáis al día. Voy con Giovanni para tomar un café— comenta la rubia marchándose.

A solas con Brenda le dedico una mirada entornada.

—¿Qué?

—¿Necesito someterte a un tercer grado?

—¿Y yo a ti? — contesta Brenda sonriente.

Ambas rompemos en carcajadas, evocando los días en los que en nuestro apartamento habíamos acabado de la misma manera.

—Selena es una buena chica— dice al fin y percibo cierto rubor en sus mejillas.

—Al final la devora hombres va a ser que lo que realmente le gusta son las mujeres— exclamo con cariño.

Brenda me propina un manotazo.

—Calla, a ver si te va a oír.

—Tranquila, la cocina está en la otra punta— me justifico—. Lo único que quiero es que seas feliz, Brenda. Y siento mucho que te hayas visto envuelta en todo mi oscuro mundo.

—No es tu culpa, estos mafiosos son unos malditos. — sisea.

—No lo sabes tu bien— afirmo.

—Y tú, ¿qué tal? Selena me explicó que Andreas te rescató de los miembros de la tríada— comenta Brenda.

—Sí, pero aún no ha acabado todo. Tarde o temprano tendré que regresar a Moscú con mi padre. Aunque Andreas se niega en redondo — confieso mordiendo mi labio inferior.

—Reconozco que tu hermano es un hombre de armas tomar, yo de ti no le llevaría la contraria — expresa Brenda con un brillo cómplice.

—Mi deseo no es contradecirlo, pero mi familia es muy peligrosa y temo por él —emito mis temores por primera vez en voz alta justo al tiempo de escuchar un estruendo en la puerta principal que hace que Brenda y yo nos agachemos a la defensiva.

Abro los ojos y veo una tromba de hombres abordar la entrada disparando a cada soldado de Andreas que intenta cortarles el paso.

—¡Mierda! —exclamo e intento pensar que hacer para que Brenda y yo no salgamos heridas.

Mis ojos se desvían hacia el pasillo y veo a Selenia agazapada junto a Giovanni, la rubia coloca su dedo índice en sus labios pidiendo silencio.

—Lera.

Mi nombre pronunciado con tanta rabia tensa cada músculo de mi cuerpo, en un segundo nos encontramos rodeadas por más de diez hombres armados y Dimitry Nikov al frente.

—Dimitry— contesto con pánico.

Ver a mi prometido frente a mí es una de mis pesadillas hechas realidad.

—He venido a por ti, así que mueve el culo— ordena de malos modos.

Está enfadado, su rostro endurecido lo delata y su postura firme impone demasiado. Lo que ansío es decirle que ni loca me iré con él, pero mi mirada se desvía hacia Brenda, la cual está aterrada y sé que no debo exponer a mi amiga a estos malditos desalmados.

—Dimitry, no creo que sea buena idea— digo con voz temblorosa.

Dimitry alza su mano y apunta con el cañón de su arma a mi amiga que abre los ojos dominada por el pánico.

—Tu misma Lera, por las buenas o por las malas— proclama.

—Por las buenas, Dimitry— claudico agachando la cabeza.

Mi prometido hace un gesto a uno de sus hombres quien me levanta del sofá con brusquedad, no me resisto.

—Estaré bien— le digo a Brenda para tranquilizarla.

Mi amiga asiente en silencio y acompaño a los hombres de la bratva con el pecho oprimido y las lágrimas en la comisura de mis ojos rogando por correr por mis mejillas a lo ancho, no obstante, no le daré gusto a Dimitry de verme llorar así que elevo mi barbilla y camino con orgullo hacia el patíbulo, mi próximo destino.

El trayecto de Los Ángeles a Moscú apenas recuerdo nada de lo que pasa, porque mantengo mi voto en silencio y Dimitry tampoco muestra intención de conversar. Temo el momento del reencuentro con mi padre, porque Kostya Morotov odia a los italianos y qué mayor deshonra para el underboss que su hija se haya prendado de uno de ellos y no uno cualquiera, sino el Capo de todos los capos.

Bloqueo mi mente para no pensar en Andreas para evitar que mi corazón se despeche por las rocas de la desolación al ser consciente que de nuevo nos separaron y esta sería imposible que viniera al corazón de la bratva a recuperarme.

«Si te marchas, te busco, si te pierdes, te encuentro». Las palabras que me dijo se reviven en mi mente.

Una sentencia emitida en el calor del deseo no es lo mismo que una promesa, así que prefiero pensar que fue bonito mientras duró.



Capítulo 47

Andreas

Villa Lombardi

Lombardi mira a todos lados con los nervios a flor de piel, Salvatore acaba de colocarlo en una disyuntiva y mi mirada inquisidora no ayuda a que el hombre no se sienta intimidado y se ponga a sudar como un cerdo. Su frente mojada es un claro ejemplo de sudoración nerviosa.

—Andreas Rossi Sokolov es un malnacido que lo único que ansía es el poder para él solo —brama Salvatore poniéndose nervioso.

La paciencia que no tengo toca techo con esa clara declaración de intenciones por parte de Romano, así que con rapidez desenfundo mi arma y apunto entre sus ojos disparando con precisión y frialdad.

El cuerpo inerte de Salvatore Romano cae de espaldas ante los ojos del resto de presentes.

—Hijo de... —intenta decir Leandro sacando su arma para dispararme, pero Luca es más rápido y lo alcanza en su mano provocando que se le caiga el arma.

—¡Por dios! —suspira Lombardi azorado por la escena que acaba de darse en su sala de reuniones.

Me pongo en pie acercándome a Leandro que permanece en el suelo sujetando su mano para detener la hemorragia.

—Leandro, al jefe no se le roba, no se le cuestiona y menos se intenta un derrocamiento. ¿Qué creías que pasaría?

El miedo bailotea en sus ojos y la satisfacción hincha mi pecho.

—Pasaría esto— La voz de Marcelo se eleva en la sala y el ruido de un disparo provoca que me gire, pero es demasiado tarde para esquivarlo del todo y la bala me alcanza en el brazo derecho.

Luca se apresura a sacar su arma de nuevo, pero mi primo apuntándolo directamente frena su movimiento.

—¡Bravo, primo! —exclamo sonriente—. Te ha costado sacar los cojones que no creí que tuviera una víbora como tú.

El resto de los miembros del consejo permanecen en modo estático en sus sillas con los rostros desnudados de toda emoción impactados por los acontecimientos.

—¿Lo sabías? - pregunta Marcelo con curiosidad.

—Sí, lo sospeché hace semanas, lo certifiqué hace dos días. — explico.

La actitud de mi *consigliere* me hizo sospechar, sobre todo cuando apareció Lera en mi vida, su empecinamiento por alejarme de ella como si fuera personal, levantó todas mis alarmas y le pedí a mi hacker personal que vigilara los movimientos de Marcelo.

—Lástima que no me mataras antes, ahora siento decirte que serás tú quien morirás — proclama mi primo orgulloso.

«Iluso», evoca mi mente.

—No creí que ansiaras tanto el poder, Marcelo. Enmarañaste a Leandro en tus planes, convenciste a Romano para que ambos se enfrentarán a mí y todo, ¿por qué?, ¿para ser el capo? —indago, porque desconozco los motivos.

—Eres indigno de ser el capo, mi tío confió en ti, te preparó como su legado, te dejó todo lo que poseía, ¿y cómo se lo pagaste? Matándolo— anuncia al fin, dejando brotar todo el odio que durante años ha acumulado sobre mi persona.

Así que Marcelo sabía que yo había sido el responsable de la muerte de mi padre, eso sí que resultaba una sorpresa.

—Indigno o no, lo soy y eres demasiado iluso si crees que me dejaré arrebatarse el liderazgo, así como así —promulgo y Marcelo alza su arma para rematarme.

El chirriar del vidrio al quebrarse provoca que varios presentes intenten girarse hacia la cristalera que hay detrás de nosotros, pero tarde porque una enorme hacha atraviesa la misma girando sobre su mango hasta clavarse justo en mitad de la frente de Marcelo Rossi que al instante es derribado.

Me levanto y me giro para ver atravesar los cristales rotos al dueño de esa hacha que ha sellado el destino de mi traicionero, *consigliere*.

—Has tardado— regaño.

—*Buongiorno*, señores, soy Akim Sokolov— se presenta mi primo con sorna ante las miradas espantadas de los miembros del consejo.

—Lombardi, diles a tus hombres que recojan este desastre —encaro al consejero que aún sigue en shock.

—Jefe —Luca llama mi atención, me fijo en él y lo veo con el teléfono en la mano.

—Dime.

—Giovanni al teléfono— informa Luca y mis intestinos se retuercen al conocer esa información.

Escucho atentamente a mi hombre a través de la línea.

—Luca prepara todo— ordeno nada más colgar.

Akim me mira con una de sus cejas levantadas.

—Nos vamos a Moscú— notifico.

—Hostia, sabía que la diversión no había acabado— proclama Akim con una diabólica sonrisa.

A pesar de estar herido, salgo pitando de la Villa, dejando al viejo de Lombardi a cargo de la situación, porque en mi cabeza solo existe una fijación recuperar lo mío.

Mi primo, Akim se mete en mi coche y juntos nos desplazamos rumbo al aeropuerto para poner dirección a Moscú. Los tonos de mi móvil me sacan de mis elucubraciones.

—Sí.

—Rossi— La voz de Dimitry acelera los latidos de mi pecho y maximiza mi furia a nivel mil —, llamo para agradecerte tu presente y decirte que el mío lo tendrás cuando tenga mi primer hijo, entonces te mandaré un trozo de mi traicionera esposa.

—Dimitry, no pensé que te molestara tanto tener la cabeza de tu hermano como centro de mesa— provocho a sabiendas de que me la juego.

—Eres un maldito hijo de perra y lo vas a pagar, porque lo único que te importa te lo voy a quitar, ya está en mis manos —amenaza, cegado por el odio.

—¿Quién te ha informado de que me importa la zorra de tu prometida? - interrogo con sarcasmo a pesar de que el corazón se me va a salir del pecho.

Las carcajadas de Dimitry perforan mis oídos.

—A otro perro con ese hueso, Rossi— dice y cuelga robándome la oportunidad de rebatir.

—Hijo de puta— estallo lanzado el móvil contra el suelo —. Lo voy a abrir en canal y me haré un collar con sus intestinos— exclamo en voz alta.

—Ya me veo que conociste al rastrero de Dimitry —aborda mi primo.

—¿Qué tan peligroso es? - pregunto por qué Akim lo conoce bien, lleva años evitando a su cazador, Dimitry Nikov.

—Un poco, pero ni el uno por ciento que nosotros-Las palabras de Akim me brindan algo de sosiego.

—Me tranquiliza —paso una de mis manos por mi cara e intento no pensar en Lera en manos del maldito de Nikov.

—¿Tenías que enviarle la cabeza de Iván como regalo? Creo que el gen sádico a veces se te va de las manos —crítica Akim, pero en su rostro exhibe una sonrisa que me indica que le encanta el gen sádico al que hace referencia, puesto que él lo posee igual que yo.

—De lo único que me arrepiento es de no haber podido ver su cara cuando abrió el lazo —proclamo impasible.



Capítulo 48

Lera

Al llegar a la fortaleza Sokolov los voyevikis se apresuran a acompañarme a mi antigua habitación y en silencio me invitan a entrar. Escucho cómo cierran con llave y un peso aplastante se instala en mi pecho y el poco ánimo con el que cuento cae empicado a mis pies.

—Encerrada en mi propia habitación.

Camino por mi dormitorio y experimento la sensación de que ya no me siento en casa, que el que fue muy refugio mientras crecía se ha convertido en una simple jaula vacía de todo sentimiento.

Decido bañarme y cambiarme de ropa, por suerte en mi armario todavía queda algo de mi ropa.

Me visto con unos viejos tejanos y una camiseta de algodón, ni siquiera sé la hora que es, Dimitry se ha preocupado de mantenerme a ciegas, incomunicada, sin móvil, sin documentación, nada de nada. Mis ojos vuelan hacia la puerta al escuchar el sonido de la llave girar. Noto que mis entrañas se encogen ante la inminente visita de alguien y suplico en silencio que no se trate de mi padre.

Enfrentarme a mi progenitor sería lo último que desearía, porque no tengo ni idea de que voy a decirle.

Mis súplicas caen en saco roto porque la puerta de mi habitación se abre y frente a mí se encuentra Kostya Morotov, mi padre.

—Lera— Saluda si rastro de emoción, ni cariño, sus ojos iguales a los míos, lo único que muestran en ira, enfado, molestia.

—Papá— digo y me obligo a no titubear, ya no soy una niña que ha hecho una travesura y espera ser castigada. Soy una adulta y como tal debo mantener firme.

Mi padre cierra la puerta detrás de él y avanza con pasos cortos acercándose a mí. Su mirada examina mi atuendo y mi cara. Desconozco lo que busca, sin embargo, me estudia con atención.

Muerdo mis mejillas reprimiendo las ganas de hablar, de quejarme por cómo me ha tratado Dimitry trayéndome a casa como una delincuente, aunque sé que resultaría inútil, si mi prometido me ha traído sé que es con el beneplácito de mi padre.

Kostya es un hombre duro, pertenece a la bratva no podría ser de otra forma, pero conmigo y con Lev mi hermano pequeño siempre tuvo palabras cariñosas a su modo, atención con, cuentagotas. Lo extraño es que durante años creí que eso era normal, en cambio, en la actualidad reconozco que mi padre no ha sido un padre normal, más bien un soldado procurando que sus hijos crecieran bajo sus leyes. Que sus cachorros no abandonaran el redil que trazó minuciosamente.

Nunca valoró nuestras expectativas, porque para él somos un medio para un fin, en mi caso una alianza con el vor de la mafia y en el caso de Lev proclamarse el padre del futuro pakhan de la bratva.

¿Cómo he sido tan ilusa? Hasta el momento nunca vi a mi progenitor de manera tan fría, asumiendo que no significamos mucho más que una pieza en un tablero de ajedrez. Mis reflexiones hunden mi corazón en un pozo oscuro de lamentación.

—Papá, yo...— intento decir, pero me veo obligada a engullir mis palabras cuando la mano de Kostya Morotov golpea sin compasión mi rostro, con tal fuerza que caigo hacia atrás sobre mi cama.

—Eres mi vergüenza, has deshonrado a tu familia, no te crie para que fueras la furcia de un italiano - grita fuera de sí.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas y coloco una de mis manos sobre el golpe que me ha dado, me levanto y le lanzo una mirada cargada de tristeza y también de enfado.

—Padre, no he hecho nada malo. Yo no quería decepcionarte, pero a veces uno no manda en el corazón. — explico con suavidad con la esperanza de que me entienda.

La carcajada que emite resuena en mi cabeza.

—Eres una tonta, al final crie una niña que no sirve para nada. ¿Te creíste que el mestizo se iba a enamorar de ti? Es un hijo de perra sádico que no conoce ni el respeto ni el amor. Así que lo que Dimitry quiera hacer contigo por desleal te lo mereces. — comunica con firmeza.

El odio que le profesa a Andreas es palpable en sus palabras y me descoloca porque es el hijo de su esposa, aunque para mi padre tan solo es un mafioso italiano.

«¿Qué pensaría Mariya si lo escuchase hablar de ese modo sobre su propio hijo?» La pregunta se cuela en mi mente sin permiso.

—Lera, te lo advierto, espero que cumplas con tu deber y aceptes tu compromiso con Dimitry sin rechistar, no se te ocurra ninguna tontería o te repudiaré como hija— sentencia.

Me dedica una última mirada y abandona mi habitación encerrándose de nuevo. De nuevo sola lo único que quiero es tumbarme en la cama y llorar, revolcarme en mi propia mierda emocional, porque en estos momentos me siento que mi padre jamás me quiso, que tan solo fingió y poco porque sí reflexiono sobre las pocas veces que intervino en mi infancia, en mi juventud, ahora soy capaz de detectar su verdadera cara. Él nunca fue un padre, fue un underboss cultivando su legado y a mí la herramienta que le proporcionaría una alianza conveniente.

Tumbada en la cama, doy un respingo al escuchar de nuevo la llave girar en el interior de la cerradura. Mis manos secan los restos de mis lágrimas y es una suerte que no lleve nada de maquillaje, sino que mi cara luciera peor que lo hace.

—Señorita Morotova— dice Fedora.

—Sí, Fedora, pasa— invito, aunque sé que entrara de todos modos.

Fedora trabaja en la fortaleza desde que yo alcanzo a recordar es un como una especie de ama de llaves que se encarga de que todos y cada uno de nuestros empleados cumplan con su función en el interior de la casa.

—Su padre solicita que se prepare, cenaran todos juntos en el salón principal en una hora— informa quedándose de pie.

—De acuerdo —asiento.

—¿Necesita algo más, señorita? —pregunta y veo en su mirada compasión.

—No gracias —respondo con una sonrisa forzada.

Rebelarme en contra de los deseos de mi progenitor, no sería inteligente, por muy tentada que esté, así que opto por cambiarme de ropa, me coloco un vestido de manga larga negro que cubre gran parte de mi cuerpo porque llega hasta mis pies. Recojo mi cabello en una cola alta y pongo un poco de maquillaje en mi rostro para disimular las sombras oscuras debajo de mis ojos.

Tomo asiento sobre la cama mientras espero a que vengan a buscarme para cenar, mis ojos están fijos en mis manos que froto la una contra la otra en un movimiento mecánico que ni siquiera ha ordenado mi cerebro. Mi mente evoca los besos de Andreas, sus ganas, mis ansias, mi corazón empieza un bagaje acelerado que golpeando mi pecho frenético. Un nudo que casi me ahoga se instala en mi garganta y de nuevo regresan las terribles ganas de llorar. Saber que nunca más volveré a estar entre sus brazos, me causa ansiedad, me hunden en un pozo oscuro de lamentaciones silenciosas que me están ahogando.

La puerta de mi cuarto se abre de repente provocando que de un bote poniéndome de pie. Dimitry se para frente a mí, fulminándome con sus ojos azules inyectados en odio y asco.

—Vengo a por ti— anuncia con frialdad.

Mi prometido me odia y además me desprecia.

¿Qué vida me espera a lado de un hombre que me detesta? Nunca podría matarlo, pero en estos momentos la posibilidad de una convivencia pausada se rompe en mi interior.

—Dimitry, no quiero casarme contigo— proclamo con suavidad reuniendo el poco valor que me queda.

—No tienes posibilidad— masculla dando dos zancadas para eliminar la distancia que nos separa.

Intento dar un paso atrás y la cama a mi espalda me lo impide.

—Seremos desgraciados, mereces algo mejor— exclamo apelando a su propio bienestar, conozco su orgullo y su ego, por lo que ir directamente a tocar esas dos cualidades me proporciona alguna oportunidad.

Agarra mi brazo con fuerza, hundiendo sus dedos en mi piel a pesar de la tela de mi vestido, pega mi cuerpo a suyo y su aliento golpea mi rostro.

—Merezco algo mejor que la puta de Rossi, en eso no te resto razón, Lera. Pero no permitiré que ese hijo de perra tenga lo que es mío por derecho, así que tendrá que vivir con el hecho de que será mía para hacer contigo lo que yo quiera. Ni se te ocurra propiciar ninguna jugarreta ni artimaña porque te mato, primero me caso y luego te mato. Ese es tu destino Lera Morotova. — proclama con odio contenido ante mi mirada asombrada.

«¡Dios mío!, ¡qué futuro más negro!», exclama mi mente.

Me suelta sin delicadeza y me da la espalda.

—Vamos, es hora de reencontrarte con tu familia.

Lo sigo sin rechistar a pesar de que lo que me provoca es propinarle varias patadas en su arrogante trasero. Una loca idea que acortaría mis días de vida, porque Dimitry Nikov me dobla en fuerza y en tamaño.



Capítulo 49

Andreas

Pisar suelo ruso despierta emociones que creí muertas y enterradas. Cuando abandoné mi país de nacimiento, prometí no volver no solo por ese estúpido contrato entre organizaciones que mi padre y mi abuelo firmaron, sino porque mi orgullo jamás permitiría regresar donde no me querían.

Y, aquí, estoy caminando de nuevo por las calles que me vieron crecer, mi orgullo lo he dejado de lado porque recuperar lo que es mío merece que de nuevo me encuentre en Moscú.

Soy un despiadado estratega, un grandísimo hijo de puta y Dimitry Nikov se ha atrevido a desafiarme de la peor forma. Por lo que mi cabeza le tiene preparado el peor final, y mis dedos cosquillean solo de imaginarlo. Dejo a mis hombres junto a Akim y los suyos a buen recaudo y desaparezco entre las calles de Moscú.

La fortaleza Sokolov resultó mi hogar durante dieciséis años y la conozco como la palma de mi mano, razón por la cual entrar por la puerta principal sería un suicidio por mucho nieto del pakhan que sea. Así que elijo la opción que unos pocos conocen los pasillos secretos que me permiten campar a mis anchas por la casa sin ser visto. No necesito ningún mapa, cuando era un niño Pavel Sokolov me obligo a memorizar cada pasillo, cada recoveco, cada curva de ese laberinto secreto que esconde la fortaleza.

A veces me pregunto cómo mi abuelo insistió en que conociera esas entradas secretas si sabía que a larga su nieto no sería su legado, sino que más bien sería su rival.

Me detengo frente a un panel metálico y lo empujo con delicadeza, desconozco lo que me encontraré al otro lado, es la habitación de mi abuelo, pero no sé si estará solo y si ni siquiera estará. Me cuelo en el dormitorio del pakhan y por suerte está vacío. Inspecciono la estancia y dedico a colocarme en el viejo sillón que mi abuelo siempre utiliza en las noches antes de dormir. A Pavel Sokolov le gusta leer y se sienta cada noche a disfrutar de un libro.

Cultivo la paciencia que nunca he tenido en penumbra, esperando que mi abuelo atraviese el umbral de la puerta, con el arma en mi regazo, vigilando con atención.

Lo más fácil hubiera sido entrar en la fortaleza y recuperar a mi ninfa, porque sé que la tienen aquí, fuentes fidedignas me lo han corroborado y largarme sin más, actuado como un ladrón igual que hizo el capullo de Dimitry en mi casa. Sin embargo, ese no soy yo, porque a rencoroso y vengativo no me gana nadie, y Nikov no solo secuestro a mi mujer, sino que mato a algunos de mis hombres, por lo que el asunto con sangre empezó y con sangre acabara.

Mi mujer sisea mi mente y mi pecho se hincha al deleitarme en esas dos palabras que me llenan de júbilo, porque mi elección está hecha, se materializó en el momento en el que supe que era el primer hombre en enterrarme entre las piernas de mi ninfa de ojos esmeralda. Reflexiono en la oscuridad y sonrío porque cuando mis ojos se cruzaron con ella la primera vez en el Hell's mi corrompida lama la reconoció como mi todo, aunque en aquellos días tan solo creía que era un tema de lujuria desmedida.

La puerta se abre con suavidad y la luz se acciona, creando cierta molestia en mis ojos que en segundos desaparece. Pavel Sokolov cierra la puerta con calma y se gira para enfrentarme.

No hay sorpresa en sus ojos tan iguales a los míos.

—Buenas noches, Kirill. —Saluda con pausa escrutándome con su mirada.

Solo mi madre y mi abuelo siguen nombrándome por mi nombre ruso y solo a ellos se lo permito.

—Abuelo, me alegra verte— exclamo sin moverme, sujetando mi arma entre mis manos.

Soy sincero, porque a pesar de que el pakhan es mi enemigo, reconozco que lo he echado de menos. Para mí Pavel Sokolov no resulto un simple abuelo, fue más padre que mi propio padre y por esa razón cuenta con el respeto que se merece.

—Sabes, te esperaba. — empieza sin moverse, dedicándome una sonrisa torcida-No quería irme de este mundo sin tener la oportunidad de decirte que me siento muy orgulloso del hombre en el que te has convertido.

Sus palabras tocan fibras que en estos momentos no quiero remover y me sorprenden, porque no he venido a recuperar nuestra relación familiar, más bien a proclamar mis próximos actos contra los que fueron alguna vez mi familia.

—No vine a charlar, abuelo. —abordo con frialdad—Vine a recuperar algo que el vor me ha arrebatado y a informarte que masacraré a cualquiera que se ponga en mi camino —ratifico.

Pavel se ríe pasando una de sus manos por su blanco cabello.

—¿Quién en su sano juicio se pondría en tu camino? — pregunta y no detecto sarcasmo en su interrogación—. El vor no robó, recuperó lo que era suyo por derecho, hijo.

La rabia sube por mi garganta amenazando con ponerme a gritar enloquecido, porque detesto que se refiera a Lera como propiedad de Nikov.

—Siento contradecirte, Lera Morotova me pertenece desde que mis ojos y los suyos se cruzaron, así que por tu tranquilidad espero que lo aceptes y no entorpezcas mis actos en contra del Vor, y si tu underboss se cabrea, pues tiene dos trabajos —comunico impasible.

—Kostya no se cabreará, ya lo está y demasiado para ser solo porque has mancillado a su hija, pero eso ya lo sabes— informa Pavel.

—Me importa una mierda. Kostya pagará como ya han pagado otros. — sentencio y me pongo de pie dispuesto a largarme, porque mi cometido al irrumpir aquí ya lo he cumplido.

—Kirill, la tela de araña tejida en tu contra va más allá de recuperar a Lera, lo sabes tan bien como yo. Siempre fuiste el mejor candidato para mi legado.

La afirmación de mi abuelo penetra en mi cerebro igual que un rayo cargado de energía, me volteo y anclo mis ojos a los suyos. Entendernos en los silencios es algo que no ha cambiado con el paso de los años.

—Hasta pronto, pakhan.



Capítulo 50

Lera

Bajo las escaleras precedida por Dimitry y me molesta que se mueva como en su casa, cuando no lo es, la fortaleza Sokolov siempre fue mi hogar, no el de Dimitry Nikov.

«¿Cuánto poder ha acumulado Dimitry Nikov en mi ausencia?» La pregunta se cuela en mi mente junto a la inquietud de la posible respuesta.

La incomodidad me acompaña al bajar y trato de controlar el máximo mis emociones, porque me imagino que mi familia al completo me acompañara durante la cena. Atravieso el salón y Mariya se levanta para acercarse a mí y estrecharme en un cariñoso abrazo que agradezco en silencio.

De nuevo las ganas de llorar se apoderan de mí y hago acopio de un control que apenas tengo para reprimir, no le daré le gusto a Dimitry de verme aún más débil de lo que luzco.

—Bienvenida, Lera. —Saluda el pakhan y lo mira con fijación durante más tiempo del que es correcto. Porque sus ojos grises me recuerdan a los de él, que mi pecho se encoge apenado por anhelar lo que volveré a ver.

—Gracias, abuelo —correspondo con educación, aunque Pavel Sokolov no es mi verdadero abuelo, él siempre me permitió llamarlo de ese modo.

Mi hermano se levanta de su silla, aunque se gana una mirada crítica por parte de mi padre que ignora y se lanza contra mi cuerpo para saludarme con emoción.

—Lera, ¡cuánto me alegro de que estés de vuelta! —exclama emocionado.

—Yo también, Lev —miento como una bellaca, por mi hermano ajeno a la razón real de mi regreso.

Tomo asiento al lado de Dimitry, aunque no por decisión propia, frente a Mariya que me mira intentando infundirme tranquilidad. En estos momentos nadie puede, mi padre mantiene su vista alejada de mí como si en realidad no hubiera regresado.

Empezamos a comer en silencio y yo jugueteo con la comida de mi plato porque el estómago lo tengo tan cerrado que no soy capaz de llevarme bocado a la boca.

De repente se escuchan ruidos de disparos y gente correr, mi padre se pone en pie tirando su silla a su espalda. Uno de los voyevikis irrumpe en el salón azorado.

—Pakhan atacan la fortaleza —emite esperando la reacción del líder.

Pavel ni tan solo se pone en pie.

—¿Quién nos ataca? —pregunta, furioso mi padre omitiendo la reacción del pakhan.

—Los Maotang con Akim Sokolov a la cabeza.

Dimitry imita a mi progenitor, poniéndose de pie también dispuesto a luchar.

—Ese maldito —sisea mi padre—. Te dije que debiste matarlo hace mucho tiempo— reprocha perdiendo las formas para con su líder.

—Kostya, vigila lo que dices. No olvides quién es aquí el pakhan. — rebate Pavel sin inmutarse— Dimitry, ves a ver que sucede— ordena.

Mi padre se limita a pasearse de un lado al otro del salón nervioso que lo que desea es ir a enfrentarse en primera línea del conflicto, pero como underboss debe esperar las órdenes del pakhan y este continúa degustando su comida de manera impasible, al igual que Mariya.

Padre e hija son la imagen personificada del hielo, frío y duro en cualquier situación.

—Pakhan, debería...— intenta abordar mi padre.

—Silencio, deja de moverte como un chinche Kostya y permite que disfrutemos de nuestra cena.

Pavel Sokolov es un líder autoritario, su trayectoria a la cabeza de la bratva es larga e intensa por lo que explican de él. Mientras crecía veía a mi padre con un fan de su líder y ahora la escena que se muestra ante mis ojos es un underboss ansioso por replicar a su líder, por cuestionarlo.

«¿Tan ciega he estado durante años para no ver el odio que se fraguaba en el corazón de mi padre para con el pakhan?»

Ahora lo veo demasiado claro, la mirada ciega de rencor de Kostya Morotov para con su líder.

—Siéntate Morotov, acata las órdenes de tu pakhan.

La voz, la misma que causa estragos en mi triste corazón, poniéndolo a aletear de emoción, meneo la cabeza intentando despertar de mis visiones, porque acabo de escuchar la voz de Andreas Rossi dirigiéndose a mi padre.

Me giro levantándome de la silla y lo veo, no es un sueño, es él, de pie, a unos metros de nuestra mesa rodeado por sus soldados. Luce arrebatador, como siempre, aunque ha dejado de banda sus elegantes trajes, luce un equipo de camuflaje negro que acentúa su aura peligrosa y salvaje. Mi cuerpo se paraliza justo cuando mis ojos vuelan hacia mi padre que desenfunda su *makarov* con rapidez para disparar a Andreas.

Ni tiempo tengo de gritar antes de que proyectil salga disparado para alcanzar a Andreas, este permanece impasible. El terror se apodera de mí y la trayectoria de la bala la observo a cámara lenta hasta que uno de los soldados de Andreas la intercepta colocándose delante de su jefe, cayendo al suelo al segundo.

—Hijo de perra, ¿cómo cojones has entrado a la fortaleza? —grita mi padre fuera de sí con la

pistola aún en la mano —. Eres un maldito y voy a matarte— amenaza.

Miro a mi alrededor y el pakhan sigue disfrutando de su comida sin moverse, mi hermano se levanta y saca una pistola de su espalda que jamás pensé que tendría, me apresuro a correr hacia él y forcejeo para que la suelte. Mariya a mi lado se pone en pie sin perderse detalle de la escena que está protagonizando su hijo y su esposo.

—Tranquilízate Kostya, la vena de tu frente te va a explotar si no te sosiegas —se burla Andreas provocándolo.

—Pakhan, ¿no piensas hacer nada? —reprocha mi padre a Pavel que sigue comiendo.

—¿Buscando apoyos Kostya? No me extraña porque te quedaste sin tu apoyo principal, el que te soplaban cada uno de mis movimientos— explica Andreas y no tengo ni idea a quién se refiere.

La sonrisa maléfica de mi padre indica que el sí.

—No respetas ni a la familia, mestizo —acusa y escupe al suelo provocando.

—Tú tampoco. Tratas a tu hija como una moneda de cambio para unir tu apellido al de Nikov y poderlo controlar. ¿Qué más has hecho Kostya a espaldas de tu pakhan?

—Suéltame —sisea Lev mientras lo agarro con fuerza para que no salga disparado al lado de mi padre.

—No es nuestra guerra, Lev —le digo intentando convencerlo y mi hermano pequeño me mira como si me hubiera salido un ojo enorme en mitad de mi frente.

—Kostya, solo he venido por lo mío, así que entrégamelo y me marcharé para que sigas confabulando en mi contra y la del pakhan— anuncia Andreas firme.

—¿Lo tuyo? ¿Qué es lo tuyo? ¿El cetro de poder de la bratva? — comenta mi padre con sarcasmo.

—Sabía que eras un iluso, pero no imaginaba que tanto. He venido por mi mujer, tu hija, idiota. La bratva y sus riquezas te las puedes meter por el puto culo. —Esta vez las palabras de Andreas sí que suenan duras y yo como la tonta enamorada que soy lo miro con devoción. Solo me falta que me salgan corazones de azúcar por los ojos.

Mi padre desvía sus ojos hacia mí y camina para agarrarme de un brazo con fuerza. Experimento el dolor de sus dedos, presionado mi piel y muerdo mi labio para no emitir ningún quejido. No deseo que Andreas haga ninguna locura, no quiero que mate a mi padre, aunque considero que no ha actuado bien, no le deseo ningún mal.

Mientras mi padre me lleva al frente, escucho los golpes en la puerta de los voyevikis que intentan entrar, pero los soldados de Andreas mantienen bloqueada la entrada.



Capítulo 51

Andreas

La sed de sangre nubla mi juicio al ver a Kostya maltratar a su hija frente a mis narices.

¡Es un *figlio di puttana*!

El pecho me martillea acelerado, sintiendo la adrenalina previa, porque como siga tratando a Lera de ese modo lo voy a matar sin compasión frente a sus hijos, a pesar de que me convencí de no hacerlo en el trayecto hasta aquí.

—Antes la mato que verla a tu lado— proclama colocando el cañón de su *makarov* sobre la sien de Lera.

Mantengo la calma, no solo porque ver a mi ninfa en esa situación consigue paralizarme unos segundos, sino porque debo calcular demasiado bien mi próximo movimiento para que no salga herida.

— ¿Qué mierda haces Kostya? —se levanta el pakhan que hasta el momento se había mantenido al margen, actuando como si realmente nadie hubiera irrumpido en el salón de su fortaleza.

«Así es mi abuelo, imprevisible».

—¡A buenas horas el pakhan decide tomar partido! — se jacta con ironía Kostya sin apartar su mirada de la mía—¿Ahora sí quieres participar en esta maldita pantomima que ha organizado tu maligno nieto mestizo? — reprocha.

Pavel Sokolov inspira aire despacio, entretanto su yerno se descarga a gusto con él.

—Kostya, ¿matarás a tu legado? —interrogo demandando su atención.

—Ella no es mi legado, mi legado es Lev, él será el nuevo pakhan. Lera solo es una chica que al final ha resultado inútil para su familia.

La determinación que emana de Kostya es lo que frena cualquier movimiento que planea en mi mente.

«No puedo perderla, no soporto la idea que salga herida de toda esta mierda».

Mis ojos calculadores observan la escena con precisión, al igual que mi abuelo que permanece sin apartar sus ojos de su yerno. Lo siguiente sucede demasiado rápido para nosotros.

—Kostya, esto es por despreciar a mi hijo— exclama Mariya al son de la primera puñalada que le asesta a su esposo por la espalda, en el costado donde está la mano que sujeta su arma, esta cae al suelo y los ojos de Kostya se abren de par en par por la sorpresa y por el dolor que debe sentir —, la siguiente por maltratar a tu hija —prosigue Mariya enterrando de nuevo el puñal en el mismo lugar.

—Mariya— la voz estrangulada de Kostya acompaña su caída de rodillas.

Mariya se coloca frente a él con la hoja de su puñal goteando sangre.

—Y la última por confabular contra nuestro pakhan— proclama hundiendo su cuchillo en el pecho de su esposo.

—¡Padre! — el grito de Lera se solapa con el de su hermano pequeño que intenta llegar hasta su padre, pero Pavel lo sujeta para impedirse.

El silencio enrarecido ante lo que acabamos de ver se vuelve más denso, tan solos se escuchan respiraciones y el hipo de mi ninfa mientras llora.

Mariya se gira con elegancia, con su porte frío, el mismo que le ha hecho ganarse el apodo durante años de princesa del hielo.

—Kirill, coge a Lera y lárgate por donde has venido, rápido— ordena mi madre impasible.

Mi cuerpo se pone en marcha y agarro a Lera entre mis brazos a pesar de que mi ninfa está en shock ahora mismo.

La frustración de no haber podido enfrentarme a Dimitry me deja un mal sabor de boca, pero ya tengo en mi poder lo que vine a buscar, que en estos momentos es lo único que me importa.

Atravesamos los húmedos pasadizos de la fortaleza hasta la salida donde el resto de mis hombres nos esperan. Sigo cargando en mis brazos a Lera, de momento no ha formulado ni una palabra. Al llegar entrego a mi ninfa a uno de mis hombres para que la coloque en uno de nuestros vehículos blindados.

Me giro y allí, frente a mí, el hombre que me ha ayudado a que mi incursión en la fortaleza Sokolov haya sido un éxito, Akim Sokolov, más conocido por el Lobo.

—Primo, veo que ya recuperaste lo tuyo. —Observa con una sonrisa malévola.

—Akim, sin tu ayuda, no hubiera sido posible —le agradezco—. Kostya murió— informo porque es un dato que a mi primo le interesa.

—¿Lo mataste? —se interesa.

—No fui yo, ganas no me faltaron, sin embargo, Mariya fue más rápida y contundente —explico y Akim se sorprende ante el relato.

—Tu madre es una caja de sorpresas, primo— comenta con una sonrisa—. Ahora el pakhan deberá nombrar otro underboss, y creo que nuestro capullo de Dimitry tiene todos los números —comunica con cara de desagrado.

Akim odia tanto o más que yo a Nikov.

—Lástima que no le dieras muerte, me has dejado una tarea por delante —asevero convencido de que la próxima vez que Nikov y yo nos encontremos, uno de los dos saldrá muerto.

—Es un capullo con suerte —exclama mi primo girándose para marcharse junto a sus hombres.

—Seguimos en contacto —recuerdo.

Akim se limita a alzar una de sus manos a modo de contestación y desaparece junto a los Maotang.

La guerra ha empezado y no se prevé que dure poco, estoy convencido de que durara mucho.

—Jefe, todo listo— me informa Luca.

Oteo por última vez la imagen de la fortaleza a mis espaldas antes de meterme en el coche para regresar a Los Ángeles. En el interior de vehículo encuentro a Lera semi tumbada con los ojos cerrados, su pecho sube y baja con lentitud. Supongo que el dolor y lo vivido han colapsado dejándola inconsciente, de momento es lo mejor.

Ha visto cómo su madrastra mataba a su padre, por muy hijo de perra que fuera Kostya era su padre y tuvo que doler. Mi intención es hacer que olvide esa situación traumática lo antes posible, ahora está a salvo porque no permitiré que nadie la toque nunca.

«Sus lágrimas serán mías y su dolor lo provocaré yo, pero nadie más».



Epílogo

Dos meses después

Lera

Mis ojos devoran el paisaje que se muestra frente a mí, reconozco que Catania es una isla preciosa. Cada día que paso en la Villa Rossi me convengo de que este lugar podría ser un maravilloso hogar. Después de que Andreas me sacara de la fortaleza Sokolov, vinimos directamente a Sicilia, donde llevamos dos meses. Aunque lo único que me molesta es que Andreas viaja todas las semanas a Los Ángeles, tiene negocios que atender, además según él estamos en guerra. Una que estalló definitivamente cuando la mafia italiana junto a los Maotang abordó la fortaleza de la bratva.

Hay demasiadas cosas que son incompresibles para mí, así que no pregunto.

Odio recordar ese fatídico día, porque perdí a mi padre, a pesar de que no fue un buen hombre y menos buen progenitor, pero la niña que aún vive en mi corazón no comprende de razones, simplemente lo echa de menos.

Mariya, mi madrastra, acabo con su vida delante de mí y de Lev, lo que no le perdono. Considero que tendría sus razones, sin embargo, se ganó el odio de mi hermano pequeño y por supuesto el mío.

Con Andreas no hablo de este tema, prefiero mantenerlo al margen de los sentimientos contradictorios que provoca en mí su madre.

—*Mia cara*— su voz resuena a mi espalda y atraviesa el dormitorio saliendo a la terraza

donde he pedido que me sirvan el desayuno.

Al girar se me corta la respiración, como siempre él está arrebatador, vestido con un traje oscuro y camisa blanca impoluta. Sus ojos repasan mi cuerpo aun con el camisón de dormir, y un cosquilleo se instala entre mis piernas.

«Este hombre es capaz de excitarme sin tocarme y me encanta».

Recorta la distancia que nos separa y rodea mi cintura con sus fuertes manos.

—Me extrañaste —pregunta, jugueteón rozando su nariz con la mía de forma cariñosa.

—¿Tú qué crees? —interrogo provocando su genio oscuro.

Andreas no es el rey de la paciencia, creo que no conoce esa cualidad y disfruto demasiado lanzándolo contra las cuerdas para que aflore su parte bruta. Su boca se abalanza de forma brutal contra la mía y me besa con tal intensidad que me cuesta respirar. La manera de devorar mi boca me catapulta hacia las brasas de mi propio deseo que no tarda en encenderse. Rodeo su cintura con mis piernas y él traslada sus manos a mi trasero.

—Siempre debo recordarte lo poco que me cuesta arrancarte lo mucho que me has echado de menos, ninfa —susurra contra mis labios

Andreas Rossi Sokolov es un despiadado capo de la mafia, asesino, estratega, cruel. Para mí es el amor de mi vida que me cuida y me protege como si fuera la joya más valiosa del mundo.

Me baja de entre sus brazos y tuerzo mi boca en un mohín enfurruñado.

—Vístete, tenemos visita —informa dando una palmada en mi trasero que consigue enfadarme.

—Abusón —le grito sacándole la punta de mi lengua.

—No seas caprichosa, *mia cara*. Brenda y Selena te esperan abajo— informa y mi rostro se ilumina sonriente.

Me lanzo de nuevo a sus brazos y lo beso con intensidad.

—Por este tipo de cosas te amo mucho más —confieso y el brillo en sus ojos lo delata.

—No sigas si no quieres que te encierre en nuestro dormitorio y tu amiga le salgan flores de esperarte— amenaza, divertido.

Me apresuro a cambiarme. Brenda ha venido a verme y eso me tiene feliz, porque es mi única amiga y la he echado mucho de menos. A Selene he empezado a soportarla, desde que mantiene una relación estable con Brenda.

«¿Quién lo hubiese dicho? Yo celosa de Selena porque coqueteaba con Andreas y ahora es pareja de Brenda».

El mundo es como una gran ruleta que te sorprende a cada paso.

Agarro la manilla de la puerta para bajar y Andreas me detiene, se para frente a mí. Se ha deshecho de su americana y su camisa, luce el torso desnudo cubierto de tinta y tan solo sus pantalones.

—¿Aún estoy a tiempo de convencerte? —provoca con picardía.

La verdad es que con Andreas es demasiado difícil hacerse la dura porque me derrito solo con admirarlo. Muerdo mi labio inferior ante el espectáculo y hago acopio de mi fuerza de voluntad.

—No, Brenda, me espera— susurro y le doy un beso en una de sus mejillas—Te amo, *amore* — confieso porque no me canso de decírselo, aunque él nunca me lo ha dicho de vuelta.

Andreas es un mafioso, un hombre criado en el seno de dos de las mafias más sangrientas del mundo, pero, aunque sus labios jamás han pronunciado un te amo, sus actos me lo han gritado a voz alzada.

Me salvó de Iván, desafío a la bratva prendiendo la mecha de una guerra por recuperarme, así que no importa que sus labios no pronuncien un te amo.

«Si te marchas, te busco, si te pierdes, te encuentro»
Me quedo con esa frase, esa promesa que hasta la fecha no ha dejado de cumplir.

Próximamente

El Lobo

Tercer libro de la serie Mafia y Sangre
La historia del líder de los Maotang